
LUCIAN BANE
OBISPOS DEL
Bayou
LUCIAN BANE

OBISPOS DEL BAYOU
Libro uno

Por: Lucian Bane

© 2021 por Lucian Bane
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este documento puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de Lucian Bane o su representante legal.

A todos los lectores, fans y/o clubes de lectura, gracias por apoyar mi trabajo. También me gustaría pedirles amablemente que no pirateen mi obra. Básicamente, esto significa que no la regalen solo porque la hayan comprado.

Si necesitan un formato diferente, pónganse en contacto conmigo, el autor.

Dedicado a todos mis fans románticos. Gracias por ayudarme a construir esta historia. Encontrarán una lista de todos los juegos que jugamos y los ganadores al final de este libro.

¡Consigue la música de Bayou Bishops!

¡CANCIONES DE LOS PERSONAJES DE BAYOU BISHOPS!

Contenido

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
¡LEE EL SIGUIENTE LIBRO DE LA SERIE!
RECETAS CAJUN

PALABRAS FRANCESAS/SIGNIFICADO

¡ÚNETE A MI GRUPO BAYOU BISHOPS!

CAPÍTULO 1

«No me gusta el olor de lo que se está cocinando», dijo Sahvrin desde la mesa redonda del Club Roulette.

Su padre, Lazure, se recostó en su silla con esas arrugas de enfado en la frente. «Sabía que esto pasaría cuando Romero falleciera. Sin faltarle el respeto al difunto, pero este hermano es tan brillante como un pantano en una noche nublada». Se pasó los dedos metódicamente por el bigote mientras miraba a Sahvrin y luego a sus cuatro hermanos. «Nuestro acuerdo es con Romero, y eso es lo que estamos aquí para honrar. Nada más».

«No quiero decirlo muy alto por si la ley de Murphy nos está escuchando», dijo Sahvrin, «pero si el nuevo presidente de Roulette incumple nuestro contrato, tenemos la opción de retirarnos». Miró a sus cuatro hermanos, que asintieron, contentos de ver que no era el único que quería cancelar el inútil pacto que habían hecho con un hombre ahora muerto. La única razón por la que lo aceptaron fue por respeto mutuo hacia Romero, no por necesidad. Los Roulettes necesitaban la protección de los Bishop en los pantanos, pero los Bishop, sin duda alguna, no necesitaban la protección de los Roulettes en tierra firme. Nunca la necesitaron.

«Ese asunto se ha cancelado», dijo August, deslizando un dedo por el cuello de su camisa blanca. A ninguno de ellos les gustaba llevar el atuendo oficial de los Obispos del Bayou, pero era esa época del año, lo que significaba que había pocas oportunidades de quitarse los trajes negros vintage y los sombreros de ala ancha. Las reuniones oficiales del club y los festivales anuales, para eso servían. Septiembre era un mes ajetreado con el Festival del Cangrejo, las carreras anuales de lanchas neumáticas de los Obispos del Bayou y las competiciones de lucha con caimanes que organizaban con fines benéficos. Y, por supuesto, Mah-Mah no se atrevería a dejar que Sahvrin se perdiera su cumpleaños con todo lo

que estaba pasando. La mujer era implacable cuando se trataba de celebraciones. O participabas o te convertías en cebo para caimanes.

A Sahvrin no le importaba la ropa, ya que exigía llevar sus Judges cargadas con balas de punta hueca del calibre 45, capaces de romper huesos. Justo lo que se necesitaba para lidiar con matones sin escrúpulos como Thadious Landry.

—Bueno —dijo Bart, asomándose por debajo del ala de su sombrero—. No he oído más que cosas buenas sobre Thaddy «La hamburguesa», y todo apunta a que nos dará una razón.

—Es un capullo —asintió Zep—. Estoy bastante seguro de que tus plegarias serán respondidas a su debido tiempo.

Jek juntó las manos detrás de la cabeza. —Ojalá se dé prisa, joder, para que pueda volver al trabajo de verdad. —Miró a Lazure—. ¿Te he dicho que tu hijo nos tiene ocupados hasta mediados del verano del año que viene?

Lazure dirigió su característica mirada fría a Sahvrin. —Me alegro de que te estés esforzando. Pero no creas que estarás demasiado ocupado como para asistir a las fiestas de Mah-Mah.

Zep soltó una risita. «Porque si no lo haces, estarás demasiado muerto». Entonces miró a Sahvrin y le señaló con la barbilla. «¿Has encontrado la pieza que quería para mi mod? Los amigos antes que el dinero, no lo olvides».

Sahvrin negó con la cabeza. —Me adelanté y lo hice yo mismo.

—Maldición —dijo Zep, sonriéndole—. Pronto toda la ciudad estará equipada con los infames Swamp Rats Mods -n- Rods.

—Lo único que quiero saber es si mi Swamp Dragon estará transformado antes de las carreras de barcos —dijo August, con la mirada azul cielo encendida—. Este año vas a perder, hermano mayor.

Sahvrin se rio entre dientes y lo miró de reojo. «Mon *Dieu*», dijo sacudiendo la cabeza. «Como si fuera a modificar tu barco para ganarle al mío. Pequeño *T-Aug*».

August miró enfadado a Lazure y señaló a Sahvrin. «Te dije que hacía trampas».

Todos se rieron, excepto August, que negó con la cabeza a Sahvrin.

«Siempre puedes modificarlo tú mismo», dijo Lazure, provocando más risas.

«Quizás mientras nuestra hermana se pelea con los caimanes, tú puedes recoger su pis y usarlo en tus inyectores de combustible», sugirió Jek, riéndose a carcajadas.

«Pajea a uno de los machos», aseguró Zep con un gesto de asentimiento y los ojos muy abiertos. «Eso hará que tu dragón vuele directamente por tu ano».

Cuando las risas se calmaron, Sahvrin miró a su alrededor el bar vacío y se cubrió el reloj con el borde de la manga. —Si no llega en cinco minutos, me voy. Tengo cosas que hacer en la ciudad antes de que el tráfico del festival se vuelva una locura.

—Hablando de eso... —dijo Bart en voz baja—, ¿hemos encontrado más tráfico inusual en el pantano?

—Yo no —dijo Sahvrin—. Creo que lo dejó caer uno de los turistas.

—Sí, porque siempre se les caen condones usados, bolsitas de cocaína y bragas rotas —dijo Jek, golpeando de repente la mesa con el puño—. ¡Maldita sea! Todavía tengo que ir al Sale Barn a almacenar nuestro excedente antes de que uno de esos huracanes visite nuestro porche.

Como una maldición oportuna, la puerta trasera de la sala se abrió y un tipo parecido al Sr. T gritó: «El jefe está listo».

Esperaron a que el Primer Obispo se moviera, pero él solo se quedó sentado y miró al hombre durante varios segundos. Finalmente se levantó lentamente y todos lo siguieron.

****

«¡Vaya, si son los obispos del Bayou!».

La bienvenida excesivamente dramática vino de un hombre fornido con la cabeza calva y tatuada.

La hostilidad implícita en su estridente bienvenida le recordó a Sahvrin a los tres hombres de la izquierda y al que estaba detrás de ellos, en la puerta de la pequeña oficina.

—Me llamo Thadious. Siéntense. Tú debes de ser el padre, Lazure.

«Así es», dijo su padre, sentándose frente al escritorio mientras él y sus hermanos se colocaban directamente detrás de él. «Estos son mis hijos. Jekon, August, Zephrin, Bartholome y el mayor, Sahvrin».

—Bueno, es un placer conocer en persona a los infames obispos del Bayou. —Se sentó con aire de rey, y los herrajes de su trono chirriaron bajo el peso de su realeza—. Mi hermano Romero hablaba muy bien de ti y de tu familia. Miró a sus hermanos y Sahvrin reconoció el tipo de sonrisa forzada que esbozaba. Esos ojos casi negros brillaban con todo lo que Sahvrin se había comprometido a matar. Nunca se lo mencionó a Lazure ni a sus hermanos, pero Sahvrin tenía la fuerte corazonada de que lo que estaban encontrando en el pantano provenía directamente de la cabeza de cerdo que estaba mirando. ¿Quién más estaría infringiendo sus leyes, excepto aquellos a quienes ya se les había permitido hacerlo?

—Tu hermano era un buen hombre —dijo su padre, sin creerlo del todo, ya que en realidad no conocían a ninguno de ellos, ni ellos a ellos—. Dijiste que querías hablar. ¿De qué?

«Bueno, voy a ir directo al grano». Se recostó en su silla con la mirada de un hombre que siempre se sale con la suya. «Hemos conseguido algunos contratos nuevos con nuestros hermanos de Nuevo México. El tráfico de armas habitual». Hizo un extraño gesto de indiferencia antes de sacar la barbilla. «Quería ofrecerte un trato. Nos dejas montar un negocio en los pantanos y te llevas el diez por ciento de las ventas».

Su padre permaneció sentado, mudo e inmóvil, el tiempo suficiente para que Sahvrin moviera la mano y alcanzara a su juez. «Según tengo entendido, el contrato prohíbe el comercio de armas en el pantano. También establece que se te garantiza un paso seguro siempre y cuando respetes las leyes de nuestra tierra. Si eso te supone un problema, el contrato queda rescindido».

Sahvrin se dio cuenta de que ahora eran un obstáculo para una gran cantidad de dinero sucio.

«Quizás necesites tiempo para pensarlo», dijo el hombre, con una amenaza clara y rotunda. Se recostó en su asiento y añadió: «Tu chico, el viejo François, y su equipo dijeron que no tenían ningún problema con eso».

Sahvrin sintió que el aire alrededor de su padre se espesaba. «¿Entonces deberías hablar con él sobre montar el negocio?».

El hombre frunció el ceño ante el obstáculo que tenía enfrente. «Tú y yo tenemos un contrato».

«Ya no. Pero estoy seguro de que el viejo François estará encantado de llegar a un acuerdo contigo». El tono de su padre se había vuelto letal y desafiante.

La silla del hombre chirrió ruidosamente cuando se inclinó hacia delante, entrelazando las manos. —Sr. Lazure... Debo recordarle que nuestro contrato es bidireccional. Usted nos da protección y nosotros le damos protección.

Su padre también se inclinó hacia delante. —No *necesitamos* tu *maldita* protección. Pero... tú *sí* necesitas la nuestra.

La calma sepulcral en el tono de su padre tensó a Sahvrin mientras su enfrentamiento visual se prolongaba en silencio. Thadious de repente ladeó la cabeza con una extraña sonrisa. —Lazure... —comenzó, como si quisiera redirigir la conversación hacia un final menos jodido—. Se trata de comercio legal de armas. Pero las leyes sobre armas no son las mismas en todos los estados, tú lo sabes y yo lo sé. Los dos estamos de acuerdo en que las leyes del país no siempre son justas. Por eso tienes tu propio conjunto de leyes, ¿verdad?».

«Así es».

El hombre sonrió con maliciosa alegría, como si eso lo resolviera todo. «Lo mismo ocurre con mis hermanos y conmigo», dijo, extendiendo sus musculosos brazos.

«Mi respuesta sigue siendo la misma. No queremos formar parte de eso».

Lazure se levantó y el hombre se puso de pie de un salto, con cinco jueces apuntándole a la cabeza.

«Eso ha sido un gran error, Bishop», advirtió el hombre con las manos en alto, mirando nervioso.

«Vigila a tus chicos», dijo Sahvrin, sin apartar la mirada del presidente. «Siéntate, joder, y dile a tus hombres que hagan lo mismo o mis hermanos les volarán las rodillas».

Los hombres se sentaron rápidamente en el suelo sin necesidad de que se lo dijeran y Sahvrin salió de la habitación, manteniendo el cañón apuntando a la cara de esa escoria humana.

«Si te vas, Lazure, nuestro contrato se rompe», gritó detrás de ellos.

—Au revoir, hijo de puta gordo —gritó su padre, sin mirar atrás.

«¡Francois se encargará del contrato, estúpido hijo de puta!», gritó mientras salían por la puerta principal.

«¡Bart!», gritó Sahvrin cuando su hermano se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada.

—Sube al camión —ordenó su padre.

Sahvrin se subió al asiento del conductor y sus hermanos se subieron atrás como perros guardianes. —Esos hijos de puta ya están corriendo en nuestro pantano, estoy seguro —murmuró Sahvrin, acelerando el motor—. Tenemos que hablar con François.

—Ese cabrón estaba fanfarroneando —aseguró Lazure, apoyando un brazo en el asiento trasero—. Y Francois lo sabe bien.

—No es François quien me preocupa, sino su pandilla, que solo puede significar sus dos hijos.

—Entonces les harás una visita. Asegúrate de que entiendan que si violan los códigos de de los Obispos del Bayou, pagarán el precio.

****

Cuando Sahvrin regresó al dique seco, estaba luchando contra el reloj. Se subió a su moto y se dirigió de vuelta a la ciudad, donde se encontró con un tráfico tan horrible como su estado de ánimo. Tardó otros quince minutos en encontrar un sitio para aparcar y luego tuvo que correr por las calles y aceras abarrotadas de turistas madrugadores. Todo por un maldito tubo de JB Weld. Gracias al nuevo cartero que entregó su envío cinco puertas más abajo, a su único vecino ladrón.

Pilas D, no lo olvides. No le gustaba recorrer las trampas del pantano por la noche sin su luz de carretera, especialmente con las Roulettes tramando algo. Quizás tendría que dejar que Lucas se hiciera cargo, con lo ocupado que estaba en la tienda.

«¡Ahhh, joder! ¡No!», murmuró, tirando de la puerta cerrada de la ferretería. Buscó dentro una cara conocida a la que pudiera sobornar. No podía esperar hasta el lunes para esto, ya iba jodidamente retrasado.

«Disculpe».

Sahvrin se giró y se encontró con una mujer que le sonreía. «¿Qué?», preguntó, sin ganas de que le abordaran turistas descerebrados.

«He venido por el festival y me preguntaba si habría algún mapa de las calles para no perderme». Ella sonrió aún más y parpadeó de forma extraña. «Me alojo en el Breaux Bridge Inn y quería asegurarme de poder encontrar el camino de vuelta».

La ira le carcomía los nervios por lo que acababa de decir. «¿De dónde eres?». Definitivamente, no de allí.

«¡Oh, del norte!».

La respuesta vaga pero obvia le molestó aún más. «Dime el hotel exacto en el que te alojas y solo la ubicación geográfica de donde eres».

«¡Lo siento! ¡Dakota del Norte!», exclamó ella, confundiendo su sarcasmo con un interés real por saberlo.

Si hubiera sido uno de sus hermanos fornicarios, habría aprovechado la oportunidad que esta mujer probablemente le estaba ofreciendo. Pero como líder de Los Doce, el código le dictaba que no tuviera tratos con mujeres a menos que fuera absolutamente necesario, y esto definitivamente no le parecía necesario, salvo para señalar su imprudente estupidez. «Has venido desde Dakota del Norte, eres una mujer que viaja sola, obviamente, y al primer desconocido con el que hablas le das el nombre de tu hotel y le pides un mapa para no perderte. Ma Petite, si lo único que consigues es perderte, puedes dar gracias al dios que sea. Y si quieres algo más que un mapa, intenta darle tu habitación y tu número de teléfono para que sea más sencillo».

La mirada de sorpresa en su bonito rostro le recordó lo poco que sabía tratar con el sexo opuesto. «Las gasolineras tienen mapas de las atracciones locales», dijo, intentando arreglar el desastre social que había montado. Se dispuso a marcharse, pero su extraño y modesto vestido negro lo detuvo en seco. «¿Vas a una fiesta de disfraces?».

Era doloroso ver sus intentos por recomponerse. Ahora reconocía la ira en sus brillantes ojos grises mientras ella esbozaba una enorme sonrisa. «Y pensar que me habían dicho que todo el mundo en el sur era tan hospitalario. Qué casualidad que me haya topado con el idiota del pueblo en mi primer intento de socializar. Y no, no voy a una fiesta de disfraces, señor...», lo miró de arriba abajo, «sea lo que sea lo que se supone que eres».

El insulto le divirtió. «Obispo», dijo, decidiendo presentarse.

Ella soltó una carcajada con los ojos muy abiertos. «¡Un obispo!». Su disgusto se sumó a la comedia, y para entonces él se estaba arrepintiendo de haberse pasado de la raya con una mujer que era obviamente lo contrario de lo que él había supuesto.

«Me llamo Sahvrin Bishop, me estaba presentando. Me visto así durante los festivales, es una tradición».

Y, de repente, otras emociones extrañas ahuyentaron su ira, dejándola sin palabras y, de alguna manera, más torpe socialmente que él. «¿Dónde está su acompañante, señorita...?»

Como una cerilla en gasolina, esos ojos grises volvieron a brillar con fuego, directamente hacia él. «No soy una niña».

Estaba seguro de que ella había tenido esta discusión con alguien más muchas veces, a juzgar por lo enfadada que estaba. ¿Su hermano? ¿Su padre? ¿Su novio? Seguramente no era su novio, o estaría con ella. «No estaba diciendo que lo fueras, me preguntaba por qué estás aquí sola en una ciudad que no conoces».

Ella le señaló con el dedo, como si estuvieran peleando. «Sé mucho sobre esta ciudad, la he estudiado y he planeado venir aquí toda mi vida. ¡Probablemente sé más que tú!».

Él miró a su alrededor. Mon Dieu, su dramatismo era sinónimo de problemas. «No sé qué significa "chaperón" en tu país», dijo, mirándola de reojo, «pero aquí es otra persona adulta,

preferiblemente un hombre, que se asegura de que no te atraquen o algo peor».

—Sé lo que significa «acompañante» ...

Sahvrin sacó su teléfono, que estaba sonando, del bolsillo y miró la pantalla. «Disculpa», dijo, respondiendo a la llamada de su hermana.

—Mah-Mah se pregunta si todavía tienes su lista de la compra.

Sahvrin se giró un poco con los ojos cerrados. Joder, ¿por qué tenía que aceptar todo lo que ella le pedía? «Sí».

«Vale, la tienes, pero no la tienes», interpretó ella, que lo conocía demasiado bien.

«Dile que tendrá la lista antes de que acabe la noche».

—Sahvrin tendrá tu lista antes de que dé la medianoche —le dijo ella por teléfono—. ¿Dónde estás? Se oye mucho ruido.

Se giró, recordando a la chica. Mierda, ¿dónde se había metido? Miró a su alrededor entre la multitud. «Estaba en la ciudad, intentando comprar algo en la ferretería». Finalmente la vio, conversando con un grupo de chicas. Tenía la misma alegría burbujeante, lo que confirmaba su genuina ingenuidad.

«Holaaaaa, Sahvrin, responde, Sahvrin».

«Lo siento, aquí hay mucho ajetreo». La miró una vez más, debatiéndose sobre qué hacer. No había mucho que pudiera hacer, y desde luego no se ofrecía voluntario para hacer de chaperón de nadie.

Se dirigió en dirección opuesta, listo para largarse de allí. «Dile a Mah-Mah que lo voy a comprar ahora. Nos vemos esta noche».

CAPÍTULO 2

Sahvrin cruzó rápidamente el muelle, inclinando la cabeza para observar el cielo nocturno a través de la densa copa de los árboles. Era agradable estar finalmente de vuelta en su pequeña y aislada casa del pantano. Se recordó a sí mismo que por eso no le había dado el trabajo de la carrera nocturna a nadie más. Lo quería. Lo necesitaba. Aquí era donde se relajaba de las constantes necesidades y exigencias de su negocio inmobiliario.

Mierda, la tormenta estaba cerca.

Arrojó su bolsa de cebos y su bolsa de suministros a la piragua y se subió a ella. Al ser la semana del festival del cangrejo de río, era de esperar que los borrachos pospusieran el sabotaje de los medios de vida hasta la semana siguiente. Quizás. Pero eso no tenía en cuenta las otras mierdas que se estaban gestando en el pantano.

En cuanto salió de su cala escondida, un rayo lo saludó con un gesto arañoso en el cielo oscuro. El trueno le siguió diez millas más atrás, como preludio de las cosas siniestras que se avecinaban en el horizonte. Solo habían pasado dos días desde que rompieron con la banda Roulette, pero habían sido dos días jodidamente gloriosos para librarse de ese sucio vínculo.

Su mente volvió a la chica del pueblo, seguida de ira. Mon Dieu, era como una plaga mental, que le atormentaba la conciencia. No podía deshacer lo que había hecho, ya estaba hecho, acabado. Había tenido un mal día y una mala semana antes de eso, y ahora volvía a discutir consigo mismo por ello. Todos sus años evitando a las mujeres le habían llevado a casarse consigo mismo. Y su otra mitad, aparentemente el maldito San Sahvrin, no le daba tregua.

El cielo se iluminó de nuevo con otro espectáculo de luces, pero esta vez el trueno tardó en llegar, lo que situaba la tormenta a treinta kilómetros de distancia. Podría hacerlo. El viejo Pierre y

Leblanc le pagaban generosamente por cuidar sus trampas, incluso bajo la lluvia.

El lunes tendría su envío por dron, a menos que el nuevo cartero lo entregara por accidente en Canadá. El reemplazo le permitiría patrullar las trampas desde la comodidad del porche de su casa. Esta vez no dejaría que su amigo cocodrilo Gras Jean lo confundiera con un bocadillo. Y si lo hacía, se haría rico con su piel.

Sahvrin finalmente llegó a las trampas para peces de Pierre. Apagó el pequeño motor, listo para disfrutar de las melodías nocturnas del pantano. A los diez minutos, recogió una trampa y oyó un ruido extraño. Con cuidado, la cebó y la volvió a sumergir en el agua, esforzándose por escuchar entre el profundo estruendo de un trueno.

El ruido volvió a oírse y cogió su escopeta. Sin duda era humano. Escuchó con más atención, pensando en todos los animales que podrían hacer ese sonido mientras luchaba por localizar el lugar de donde provenía.

Un grito angustiado resonó en el aire y él tiró del cable del motor, dando la vuelta a la embarcación. Sacó su foco, se puso de pie y escudriñó lentamente los árboles que lo rodeaban. «¡Ayuda! ¡Por favor!».

Giró el haz de luz hacia la izquierda y este se posó sobre una pequeña cabeza en el agua, cerca de un grupo de árboles. «Mon Dieu», maldijo, dirigiendo la embarcación hacia ellos tan rápido como el motor le permitía.

Dejó la linterna y se detuvo junto a una mujer, extendiendo la mano hacia ella. Al alcanzar su brazo, lo agarró y la levantó un poco, y se quedó paralizado. «¡Mon Dieu, joder!», susurró al ver la sangre y los cortes que cubrían su rostro. Tenía el ojo izquierdo casi cerrado y el labio inferior partido e hinchado. Con cuidado, la subió a la embarcación. «Ya te tengo, ya te tengo, ma-petite. No te voy a hacer daño».

Le invadió la rabia al ver que solo llevaba ropa interior y que tenía todo el cuerpo lleno de moratones. Por los ruidos que hacía, se notaba que estaba muy malherida. Miró a su alrededor en busca del mal que sentía trepándole por la piel mientras ponía en marcha el

motor. Apagó la luz y aceleró todo lo que pudo hacia su casa con una mano en la escopeta.

«Por favor, no me hagas daño, por favor, por favor», suplicó ella entre sollozos.

El terror en su voz le hizo hervir la sangre, pero algo más le revolvió el estómago. Joder, por favor, no, no, no, que no sea ella. —Ma-ch`ere, no voy a hacerte daño —dijo, esforzándose por mantener la voz suave—. ¿Puedes decirme qué te ha pasado? Te llevaré a un lugar seguro.

Ella solo respondió con sollozos mezclados con gemidos de dolor que amenazaban con desmoronarlo.

«Shhh, shhh, está bien, Ma Petite, no hables. On-est proche-la, no tardaremos mucho, te lo prometo. Ahorra fuerzas. Te ayudaremos, solo aguanta por mí».

A Sahvrin le disgustaba hacerlo, pero tomó el camino más largo de vuelta. No podía arriesgarse a que lo siguieran. La cara ingenua y feliz de la mujer del pueblo no dejaba de dar vueltas en su cabeza hasta que le entraron ganas de matar.

Si era ella, era obvio que había escapado del tráfico de personas. Y siendo tan hermosa como era, quienquiera que fuera el responsable sin duda perdería mucho dinero. Vendrían a buscarla. Dios, rezó para que lo hicieran. Aunque la culpa lo carcomía, tenía que reconocer el milagro de haberla encontrado. Y lo hizo, con una gratitud que le quemaba el alma.

De vuelta en su cala, apagó el motor y amarró la embarcación antes de salir. Miró a la chica y le entró el pánico al ver lo quieta y silenciosa que estaba. Encontró su pequeña linterna y se arrodilló junto a la embarcación, iluminándola con ella. Por favor, no estés muerta, joder. Dejó la linterna en el muelle y extendió la mano para tocarle el cuello y comprobar si tenía pulso.

Ella se levantó de un salto, gritando y agitando los brazos. «Shhhhh, shhh, ma-ch`ere, estás bien», le dijo, levantando las manos para mostrarle que no era una amenaza. «No voy a hacerte daño», añadió, observando cómo ella se daba cuenta poco a poco de su entorno. «¿Te he encontrado en el agua? Estás a salvo, te lo

prometo». Se santiguó rápidamente, con las sombras ocultándole el rostro de ella.

Ella soltó un sollozo y él dirigió el haz de luz justo a su izquierda, para no cegarla. Pero necesitaba ver. Se le revolvió el estómago al verla por fin bien. Joder, Dieu, era ella.

Ella no parecía reconocerlo y ahora él no estaba seguro de que decirle su nombre fuera la mejor idea. Pero era más importante que ella supiera que él no era una amenaza. —Me conoces, Ma Petite —dijo suavemente, bajando la linterna hacia el muelle—. ¿Nos conocimos hace un par de días? ¿Yo era el idiota del pueblo, Sahvrin Bishop?

De repente, ella soltó un fuerte sollozo y se estiró hacia él, lo que le partió el corazón, por lo que se apresuró a sujetarla por los brazos. —¿Puedes ponerte de pie, Ma Petite? Aquí estás a salvo, te lo prometo.

Su cuerpo temblaba mientras luchaba por ponerse en pie. «Sí, eso es, ven a mí». Consiguió llevarla al muelle, luchando contra la necesidad de cogerla en brazos. «¿Puedes caminar?».

Su mandíbula temblaba y cruzó los brazos sobre el pecho, recordándole que solo llevaba ropa interior.

«Voy a buscar una manta para cubrirte, Ma Petite. ¿Puedo hacerlo?».

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad y se dio cuenta de que ella lo miró durante varios segundos y luego asintió con la cabeza.

«No intentes moverte, no quiero que te hagas daño. ¿Esperarás?».

Ella asintió de nuevo y él se marchó rápidamente, sin querer dejarla sola. No había ninguna razón lógica para temer que alguien encontrara su casa, a menos que lo conocieran, y aun así, probablemente tendría que guiarlos él mismo.

Regresó con su colcha de retazos heredada y se la tendió al acercarse. «Mi madre hizo esta colcha cuando yo era niño», dijo, con la esperanza de tranquilizarla mientras se la envolvía con cuidado alrededor de los hombros.

Ella la sujetó con fuerza, mirándolo fijamente. La conmoción y el trauma habían dejado sus ojos muy abiertos y desorbitados, y sus

labios temblorosos cerrados. «¿Puedes caminar, Ma Petite?», le preguntó con mucha delicadeza. «Por favor, déjame ayudarte». La rodeó con sus brazos, aliviado de que ella no se resistiera.

Su mandíbula temblaba ruidosamente mientras daba un paso y luego ahogaba un sollozo.

La cogió en brazos. «Ya te tengo, ya te tengo, shhhh. No vas a caminar».

Corrió por el muelle, necesitando llevarla a la luz para ver lo grave que era su herida. Quizás tuviera que volver a subirla a su lancha y llevarla al hospital.

****

Beth luchó por evitar que le castañearan los dientes mientras él la llevaba. Se aferró a su cuello y escondió la cara en su hombro. ¿Cómo era posible, cómo la había encontrado? ¿Por qué estaba allí? ¿La estaba buscando? ¿Sabía que había desaparecido? Él había predicho lo que le había pasado y eso la hacía sentir *estúpida* y sucia hasta lo más profundo de su alma.

Intentó ver dónde estaban, pero le dolía demasiado como para moverse. Cada vez que él hablaba, su voz amable y sus palabras ahuyentaban sus miedos, al tiempo que le hacían preguntarse si realmente era la misma persona. Pero, a menos que tuviera un gemelo, ella nunca olvidaría su rostro inquietantemente atractivo.

Pero no podía dormir, tenía que permanecer despierta, tenía que mantener los ojos abiertos y estar alerta. Había demasiadas preguntas descabelladas como para confiar ciegamente y juró no volver a hacerlo nunca más. Tenía que estar preparada y ser capaz de luchar si fuera necesario.

«Bienvenida a mi humilde morada, Ma Petite», dijo en voz baja mientras caminaba con ella.

Su humilde morada. *Ma Petite.* La había llamado así antes, cuando se conocieron. Estaba entre un insulto y el significado se perdió en lo que ella interpretó como una burla. Pero había pasado cada aterrador segundo de esa pesadilla sabiendo lo estúpida que había sido, hasta lo más profundo de sus doloridos huesos.

Las cosas llenaban su visión mientras él caminaba con ella y una fila de fotos familiares en una repisa le dieron un rayo de esperanza.

«Voy a acostarte», le dijo suavemente, bajándola a lo que parecía una cama.

Por más que lo intentaba, no podía soltar los brazos que rodeaban su cuello ni detener los repentinos sollozos.

«Está bien, está bien», susurró él, agachándose para que ella pudiera abrazarlo. «No tienes que soltarme». Le susurró suaves «shhhhh» una y otra vez hasta que sus sollozos finalmente se calmaron.

Fragmentos de pesadillas pasaron por su mente, provocándole una oleada de pánico. «Tengo que llamar a mi padre», murmuró temblorosa, aferrándose con más fuerza a su cuello. «Él se preocupará».

«Vale, vale, por favor», dijo él. «Déjame asegurarme de que no tengo que llevarte al hospital».

Ella se preguntó cómo lo averiguaría y finalmente lo soltó. Lo vio girarse y acercar una silla, colocándola junto a la cama. Se sentó y pareció estudiar su rostro con mirada enfadada. «Mon Dieu, Ma Petite», dijo, mirándola ahora a los ojos. «¿Quién te ha hecho esto? ¿Lo sabes?».

Las lágrimas inundaron su visión y ella negó con la cabeza.

«Está bien, está bien», le dijo él con voz suave, lo que hizo que las lágrimas brotaran aún más rápido. «No hace falta que hables. Solo asiente con la cabeza mientras te hago preguntas, ¿puedes hacerlo por mí?».

Ella asintió, con la mandíbula volviendo a castañear.

«Por favor, perdóname por tener que hacerte estas preguntas», dijo en voz baja. «Pero... ¿te han agredido sexualmente?».

Ella cerró los ojos ante el arrepentimiento en su mirada, sintiendo un dolor agudo en el ojo izquierdo, hinchado. La habían lastimado de todas las formas posibles, excepto esa. Ella negó con la cabeza, sin querer que él la llevara a ningún lado, especialmente a un lugar público. Él suspiró y pronunció una larga serie de palabras

en francés y, por alguna razón, eso lo hizo parecer más seguro para ella. El alivio que eso le produjo le provocó una oleada de lágrimas.

—Shhhh, está bien, ma-petite catin. —Le acarició la frente, y el repentino estruendo de un trueno la hizo sobresaltarse y aferrarse a su brazo—. Solo es la lluvia —la tranquilizó, dejándola abrazarse a él—. Aquí nada te hará daño, te lo prometo. ¿Cómo te llamas, Ma Petite? Nunca llegué a preguntártelo.

Ella tragó saliva, preguntándose por el arrepentimiento que había en su voz. —B-beth. Elizabeth Sweetling.

—¿Debería llamarte Beth?

Ella asintió con la cabeza, temblando ahora por todo el cuerpo.

—¿Tienes frío?

Ella volvió a asentir y se aferró más fuerte a su brazo cuando él se levantó.

«Voy a buscarte otra manta, no te dejaré sola».

Él esperó mientras ella luchaba consigo misma para soltarlo.

«Eres una chica valiente», le dijo cuando lo consiguió, acariciándole la frente de nuevo. Él se dio la vuelta y ella lo vio desaparecer tras la pared. Lo escuchó en otra parte de la habitación, hablando de la lluvia y de sus trampas de pesca y de cómo la había encontrado, del milagro que había supuesto.

¿Así que vivía allí y pescaba? Regresó con una manta, la sacudió antes de colocarla con cuidado sobre ella y luego la apretó alrededor de su cuerpo tembloroso.

«Voy a prepararte un té que te ayudará con el dolor, ¿te apetece?».

«Sí», respondió ella con voz ronca cuando el dolor de asentir con la cabeza se hizo insoportable.

«¿Te duele mucho, Ma Petite?».

Le secó las lágrimas que volvían a correr por sus mejillas y le hizo callar con un «shhh» cuando ella murmuró otro *«sí»*.

«¿Crees que tienes algo roto? Necesito saber algunas cosas», dijo, lleno de tierno pesar.

«No... no lo sé», respondió ella. «Quizás sí», dijo con esfuerzo, luchando por contener un sollozo y perdiendo la batalla.

«Ma Petite», le susurró con más ternura que nunca, acariciándole la frente. «Déjame prepararte un té, te ayudará».

Ella asintió con la cabeza. «¿Entonces puedo llamar a mi padre?».

«Lamento decirte que aquí no tengo buena cobertura. Si insistes, puedo coger el barco que está cerca de aquí y llamarle por ti».

Ella negó con la cabeza, no quería que él se fuera. «¿Mañana puedo ir contigo?».

«Podemos hacerlo si tú puedes».

Ella asintió y él regresó a lo que ella supuso que era la cocina, al otro lado de la media pared. Otro trueno sacudió la pequeña habitación, haciéndola temblar aún más. No quería cerrar los ojos y ver la pesadilla. No podría soportarlo.

El olor de la comida pronto llenó el aire y su estómago le recordó que llevaba días sin comer. Necesitaba usar todo lo que tuviera para evitar los flashbacks de la pesadilla. Su único salvavidas era él. Sahvrin Bishop. Qué nombre tan singular y qué hombre tan singular estaba resultando ser. Nada que ver con el *imbécil* de modales horribles que había conocido al principio.

Apareció con una taza y se sentó en la silla con ella. —Voy a ayudarte a incorporarte un poco para que puedas beber esto, ¿puedes hacerlo por mí? —le preguntó.

Ella asintió y Sahvrin deslizó el brazo bajo sus hombros y la levantó lo suficiente como para llevarle la taza a la boca. El aroma de la menta llegó a su nariz. Y el del limón.

«Bebe todo lo que puedas por mí, Ma Petite. Cuanto más, mejor, te ayudará. Perdona el sabor».

El primer sorbo cauteloso le trajo el recuerdo de haber sido estrangulada. Los gemidos luchaban por apoderarse de ella, y se concentró en tragar el líquido antes de que lo hicieran.

«Muy bien, Ma Petite», la elogió cuando se lo bebió todo. La recostó con cuidado y dejó la taza en el suelo. «Esto te aliviará el dolor y te ayudará a dormir». Volvió a acariciarle la frente y, de repente, esa sensación se convirtió en lo mejor del mundo.

«¿Sah...varin?».

—¿Sí?

Las palabras se le atragantaron en la garganta y las expulsó a la fuerza. —Gracias.

Él pronunció otra suave frase en francés y ella luchó por abrir los ojos, logrando entreabrirlos.

—¿Qué ha significado eso?

—He dicho que no hay por qué darme las gracias, pero que fue un milagro encontrarte.

Ella asintió con la cabeza mientras él la arropaba con suavidad. «No... te vayas».

Él le tomó la mano y ella la apretó con todas sus fuerzas. «No me iré. Estaré aquí».

Esta vez, cuando cerró los ojos, no pudo abrirlos. Vaya... lo que le había dado era increíble. Increíble. «No me dejes», logró decir, y entonces recordó que ya lo había dicho.

Sus cálidos dedos le acariciaron la frente. —No te dejaré, Ma Petite.

Había arrepentimiento en su profunda voz y ella se preguntó por qué. ¿Se culpaba a sí mismo? Esperaba que no.

Ma Petite. Lo repitió en su cabeza. «¿Qué significa eso?».

—¿Qué significa qué?

—Ma Petite.

«Significa mi pequeña».

Pequeña. E ingenua. Y estúpida. Ahora todas esas palabras le parecían sinónimos. Ella le había dado la razón en todo momento. «No soy... tan pequeña», era la única verdad que le quedaba y que no merecía la pena mencionar, pero lo hizo.

«Para mí eres solo una cosita», dijo él, sin dejar de acariciarle la frente.

«Me gusta tu té», murmuró ella. «Y... la colcha de tu madre es cálida. Y bonita».

«¿Cuántos años tienes, Ma Petite?».

Se preguntó por qué había dolor en su suave voz al hacer esa pregunta.

«Tengo... tengo veinticuatro años».

«No, no, noooo, seguro que no, Ma Petite», dijo él, con tono dubitativo.

Ella luchó por abrir los ojos, sin conseguirlo. «Lo sé... parezco mucho mayor».

Su risa grave la ayudó a levantar los pesados párpados, pero la sonrisa en sus labios y la luz en sus ojos marrones oscuros le hicieron olvidar lo que había dicho. Dios, era... «tan guapo».

Intentó avergonzarse al oír ese pensamiento balbuceado en voz alta, pero entonces su sonrisa se amplió y le indicó que no pasaba nada. Estaba muy colocada, se dio cuenta. ¿Qué había en ese té?

«Intenta dormir, Ma Petite. Yo me quedaré despierto mientras tú duermes».

Ni siquiera pudo asentir con la cabeza, ya que una cálida oscuridad envolvió su mente.

****

Sahvrin necesitaba aclarar sus ideas. Veinticuatro años. La misma edad que su hermana pequeña. Había pensado que no podía tener más de diecisiete años, ni un día más de dieciocho. ¿Cómo había acabado exactamente en esa situación? ¿Cómo había escapado? No podía preguntarle por qué no la habían violado, pero sin duda era algo que se preguntaba. No podía hacer nada más que esperar a que ella despertara y respondiera a esas preguntas, y ahora que sabía que era mayor de edad, eso le facilitaría las cosas.

Cuando ella estaba profundamente dormida, se subió a su barco y navegó hasta el punto de recepción, a una milla de distancia, sin que el aire limpio de la noche calmara en absoluto su sed de sangre. Veinticuatro*, joder*. ¿Estaba sola? ¿Había más chicas con ella?

Una vez allí, abrió el chat grupal con sus hermanos y Pah-Pah y escribió. *Esta noche, encontré tráfico en el pantano. Dejaron caer algo, o algo escapó. Mantengan los oídos bien abiertos y busquen a cualquiera que esté buscando a personas desaparecidas con el nombre de Elizabeth Sweetling. Vendrán a buscarla*. *Lazure, esta podría haber sido nuestra hermanita. Te llamaré y concertaré una*

reunión en The Weigh Station. Se quedará conmigo hasta que decidamos qué hacemos.

Pulsó enviar y comprobó si tenía algún mensaje. Vio uno de Juliette y lo abrió. *Hola, hermanito, ¿vas a venir a la fiesta, verdad? Tengo una amiga que quiero presentarte.*

«Mon Dieu», murmuró mientras escribía. *No, si me estás tendiendo una trampa, no. ¿Mah-Mah y Pah-Pah te han encargado este trabajo, petite soeur?* Desde que se levantó su código de celibato de doce años, habían estado ocupados tratando de encontrarle el amor. Pero a menos que el amor lo persiguiera y cayera directamente en su regazo, él no lo buscaría.

Empezó un nuevo párrafo en su teléfono, mirando brevemente a su alrededor. *Escucha. He encontrado tráfico sospechoso en el pantano*, *no muy lejos de aquí*. *No vayas a ningún sitio sola hasta que averigüemos quién es. Este lugar es mortal, ¿me entiendes, petite soeur?*

Pulsó enviar y esperó un rato a ver si recibía alguna respuesta. Recordó los moretones que cubrían todo su cuerpo y pensó que necesitaba ropa. Entonces recordó el modesto vestido negro con el que la había visto por primera vez y su brillante sonrisa, seguidas de su dolor y su enfado cuando él se había comportado como un idiota.

Esta vez abrió el buzón de Lazure. *Necesita ropa. Trae todo lo que puedas de Juliette, son más o menos de la misma talla. Trae también a Mah-Mah para que le examine las heridas.* Necesitaba examinarla más de cerca y necesitaba a una mujer para hacerlo.

La tormenta arreció y guardó el teléfono en el bolsillo, luego puso en marcha el barco. Ella necesitaba pomadas para sus heridas. Más analgésicos. Comida. Necesitaba comer y descansar, y eso era todo.

Varias horas más tarde, un coubion de pescado fresco hervía a fuego lento con todas las hierbas medicinales que pudo encontrar a mano. Preparó otra mezcla de su té y lo dejó reposar. Le vendría bien un baño caliente, pero solo tenía una ducha.

Otra ronda de gemidos le indicó que necesitaba más medicina. Se acercó a ella y ahuyentó a los demonios con un dedo

sobre su frente. Merci Dieu, parecía funcionar siempre. Dormida, parecía más pequeña que nunca. Pero definitivamente no era una niña y él debía tener cuidado. La mirada en sus ojos cuando lo llamó guapo no era la misma que tenían normalmente las mujeres, sino la que una adolescente enamorada podría tener con su salvador. Solo que ella no era una adolescente, sino una mujer traumatizada y propensa a la vulnerabilidad.

Tenía que despertarla para darle más té y ver cómo se encontraba. En algún momento, necesitaría hacer sus necesidades, y Mon Dieu, no le apetecía nada eso.

****

Llegó la primera luz del amanecer y preparó una taza de su té especial con un plato de comida caliente, luego acercó una mesita junto a la cama y se sentó. Le tocó cuidadosamente el hombro y la llamó suavemente: «Ma Petite». Lo hizo varias veces, sin querer asustarla. Finalmente, ella se despertó con un grito ahogado y él le acarició la frente, haciéndole callar. «Soy Sahvrin, Ma Petite. ¿Tienes hambre?».

Ella gimió e intentó levantarse, jadeando de dolor.

«No, no, no, no intentes moverte», le reprendió suavemente.

«Necesito... necesito hacer pis», dijo entre jadeos temblorosos. Incluso en su estado, tenía suficiente autoestima como para sentirse avergonzada. Eso era una buena señal, pensó él.

«Te ayudaré a ir al baño».

Ella negó con la cabeza incluso mientras le cogía la mano.

«Te llevaré al baño y terminarás, ¿sí?».

«Mi ropa», dijo ella, preocupada.

—No voy a mirar. Tengo una hermana de tu edad, así es como te veo, ¿de acuerdo? Y tengo ropa que te daré para que te pongas después de que te ocupes de tu emergencia.

Ella asintió, aparentemente desesperada, así que él le quitó la manta y la levantó, obligándose a no pensar en los moretones que cubrían todo su cuerpo. Mon Dieu, ¿qué coño le habían hecho? ¿Y por qué lo habían hecho, si tenían intención de venderla?

—Te dejaré en el baño y tú lucharás el resto del camino, ¿de acuerdo? Eres una luchadora, ¿verdad, ma-petite?

Él captó su asentimiento mientras la colocaba con cuidado en el pequeño cuarto de baño. «El toallero es resistente, puedes agarrarte a él».

—Sí, date prisa.

Salió del baño, cerró la puerta y soltó un suspiro.

—Vete —le suplicó ella angustiada.

«Voy a salir de la casa», le respondió él, saliendo apresuradamente. «Llámame si me necesitas».

Sacó su teléfono y volvió a comprobar si tenía mensajes. A veces, cuando el tiempo estaba despejado, tenía cobertura. Pero lo más probable era que no vieran los mensajes hasta dentro de unas horas. Sin duda, estarían todos borrachos. Sahvrin se acordó de la ropa y volvió corriendo al interior, rebuscando en sus cajones. Unos pantalones de franela y una camiseta tendrían que valerle.

—Ma Petite, tengo aquí algo de ropa para ti —gritó en voz alta—. La dejaré en el suelo junto al baño, ¿vale?

«Gracias», respondió ella tras unos segundos, con voz débil. «Quiero... coger... Por favor».

Se acercó a la puerta. —¿Puedes repetirlo?

«Una ducha, por favor».

Mon Dieu, ¿ya? «¿Podrás hacerlo?».

«Creo que sí», apenas la oyó decir.

«Dejaré la ropa aquí en el suelo».

«Gracias».

Se quedó de pie, tenso ante la idea de que ella intentara hacer algo así tan temprano. «Tengo comida y medicinas para ti cuando termines. Tómate tu tiempo y no te hagas daño. Llámame si tienes algún problema».

Él captó su «Sí» y asintió con la cabeza, dejando la ropa en el suelo. «Ahí tienes todo lo que necesitas. Las toallas, si no llegas, llámame».

Se apresuró a subir al barco y salió de la cala, acelerando hacia el lugar de recepción. 15 mensajes nuevos.

Abrió la pantalla principal. Dos de su hermana, uno del grupo y varios de cada uno de sus hermanos y de su Pah-Pah.

Empezó por sus hermanas, preocupado por ella. *¿De qué tipo de «foso de serpientes» «extranjero» estamos hablando? No traeré a mi amiga si prometes venir en persona y contármelo todo. Echo de menos tu cara peluda.*

Sahvrin se acarició distraídamente la barba corta y abrió el mensaje del grupo.

Lazure: *Hablaremos cuando vengas hoy. No des muchos detalles.*

Fue a la casilla de cada hermano y encontró más o menos lo mismo. Preguntas sobre detalles y advertencias para que tuviera cuidado, todas terminando con que lo verían más tarde ese día. ¿Y cómo se suponía que iba a dejarla? ¿Debería traerla?

No. No podía. Tendrían que encontrarse cerca de su casa.

Decidió darle el mensaje a su padre. *No puedo ir. Estoy cuidando a la pequeña serpiente y no puedo dejarla sola. Quedemos en el muelle de Bayou Boudin, junto a mi pequeña cabaña. Dile a mis hermanos que tengo que volver. Estoy en el punto de recepción. Fija la hora y allí estaré.*

Su teléfono sonó poco después de enviar el mensaje.

Lo contestó. «Lazure».

«Sahvrin, ¿qué ha pasado?».

«Estaba revisando las trampas cuando la encontré».

«¿Es una niña?».

—Una chica. Una mujer joven —corrigió—. Veinticuatro años. Le han hecho mucho daño. Pero, por alguna razón, no ha habido agresión sexual. —Y... —Se quedó callado unos segundos, con la rabia ardiendo en su interior.

«¿Qué?».

—La conocí hace un par de días, el mismo día que salimos de la reunión en el Roulettes. Me pidió ayuda y yo fui un maldito imbécil, así es como me llamó, y tenía razón. Yo no...». Se dio cuenta de que estaba a punto de poner las mismas excusas estúpidas que había estado repitiendo. «Dejé que esto sucediera. Ella era ingenua, yo lo vi, y la dejé entrar en la guarida del diablo».

«¿Qué podrías haber hecho?».

«Acompáñala, no sé, haz algo más que ser un cabrón. Soy responsable de mis actos y *no* fueron honorables, Lazure».

Permaneció en silencio durante unos segundos antes de suspirar. «Eres responsable de tus palabras y acciones, pero más allá de eso, no lo sabemos, simplemente no lo sabemos. Encontraremos al responsable. Esto no puede volver a suceder en nuestra tierra».

«De acuerdo».

«¿Estamos seguros de que es lo que pensamos?».

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor. —Necesito hacer más preguntas. Se está duchando y no sé cómo, con lo maltrecha que está. Esto dice algo sobre ella, ¿no?

«Qui», dijo en voz baja antes de suspirar: «Mon Dieu, Sahvrin. ¿Cuándo sabrás cómo sucedió esto y qué sucedió exactamente?».

Una ira familiar apretó las entrañas de Sahvrin al oír la fría dureza en la voz de su Pah-pah. La vida se había calmado mucho desde la guerra contra los demonios del pantano quince años atrás. Hacía toda una vida y, sin embargo, parecía ayer. —Lo averiguaré en la próxima hora.

—Llámame cuando lo sepas y nos veremos después en La Estación de Pesaje. Creo que tenemos que reunir a La Horda.

CAPÍTULO 3

Beth permaneció inmóvil bajo el agua caliente, sumida en la agonía. Sentía que si se bañaba y se lavaba, eso eliminaría parte de la pesadilla que manchaba sus poros. Por eso valía la pena soportar el dolor.

Tardó treinta minutos solo en lavarse el pelo, con descansos cada pocos minutos. El aroma cítrico y mentolado del jabón parecía limpiarla por dentro, y no pudo evitar lavarse el pelo con él por segunda vez. Aprovechó la espuma del segundo lavado para cuidar el resto de su cuerpo. Al sentir los bultos y protuberancias por todo el cuerpo, una repentina avalancha de sollozos le subió por el pecho.

No más, no más, no más, por favor. Tenía que seguir adelante. Ponerse bien. Dejó que sus pensamientos se aferraran a Sahvrin. Sahvrin, su extraño salvador. ¿Dónde estaba? Dios, tenía razón, fue un milagro que la encontrara. Pensó en el tono tierno de su voz, en las palabras cariñosas que le decía. En lo guapo que era. Muy guapo. Muy, muy guapo.

No era bueno obsesionarse con él, pero era la única distracción que tenía. Mientras lo recordara, podría proteger sus emociones. Era lo único que su profesor de la universidad le había inculcado: no pierdas el control de tus emociones. Úsalas, pero devuélvelas siempre al lugar al que pertenecen. Psicología 101.

Volvió a pensar en Sahvrin. ¿Qué edad tenía? Quizás treinta y tantos. Tenía una hermana de su edad. Así era como él la veía, según le había dicho.

Para cuando logró lavar cada centímetro de su dolorido cuerpo, había terminado en algunos rincones extraños con él. Podría haber pensado que era religioso si no fuera por su primer encuentro con el hombre del obispo malvado. Por otra parte, su ira había sido casi justa, si no de sentido común. Podría ser una especie de... sacerdote del pantano. ¿Acaso existía tal cosa?

Pronto le haría más preguntas y ella estaba lista para darle todas las respuestas que sabía.

—¿Ma-Petite?

Su estómago se estremeció al oír su voz profunda pero suave. —¿Sí?

—¿Estás bien?

Dios, ni mucho menos. —Voy a salir ahora mismo.

«Te calentaré la comida y el té».

Él había cocinado para ella. O simplemente había cocinado. Había preparado ese té para ella. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Buscaba cosas que significaban más de lo que realmente significaban. Tomó nota. Le pagaría por todo. Tenía mucho dinero y, por el aspecto de su casa, parecía que él lo necesitaba. Aunque no parecía que le faltara nada. Tendría que encontrar una forma de pagarle, una que él aceptara.

También tenía que llamar a su padre. Una vez que lo hiciera, se centraría por completo en su recuperación. Era víctima de un crimen horrible, esa era su realidad. Muchas mujeres lo eran cada día y lo superaban. Ella haría lo mismo. Día a día. Entonces él vería que no era una niña, sino una mujer fuerte y decidida a aprender de sus errores. Una mujer madura, fuerte e independiente. Le gustaría mucho recuperar al menos algo de integridad.

Para cuando llegó a la parte de vestirse, su fuerza de voluntad se había desplomado. Le costaba recordar por qué tenía que soportar el dolor.

Concéntrate. No te detengas ahora.

Miró la ropa que había arrastrado con el pie hasta el suelo. Utilizó los dedos de los pies como pinzas y, lentamente, levantó la camiseta blanca y la agarró con la mano. Otros treinta segundos y se la puso por la cabeza. Aspirando el aroma, cerró los ojos y se dejó llevar por el olor. Casi como... tierra fresca, limpia, con aroma a menta y.… algo más que no reconocía. Olía de maravilla. Le preguntaría qué tipo de detergente usaba. Si podía llevarse algo bueno de su experiencia aquí, que fuera este olor. Compraría un suministro para toda la vida.

Los pantalones de franela eran un poco ásperos, más que la camiseta. Definitivamente, él no usaba suavizante en la colada. Pero no eran tan ásperos como para molestarla. Le entró un ligero pánico al recordar que no tenía sujetador ni bragas limpios. La idea de ponerse los sucios le ponía los pelos de punta. Pero era todo lo que tenía, al menos tenía que lavarlos.

Lo último en la interminable lista de tareas imposibles era su pelo. Se miró en el pequeño espejo sobre el lavabo y se quedó sin aliento al verlo. Dios mío, qué desastre estaba. Su pelo, su cara. Inclinó la cabeza, tratando de verse por primera vez. Era difícil ver nada alrededor de la hinchazón y la decoloración. ¿De verdad la veía como una adolescente adulta? Sinceramente, pensaba que parecía mayor de lo que era.

Bajó la mirada hacia su pecho, donde sus pezones, nada infantiles, se marcaban contra la tela. Dios mío, eso no iba a funcionar. Lavaría el sujetador y se lo pondría mojado. No iba a permitir que la tomaran por una vagabunda distraída que iba por ahí enseñando los pezones. Conocía a ese tipo de chicas, las había visto antes en su propio círculo de amigos en la universidad.

Volvió a ocuparse de su pelo mientras su sujetador y sus bragas se empapaban en el lavabo. Miró en el pequeño armario y encontró una bandeja de madera con un pequeño peine negro. Probablemente lo perdería entre su pelo y necesitaría su ayuda para sacarlo. Ni hablar.

Al mirarse en el espejo, su melena larga hasta la cintura le pareció de repente muy estúpida. Parpadeó para contener un torrente de lágrimas ardientes y estabilizó su respiración entrecortada mientras se pasaba los dedos por el pelo. Le pareció que tardó treinta minutos en desenredar todos los nudos importantes.

—Solo vengo a ver cómo estás, Ma Petite —dijo él suavemente desde la puerta, haciéndola sobresaltarse.

—Ya casi termino. Lo siento —dijo ella, con la voz temblorosa, como el resto de su cuerpo. Se agarró al lavabo y cerró los ojos mientras el dolor recorría como descargas eléctricas todos sus

músculos y más. Se dio cuenta de que ahora estaba sudando. Era una estupidez.

Escurrió con cuidado el agua jabonosa de la ropa interior, la volvió a meter en el cubo y repitió la operación. Dejó salir el agua y volvió a llenarlo, enjuagando hasta que el agua salió clara. Escurrirla se convirtió en una broma rápida. No tenía fuerzas. Por piedad. Tendrían que secarse sobre su cuerpo.

Levantando lentamente la camiseta, luchó con todas sus fuerzas para envolver el sujetador y abrocharlo. «Oh, Dios», jadeó, después de conseguirlo. Apoyó los antebrazos y la cabeza contra el espejo mientras veía manchas negras bailando ante sus ojos.

Cinco minutos más y ganó la batalla del sujetador. Solo le quedaba volver a meter los brazos en la camiseta. Las bragas podían esperar. Las dejaría secar en algún lugar discreto.

Cuando por fin terminó, se dio cuenta de que necesitaba orinar, y la idea le hizo llorar. Al bajar el cuerpo hasta el inodoro, su fuerza de voluntad volvió a cero. Luchó contra las ganas de llorar, sacudiendo lentamente la cabeza con los ojos cerrados. *No más llanto. Ahora no. Quizás más tarde, en la cama, pero no ahora, cuando está a punto de enfrentarse a Sahvrin.*

Mientras se dirigía al inodoro, reprimió y contuvo el dolor en los costados y las costillas. Dios mío, Dios mío. Había perdido la cuenta de cuántas veces le había dado patadas aquel hombre. Seguro que le había roto algo. O fracturado.

Por fin, cuando terminó, agarró el pomo de la puerta del baño y giró. Se agarró al marco de la puerta mientras esta se abría.

—¡Ma Petite! —dijo él, corriendo hacia ella—. Lo has conseguido. El orgullo en su tono de voz de repente valió cada gramo de agonía. —Eres toda una luchadora —dijo a su lado, agarrándola del brazo—. Déjame ayudarte.

En el momento en que cambió el marco de la puerta por su brazo, sus piernas se doblaron. Como si esperara exactamente eso, la cogió en brazos de nuevo. —Lo siento, yo...

—No te disculpes —la regañó, esta vez con voz más firme mientras la llevaba rápidamente a la cama—. Ya has hecho demasiado. ¿Tienes hambre?

—Sí —dijo ella, haciendo un gesto de dolor a pesar de que él la acostó con mucho cuidado en la cama.

—Tengo tu comida, te daré de comer.

«Puedo... probablemente me las arreglaré».

Él se giró, volvió a acercar la mesita junto a la cama y se sentó. —Ahhh, debería haberte sentado.

Ella comenzó a moverse, sintiendo que tal vez podría levantarse apoyándose en el codo. Él la ayudó hasta que volvió a sentarse. Probablemente fuera mejor, ya que el dolor se había convertido en un latido constante en su hombro derecho. Lentamente, ella extendió la mano hacia el cuenco, con la intención de no parecer una inválida, pero él negó con la cabeza.

«Déjame, Ma Petite. Te has esforzado demasiado».

Ella lo miró fijamente, dividida entre no querer parecer débil y darle lo que él parecía necesitar. ¿Por qué lo necesitaba? *Porque le recordabas a su hermana pequeña.*

Ella puso las manos en su regazo, cerró los ojos brevemente y, cuando los abrió, él dijo: «¿Amén?».

Él pensó que ella había rezado. La idea de que él era un hombre religioso volvió a ella y bajó la cabeza. «No, yo... debería haberlo hecho. Ahora lo hago», añadió, cerrando los ojos y dando gracias a Dios por todo. No era material para monja, pero se esforzaba por ser una buena persona. «Amén», murmuró, al darse cuenta de que él la observaba con una pequeña sonrisa que la incomodaba. «¿Qué?».

Él negó con la cabeza y la bajó, removiendo su comida. «Nada, Ma Petite. No es importante». Puso fin a la posible discusión presentándole una cucharada de comida. Su estómago tomó el control y ella abrió la boca con cuidado y dio un bocado. Ni siquiera el dolor en el labio y la mandíbula rotos pudieron evitar que un desesperado «mmmmm» se le escapara de la garganta. Cerró los ojos, saboreándolo, pero al tragar sintió otra oleada de agonía y flashes de estrangulamiento. Se obligó a retener la comida mientras esperaba otro bocado. Se aferró a sus perfectos y carnosos labios con toda su fuerza de voluntad, como si fueran un salvavidas.

«¿Te gusta?».

Ella dio otro bocado y volvió a emitir un «mmm» más fuerte que antes mientras asentía con la cabeza. «¿Qué es esto?». Había pescado y otra carne.

—Coubion de pescado y salchicha. —Lo removió y le llevó la cuchara a la boca de nuevo—. La trucha es fresca y la salchicha la hace mi padre. Carne de vacuno y pollo. El resto lo cultivo yo mismo, todas las hierbas y verduras.

Vaya, ¿él cultivaba sus propios alimentos? Asombrada, comió el bocado, sin recordar haber disfrutado nunca tanto de una comida como de esta. ¿Era porque todo su apetito estaba hambriento y se saciaba de golpe? Sin duda. Tomó el siguiente bocado, sin preocuparse por nada más. No podía controlar nada de eso. Era lo que era, y ella disfrutaría de las cosas buenas cuando llegaran.

Cuando terminó el cuenco, él le ofreció una taza azul con aspecto metálico. «Tu té, ma chère».

Ella no dijo nada mientras lo bebía de un trago y terminaba con un gran suspiro. Con los ojos cerrados, comenzó el proceso de recostarse, más que lista para dormir. Agradeció que él le rodease los hombros con el brazo mientras la ayudaba en la agonizante hazaña. «Gracias», logró decir finalmente después de recostarse con el mundo dando vueltas a su alrededor. «Por todo».

«Es lo menos que puedo hacer», dijo él en voz baja. El roce de su cálido dedo sobre su frente le pareció celestial. «Ma Petite, debería dejarte dormir, pero necesito hacerte algunas preguntas».

Ella intentó asentir. «De acuerdo».

Notó que él se sentaba en la cama, feliz de que se quedara cerca. «¿Cómo te metiste en esta terrible situación?».

La pregunta parecía más grande que la vida y complicada. ¿Qué la había llevado a esos momentos finales de estupidez que condujeron al secuestro? Era mucho más que una decisión o un giro equivocados. «Siempre quise visitar Luisiana», dijo, empezando por ahí, ya que parecía aplicable. «Mi padre nunca quiso que lo hiciera. Luchó contra mí hasta el día en que me fui. Quería que fuera a *París* con él. Supongo que pensaba que eso era más romántico para su pequeña, pero yo no era como la mayoría de las chicas, soñaba con venir al famoso Festival del Cangrejo desde que hice un trabajo para

el colegio cuando tenía catorce años. Mi padre *odiaba* que yo quisiera vivir aquí. ¿Qué otra cosa podía hacer una buena hija sino no hacerle caso?».

Lágrimas silenciosas de remordimiento rodaron por sus mejillas. «Al final, mi padre me rogó que me llevara a una amiga. Ahora me doy cuenta de que solo estaba preocupado. Pero... quiero pensar que hice bien en no hacerlo, porque ella podría haber...». Tragó saliva y se concentró en lo que tenía que contar. «Iban a venderme», recordó. «Al mejor postor. Una... virgen», añadió, odiando tener que dar información tan personal. Quería preguntarle cómo sabían que era virgen, pero le preocupaba lo que él pensaría de una mujer de veinticuatro años que lo fuera. Ahora se daba cuenta de lo estúpido que era preocuparse por eso.

«¿Puedes contarme cómo escapaste, Ma Petite?».

Agradeció que la pregunta se alejara de la humillante revelación de su virginidad. «Encontré algo en el barco en el que estaba y conseguí cortar la cuerda que me ataba los tobillos y luego las muñecas. Esperé a encontrar un lugar para escapar al agua». Abrió los ojos al recordar el terror que sintió en ese momento de su huida. Se concentró en su hermoso rostro. «Me metí en el agua... muy silenciosamente. Y nadé bajo el agua todo el tiempo que pude aguantar la respiración. Cuando salí, él estaba lejos, y nadé hacia los árboles. No dejé de nadar...».

«Shhh, no llores, Ma Petite. Lo conseguiste, ¿verdad? Y yo te encontré».

Ella asintió con la cabeza, cerrando los ojos mientras luchaba contra el temblor de sus labios. «Tenía tanto miedo de que volviera y me encontrara», dijo con voz entrecortada por la constricción de su garganta magullada. «Cuando no lo hizo, me asusté de morir allí fuera o de que me comiera un caimán. Creo que podía oírlos a mi alrededor. Esa era mi suerte en ese momento», dijo entre respiraciones, llevándose una mano a los ojos mientras él le acariciaba el pelo. «Y entonces llegaste tú», bromeó antes de soltar un sollozo. «De alguna manera, estabas allí y me salvaste. Ya habías intentado salvarme antes y yo no te hice caso», dijo con voz entrecortada.

Sus «shhhh» nunca habían sido tan bienvenidos como cuando tomó su mano entre las suyas y la acarició repetidamente mientras ella lloraba.

«Ahora estás a salvo, Ma Petite chère». La repentina calidez de sus labios presionados contra el dorso de su mano golpeó el caos que había dentro de ella. Eran pequeños besos que probablemente le daría a una niña angustiada, oh Dios, su mente se centró en la sensación de esa parte perfecta de él presionando tan suavemente contra su piel. Todo lo relacionado con este lado suyo era tan contrario al hombre que había conocido originalmente. Y el agonizante hambre que despertó en ella trajo nuevos dolores y anhelos que cortaban mucho más profundo que los físicos.

****

Sahvrin luchó consigo mismo y con la necesidad de aliviar su agonía y su dolor. Quizás no debería haberle besado la mano, pero le había parecido lo correcto y necesario para ella. Tendría que hacerle más preguntas más tarde. Se había excedido en su visita al baño y el té ya estaba surtiendo efecto. Colocó su pequeña mano junto a ella, acariciándola por última vez, y juró encontrar a las personas que le habían hecho esto y darles la muerte más horrible que pudiera imaginar.

Una virgen. Era una sorpresa para su edad, pero no para su personalidad. Tenía un espíritu tan inocente y puro, un señuelo perfecto para esa maldad. No podían cazar a esos demonios lo suficientemente rápido.

Después de comer, pensó en sus siguientes pasos. Reunirse con sus hermanos y Pah-Pah o dormir un poco. Se había quedado despierto toda la noche, como había prometido, velando por ella, y el cansancio le había quitado las fuerzas de los músculos. Aún no tenía todas las respuestas que quería. Solo necesitaba dos horas y, cuando ella se despertara, volverían a hablar. Luego se reuniría con su padre y sus hermanos más tarde, cuando ella volviera a descansar.

Un momento después, oyó el sonido de un barco, cogió rápidamente su arma y salió corriendo. Se le revolvió el estómago al

ver el barco de Lazure. Merci Dieu, su Mah-Mah no había perdido tiempo en venir a ver cómo estaba.

Ayudándola a bajar del barco y abrazándola, le explicó todo lo que sabía hasta el momento y lo que no sabía mientras se apresuraban hacia la casa. Ella intentó que se quedara fuera, pero él insistió en entrar para asegurarse de que no estuviera asustada.

Le costó varios intentos conseguir que recuperara la mitad de la coherencia. «Ma Petite», le susurró. «Mi madre está aquí para ver cómo están tus heridas, ¿vale? Te tocará por todas partes y no quiero que tengas miedo. ¿Lo entiendes?».

«Estoy... no estoy vestida», murmuró ella.

«Llevas ropa puesta», le recordó él mientras le acariciaba la frente arrugada por el estrés.

«Quiero decir... no... necesito vestirme... mejor...».

Mon Dieu, le preocupaba la impresión que causaría a su madre. —A Mah-Mah no le importan esas cosas.

Ella extendió la mano y la dejó caer hacia él. —Pero... a mí sí...

«Shhhh, no debes preocuparte por eso. Necesito que te examine, ¿puede hacerlo?».

Ella finalmente asintió y él se puso de pie, mirando a su madre, que observaba a Beth con expresión angustiada, fijándose en su maltrecho estado.

Ella volvió la mirada hacia él, le puso una mano en el brazo y asintió. «Lo estás haciendo perfectamente», le susurró, sabiendo de alguna manera lo que le preocupaba antes de enviarlo fuera en silencio.

Esperó fuera con Lazure, concentrándose en comunicarle sus planes anteriores. Los sonidos de su Petite llorando lo paralizaron, y su padre le impidió entrar. «Tu Mah-Mah sabe lo que hace, déjala».

Se obligó a obedecer, incapaz incluso de hablar, mientras los sollozos desgarradores de ella lo invadían por completo hasta que ardió en una ira que sabía que nunca se calmaría.

****

Después de que su Mah-Mah saliera de la casa, Sahvrin estaba fuera de sí por su inutilidad. «Está durmiendo y está bien».

«¿Qué has encontrado?», preguntó, preparándose para lo peor.

«No creo que haya nada roto. Fracturado, sí». Le entregó una hoja de papel en la que le mostraba todas las lesiones en un diagrama esquemático que había dibujado. Ver el alcance de los daños en esa lista le revolvió el estómago.

«Todo lo que necesitas para ella está aquí. Hay ropa y medicinas», dijo ella mientras él leía la lista. «No sabía qué esperar, así que traje más de lo necesario. Está todo en la bolsa que hay sobre la mesita. Si necesitas algo, llámame».

«Gracias, Mah-Mah», dijo él, abrazándola para despedirse. Ella lo abrazó con fuerza y le acarició la espalda con la mano.

«Eres un hombre tan bueno, hijo», dijo ella. «Y ella es una chica muy fuerte. Solo necesita tiempo, buena comida, medicinas y mucho descanso». Le acarició la cara con ambas manos y el afecto le puso la piel de gallina. No llevaría esa sonrisa radiante si supiera lo que había hecho con ella antes de que la secuestraran. Quizá lo sabía y no le importaba. Bueno, a él sí le importaba y siempre le importaría.

—Gracias de nuevo —dijo él, desesperado por ir a ver cómo estaba ella.

Ella lo miró y dijo: «Ve», como si viera que lo necesitaba. Él no intentaba ocultarlo. No creía que pudiera hacerlo aunque quisiera. Simplemente sabía que su trabajo era recuperarla y protegerla mientras eso sucedía, y que nadie más podía hacerlo. Ni siquiera su madre.

CAPÍTULO 4

Sahvrin se acostó en el sofá para dormir un poco y no ser inútil. Cuando se despertó y miró desde el sofá hacia su cama, la encontró vacía. Le entró un pánico repentino y se levantó de un salto, corriendo al baño. Llamó a la puerta. —¿Beth?

Al no obtener respuesta, miró a su alrededor y corrió hacia la puerta principal. «¡Mon Dieu!», exclamó al verla sentada al final del muelle. Pero llevaba un vestido amarillo y se preguntó si estaba soñando o viendo una visión. «Ma Petite, ¿estás bien?», le gritó mientras se acercaba.

Ella solo giró el perfil desde donde estaba sentada y asintió antes de volver a mirar al mar. Él se sentó a su lado, sorprendido y preocupado. «¿Has tenido una pesadilla?».

Ella lo miró y negó con la cabeza. «De hecho, me siento mucho mejor», dijo, con tono de alivio. «Quería tomar aire fresco. Supongo que tu té está funcionando. Y la comida».

«Ahhh, mercie Dieu», dijo él con alivio, aún con ganas de tocarla para asegurarse de que no estaba soñando. Recordó que su Mah-Mah había traído ropa y soltó un suspiro. «Te has cambiado».

Ella bajó la mirada. «Encontré la ropa que trajo tu madre. *Me encanta* este vestido».

«Pensé que eras un ángel», dijo él, al ver que ella podría estar preocupada por lo que él pensaba. El arriesgado comentario dio sus frutos con su risa genuina. Miró hacia la cala y se dio cuenta de que era por la tarde. «Mon *Dieu*, me quedé dormido».

—Lo necesitabas —dijo ella, mostrando su preocupación—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? Nunca he visto un lugar más hermoso. Es como otro mundo.

Él observó la expresión de su rostro maltrecho y la sinceridad de su voz mientras ella contemplaba su paraíso. «Toda mi vida, Ma

Petite», dijo, mirando hacia donde el sol iluminaba el agua más allá de su pequeña cala. «Me alegro de que te guste».

«Me encanta», dijo ella. «Es tan diferente de donde vivo».

Él la miró, recordando. «Ah, sí, eres una princesa de hielo, si no recuerdo mal».

«Te acuerdas», dijo ella, sonriendo un poco, como si eso la hiciera feliz. «Mucho frío y nieve».

«Mon Dieu, yo no sobreviviría».

Ella esbozó una pequeña sonrisa y se llevó el dedo a la herida del labio.

«Te he puesto grasa de cocodrilo en las heridas mientras dormías, espero que no te importe». Ella lo miró con curiosidad y él se echó a reír. «Te estoy tomando el pelo, Ma Petite. Solo son hierbas y aceites que dejó Mah-Mah».

Ella se puso seria. «Vino», dijo. «Pensé que lo había soñado».

«Le pedí que viniera a verte. Me pareció que era mejor que lo hiciera una mujer».

Ella lo miró solo un segundo. «Qué detalle. Gracias». Añadió una pequeña sonrisa. «Pensaba que tu Mah-Mah era un ángel y que yo me estaba muriendo. Es muy amable, gentil y hermosa. Como tú». Él luchó por no reírse de sus palabras y de su angustia. «Amable como tú, quería decir. Y gentil. No es que tú no seas... guapo...».

Entonces soltó una carcajada. —Ma Petite, te estás cavando tu propia tumba con esto.

«Sí», jadeó ella, aparentemente contenta de que él no se molestara.

Y él no lo estaba, al menos no como ella probablemente pensaba. Nunca había conocido a una persona como ella y le fascinaba más esa diferencia que cualquier otra cosa.

Ella se tocó el labio con el dedo, lanzándole miradas tímidas. «¿Por eso es mucho mejor?».

«La receta de mi abuela. Sin duda, es buena».

—Quiero compensarte por toda tu ayuda.

«¿Recompensarme? Mon Dieu, así no es cómo funciona».

Ella lo miró, aparentemente confundida. «Entonces... ¿cómo funciona para que pueda recompensarte?».

No pudo evitar reírse ante su sinceridad. «No se devuelve algo así», dijo, preguntándose cuáles serían las costumbres de su lugar de origen. «¿Esperas que te paguen por salvar la vida de alguien en tu país, Ma Petite?».

La mirada aguda que ella le dirigió le recordó a la mujer con ese orgullo y ese espíritu con la que se había topado aquella noche. —No, por supuesto que no. Supongo que «devolver» no fue una buena elección de palabras. ¿Cómo puedo... hacer algo bonito para darte las gracias?

—No quería insinuar nada malo por tu parte —le aseguró con una sonrisa, gustándole ese carácter luchador que tenía ella—. Sé que las costumbres pueden ser diferentes. —Hizo un gesto con el brazo a su alrededor—. ¿Respirar el aire fresco de mi paraíso es un buen regalo para mí? —La observó un momento—. Me estás recompensando cada segundo que respiras. Ahora soy rico.

Ella bajó la cabeza y él se fijó entonces en la diferencia de su cabello. «Tienes mucho pelo, Ma Petite, ¿cómo te las arreglas?».

La mirada preocupada que ella le dirigió le hizo reír.

«Me refiero a que se mete por todas partes cuando intentas... vivir y esas cosas», explicó. Se veía muy diferente con el cabello limpio. No tenía nada de infantil.

«Normalmente lo llevo recogido de alguna forma. O trenzado».

«¿En serio?», dijo él, sorprendido. «En el Polo Norte, creo que querrías dejar que esa hermosa melena te cubriera».

Ella se río y él la señaló. «¿Ves, Ma Petite? Me das más pagos con tu alegría».

Ella negó con la cabeza y miró hacia el agua. «Eres demasiado amable, Sahvrin».

—Cuando no estoy siendo un capullo —asintió él, mirándola, necesitando ver qué pensaba ella de eso.

Ella pudo haber sonreído antes de murmurar: «Y un capullo de obispo, además».

Ese comentario tan valioso le arrancó una carcajada. «Mon Dieu, tienes más razón de lo que crees».

Ella lo miró, sonriendo con timidez. «Pensé que, de todas las personas a las que podía acercarme, tú parecías la más segura, ya que vestías muy bien».

Él pensó en cómo decirle la verdad sin asustarla. «No soy malo. No en el sentido en que tú lo imaginas».

«¿En serio?», dijo ella, sonriendo. «¿En qué sentido eres malo?».

Su tono y su mirada incrédulos lo hicieron arrepentirse de todos sus pecados solo para que su mundo fuera tan puro como ella lo veía. «Solo soy malo con la gente mala», dijo, sintiendo que la había mancillado con su confesión.

«Así que eres un obispo malvado que hace cosas malas a la gente mala».

Él miró fijamente el agua que se extendía bajo sus pies, incapaz de mirarla a ella. «Algo así, sí».

«Y eres malo con las mujeres estúpidas», añadió ella.

Sus palabras lo golpearon. «Mon Dieu, me *destrozas*».

—¿Qué? No —exclamó ella—. Yo... estaba bromeando, sé que estabas enfadado por lo tonta que fui. Tenías razón para estarlo, y ojalá lo hubiera entendido y... hubiera tomado más precauciones.

«No debería haberte dejado sola, Ma Petite», dijo, forzando las palabras a salir a pesar del odio que sentía hacia sí mismo. «Lo que hice fue imperdonable».

«Dios mío, no, por favor, no puedes hacer eso, no puedes culparte por mi estupidez».

«Eras inocente e ingenua». Y dulce y amable.

«¡Tengo veinticuatro años!», exclamó ella. «Debería haber tenido más sentido común, no te atrevas a decir lo contrario. Y vale, podrías haber sido más amable y haberles puesto más difícil... hacer lo que hicieron, pero eso no significa que no lo hubieran hecho al final de la noche, cuando te hubieras ido».

Él sabía que eso era cierto, pero... «Mi ira y mi decisión imprudente aumentaron las probabilidades».

Se quedaron en silencio durante unos instantes y ella suspiró. «Está bien, tú también tienes parte de culpa, ¿es eso lo que quieres?».

«No. Es lo que hay», dijo con firmeza.

«Entonces tendrás que encontrar la manera de compensarme, supongo. ¿Un año de clases particulares de pesca? ¡Clases de cocina!», espetó ella, señalándolo con una sonrisa que le dejó sin aliento.

«Lo haría gratis, Ma Petite», dijo él sonriendo al agua.

«Oh, *qué* descuento», dijo ella, fingiendo escribir en la palma de su mano. «El muy galante Sahvrin Bishop, no el malvado Sr. Bishop, accede a enseñar a Beth a pescar y cocinar durante un año». Le tendió la mano. «Firma en la línea punteada».

Él sonrió y tomó su mano entre las suyas, observando lo pequeña que era y trazando la línea de la vida en su palma.

«Es una firma extraña», dijo ella, y la delicada suavidad de su voz le hizo soltarla.

—Estaba midiendo tu línea de la vida —dijo él, mirándola de reojo—. No puedo permitir que mueras antes de que termine el año.

Su enorme carcajada rompió la oscuridad que lo envolvía, haciendo que de repente le resultara más fácil respirar. Mon Dieu, el poder que tenía esta mujer.

—Sahvrin Bishop también es comediante —dijo ella finalmente.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—¿Qué? Lo eres.

—Me gusta cómo pronuncias mi nombre.

—¿Ah, sí? —Ella se mostró preocupada y estudiosa—. ¿Cómo lo dices? Quiero decirlo bien.

Él tuvo que mirarla, sorprendido por su necesidad de preocuparse tanto por algo. «Solo dije que me gusta cómo lo dices, Ma Petite. Cuéntame qué haces en Dakota del Norte».

Ella dejó pasar el tema del nombre. «Bueno... Acabo de graduarme en la universidad hace un par de meses, así que, hasta hace poco, todo era la escuela».

Él asintió con la cabeza, recordando su universidad. «¿Qué fue a estudiar Ma Petite a la universidad?».

«Yo... empecé con una especialidad y luego me cambié a mitad de carrera a cartografía digital».

¿Cartografía digital? Qué interesante. «Nunca había oído hablar de eso».

Ella se lo explicó todo y él asintió con la cabeza, aprobando al ver su pasión. «Te encantan los mapas, me sorprende».

Ella sonrió y asintió. «¿Por qué te sorprende?».

Él se encogió de hombros, mirando hacia el agua. «Supongo que imaginaba que era algo que no interesaría a las mujeres. Pero sé que el mundo es diferente de lo que solía ser». Inclinó la cabeza hacia ella. «Creo que es bueno que aprendas cualquier cosa que te propongas aprender». Entonces se preguntó: «¿Por qué cambiaste de especialidad a mitad de carrera?».

—Ah, sí —comenzó ella, recogiendo su cabello con ambas manos y retorciéndolo hasta formar una gruesa trenza. Sus lentos movimientos le recordaron que estaba sufriendo y que valientemente soportaba el dolor—. Empecé la carrera para ser terapeuta. —Sonrió a medias y un rubor se dibujó en sus mejillas magulladas—. La historia es un poco vergonzosa.

Sahvrin sintió curiosidad de inmediato y chasqueó la lengua tres veces. —Soy muy cotilla, Ma Petite. Me temo que tengo que saberlo.

Él sonrió al ver que ella sabía que bromeaba e incluso se río de él. «Está bien, era anticuada. Mi madre y mi padre no tenían un matrimonio muy feliz y, al crecer, cuando me di cuenta de ello, decidí que, como niña, quería ayudarlos».

Sahvrin empezaba a preguntarse si ella era un ángel. «¿Por qué te avergüenza querer hacer algo tan angelical, Ma Petite? ¿Y qué te hizo cambiar de opinión?».

—Mi madre murió dos años después de empezar mis estudios y, de repente, sentí que no tenía sentido, supongo.

«Ahhh, Ma Petite», susurró, muy triste por ella. «Pero ¿por qué te avergüenza eso?».

«Ah, sí», dijo ella, indicando que había más cosas en la historia que no quería contar.

«Te estás guardando información. No está bien hacerlo con gente entrometida».

Su risa compensó sus payasadas mientras esperaba los detalles que faltaban. —Bueno... lo que me avergüenza es el tipo de terapeuta que decidí ser.

Él levantó las cejas y esperó. «¿Quieres que te suplique por esta información?».

—Uuugh, no, no quiero. Fue una estupidez. Es una estupidez. Me alegré de cambiar y eso es suficiente información, de verdad. Como me has dicho antes, no es importante.

Era su turno de reírse y chasquear la lengua de nuevo. «Pero soy curioso, Ma Petite», le recordó. «Tú no lo eres».

—Nooo, yo también soy cotilla —aseguró ella con una leve risa—. Solo que sé respetar la privacidad de las personas cuando veo que quieren que lo haga.

«¿En serio?», dijo él, divertido por su insulto, mientras se llevaba una mano al pecho. «Verás, yo no respeto esas cosas».

«Ahora es un buen momento para aprender», se río ella, asintiendo con la cabeza.

Él miró al agua, ahora perplejo. «Estoy tratando de entender qué tipo de terapeuta justificaría tal vergüenza». La miró. «¿Puedo adivinar?».

«Terapeuta sexual. ¿De acuerdo?».

Mon Dieu.

«¿Ves a dónde te ha llevado tu curiosidad? Intenté evitarlo».

«Sí, lo hiciste. Pero ahora esta información me plantea más preguntas».

«Sé por qué elegí eso», murmuró ella sin mirarlo. «Porque aprendí *que* ese tema en particular suele estar en el fondo de todos los problemas matrimoniales, o está relacionado de alguna manera. Y yo quería ayudarlos de verdad y quería elegir correctamente».

Esa cosa en particular. Él sonrió, gustándole que ella no quisiera decirlo. «¿Y ayudarte a ti misma, sí? ¿Porque somos producto de nuestros padres?».

«Sí, por mí misma», dijo ella, como si el beneficio residual fuera bienvenido. «Desde luego, *no* quiero convertirme en ellos ni acabar como ellos».

«Mon Dieu, ¿cómo de malo era? ¿Muchas peleas?».

«Oh, en absoluto», dijo ella, mirando fijamente el agua cerca de sus pies. «Eran las personas más... civilizadas que jamás hayas conocido. Podrían haber sido fácilmente hermano y hermana y no te habrías dado cuenta».

«Ahhh, ¿sin pasión?».

Ella negó con la cabeza. «Ni una pizca. Ni abrazos, ni caricias, salvo algún beso ocasional en la frente por parte de mi padre».

«Mon Dieu, ¿como a un niño?».

Ella soltó una risa sin humor y asintió. «Como un niño. Aunque nunca *me* besó de esa manera. Así que más bien como un hijastro».

Esta noticia se sumó a la angustia que ya sentía por ella. «¿Nunca te besó, Ma Petite? ¿Y tus otros hermanos?».

«Soy hija única», dijo ella, sin parecer darse cuenta de lo trágico que era todo aquello.

Él cambió de tema, curioso. «¿Y cuándo te diste cuenta de que el matrimonio no debía ser así?».

«Cuando tenía trece años. Tenía amigos cuyos padres estaban enamorados». Suspiró profundamente. «Lo supe enseguida cuando lo vi». Balanceó un poco las piernas mientras pensaba. «Me di cuenta de que siempre lo había sabido. En el fondo, sabía que faltaba algo. Y cuando vi la pieza que faltaba, dije: *ahí está*».

«Y quisiste ayudarlos. Qué sucree fille». Ella lo miró, con las mejillas sonrojadas y los ojos curiosos. Se dio cuenta de que eran grises, con motas de azul oscuro. «Una hija dulce», tradujo. «Y eres terrible recibiendo cumplidos, Ma Petite».

Ella asintió, sin negarlo. Qué pureza. Estaba ansioso por saber hasta dónde llegaba esa pureza. «¿Tu madre murió antes de que pudieras ayudarla?».

La observó levantar la cabeza y mirarlo con esa fuerza tranquila que había visto en ella. Respiró hondo.

«No pasa nada, Ma Petite, no soy realmente entrometido, solo estaba bromeando. Puedo irme».

—No, no pasa nada. Creo que les ayudé. De forma pasiva. —Le dedicó una pequeña sonrisa y, viniendo de un rostro lleno de cortes y moratones y una infancia trágica, le resultó mucho más impactante—. Les contaba a mi padre y a mi madre las cosas que aprendía. Me llamaban para ver cómo estaba, me preguntaban cómo iban mis estudios y yo les contaba todas las cosas increíbles que estaba aprendiendo.

Ella lo miró, luego miró su sonrisa. «¿Qué?».

«Me gusta esto. Eres una serpiente astuta y una paloma inofensiva al mismo tiempo. ¿Y ves alguna diferencia entre ellas?».

Ella asintió con la cabeza, aparentemente segura. «Lo oí, de verdad. Nunca tuve la oportunidad de verlo. Mi madre murió de neumonía un invierno, cuando yo estaba en la universidad. Debería haber ido a casa a visitarla, pero no me di cuenta de lo enferma que estaba».

La idea le repugnaba. «Lo siento mucho, Ma Petite».

Ella asintió levemente. «Gracias, Sahvrin». Lo miró fijamente durante varios segundos. «Creo que eres el hombre más amable que he conocido nunca. Lo digo en serio», dijo en voz baja, al ver que él no estaba de acuerdo.

Pero él no hizo más que aceptar su hermoso regalo sin discutir.

«Tengo una pregunta para ti», dijo ella de repente.

«Lo que quieras saber, Ma Petite».

—Sé que tu apellido es Bishop, pero... *¿eres... como...* un *sacerdote*?

Él soltó una carcajada mientras ella asentía con una sonrisa. —Supongo que eso es un no.

Finalmente, la miró de reojo y negó con la cabeza. «Te digo que hago cosas malas a la gente mala y, sin embargo, ¿te preguntas si soy sacerdote?».

«Sinceramente, no creo que sea tan malo hacer cosas malas a la gente mala. Quiero decir, Dios lo hizo».

—Oh, Ma Petite —murmuró, sacudiendo la cabeza—. No hay nada divino en quién soy y lo que hago. Hay una delgada línea entre un juicio justo y la venganza. Dios conoce los pecados exactos de un hombre y yo tengo que adivinarlos. Siempre asumo lo peor, incluso sabiendo que algún día recibiré el mismo juicio.

Los Doce juzgaban a los culpables según un código establecido que implicaba tirar los dados. Pero solo los miembros podían saberlo, aunque él probablemente le confiara su alma.

Él observó su mirada preocupada, incapaz de apartar la vista de su intensa mirada. «Entonces tienes que dejar eso».

Las suaves palabras le recorrieron la piel, haciéndole sonreír. «¿Eso es todo?», preguntó, sorprendido. «¿Simplemente dejarlo?».

Sus ojos recorrieron su rostro antes de asentir. «Sí».

Ella hizo una pausa y volvió a pensar detenidamente en su respuesta, lo que confirmó aún más sus sospechas angelicales. «Ahora tengo una pregunta para ti». Él observó su mirada expectante. «¿Eres... una monja, por casualidad?».

Ella soltó otra de esas risas oscuras y devastadoras, y esta vez fue contagiosa. —¿Un querubín, tal vez? —dijo él, riéndose de lo gracioso que le resultaba a ella—. Ma Petite, tantas risas por estas preguntas sinceras. Conoces a un obispo que es La Capitana Prick, y *aun así,* ¿eres un ángel para él?

Su risa se apaciguó y él decidió que tenía que saberlo. «Dime una cosa. ¿Tienes a alguien especial esperándote en Dakota del Norte?».

Ella negó con la cabeza, secándose con cuidado las lágrimas de felicidad de sus ojos magullados. «No», dijo.

Qué sorpresa. Y otra tragedia. Y, sin embargo, no. «Aún eres muy joven. Hay tiempo».

«No tengo prisa. ¿Y tú?», preguntó ella.

«¿Yo?».

«¿Tienes a alguien especial?».

«Sí, lo tengo. Gras Jean, mi cocodrilo mascota, está locamente enamorado de mí». Ella estalló en más risas. «Ma Petite, no es una broma, lo digo en serio». Más carcajadas. Era un buen

remedio para ella. «Sinceramente, he decidido no salir con nadie en mi línea de trabajo».

Ella contuvo el aliento y le dirigió una mirada preocupada. «Por eso estás tan gruñón», diagnosticó, haciéndole reír.

«No conozco a ninguna mujer que aguantara a alguien como yo». Era parcialmente cierto.

Ella soltó un gracioso «pfft». «Entonces tienes que buscar otros océanos en los que pescar».

«No vale la pena», dijo él, sacudiendo la cabeza.

Ella se echó un poco hacia atrás y lo miró fijamente. «¿Vas a quedarte ahí sentado y decirme que estás mejor solo?».

Él se rio con ganas y asintió. «He estado solo, como tú dices, durante quince años».

Ella se quedó boquiabierta. «¿Por qué?».

«Por mi trabajo», le recordó con una sonrisa.

«¿Entonces no puedes tener novia *y* trabajar?», se preguntó ella, perpleja. «Estamos hechos para estar con nuestra alma gemela, ya lo sabes», añadió, pareciendo realmente preocupada por su situación.

«Un alma gemela», dijo él, contemplando la puesta de sol. «Si tú lo dices».

Su frustración se manifestó en un pequeño resoplido. «Sí», dijo, como si intentara convencerlo.

«Ma Petite, me alegro de que pienses así. Es muy bueno pensar así, pero no es para todo el mundo. ¿Lo entiendes?». Y aunque su celibato ya no era obligatorio para él, los viejos hábitos morían con dificultad en ese aspecto.

Ella se dio la vuelta finalmente, y el puchero de sus labios le hizo sonreír por alguna razón. «¿Te enfadarás si no comparto esta creencia?».

«No, solo... triste por ti».

«Mon Dieu, ¿he salvado a un ángel que no será feliz hasta que tenga todo lo que su corazón desea? ¿Y si no soy ese tipo de hombre, Ma Petite?».

—No me importa si crees de otra manera y me parece perfectamente bien que nunca tengas novia en el resto de tu vida.

La ira en su murmullo decía lo contrario y él realmente necesitaba cambiar de tema, sabiendo lo que probablemente había en esa bonita cabeza suya. Si alguna vez estuviera con una mujer, *nunca* debería ser un ángel como ella, pero ella discutiría y diría que no era tal cosa.

Se centró en la fea realidad, es decir, en las personas a las que tenía que cazar y matar lentamente. —¿Puedo hacerte algunas preguntas serias, Ma Petite?

Ella lo miró con esa sinceridad ansiosa. —Te diré todo lo que necesites saber. Quiero atrapar a esas personas. No por mí —dijo, adivinando de alguna manera el rumbo que habían tomado sus pensamientos—. Por aquellos que no escaparon o no escaparán. Había otras chicas conmigo que no pudieron escapar, ¿sabes?

Joder, eso era malo. Miró al frente, pensativo. Quienquiera que la hubiera secuestrado ya sabría todo sobre quién era y dónde vivía. No podía volver al mismo lugar. Su padre tampoco estaba a salvo ahora. Era triste estar agradecido de que no tuviera hermanos, pero en este caso lo estaba.

«Necesito nombres, Ma Petite». La miró. «Cualquier nombre que recuerdes nos ayudará».

«Recuerdo tres nombres». Se concentró un momento y luego dijo: «David... Blanchard... y Brisco. No sé si son nombres o apellidos. Y probablemente pueda dibujarle un mapa aproximado del lugar donde me mantuvieron cautiva». Lo miró. «Si cree que eso podría ayudar».

Sahvrin estaba desesperado por saber quiénes eran esas personas, pero no se le ocurrió nada. «¿Cuánto tiempo te tuvieron allí?».

«Dos días. Y necesito llamar a mi padre».

—Entiendes que estas personas saben quién eres y de dónde vienes. Eso significa que saben dónde están tu padre y el resto de tu familia.

La mirada que le dirigió indicaba que ya había pensado lo mismo. «Lo sé. Tengo que avisarle».

—Ya están investigando para ver qué pueden averiguar.

—¿Quiénes?

—Gente con ideas afines en la empresa para la que trabajo, Ma Petite. No es la primera vez que nos enfrentamos a este mal y nos lo tomamos muy en serio. Averiguaremos todo lo que podamos. Nuestros hombres se están preparando para dar caza a estos demonios. Encontraremos al responsable, te lo prometo. Esta noche me reuniré con mi padre y mis hermanos. Dame el nombre de tu padre y yo mismo le llamaré.

De repente, se levantó, una hazaña dolorosa a juzgar por sus gemidos ahogados. Él también se levantó, observando el pánico en su rostro. —Necesito hablar con él.

—Escúchame —dijo él, sujetándole los hombros con cuidado —. Tienes que quedarte aquí, donde estás más segura. No voy a arriesgarme a que te vean. O a que llamen a tu padre después de encontrarlo y utilizarlo como cebo. Confía en mí, por favor.

De repente, ella pareció marearse y él se acercó para sostenerla. Al sentir que se desplomaba, la levantó en brazos y se dirigió a la casa con ella, contento de que no protestara. La acostó en su cama y le dijo: «Necesitas descansar más, todavía estás demasiado herida para todo esto».

Ella le tiró del brazo cuando él se enderezó. «Por favor, no te vayas todavía. No quiero estar sola».

Él se sentó en la cama junto a ella y le alisó el cabello a lo largo de la frente, algo que él necesitaba tanto como ella. «Descansa un poco, Ma Petite».

«Por favor, acuéstate conmigo», murmuró ella, tirándole del brazo.

Mon Dieu, realmente no debería.

Hasta que ella se durmiera.

Se tumbó, manteniendo una gran distancia entre ellos. Ese plan se vino abajo cuando ella se acercó más, le pasó el brazo por encima del hombro y lo agarró con fuerza. Su plan de levantarse cuando ella se durmiera también se vino abajo cuando él también se quedó dormido.

CAPÍTULO 5

Sahvrin se despertó al sentir unos dedos acariciándole el brazo. Se tensó al darse cuenta de que se había quedado dormido y que Ma Petite estaba ahora despierta, trazando dibujos en su piel. Y se excitó. Algo a lo que *no* estaba acostumbrado.

Respiró hondo y ella se quedó completamente quieta, diciéndole que prefería que él no supiera lo que estaba haciendo. Eso estaba bien, él fingiría felizmente ignorancia por ella. Como ella fingía dormir, él le quitó cuidadosamente la mano y se sentó. Salió para hacer sus necesidades por si ella necesitaba el baño, y se dio cuenta de que era la mañana siguiente. Mon Dieu, había dormido mucho y profundamente.

Su polla se estremeció al recordar fragmentos de un sueño. De ella. Cerró los ojos mientras su mente reproducía cómo le hacía cosas sexuales, deseando hacerla sentir bien. Su polla le dolía con el recuerdo real de ello y de cómo ella había respondido en el sueño, deseándolo, necesitando tanto como él necesitaba dárselo.

Esto era... *jodidamente* malo.

Rápidamente cerró la puerta en su mente, centrándose en lo que vendría después con ella. Protegerla era lo más importante. Y esa amenaza externa conllevaba suficiente peligro, no tendría problemas en fijarse solo en eso.

Volvió a entrar y vio que la cama estaba vacía. —Voy a preparar café. ¿Quieres un poco? —le preguntó.

Ella abrió la puerta del baño y él intentó inspeccionar sus heridas faciales sin fijarse en su belleza. —Se está curando bien —dijo, sin conseguir lo segundo, mientras cogía el pequeño frasco de pomada de la estantería que tenía cerca y se lo entregaba—. Aplícala generosamente.

Ella levantó la vista y esa sonrisa destrozó su concentración. No era una niña, eso era más evidente que nunca a la luz del sol

matutino. Se dio cuenta de que, cuando se curara por completo, se convertiría en la hermosa mujer que había conocido al principio. Mon Dieu.

El sonido de un barco lo hizo girarse. De repente, se debatió entre coger su pistola o su teléfono. Tenía que ser su Pah-Pah.

«¿Viene alguien?», pareció darse cuenta ella.

«Sí, Ma Petite. Mi Pah-Pah».

—¿Estás seguro? —El pánico en su voz lo llevó hacia ella, solo para enfrentarse al nuevo problema entre ellos. *Ella es tu hermana pequeña.*

Con eso, le besó la frente como había hecho tantas veces con Juliette. —Estoy seguro. Él es el único que sabe cómo llegar aquí. De todos modos, miró su teléfono y soltó un suspiro de alivio al ver su *«Voy hacia allí».* —Es él.

—¿Qué hago? ¿Qué pasa con el vestido?

Él la miró, sin comprender el motivo de su angustia. —Él sabe lo que ha pasado, el vestido te queda precioso, Ma Petite.

Ella miró la puerta mosquitera y luego a él. «Pero es tu padre. Es solo que... es la primera impresión».

Cada vez que hablaban, ella le resultaba más desconcertante. —A él no le importan las impresiones, Ma Petite.

«Pero a *mí* sí», se inquietó ella, cada vez más angustiada a medida que el barco se acercaba.

«¿Quieres que me quede fuera con él?».

Como si le pareciera extraño, se encogió un poco y miró a su alrededor. —Si estás seguro... Yo puedo... quizá cocinar, o... preparar café.

Al ver sus lágrimas, volvió a centrarse en ella. —Ma Petite, ¿por qué lloras? Le secó las lágrimas de las mejillas y ella apartó su mano.

«No lo sé, estoy... Probablemente solo necesite un café».

Lo dijo con un pequeño gemido y, por alguna razón, eso le hizo sonreír. Qué cosita tan peculiar era ella. —Ve a darte una ducha, Ma Petite. Para cuando termines, él ya se habrá ido, ¿no?

De repente, ella negó con la cabeza y se secó los ojos. «Eso es una tontería», dijo en un susurro tembloroso. «Te prepararé el

desayuno y...». Sus palabras se apagaron mientras miraba fijamente su cocina. «¿No tienes fogones?».

—Está ahí mismo, Ma Petite. —La señaló, sonriendo—. Es de leña y tendré que enseñarte a usarla. —Señaló al lado—. Esa es la cafetera.

«Ah», murmuró ella. «¿Eso es lo que es?».

Al oír que no tenía experiencia con las cafeteras de goteo, no pudo evitar reírse, extrañamente conforme con su ignorancia. No era una ignorancia provocada por las comodidades modernas, sino más bien por no haberla conocido nunca antes.

Su teléfono vibró cuando el barco de su Pah-Pah atracó en el muelle. Miró la pantalla. *También tengo a tus hermanos. ¿Podemos entrar? Tenemos más ropa para ella.*

Mon Dieu. «Mis hermanos están con él».

El sonido de su respiración entrecortada indicaba que acababa de sobrepasar sus límites. Y de repente tuvo la certeza de que no quería a sus hermanos cerca de ella.

«Les diré que ahora no es un buen momento».

****

Contrólate, estás actuando como un niño. «Sahvrin, estoy bien, de verdad. Solo... dime rápidamente cómo funciona esta olla, al menos».

La observó un momento y la intensidad de su mirada oscura la hizo tragar saliva. —Nos quedaremos fuera.

Su tono tenía una firmeza que ella no había oído antes en él, así que no discutió. «Lo que tú quieras», dijo.

«Date una ducha larga para relajar los músculos, Ma Petite. Mi Pah-Pah ha traído más ropa. Puedes cambiarte si quieres».

¿Cambiarme? ¿Creía que era necesario?

Lo observó alejarse, fijándose en su aspecto. Los vaqueros azules y la camiseta blanca contrastaban con el atuendo que llevaba cuando lo conoció. No sabía cuál de los dos le parecía más atractivo. En ese momento, los vaqueros y la camiseta ocupaban el primer lugar.

Echó un vistazo a la familia que descargaba en el muelle. Vio una melena plateada y supuso que era el padre. Se sorprendió al ver lo fornido que era. Estaba en plena forma y llevaba un mono azul. Su corazón se aceleró al ver cómo se abrazaban todos. ¿Siempre hacían eso? Qué maravilla.

Retrocedió hacia el baño, sin querer dejar de mirarlos. Comparó a los hermanos con Sahvrin y se preguntó quién sería ahora el mayor. Varios eran un poco más altos que él, pero solo un poco, y quizá más corpulentos. Ninguno de ellos era gordo. Eran como una manada de... guerreros del pantano.

De repente, la conversación se volvió seria, a juzgar por la expresión grave de sus rostros. Tenía muchas ganas de saber qué estaban diciendo. ¿Se lo contaría todo? Siguió estudiándolos a cada uno de ellos y decidió que todos eran *casi* tan guapos como Sahvrin. Probablemente estaba sesgada por la enfermedad del salvador que la afligía. Eso era lo que era. Después de charlar en el muelle, lo había confirmado cuando él se acostó con ella. Le costó toda su fuerza de voluntad no corresponder a ese hombre con cualquier favor sexual que él quisiera. Qué angelical por su parte.

Dios, no podía ser esa persona. Era el trauma. Tenía todos los síntomas. Pero lo había conocido antes del trauma y le gustaba, hasta que abrió la boca, pero aun así. Así que no era *solo* el trauma.

Mientras se duchaba, llamaron a la puerta. —Ma Petite, hay una bolsa con ropa colgada en la puerta para ti. Voy a dar una vuelta con mis hermanos y Pah-Pah, tú estarás bien aquí.

No era una pregunta, sino una afirmación. «Estoy bien. Ve y diviértete». Se avergonzó de sus palabras. Él no iba a divertirse, iban a cazar demonios humanos. No era de extrañar que la considerara una niña.

El miedo la paralizó. ¿Iban a salir a cazarlos ahora?

Él no había dicho nada más y ella supuso que se había ido. No iban a cazar ahora. Él había dicho que se estaban preparando para hacerlo.

Terminó de ducharse, nerviosa y ansiosa por recordar la ropa. ¿De qué tipo era?

Escuchó antes de abrir la puerta del baño. Al no oír nada, giró el pomo y lo empujó lo suficiente como para crear una rendija de quince centímetros por la que miró. Empujando un poco más, echó un vistazo mientras extendía la mano. Al sentir algo en la puerta, lo tiró hacia el baño y la cerró, echando el cerrojo. Sonrió al ver el bonito saco de ropa. Como los que se veían en las tiendas antiguas llenas de... arroz o harina, tal vez.

Lo abrió y sacó lo primero que encontró, algo rojo. Su corazón se aceleró con la esperanza. ¿Podría ser otro vestido? Se quedó sin aliento al descubrir que sí. Un precioso vestido rojo de tirantes. Y largo, afortunadamente. Ocultaría la mayoría de sus moretones.

Se dejaría el pelo suelto para cubrir cualquier cosa que pudiera verse en su espalda. Su preciosa piel de invierno, como la llamaba Sahvrin. ¿Le gustaba? Ojalá hubiera un espejo de cuerpo entero. Sonrió al ver el suave tejido rojo. Por favor, que le quedara bien. Se lo puso con cuidado por la cabeza, con todos los músculos de su cuerpo pidiendo clemencia. Estaba haciendo demasiado esfuerzo, como de costumbre. Nunca sabía cuándo parar, cuándo rendirse. Esa era su personalidad todos los días, toda su vida. Pero esa terquedad la había ayudado a superar todos los momentos difíciles, y había tenido muchos.

«Sí», jadeó al ver que le quedaba perfecto. La parte superior era de ese material elástico y arrugado como el amarillo que llevaba, por lo que no necesitaba sujetador.

Recordó que había más de una cosa en la bolsa y se agachó con cuidado para cogerla. Al abrirla, vio uno blanco y otro naranja claro, y los sacó ambos. ¡Ohhhhh, el blanco! Dejó caer el vestido rojo y levantó el blanco.

«Oh, guau», susurró. Otro precioso vestido de verano, solo que tenía más capas de tela con un encaje transparente en la parte superior. Le encantó. Lo dejó caer al suelo y comenzó la tediosa y dolorosa tarea de quitarse el primer vestido. Decidió quitárselo al revés, quitándose los tirantes y luego empujándolo hacia abajo por su cuerpo.

Estaba a punto de desmayarse cuando se puso el vestido blanco. Gracias a Dios le quedaba bien, porque no había forma de que pudiera volver a cambiarse. En ese momento, ni siquiera le importaba cómo quedaba.

Vio que la parte superior estaba diseñada para llevarla sobre los hombros o sin ellos. Eso era fácil. Sin hombros sería una tarjeta de visita clara y llamativa, y no estaba dispuesta a rebajarse tanto, aunque en realidad quisiera llamarle. Necesitaba recuperar su dignidad, que estaba por los suelos. Nunca en su vida había contemplado hacer las cosas que ahora hacía con él.

*****

La ira de Sahvrin hervía. Hervía más allá de lo lógico. Sus hermanos y Pah-Pah tenían toda la razón, pero él odiaba la idea de que la subieran al estrado para declarar sobre todo eso cuando estaba tan maltrecha. Pero el tiempo no estaba de su parte y, si la iban a vender al mejor postor como virgen, necesitaban conocer todos los detalles al respecto. Volvió el enigma de cómo sabían siquiera que era virgen. Si alguien cercano a ella estaba involucrado en esto, tenían que averiguarlo, Dios no quiera que fuera así.

Como si le leyera la mente, Jek dijo: «Su padre es rico. Y es inversor. No digo que sea culpable de nada, pero si *está* involucrado de alguna manera, ya sea a sabiendas o por ignorancia», dijo levantando ambas manos, «entonces eso cambia mucho las cosas».

—Lo sé —dijo Sahvrin, dando un manotazo al aire con fastidio —. Lo entiendo todo, la dinámica. Soy consciente de que faltan piezas y de que su padre puede ser un jugador sucio en todo esto, y sé que necesitamos respuestas que solo ella puede dar en este momento.

—A nosotros tampoco nos gusta, —dijo August en un murmullo—. Pero cuanto antes lo averigüemos, mejor.

—Si esto se convierte en un rescate...

—Pero ellos no la tienen, la tenemos nosotros —interrumpió Sahvrin a Lazure.

«Sí, pero su padre no lo sabe, ¿verdad?».

A Sahvrin le impactó lo que estaba diciendo. Si quien la había secuestrado lo había hecho para pedir un rescate... «Pero la estaban

vendiendo, ¿estaban en proceso de trasladarla a algún lugar? Si se trataba de un rescate, ¿por qué trasladarla?».

—Si —comenzó Jek con cautela, como si supiera que estaba pisando terreno peligroso— su padre está involucrado en todo esto, entonces contactarlo comprometería su seguridad.

—Entonces ella no hablará con él hasta que sepamos más al respecto —dijo Sahvrin, y todos estuvieron de acuerdo.

—La respuesta más rápida vendría de Brisco —dijo August, sin ocultar su sed de sangre—. Y sé dónde encontrarlo.

Sahvrin sabía que no había otra opción en lo que respecta a Su Pequeña. —Cuando regresemos, hablaremos con ella y averiguaremos todo lo que podamos. Pero os advierto a todos —les dijo a sus hermanos—. Cuidado con lo que le decís y cómo se lo decís. Ella *no* se parece en *nada* a las mujeres con las que vosotros os relacionáis. ¿Entendido?

Todos asintieron, y él ignoró sus sonrisas burlonas, sin importarle lo más mínimo las conclusiones a las que habían llegado. Solo tenían que hacer lo que él decía y así no habría que arrancar ninguna cabeza.

****

El sonido de un barco despertó a Beth de un sueño profundo. Su corazón latía con fuerza al recordar dónde estaba. Mierda, había vuelto. Se levantó de la cama a toda prisa, jadeando por el dolor mientras su estómago se unía al ataque contra sus nervios repentinamente crispados. Ya era de noche. ¡Había dormido casi todo el día!

Se abrió paso en la oscuridad hasta el baño para mirarse. Gracias a Dios, las luces estaban apagadas, no quería que la vieran tambaleándose como una novia nerviosa o una intrusa culpable.

Hizo todo lo posible por alisarse el pelo y luego se echó agua en la cara descolorida. Se tocó las pocas zonas que aún estaban un poco hinchadas, esperando no parecer demasiado monstruosa.

Se oyó un suave golpe en la puerta del baño y casi vomita. «Ma Petite».

Casi no reconoció la voz de Sahvrin. Curiosa y preocupada, abrió la puerta unos cinco centímetros. —¿Has vuelto?

—Sí —dijo él, con un tono que sonaba... extraño—. Siento haber tardado tanto, ¿estás bien?

—He dormido todo el tiempo —dijo ella, sin querer que él se preocupara—. ¿Qué pasa?

Él suspiró. —¿Estarías dispuesta a hablar con mi padre y mis hermanos? Tienen preguntas, Ma Petite. Yo estaré contigo. A menos que no te encuentres bien.

Ella trató de entender su tono. —Estoy... bien para hablar. Sí, claro que lo haré. Esa era la única respuesta posible, al parecer. ¿Qué quería decir con *«estaré contigo»*?

—Nos vemos fuera, Ma Petite. ¿De acuerdo?

Cerró la puerta y se quedó mirándola fijamente durante varios segundos. Se asustó al darse cuenta de que prefería salir con él. Abrió la puerta y vio que él ya estaba a medio camino.

¿De qué querían hablar? ¿Por qué sentía que iba a ser difícil? *No eres una niña. Tienes formación para tratar con la gente. Son personas.*

A pesar de la reprimenda, le temblaban las piernas mientras se dirigía a la puerta. De repente, le preocupó cómo le quedaba el vestido. Sin un espejo largo, solo podía imaginarlo.

Se dirigió hacia ellos en el muelle, donde todos estaban de pie con la cabeza gacha, todos menos dos. Sahvrin y uno de los hermanos. Sahvrin la miró directamente con una intensidad que la puso nerviosa.

—Beth, me gustaría presentarte a mi familia. Este es mi Pah-Pah, Lazure. Mis hermanos, Jek, August, Bart y Zep. —Señaló a cada uno de ellos.

Todos la miraban ahora y ella se alisó repetidamente el vestido con las manos, sintiéndose como una plaga. «Encantada de conocerlos a todos», dijo con voz firme. Miró a Sahvrin, que permanecía donde estaba, lo que empeoraba su sensación de ser una plaga. Los hermanos la saludaron con respuestas casi idénticas: «Hola», «Hola», «Hola», pero sus tonos eran bajos y... había algo que no lograba identificar. ¿Culpa?

Luchó contra un temblor que le recorría todo el cuerpo mientras trataba de averiguar qué le molestaba a Sahvrin.

«Pueden... hacer sus preguntas», dijo, queriendo terminar con eso.

Sahvrin habló en francés en voz baja y el hermano que la había mirado, Jek, se dio cuenta, le respondió algo. Entonces todos empezaron a hablar, cada vez más alto, mientras Sahvrin se acercaba al hermano Jek.

El padre gritó algo en francés y todos se callaron, como por arte de magia. El hombre finalmente se volvió hacia ella y se pasó la mano por el cabello plateado y ondulado que le llegaba hasta los hombros, lo que hizo que su temblor empeorara. «Perdónenos, señorita Beth», comenzó con voz grave. «Hay cosas que necesitamos preguntarle».

Ella miró a Sahvrin, sin saber muy bien por qué se sentía amenazada. «De acuerdo. ¿Como qué? Haré todo lo posible por ayudar».

El padre volvió a hablar. «Si se trata de... gente mala que dirige la operación...». Sahvrin habló en francés y su padre dijo: «Sí, no es un "si", sabemos que son gente mala. Pero si...».

Al ver su dificultad, miró a Sahvrin. «Sahvrin, ¿qué necesitan saber? ¿Tienes el nombre de mi padre y los nombres que te di? Pregunta lo que necesites, quizá pueda ayudar, yo... quiero hacerlo, eso es lo que le dije a Sahvrin». Se sintió avergonzada al darse cuenta de que había pronunciado mal su nombre. «Lo siento si... hablo raro», murmuró, sin saber muy bien cómo llamarlo.

Todos volvieron a hablar en francés, obviamente sobre ella, o lo habrían dicho en inglés.

«¿Qué tal si hacemos más reconocimiento con lo que sabemos y partimos de ahí?». Creyó que el llamado August lo sugirió, ya que parecía que prefería estar en otro lugar.

«Señorita Beth», dijo el hermano Jek. «En su mundo, hay tráfico y luego hay negocios como de costumbre. Y, por favor... perdone la siguiente pregunta...». Miró a Sahvrin antes de continuar: «Pero, ¿tiene alguna idea de cómo estos hombres podrían saber cuál es... su orientación sexual?».

«La razón por la que nos lo preguntamos», dijo Sahvrin, «es...». De repente, pareció considerar algo y luego bajó la cabeza y

murmuró algo en francés, lo que llevó a sus hermanos a murmurar de la misma manera.

«No puedo ayudarte si no entiendo lo que necesitas», dijo ella, esperando que se dieran cuenta de que eso incluía la barrera del idioma, mientras se preguntaba a qué se refería el hermano Jek con lo de su virginidad.

—Como dije antes —interrumpió el hermano August—. ¿Más tiempo investigando lo que sabemos, averiguando ese nombre? Estoy seguro de que sacaremos mucho de eso.

Volvieron a murmurar como si ella no pudiera oírlos y las palabras *de su padre* la dejaron paralizada. «¿Qué hay de mi padre?». Miró a Sahvrin cuando este finalmente se acercó a ella, lo que la puso nerviosa. «¿Está bien?».

—Aún no hemos intentado contactar con él.

—¿Cuánto tiempo dijo que estuvo desaparecida, señorita Beth?

Miró al padre, con la mente de repente acelerada. «Eh...». Cerró los ojos, concentrándose. «Yo... ¿cuánto tiempo he estado aquí? Lo siento, el tiempo ha pasado...».

—No se preocupe, señorita Beth —dijo el padre con un suave tono de reprimenda.

«Llevas aquí tres días esta noche. ¿Me dijiste que te tuvieron durante dos días?».

Ella asintió con la cabeza, con la boca demasiado seca. «Sí, entonces... eso es».

«Así que lleva desaparecida cinco días», murmuró Jek, con un tono que daba a entender que eso significaba algo.

«Quizás deberías preguntarle cuándo esperaba su padre tener noticias de ella», murmuró el hermano, que parecía querer estar en otro lugar.

«Bueno, ya lo has hecho», respondió Sahvrin en voz baja. «No es sorda».

—Se suponía que debía llamarle... cuando llegara a mi habitación. Yo... tenía... una habitación de hotel, un bed and breakfast.

—El Breaux Bridge Inn —dijo Sahvrin, recordando.

—Sí, ese es —dijo ella, sintiéndose sin aliento y un poco mareada.

El francés volvió a fluir, bajo pero más rápido, mientras su mente luchaba por unir las piezas fracturadas con las que parecían estar jugando.

«¿Cuántos días reservaste esta habitación, Ma Petite, lo recuerdas?».

—Una semana —dijo ella, asintiendo—. Siete días. Quería tener tiempo suficiente para... hacer turismo. El murmullo del francés zumbaba junto con el resto de la confusión en su cabeza—. ¿Cuándo puedo llamar a mi padre?

Sahvrin se apartó de su conversación y la miró. De repente, se acercó rápidamente y le tomó el rostro entre las manos. «¿Estás bien, Ma Petite? No tienes buen aspecto. ¿Necesitas tumbarte?».

Ella negó con la cabeza, luchando por contener las lágrimas y perdiendo la batalla. «Necesito llamar a mi padre». Las palabras salieron con dificultad, apenas audibles. «Estará preocupado, y no quiero que se preocupe, es mi única familia», dijo, con las palabras brotando entre sollozos.

Él la abrazó y la estrechó con fuerza. «Shhh, está bien, Ma Petite. Te entiendo».

«¿Pasa algo?», preguntó ella contra su pecho. «¿Crees que le habrán hecho daño?».

«No, Ma Petite, no es eso».

«Entonces, ¿qué?». Ella lo apartó para verle la cara. «No me estás contando algo. ¿Por qué? No soy una niña».

—No estamos seguros de si se trata de un secuestro, teniendo en cuenta quién es tu padre, Beth.

Ella lo miró fijamente, parpadeando. —¿Rescate? —Lo pensó —. ¿Crees... que es posible?

Él asintió y ella buscó en su rostro señales de que estuviera ocultando algo. —¿Qué más? Quiero saberlo todo.

—Ma Petite —dijo él en voz baja—. Alguien sabía que eras virgen, ¿verdad? No entendemos cómo alguien podría saber eso.

Espera... «¿Estás diciendo... que crees que mi padre...?»

—No, no, eso no es lo que pienso.

—¡Pero estás diciendo que es posible! —Lo empujó, tan enfadada y dolida porque él pensara eso. «¡Ni siquiera lo conoces! Puede que fuera un marido de mierda, pero era un buen padre. ¡Lo es!». ¿Y por qué estaba llorando? Se liberó de su abrazo, que parecía debilitarla aún más. «Estoy bien», insistió, levantando una mano entre ellos. «No soy una niña», dijo. «Me secuestraron y me golpearon, vale, está bien. Escapé. Estoy viva. Había otras mujeres... chicas», corrigió. «Que no lo lograron. Haré todo lo que pueda para ayudar, no tengo miedo. Lo digo en serio», dijo, pronunciando las palabras con firmeza y abrazándose a sí misma. «No necesito ni quiero compasión». Estaba harta de sentirse inútil y destrozada.

«Y en cuanto a cómo sabían que era virgen, vuestras conjeturas son tan válidas como las mías», les dijo a los hermanos y al padre. «¿Cómo se determina eso? No tengo ni idea. No recuerdo haber rellenado ningún currículum en el que me preguntaran por mi virginidad. La única persona que lo sabía era yo, no solía tener largas charlas con mis amigas sobre cosas tan... íntimas. ¿Cómo se lo demostrarían a un comprador? ¿Con una prueba del himen? El mío quedó destrozado en mi primera exploración pélvica gracias a un médico idiota que no sabía lo que hacía».

Y ahora había doce ojos de jueces preocupados clavados en ella. Se quedó allí de pie, arrastrando los pies, con todo su orgullo hecho trizas. «¿Alguna otra pregunta?». Estaba lista para quedarse sola.

Un silencio humilde flotaba en el aire cuando el hermano Jek la salvó de quedarse sumida en él. «¿Puede decirnos exactamente dónde fue secuestrada?».

Ella recordó: «Fui al festival y tomé unas copas. Normalmente ni siquiera bebo, pero en un estúpido intento por encajar, lo hice y luego unas personas amables —o eso creí— me invitaron a una fiesta, y no recuerdo mucho más después de eso».

«¿Recuerdas el nombre del bar?».

Ni siquiera estaba segura de quién le había preguntado eso. «Era... No, no lo sé, no lo recuerdo».

Empezaron a enumerar nombres de bares.

«Ese», espetó ella.

«¿El Roulette?», preguntó Sahvrin.

«Sí, estoy segura».

Ahora intercambiaban palabras en francés con gran vehemencia.

«Incluso recuerdo su distribución. Puedo dibujar un mapa».

—Gracias, Ma Petite. ¿Y ese fue el último bar al que recuerdas haber ido?

—Sí —dijo ella, asintiendo de nuevo y abrazándose a sí misma.

«¿Recuerdas en qué momento te diste cuenta de que te habían... secuestrado?», preguntó Bart.

«Me desperté atada a una cama en una habitación. Tenía... cinta adhesiva... sobre la boca», dijo, bajando la voz.

«¿Dijiste que había otras personas?», preguntó Zep.

—Al principio no. Pero más tarde me pusieron con otras chicas. No podíamos hablar por la cinta adhesiva que teníamos en la boca. A veces... nos la quitaban para hacernos preguntas. —Le revolvió el estómago recordar a la chica a la que intentó proteger—. Le hicieron... cosas muy malas a algunas de las chicas. Luchó contra el temblor de su voz mientras se movía sobre sus pies. «Estaba atada, pero intenté... detenerlo, él la estaba... lastimando mucho y...». Empujó a Sahvrin cuando él intentó acercarse a ella. «¡No quiero que me consueles!», gritó. «No me importa si me golpean hasta dejarme medio muerta, yo soy libre y ella no, ella está atrapada allí y ella...». El doloroso recuerdo le cerró la garganta. «Era tan... tan joven». Se cubrió la boca y se giró con un sollozo, incapaz de luchar contra los brazos de Sahvrin, que la abrazaban con fuerza por detrás. «Nunca he tenido una hermana, pero ella era como una hermana pequeña para mí...». Habló en francés por encima del hombro y, poco después, el sonido del barco indicó que todos se habían marchado, pero Sahvrin no la soltó. La abrazó y la tranquilizó hasta que el cansancio pudo con ella y se le secaron las lágrimas.

CAPÍTULO 6

Sahvrin se sentó en el borde del muelle, necesitando pensar en lo que se avecinaba, pero su Petite ocupaba todo el espacio de su mente. Habían decidido usar las armas como moneda de cambio, enviarlas al corazón del pantano y luego encerrar a los Roulettes hasta que entregaran a los culpables y su sangre para pagar por los crímenes. Recibirían un trato real en su estación de pesaje antes de obtener el lujo de la muerte.

La agonía volvió a invadirlo al recordar lo que su ángel había dicho sobre por qué la golpeaban. La golpeaban hasta casi matarla por intentar ayudar a un niño. Y sin siquiera mirar o verlo, supo después de esa reunión que sus hermanos estaban cautivados por ella, a pesar de su estado maltrecho. Ella era diferente y había que estar ciego para no verlo. Pero ellos no estaban tan cautivados por ella como él, ni mucho menos.

Su padre insistió en que se tomara cuatro días más para cuidar de ella. Se sintió como si lo hubieran condenado. Condenado al cielo y solo se le permitía observar, no participar.

Elaboraría un plan y se ceñiría a él. Ella necesitaba descansar, comer, tomar aire fresco, y eso era todo. Y él tenía que ser ese protector que había descuidado ser desde el principio. Tenía la oportunidad de compensar ese horrible error. Pero si quería sobrevivir, tendría que ser ese Bishop que ella había conocido. Su San Sahvrin era demasiado blando, demasiado generoso, y ella era demasiado vulnerable y hambrienta de todo como para no devorarlo a él y a todo lo demás.

Por la poca experiencia que había tenido con ella, sabía que sería una paciente difícil. Su amabilidad y altruismo, su deseo de ayudar en todo, además de ser demasiado sexy para sus votos de celibato, eran como la kriptonita. Luchar contra los demonios era mucho más fácil que luchar contra este ángel. Ni siquiera el duro Bishop estaba preparado para ello, pero era lo único que tenía.

Ella no era una opción en el menú de su vida que pudiera o debiera contemplar. Esa idea debía ser eliminada de raíz. Ella aún se estaba recuperando del trauma, era muy joven y no estaba hecha para la vida en el pantano. Y, sobre todo, no estaba hecha para las exigencias que conllevaba su liderazgo de Los Doce.

****

—¿Estamos claros? —preguntó Sahvrin desde la cocina después de darle a su Petite el estricto horario que debía seguir.

—Muy claro —respondió ella—. Piensa como un zombi, acuéstate como un zombi, camina como un zombi.

—Solo son cuatro días —dijo él, preparándole la cena mientras se daba cuenta de que ya estaban teniendo su primer enfrentamiento—. Debes estar de acuerdo.

—Estoy de acuerdo —aseguró ella—. ¿Y después de cuatro días, podré empezar a hacer cosas para hacerme más fuerte?

—Sí, después de cuatro días, te permitiré hacer más cosas.

—¿Podré hacer algo más que nada? —Miró la bandeja que él le había traído—. ¿Puedo comer en el sofá?

Él se hizo a un lado. —Sí.

—Gracias, señor —murmuró ella, saliendo de la cama—. Todo esto es muy amable de su parte —dijo durante el corto trayecto hasta la sala—. No quiero que piense que soy desagradecida, *no* es eso.

—Sé lo que es. Es que eres incapaz de dejar que los demás hagan cosas por ti sin devolverles el favor de alguna manera.

Se sentó en el sofá y lo miró mientras él le colocaba la bandeja en el regazo. —Creía que era una buena cualidad.

«No cuando necesitas curarte, no».

«Bueno, conozco mi cuerpo y mis capacidades mejor que nadie». Cogió la cuchara y olió el delicioso aroma.

«Ma Petite».

Ella lo miró.

«Te diste una ducha de dos horas a la mañana siguiente, después de que te encontrara medio muerta. Eso no es conocer las capacidades de tu cuerpo».

Ella abrió la boca durante un par de segundos. «Fui tan despacio porque conocía mi capacidad».

«Y demuestras que tengo razón al no entenderlo. No deberías haberte duchado». Él dio por terminada la discusión y volvió a la cocina a por su comida. «Sabes que admiro tu fuerza, pero hay una diferencia entre ser fuerte y ser estúpida».

«Vale», exclamó ella desde el sofá. «Lo entiendo. Es solo que... no me gusta sentirme inútil».

«No eres inútil».

«¿Sí? ¿Para qué sirvo?», se preguntó con la boca llena, haciendo una pausa con un dramático «mmm, esto está buenísimo». El tono orgásmico le hizo sonreír mientras le desafiaba.

«Mañana tengo trabajo en mi tienda».

«¿Qué tienda?», preguntó ella.

«La que está en mi patio trasero».

«Aún no he visto el patio trasero».

«Puedes pasear libremente por los muelles, pero más allá de eso, pregúntame». Se dirigió a la zona de estar y se sentó en la única silla que había junto al sofá.

«¿Muelles? ¿Hay más de uno?».

—El muelle rodea la casa y tiene embarcaderos que conducen a pequeños terrenos.

«Qué bonito», dijo ella, sonriendo y volviendo a hacer ese mmmm. «Tienes que enseñarme a cocinar cuando me encuentre mejor. Al menos eso puedo hacerlo. Y limpiar, se me da muy bien limpiar».

«Estoy seguro de que sí», dijo él, sin mirarla. Era demasiado fácil mirarla fijamente y, una vez que empezaba, le costaba mucho dejar de hacerlo. El hecho de que ella no se diera cuenta lo hacía aún más fácil, lo cual no ayudaba.

****

Beth se despertó y se estiró, aliviada por no sentir un dolor insoportable. Todavía le dolía, pero nada que ver con los primeros tres días. El olor de la comida le hizo levantar la cabeza y miró a su alrededor, preguntándose qué hora era. No oía nada, lo que significaba que Sahvrin ya estaría trabajando en su tienda. Se había

olvidado de preguntarle a qué se dedicaba. Supongo que podría *dar un paseo* y averiguarlo.

Se levantó de la cama, renunciando a darse una ducha, ya que se había duchado antes de acostarse. Órdenes del Dr. Bishop. Una larga. Tan caliente como pudiera soportarla. Decidió ponerse el vestido rojo ese día y se lo puso después de asearse. Miró su cabello en el espejo con un suspiro. Cada día le parecía más estúpido. Especialmente con el calor. Cogió el cepillo que le habían enviado con la ropa y la bolsita con accesorios para el cabello. Había visto una pinza tres tallas más pequeña. Pero las gomas para el pelo le servían.

Decidió hacerse dos trenzas enrolladas. Era infantil, pero daba igual. No era como si él se fijara. Más bien parecía que lo ignoraba.

Se calzó las bonitas sandalias marrones que le quedaban un poco pequeñas y encontró un plato con comida y una nota encima en la encimera. Sonrió al cogerlo*. «Cómelo todo».* Su sonrisa se desvaneció al leer el seco mensaje, pero volvió a aparecer cuando descubrió el plato. «Vaya». Bacon, huevos, patatas fritas en cubitos... ¿qué era ese montón de cosa blanca? Cogió el tenedor, lo movió un poco y probó un poco. «Mmm». El sabor salado y mantecoso bailaba en su paladar mientras llevaba el plato al sofá y miraba por la ventana en busca de señales de su estricta niñera.

Se sentó feliz con su plato, sosteniéndolo cerca de su boca. No le importaba en absoluto que él la cuidara. Estaba bastante segura de que nunca en su vida se había sentido más real que en su pequeña cabaña en el pantano. «Dios mío, este hombre sabe cocinar», murmuró con continuos mmmm. Estaría bien que ella aprendiera a hacerlo. Seguía las instrucciones bastante bien, pero sin duda necesitaba tenerlas.

****

Sahvrin mezcló la última capa para la bañera exterior en la carretilla. Su Petite seguía durmiendo, lo cual era bueno. Esperaba que siguiera así hasta que él terminara. Podría probar la bañera mañana por la tarde si el tiempo acompañaba.

Unos pequeños pasos que se acercaban por el muelle trasero le indicaron que había deseado demasiado pronto.

«Ah, ahí estás. ¡Buenos días! O buenas tardes, me he quedado dormida».

Se enderezó y su mirada hizo su habitual inspección, comenzando por su rostro. La hinchazón había desaparecido y los moretones eran un cincuenta por ciento menos visibles, lo que la hacía un cincuenta por ciento más hermosa. —Buenos días. ¿Has comido?

«Sí, estoy *llena*». Miró el muelle que la separaba de él. «¿Puedo?».

«Sí. Pero ten cuidado, que se mueve».

Él observó cómo se le abrían los ojos mientras ella miraba con preocupación el estrecho camino de cuatro metros y medio.

«Te ayudaré», dijo él, dejando la pala en el suelo.

«No, puedo hacerlo», protestó ella, como si él le estuviera quitando uno de los pocos privilegios que tenía.

Él se detuvo y miró su vestido rojo, preguntándose dónde estaba todo su cabello mientras ella cruzaba el puente con ambos puños en la barbilla.

Cuando lo cruzó, le dedicó una brillante sonrisa. «Y puse mi plato en el fregadero sin siquiera lavarlo», se jactó, como si hubiera esperado a terminar la frase. «Estoy segura de que es más estresante no lavarlo que lavarlo», informó.

Él volvió a su carretilla con una sonrisa. «¿Dónde está todo tu pelo, Ma Petite?».

«Oh, sigue ahí. Solo lo he trenzado y enrollado para que no me estorbe. Y estaba pensando en lo inútil que es tener todo este pelo mientras estoy en el pantano».

Él se detuvo al insinuar ella que le había hecho algo. «No siempre estarás en el pantano», le recordó. «Y lo necesitas cuando hace frío».

La sorprendió mirando su camisa empapada de sudor mientras empujaba la carretilla hacia la tina. «Quizás estoy cansada de vivir entre la nieve y el hielo», dijo ella.

Sonaba más bien como una afirmación para sondear. ¿Qué estaba sondeando? ¿Qué opinaba él al respecto?

«Además, vine aquí para ver si quería vivir aquí», le recordó ella.

Él vació el cubo de mezcla. «Claro. ¿Y cuál ha sido tu experiencia hasta ahora?», bromeó, mirándola de reojo.

Ella inspeccionó uno de los troncos cercanos y se sentó. «No ha sido tan malo». Se alisó el vestido con las manos. «Aparte de la pesadilla obvia, me encanta estar aquí. Bueno, no *aquí*, aquí. Quiero decir, también me encanta estar aquí, pero en el pantano, me encanta el pantano».

Él se rió del lío que ella había montado con sus palabras, mientras extendía la mezcla. «¿Así que quieres vivir en el pantano?», dijo.

«No veo por qué no», respondió ella. «No me gustaría vivir en la ciudad, eso está claro».

«No sabes lo que estás diciendo», le aseguró él.

«¿Qué? Sí que lo sé. ¿Qué hay que saber?».

«Oh, Ma Petite», dijo él, sin aliento. «La vida en el pantano no es para las mujeres del norte. El calor probablemente te mataría, para empezar».

«Me adaptaría», argumentó ella con ligereza. «Si puedo sobrevivir al frío extremo, ¿no podré sobrevivir a lo contrario?».

Él se rió. —Creo que no funciona así.

«¿Cómo lo sabes?», le desafió ella. «Y no es como si estuviera encadenada aquí, si no me gustara, podría irme».

«Sí, podrías», dijo él, sabiendo que eso era exactamente lo que pasaría.

—No significa que lo haría. Hay cosas que puedo hacer para adaptarme. Broncearme, por ejemplo. Cortarme todo este pelo, otra.

Él se enderezó y la miró. «Si te cortas el pelo y cambias de opinión, no lo recuperarás en años».

«Solo es pelo», murmuró ella. «Llevo años queriendo cortármelo. ¿Para qué sirve todo este pelo? No es más que una molestia. Más productos, más tiempo para cuidarlo, más *fastidio.* Especialmente aquí».

«Está bien, córtate el pelo», dijo él, sin querer discutir con ella por eso.

«¿Tú crees? ¿Qué tipo de corte de pelo debería hacerme?».

«Ninguno», respondió él.

«Acabas de decir que me lo cortara», exclamó ella.

«Porque parece que estás empeñada en hacerlo, así que hazlo».

«¿Entonces *no* quieres que me corte el pelo?».

Él se acercó a la manguera, la abrió y se enjuagó las manos. «No me importa lo que hagas con tu pelo, Ma Petite. Es tu pelo y puedes hacer lo que quieras con él. Si quieres cortártelo todo, hazlo, pero no me preguntes, ¿vale?».

Ella lo miró, confundida por su respuesta idiota. Joder. «¿Quieres saber lo que pienso realmente? Creo que tu pelo es precioso y me cabrearía si te lo cortaras todo. Pero es tu pelo, no el mío».

«¿Por qué te enfadarías?», preguntó ella, intrigada.

«Es una forma de hablar, Ma Petite. En realidad no me enfadaría», dijo él, negando con la cabeza.

«Lo entiendo», dijo ella después de unos instantes. «Te encanta mi pelo y crees que es precioso. Tomaré nota», dijo con ligereza.

Mon Dieu, ella era como una trampa en la que él siempre caía.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó ella.

«Terminando esta bañera exterior para que puedas darte un buen baño».

«¿Una *qué?*», exclamó ella, haciendo que él se girara para ver cómo se veía al hacer ese sonido. «¡Mientes!».

«Debería estar lista para usarla mañana por la tarde».

«¡Dios mío, no puedo creer que hayas construido una *bañera!*». Se acercó y la inspeccionó. «¡Es enorme! ¡Como una pequeña piscina! Eres realmente increíble, ¿verdad?».

El exceso de cumplidos lo llevó con sus herramientas a la ducha exterior. La abrió, aparcó la carretilla junto a ella y se quitó los zapatos. Decidió dejarse puesta la camisa al sentir la mirada de su

pequeña sobre él. Era increíble que ella lo hiciera sin darse cuenta de que él podía verla. Él la miró y ella rápidamente apartó la vista, lo que demostraba que él tenía razón.

Se dio la vuelta para poder terminar sin distracciones.

«Dios mío, ¿este es tu jardín? ¡Qué bonito!».

Él se enjuagó primero mientras ella exploraba su pequeño paraíso.

«¡Cuánto sol hay aquí, guau! Es como un pequeño paraíso en sí mismo». Ella contuvo el aliento. «¿Eso es lavanda? ¡No puedo creer que sepas hacer todo esto!».

Él empezó a enjuagar sus herramientas.

«*Tienes* que enseñarme estas cosas», dijo ella, con voz distante.

«Ma Petite», la llamó él, necesitando advertirle sobre las criaturas del pantano.

Sus gritos estallaron y él tiró la pala, casi chocando con ella cuando salió volando del jardín, con los brazos en alto. «¡Está en mí, está en mí!», chilló, dándose palmadas por todas partes.

Él logró atraparla y registrar su cuerpo y su cabello. «No veo nada», le gritó mientras la cepillaba con la mano, grabando para siempre sus suaves curvas en su cerebro.

Ella terminó en sus brazos, agarrándose a su camiseta mojada con un temblor incontrolable. Él le acarició la espalda mientras ella dejaba escapar un estremecimiento verbal. «¡*Odio* las arañas! Quiero volver dentro», dijo ella, haciéndole sonreír.

«¿Creo que Ma Petite no tiene este tipo de criaturas del pantano en el norte?». La llevó de vuelta y ella se detuvo en el puente. No queriendo que acabara en el agua, la cogió en brazos y la llevó al otro lado.

No pudo evitar medir su peso, y no se sintió contento al dejarla en el suelo. «Mon Dieu, pareces desnutrida».

«¿Qué?», dijo ella, ofendida. «No estoy *desnutrida*. ¡Lo único que hago es comer y dormir!». Volvió a estremecerse. «Y no, no tenemos muchas de esas criaturas en el norte. Pero eso no significa que no pueda... acostumbrarme a ellas».

Él soltó una carcajada al ver lo mucho que se estremeció ella al decir eso.

—Estás mojada, puedo... traerte una toalla.

«Puedo cogerla yo», dijo él, pasando junto a ella mientras se dirigía al interior.

«Está bien, tráela», la oyó murmurar. «Trae todo. Y he decidido que no voy a entrar», gritó ella. «Me voy a sentar en el muelle».

«Bien, el sol te sentará bien», le respondió desde la nevera, divertido por cómo ella veía su terapia como una especie de ataque hacia ella.

«Las arañas son parte de la creación de Dios», dijo ella, posiblemente tratando de convencerse a sí misma.

Cogió una toalla seca y ropa limpia. «Ma Petite», llamó. «Me estoy cambiando, no entres».

Se quitó la ropa y se secó.

«¡Oh, mierda!», exclamó ella, dándose la vuelta y saliendo apresuradamente. «¿Qué estás *haciendo*?», preguntó incrédula.

«Me estoy *cambiando*», dijo él, con el mismo énfasis. «Por eso te dije que *no entraras*».

«¡Tú dijiste *que entrara*! ¡Tienes que hablar *más alto*!», protestó ella, pareciendo más traumatizada que con la araña.

La idea le hizo reír.

«¿Te estás *riendo?*», preguntó ella.

«Sí, lo estoy», admitió él, mientras se ponía los vaqueros secos. «Ya estoy presentable», anunció.

Ella entró y salió inmediatamente con otro chillido: «¡Un hombre sin camisa *no* es lo que yo llamaría *decente!*», le hizo saber.

Dios, era tan divertida. «Lo siento. No llevar camisa en el pantano es algo habitual».

Ella soltó una risita. «Imagino que *no* dirías eso de las mujeres. ¿O sí?».

La forma en que añadió *«¿verdad?»* no tenía precio. «No digo nada a las mujeres».

Antes de que él pudiera añadir *«porque no salgo con ellas»,* ella espetó: «¿Entonces te parece bien que las mujeres vayan sin

camiseta?».

Salió al exterior, necesitado de verla mientras estaba tan enfadada. Le recordó la primera vez que la conoció y se arrepintió mucho de no haberla disfrutado más entonces. «Iba a decir que no digo nada a las mujeres porque no salgo con ellas».

Estudió ese espíritu fogoso en ella, bebiéndoselo. «Pero seguro que tienes una opinión. ¿Estás diciendo que debería ir por los pantanos sin *camiseta?*», se preguntó ella, muy incrédula. Él no le respondió lo suficientemente rápido y ella dijo: «Vaya, ¿así que te *gusta* que las mujeres desfilen desnudas delante de ti?».

Mon Dieu, ¿cómo se pasó de que las mujeres no llevaran camisa a que a él *le gustara* que desfilasen desnudas delante de él? «Si me dejas responder...».

«O lo sabes o no lo sabes, ¡no estoy tan segura de qué hay que pensar!».

«Bueno, por un lado, sigues cambiando de tema, de las mujeres a ti, y esas dos cosas no son lo mismo en mi mente».

Ella se quedó callada, mirándolo, y entonces él se dio cuenta de adónde quería llegar. No podía ganar. «No me parece bien que ninguna mujer se quite la camiseta delante de mí, para responder a tu pregunta».

Ella lo miró con una sospecha airada que lo hizo sonreír. «¿Y eso fue *tan* difícil de decir?».

«Con tus interrupciones, sí».

«Crees que este tipo de cosas son divertidas», dijo ella, asintiendo con la cabeza, nada contenta con eso. Y eso lo hizo jodidamente divertido.

«No lo creo», dijo él mientras se reía.

«Claro. Claro. Esto es muy decepcionante», murmuró ella, volviéndose hacia la cala.

«Mon Dieu, Ma Petite, para», le suplicó él, sin dejar de reír. Ella le respondió con un gesto de la mano mientras caminaba hacia el final del muelle, murmurando lo equivocada que estaba con respecto a él.

Él la siguió, sorprendido de lo fácil que era que sus conversaciones acabaran así. Desde el primer día, se dio cuenta. Lo

más excitante era que ella ni siquiera se daba cuenta de lo que sus ofensas le decían claramente. Que *no* le gustaba la idea de que otra mujer desfilara desnuda delante de él. La única razón por la que dudó en toda la conversación fue porque ella había entrado en escena y eso era diferente. Que ella desfilara sin camiseta delante de él era *definitivamente* algo a lo que no se oponía. Pero no podía decírselo, obviamente.

—Para que conste —dijo él detrás de ella, dispuesto a dejar las cosas claras—. No deseo que ninguna mujer desfile desnuda delante de mí. Jamás.

Ella se giró con el ceño fruncido. «¿Deseo?». Volvió a mirar al frente. «Qué elección de palabras más extraña. Pruebe *con "querer",* señor Bishop. Usted no *quiere,* no *desea.* Desear es lo que se hace cuando se ve una estrella fugaz o se lanza una moneda a un pozo, no decidir si se quiere o no mirar tetas».

Joder, no podía creer que ella hubiera conseguido excitarlo hasta perder la cabeza con sus celos. Sin darse cuenta, por supuesto.

CAPÍTULO 7

Sahvrin yacía en el sofá esa noche, incapaz de dormir, mientras cada momento del día volvía a su mente, en particular la pelea por las tetas. Ella *seguía* enfadada, y él estaba seguro de que siempre lo estaría mientras pensara lo que pensaba. Cuanto más intentaba arreglarlo, peor se ponía, así que dejó de intentarlo, sin querer hacerle daño, aunque ella se lo estuviera haciendo a sí misma. No le gustaba que ella pensara que le gustaban otras mujeres aparte de ella y tampoco podía decírselo sin provocar cosas que no quería. No, quería hacerlo, pero no lo haría porque si ella le había demostrado algo hoy era que *no* estaba hecha para vivir en el pantano.

Y más le valía no cortarse el pelo, joder.

Se oyó el estruendo de un trueno y él escuchó atentamente por si su Petite se despertaba. Ahora que ella se estaba recuperando, tenía que dejar de estar tan pendiente de ella. Un minuto después, el trueno retumbó con más fuerza.

—¿Sahvrin? —susurró ella en voz alta.

—¿Sí?

—Eh... ¿estás despierto?

—Sí

Ella se quedó callada. —Vale... Buenas noches.

—¿Quieres que me acueste contigo?

Ella no respondió y él se levantó y se dirigió a la cama. «Hazme un hueco».

«No te he respondido», dijo ella mientras se hacía a un lado.

«No hacía falta», dijo él, tumbándose en el borde de la cama.

«De hecho, iba a decir que no necesitaba que lo hicieras».

«Bueno, puedo volver al sofá».

«Eso es una tontería, ya estás aquí. A menos que quieras, entonces, obviamente, puedes hacerlo».

«No quiero».

Retumbó un trueno y, de repente, ella se pegó a su espalda. «Date la vuelta, Ma Petite».

Ella se dio la vuelta rápidamente y él también, pasando su brazo por encima de ella. Ella le agarró el brazo con fuerza entre ambas manos y él la atrajo hacia sí al sentirla temblar.

Le habló en francés con voz suave, acariciándole la frente con la otra mano hasta que ella se durmió. Cuando pareció que la tormenta había pasado, él se movió para desenredarse, provocando un suave gemido de ella, que volvió a aferrarse a su brazo.

Mon Dieu.

Se volvió a acostar, decidido a dormir. Mañana terminaría la bañera y empezaría a trabajar en la pulsera en la que le pediría a 8-Bit que le instalara un rastreador. Así no tendría que preocuparse por volver a perderla.

El sueño finalmente se apoderó de él, seguido de más sueños traviesos con Petite. Esta vez, cuando se despertó, los dedos de ella estaban en su cabello y la pierna de ella cubría su erección con la mano de él sobre ella. Mon Dieu, ¿era de ahí de donde venían sus sueños?

Le quitó la pierna y se incorporó, luego se puso de pie. Al mirar atrás, se quedó paralizado al ver la mitad de su pecho asomando por la parte superior de la camiseta casi transparente que llevaba puesta. Bajó la mirada y las formas redondeadas y carnosas que coronaban sus delicados montículos golpearon su polla y despertaron la despiadada venganza de Bishop. ¿Qué tamaño alcanzarían sus pezones cuando se excitara?

Se obligó a alejarse de ese tormento y salió por la puerta para aliviarse. No lo había hecho en años, pero estaba convencido de que si no se masturbaba pronto, haría algo peor.

****

A Beth le había costado mucho no moverse cuando Sahvrin se dio cuenta. En algún momento de la mañana, se había despertado con él presionando su pierna contra su erección. No se atrevió a

molestarlo porque... bueno, no le importaba que él se sintiera bien, incluso lo deseaba, Dios, cómo lo deseaba. Y técnicamente ella no estaba haciendo nada, solo estaba dormida y ajena a todo, mientras él no se daba cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Por qué decir algo? Era una situación incómoda de la que podían prescindir después de la estupidez que había ocurrido ayer. Cuando finalmente oyó la puerta exterior, abrió los ojos y exhaló. Bajó la mirada para ver si estaba presentable. Dios, sin duda él veía sus pezones a través de la camiseta. No es que ella supiera que vendría una tormenta y que él dormiría con ella. Si lo hubiera sabido, se habría vestido de otra manera.

Ahora se preguntaba qué pensaría él de ellos. Su clítoris hormigueaba al recordar las imágenes de su cuerpo desnudo cuando lo había sorprendido. No había dejado de dar vueltas en su cabeza.

Dios mío. Solo había visto su espalda, pero eso ya era lo suficientemente traumático. Tenía un enorme tatuaje en la espalda y ahora sentía curiosidad por verlo. Pero su trasero firme y musculoso quedó grabado para siempre en su mente, al igual que la línea oscura del bronceado justo encima.

Qué bronceado tan delicioso tenía. Ella quería uno igual. El argumento de no llevar camiseta en el pantano volvió a su mente, enfriando el calor de su cuerpo. Recordó que entre la ropa había unos pantalones cortos y un sujetador deportivo. Eso podría servir como ropa para broncearse. ¿Dónde encontraría el sol? Desde luego, no iba a volver a ese jardín. Todavía.

El muelle de atrás acabaría recibiendo el sol. Se lo preguntaría a Sahvrin. No había nada de malo en preparar su piel para el pantano. Era una necesidad, en realidad. Y no requería trabajo, así que él no debería tener ningún problema con ello.

No podría soportar el pantano, ya lo vería. Claro, había cosas a las que acostumbrarse, obvio. Era una superviviente; podría soportarlo. Las arañas y todo lo demás.

Salió corriendo de la cama y se metió en el baño antes de que él pudiera volver. Cogió la bolsa de ropa que colgaba del gancho y se encontró con una pequeña sorpresa agradable. ¡La camiseta blanca

que había visto no era una camiseta, sino un bañador de una pieza! ¡Sí!

Se lo puso y se topó con la pesadilla de su vida. Su trasero gordo. ¡Uf! No podía ponerse ese maldito bañador delante de él, ¡ni hablar! Podía ponerse los pantalones cortos encima. La gente se bronceaba así, ¿no?

Qué más daba, podía broncearse como quisiera. Podía pedirle que se quedara en ese lado de la casa para poder hacerlo. Él podría soportarlo, el señor que nunca quería ver a las mujeres desnudas. Qué santo. Qué obispo.

Se detuvo y luego sonrió al recordar una cosa. A él le encantaba su cabello. Por eso, lo llevaría suelto para él, pero en una cola de caballo para ella. Un término medio feliz.

Cuando salió del baño, Sahvrin estaba cocinando en la cocina. Había decidido fingir que ayer no habían discutido y que hoy era un nuevo día, un nuevo comienzo. «Buenos días, ¿qué tal has dormido?», le preguntó, presa del pánico al darse cuenta de que era la peor pregunta que podía hacerle, por si él recordaba o era consciente de lo que había pasado.

«He dormido profundamente», respondió él con su voz grave y sensual, haciendo que se le acelerara el corazón.

«Debías de estar cansado. Necesitabas descansar». Cállate ahora. Sigue adelante. «¿Es café lo que huele?».

«Sí», respondió él. «¿Quieres una taza?».

«Iba a prepararlo. ¿Ya has tomado una taza?».

—Estaba a punto de hacerlo.

«Yo lo preparo», dijo ella, cogiendo una segunda taza antes de que él pudiera negarse. «¿Qué estás cocinando? Siempre huele de maravilla».

Ella lo observó con esos deliciosos vaqueros y camiseta blanca, cortando cebollas. «Una tortilla loca».

—Oh, qué rico. ¿Qué tiene de loca? Ella bajó la vista hacia el café y lo miró, pillándolo, mirándole los pantalones cortos. ¿O estaba mirándole el trasero? Dios, qué vergüenza. Seguro que ahora no pensaba que estaba desnutrida.

«Lo loco es el orden en que se cocina. Primero se fríe la carne y las verduras, luego se rompen los huevos encima y se le da la vuelta con cuidado».

«Suena más genial que locura. ¡Tengo tanta hambre!». Le llevó el café y él dejó el cuchillo, secándose los ojos con la manga justo cuando el olor de las cebollas la golpeó.

«Vaya», dijo ella, retrocediendo y parpadeando por el picor.

«Normalmente las corto rápido y evito que me lloren los ojos».

«Mutilación ocular», dijo ella con una risita. «Lo siento», añadió, dando un sorbo a su taza.

«¿Por qué?».

Hmm. Siempre asumía cosas equivocadas con él. «Pensaba que quizá yo había causado eso de alguna manera. La...», se señaló los ojos con los dedos, «...distracción».

Él se rió entre dientes. «Pensabas bien». Se acercó al fregadero, abrió el grifo, se salpicó la cara y se la secó con un paño de cocina, mientras ella se moría por saber qué significaba eso. Volvió a la cocina y echó las cebollas y otras cosas de colores en una gran sartén negra, creando un silbido de humo que pronto convirtió la cocina en un paraíso para el olfato.

«Estaba pensando en empezar a broncearme hoy. ¿Dónde encontraría el mejor lugar para hacerlo aquí? En cualquier sitio menos en el jardín».

Él soltó una carcajada y la miró con su mirada sexy. «El muelle trasero a las dos tiene sol durante un par de horas, pero eso es demasiado tiempo para ti».

«¿Por qué?».

«Porque la reina de hielo podría sufrir un golpe de calor».

«Solo necesito una hora», dijo ella, y él negó con la cabeza.

«Treinta minutos para tu primera vez. Quince minutos por un lado y quince por el otro».

«¿Eso es *todo*?».

Él asintió y ella quiso discutir, pero se mordió la lengua. «Está bien, que sean treinta minutos. Pensaba que podrías darme

privacidad. Mah-Mah me ha traído un bañador y me gustaría usarlo para broncearme».

Su mirada divertida la hizo sentir estúpida.

—¿Qué?

«¿Necesitas intimidad con un bañador? Pensaría que sí si tuvieras pensado tomar el sol desnuda».

Su pulso se aceleró solo con esa palabra. ¿Qué estaba diciendo? «Nunca... me he bronceado desnuda. Ni siquiera en una cama solar».

Él se encogió de hombros y rompió los huevos en la olla mientras ella se preguntaba qué estaba pensando, ¿por qué decía eso? «Es solo que no me gusta mostrar mi cuerpo», añadió ella.

«¿Debe de ser difícil para ti en las piscinas?». Él removió sin mirarla, mientras ella sentía que él estaba demostrando algo más que manteniendo una conversación informal, como sugería su tono.

«No me gusta hacerlo allí especialmente».

«¿Pero te gusta hacerlo?».

«Sí, pero si pudiera elegir, preferiría que nadie me viera».

Él asintió con la cabeza, golpeando la cuchara contra el borde de la olla. «Es una pena que pienses que no tienes elección en estas situaciones».

¿Qué demonios estaba diciendo? «Supongo que podría elegir no ir a piscinas e incluso a playas, sí. Es solo que... pensaba que era raro por tener un problema con eso, ya que a todos los demás parece no importarles. Así que lo superé».

«Bueno, ahora no tienes que aguantarte nada. Si quieres, puedes hacerlo, y si no, no lo hagas. Es tu vida, tu cuerpo, tus preferencias. Nadie más. Si quieres broncearte sola, broncéate sola. Si quieres broncearte desnuda, broncéate desnuda. No miraré si no quieres que lo haga».

Su cerebro se bloqueó ante esas últimas palabras. ¿Si ella no quería que lo hiciera? ¿Estaba diciendo que quería mirar si ella quería que lo hiciera? Ayer había dicho muy claramente que no quería ver a ninguna mujer desnuda. Ohhhh, espera un momento, había dicho que el hecho de que ella estuviera en la situación lo

cambiaba todo. Dios mío. ¿Le estaba diciendo que quería verla desnuda?

«De acuerdo», dijo finalmente, dándose cuenta de que no había respondido. «Gracias». No estaba segura de por qué le estaba dando las gracias ahora. Y si quería que él la viera, ¿cómo se lo iba a decir? La idea la tenía más que excitada. Dejó el café, necesitaba agua fría.

****

Sahvrin estaba jugando con fuego, lo sabía. Y cada vez le importaba menos. Pero ver su culo en esos pantalones cortos y con ese top de bañador había hecho mella en su autocontrol. La idea de ella bronceándose en su terraza lo había provocado tanto que había dicho más de lo que quería. Cada segundo con ella empezaba a parecerle una guerra. No sabía qué había entendido ella de sus señales contradictorias, dada su incapacidad para comprender incluso el inglés más sencillo. Ahora necesitaba masturbarse. Despertarse con una excitación increíble y ver su culo y sus bonitas tetas en ese mismo instante lo había rematado.

No había razón para no masturbarse, no le gustaba el masoquismo, y andar con una erección era precisamente eso.

A la una, Sahvrin se agotó con los ejercicios. Incluso dejó que su Petite lo observara. Lo que significaba que fingió no saber que ella lo hacía. Le había dado un buen espectáculo, incluso haciéndolo solo en calzoncillos, sin importarle que su polla estuviera dura todo el tiempo, sabiendo que sus ojos estaban fijos en ella.

Sabía que estaba mal esperar que eso le provocara *algo* de lo que ella le provocaba, pero el santo Sahvrin estaba holgazaneando, dejando que Bishop se encargara de las cosas, quien interpretaba todo lo que ella hacía como un ataque a su código ético asexual. Esto le exigía una represalia. No importaba que combatir el fuego con fuego lo incinerara todo. El obispo vivía para quemar cosas y estaba más que feliz de quemarse con ellas.

Se duchó fuera y luego comprobó la cura en la bañera antes de regresar a la casa. En la puerta principal, se detuvo e inclinó la

cabeza ante lo que veía dentro. Abrió la puerta y su Petite se levantó de un salto del suelo del baño.

«¿Qué estás haciendo?»

«Yo... he derramado... algo y estaba... limpiándolo».

Se acercó, miró los guantes de goma que ella llevaba puestos y luego inspeccionó el cuarto de baño. Al ver su botella de limpiador casero en el lavabo, la miró fijamente. «¿Estás limpiando?».

«No, solo un poco, se me ha caído...».

«¿Derramaste qué, limpiador?».

«Bueno, estaba limpiando el inodoro y se me ha caído un poco, así que sí, lo estaba limpiando».

«Teníamos un acuerdo. Tú aceptaste».

«No era nada, por Dios, ¡actúas como si fuera una criminal! Limpié un poco, ¿y qué? No soy una inválida, pero si paso otro día sin poder hacer nada, ¡me voy a marchitar o me voy a volver loca!».

La ira le recorrió los nervios cuando el obispo volvió a ver esto como una transgresión que debía responder, incluso mientras luchaba por sacarla de esa categoría. «Son las dos. Tienes una cita con tu bronceado», murmuró.

Ella lo miró fijamente, viendo y sintiendo plenamente su ira, y aun así no fue suficiente para él. Ella bajó la mirada y dijo en voz baja: «Lo siento. Tienes razón. Estuvo mal, no debí hacerlo, aunque me parezca una estupidez».

Él mantuvo la boca cerrada, sin ceder a su necesidad de tranquilidad. Ella finalmente se dio la vuelta y se alejó, y la visión de su trasero llevó su ira directamente a su pene.

Se quedó allí, hirviendo de ira durante muchos segundos, y luego decidió que ella debía ponerse protector solar. Se dirigió al muelle trasero justo cuando ella se tumbaba en la manta que él había extendido para ella.

«Tienes que ponerte esto», le dijo, ignorando su reacción de sorpresa mientras ella se cubría el pecho con una toalla. «Túmbate, te lo pondré en la espalda».

Ella dudó, pero luego hizo lo que él le dijo mientras él vertía un poco en sus manos y las frotaba. Hizo una pausa. «Este bañador

no es para broncearse, tiene un millón de tiras en todas direcciones».

«Bueno... es lo único que tengo», dijo ella, con tono confuso.

«¿Por qué no te quitas la parte de arriba, ya que estás tumbada boca abajo? No hay nadie aquí mirando».

«Bueno, yo... uf», murmuró finalmente, inclinando la cabeza hacia él. «¿Puedes darte la vuelta?».

Lo hizo, luego dijo: «Girado», y esperó mientras su pene se endurecía.

«Vale, ya está».

Al ver los moretones que se desvanecían en su espalda expuesta, el deseo lo invadió. Añadió más protector solar a sus manos y las frotó entre sí, moviendo suavemente las palmas sobre su piel cálida. «¿Todavía te duelen los moretones?», preguntó, con ganas de besar cada uno de ellos con lengua.

«No... realmente».

«¿Te estoy haciendo daño?», preguntó, suavizando aún más su tacto.

«No», murmuró ella. «Se siente... tan bien».

Joder, estaba hambrienta de caricias. Se concentró en sentirla, sin querer olvidar cómo era aquello, seguro de que nunca volvería a tener la oportunidad. Su piel era sedosa y suave mientras deslizaba las palmas por cada centímetro de su espalda, dolorosamente consciente de que estaba haciendo lo que había jurado no hacer. Tocar el cielo.

«Dios, esto es increíble», dijo ella, haciendo que su polla palpitara.

«Tu cuerpo lo necesita».

Ella respondió con un inocente y delicado mmm. «¿Siempre y cuando no esté trabajando?».

—Sí —dijo él, moviendo las manos por sus costados y dejando que sus dedos se deslizaran demasiado abajo. Le acarició los brazos y luego la espalda, hundiendo suavemente los pulgares en los músculos de sus hombros, listo para devorarla.

«Dios mío», murmuró ella, perdida en el placer.

Ahora bajó hasta su cintura, centrando sus pulgares en la parte más baja de su espalda, obteniendo más de esos sonidos de placer. Sus ojos se posaron en su trasero, y todo lo que Bishop vio fue un pecado que necesitaba ser castigado.

«¿Por qué te estás bronceando con esos pantalones cortos? *¿Quieres* un bronceado de chico?».

«¿Qué? No, no lo quiero», murmuró ella, perdiéndose en la sensación mientras él mantenía su ritmo sensual.

—Entonces quítatelo —dijo él, con la polla dolorida por las ganas de ver su culo.

—Yo... no me gusta enseñar el culo.

Joder, ¿acaso no le parecía precioso? «No pasa nada, no miraré», mintió descaradamente, dispuesto a coaccionarla más.

«¿Puedes darte la vuelta?».

El fuego recorrió sus venas cuando lo hizo. «Me he dado la vuelta». Esperó mientras el calor le golpeaba el pene. Realmente necesitaba parar antes de que no pudiera.

—Vale.

La delicadeza con la que lo dijo le preparó para la guerra. Se quedó mirando su trasero, completamente mudo. Joder, Dieu, ¿cómo no sabía que tenía el mejor trasero del mundo? Volvió a frotarle la espalda antes de que se preocupara, llevándola al punto en el que la tenía antes. No tardó mucho. Y los dulces sonidos de placer se volvían menos inocentes mientras memorizaba cada costilla, contorno y vértebra.

De la nada, Saint Sahvrin regresó y dijo: «Ya está», y luego se levantó. «Te avisaré cuando hayan pasado quince minutos, entonces podrás darte la vuelta».

«Gracias», dijo ella débilmente, con la lujuria de esas dulces palabras lamiéndole la polla.

Joder, iba a explotar. «Pensándolo bien, voy a ir a revisar las trampas. Volveré en una hora más o menos. Quince minutos en la parte delantera», le recordó mientras se marchaba. «No te pases de ese tiempo».

—De acuerdo —murmuró ella—. Diviértete —añadió con voz dulce.

Sí, divertirme. Me lo voy a pasar de puta madre quemando los recuerdos de ese paraíso.

****

Mientras estaba fuera, Sahvrin se topó con más indicios de tráfico y siguió el posible rastro todo lo que pudo, sin encontrar nada más. Se detuvo en una de las tiendas del pantano, sacó su teléfono y localizó a Spook.

—Eveque, ha pasado un poco de tiempo —respondió Spook.

«Sí, demasiado», dijo Sahvrin. «Te voy a enviar las coordenadas donde estoy encontrando indicios de redes demoníacas. Necesito que vengas a ver qué puedes ver».

«Envíalas. ¿Cómo va todo con eso?», preguntó Spook.

«Bien. Tendré más detalles en un par de días».

—¿La reunión habitual sigue en pie?

—Si te refieres a la fiesta de mi madre, sí. Si necesitamos hacer algo antes de eso, se lo haré saber a todo el mundo.

«Suena bien. Envía las coordenadas y me pondré a ello inmediatamente».

«Gracias. ¿Cómo están tu padre y tu madre?».

«Están bien. Siguen anclados en los pantanos como un par de verrugas viejas en un sapo».

Sahvrin sonrió. «Me alegro de oírlo. Deberías traerlos».

«Lo haré si consigo convencerlos».

Por el tono de Spook, las posibilidades eran escasas. «Envíame un mensaje con cualquier cosa que encuentres. Si necesitas localizarme rápidamente, estoy en la cabaña».

«Entendido. Hasta luego».

Sahvrin colgó y amarró su barco al muelle, saltando al embarcadero. «Com-on-sah-vah», le dijo a la Sra. Bernadette al entrar en la pequeña casa sobre pilotes.

—Lil-Eveque —lo llamó con una sonrisa desdentada—. Meh, ¿por qué no te veo casi nunca?

«He estado por aquí», dijo él, mirando hacia la derecha.

«¿Qué necesitas, sha?».

«No estoy seguro, la verdad», murmuró, caminando por el primer pasillo.

«¿Estás comprando?», preguntó ella con una risa, porque él nunca hacía eso.

«Supongo que sí», dijo él, al ver un sombrero para el sol y coger uno. Cogió todo lo que pensó que le gustaría a ella, dándose cuenta finalmente de que tal vez se estaba disculpando sin palabras. En su mayoría eran alimentos placenteros y saludables, ya que ella aún no había probado nada parecido. Recordó su comentario sobre el aburrimiento y añadió varias formas de entretenimiento para mantenerla ocupada. Metió un par de chanclas en la bolsa y dijo: «Say-to, fini».

«Vaya, te has llevado toda la tienda», se rió la anciana, mientras anotaba todos los artículos. «¿Seguro que no quieres esto?».

Puso un collar de cocodrilo en la pila y él asintió con la cabeza para incluirlo con el resto.

Joder, se había ido casi tres horas, se dio cuenta al salir. Una ola de frío se había apoderado de él y los próximos días serían más frescos, gracias a Dios. Le prepararía un gumbo, le gustaría.

CAPÍTULO 8

Beth lloraba mientras se miraba en el espejo sus pechos enrojecidos. Se había quedado dormida al sol y ahora Sahvrin se iba a enfadar mucho. Para empeorar las cosas, como él no estaba allí, se había quedado en topless. Y para compensar el delito de broncearse, había ordenado su escritorio, lo que no le había supuesto ningún esfuerzo, y había roto el bonito dibujo de palitos que había encima. Probablemente alguna reliquia familiar. Luego, mientras buscaba pegamento para arreglarlo, vio una tableta y pensó en hacer un abanico de papel para refrescarse la quemadura. Cuando la abrió, no tenía ni idea de que era un diario. No leyó nada intencionadamente. Al principio, le cautivó la hermosa letra cursiva, sin prestar mucha atención a lo que estaba escrito. Y cuando lo hizo, lo cerró. Parecía una especie de carta de amor, y aún no estaba segura de sí la había escrito él o alguien más. La letra no se parecía a la de la nota que había puesto en su comida. Y ahora no podía volver a mirar para comparar o preguntar sin que él supiera que había husmeado. No, en realidad no era fisgonear, pero aun así él podría enfadarse, y ella ya había hecho suficientes cosas como para que él se enfadara.

Se lo diría, pero no hoy. Quizás dentro de un par de días. Pero lo que realmente le daba miedo era la obra de arte que había roto. Él no tenía muchas cosas en su casa y las pocas piezas que parecían coleccionables eran obviamente valiosas para él. Estaba exagerando. Eran palos y se podían pegar, no era gran cosa. Tenía la intención de pegarlos y no decir nada, pero sabía que ocultarlo la consumiría. Un secreto era suficiente con él. Por no mencionar que parecía sentirse más culpable con él cuando hacía algo malo o estúpido.

Mientras repasaba sus delitos en Sahvrin, recordó lo excitada que se había puesto cuando él simplemente le había frotado la espalda. ¿Qué le pasaba? Dios, él era así. Todo en él la excitaba. Pero parecía... más, mucho más de lo que sería normal. Se quedó

paralizada, pensativa. ¿Era algo que había en el té que le había hecho beber? ¿Alguna hierba exótica en la medicina? Cerró los ojos con un gemido de impotencia al recordar sus grandes manos moviéndose sobre ella. Había sido tan gentil, tan cuidadoso. Tan... sexy.

Más calor inundó sus mejillas al sentir la vergüenza irremediable de que él le hubiera visto el trasero. Sabía que lo había mirado, por supuesto que lo había hecho. Estaba segura al noventa y nueve por ciento. Y el uno por ciento de posibilidades de que no lo hubiera hecho, en realidad le molestaba. Se dio cuenta de que quería que lo mirara, lo que confirmaba su promiscuidad.

Tenía que acabar con esta locura con él. Probablemente por eso se había marchado de repente, porque lo había visto y le había disgustado su comportamiento, ya que no le gustaban las mujeres. No es que ella se lo creyera del todo, pero ahora que lo pensaba, él no había mostrado ningún indicio más que los que ella le había visto, y probablemente ella estaba exagerando.

Dios, ¿y si él estaba viendo lo que ella *realmente* quería? Ella era muy mala ocultando cosas, y él era especialmente clarividente con ella.

La vergüenza y el deseo luchaban en su interior mientras se abanicaba el pecho con el pequeño abanico de papel improvisado. Salió del baño y se quedó sin aliento al ver que él había vuelto. «¡*Mierda*!».

Corrió hacia la cama y se tumbó, sin estar preparada para enfrentarse a él. Recordó que le había pedido prestada una de sus camisas porque le dolía llevar cualquier cosa ajustada en el pecho. No era nada preocupante, pero ella se preocupaba de todos modos.

Cuando tardó mucho tiempo, se incorporó para ver qué estaba haciendo. Vio unas bolsas de papel marrón en el muelle y sintió una emoción infantil. ¿Había ido de compras? Decidió que quizá necesitaba ayuda, se dirigió a la puerta y le preguntó: «¿Necesitas que te ayude a llevar las cosas?».

«No», respondió él, y su tono le provocó un nudo en el estómago. ¿Seguía enfadado?

Esperó mientras él se acercaba, llevando todas las bolsas en ambas manos, con sus botas de goma y sus vaqueros que de alguna manera lo hacían parecer más sexy. Qué *ridículo* era ser tan guapo.

Se alejó de la puerta, dispuesta a terminar con todo, pero se apresuró a volver y se la abrió para él cuando se acercó.

Él se quedó paralizado ante ella. «Mon Dieu, joder», murmuró sorprendido.

«Me quedé dormida», dijo ella con la cabeza gacha mientras él entraba. Lo miró mientras dejaba las bolsas en el suelo junto a la encimera y se preparó para cuando se acercara a ella.

«¿Qué estás haciendo?», jadeó, agarrándole las manos cuando él empezó a desabrocharse la camisa.

Él la miró con ira. —Mirar qué *grado* de *quemaduras* tienes.

«No... no llevo nada debajo».

«Entonces tendrás que *avergonzarte*, supongo», dijo él, enfadado.

«Lo haré», jadeó ella, retrocediendo y desabrochándose los cuatro primeros botones, y luego mirando hacia la derecha con los ojos cerrados mientras se abría la camisa.

****

Sahvrin contuvo un gemido cuando vio sus pechos. Fue otra brutal guerra de lujuria y rabia, como de costumbre. «Joder», susurró.

«Lo siento». Apretó los labios y cerró los ojos mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Él se apresuró a acercarse a ella y le cerró la camisa, reprimiendo la lujuria que empujaba sus cuerdas vocales, luego le tomó el rostro y le secó las lágrimas. «Está bien, no llores», le dijo, cediendo a la necesidad de posar sus labios sobre los de ella. Los presionó contra su frente con un «shhh, shhh», mientras ella ahogaba los sollozos.

«Y rompí tu dibujo en el escritorio sin querer. Intenté encontrar pegamento y no lo encontré, y entonces encontré por casualidad un diario. Te juro que solo estaba buscando papel para

hacer un pequeño... abanico para refrescarme la quemadura, no era mi intención leerlo y dejé de hacerlo en cuanto me di cuenta de lo que era».

¿Diario? Él le acarició el cabello mientras le sostenía la cabeza contra su pecho. «Puedo arreglar cualquier cosa, Ma Petite. Y no tengo ningún diario, quizá hayas encontrado el de mis hermanas». Se lo había confiscado cuando descubrió que ella estaba infringiendo las normas sobre citas.

«Lo siento, si me enseñas cómo, quizá pueda arreglarlo».

Su sincera preocupación le conmovió más de lo que debería, era su magia, se dio cuenta. No estaba acostumbrado a que una mujer se preocupara tanto por él, aparte de su hermana y su madre. Ella había sido así incluso en su momento más difícil.

Cerró los ojos mientras las imágenes de su pecho rojo brillante lo inundaban de fuego. Pobre pequeña, eso iba a doler muchísimo, además de matarlo.

La llevó a la cama y la hizo acostarse. «Quédate quieta mientras voy a buscar algo. ¿Ya le has puesto algo?».

«No, no sabía qué poner», dijo ella, cubriéndose los ojos con una mano.

—No llores, Ma Petite, no estoy enfadado, ¿vale? —Le besó la frente de nuevo, luchando contra la necesidad de hacer más.

Encontró su pomada para quemaduras y regresó, sentándose en la cama. «Mantén la cara girada. Te voy a curar la quemadura».

—Oh, Dios —se tensó, apartando la cara todo lo que pudo mientras él le quitaba la camiseta.

«Intentaré hacerlo rápido, pero no quiero hacerte daño». Empezó por la parte superior del pecho y fue bajando poco a poco hacia los pechos, luchando por no mirarlos fijamente. Perdió esa lucha. Su mirada se fijó en sus pezones, altos y turgentes. Su intento de tocarla sin sensualidad hizo que sus pechos rebotaran bajo sus cuidadosos toques.

«Ya casi he terminado», dijo, sintiéndose fatal por ella mientras su polla se enfurecía cuanto más se acercaba a sus pezones. «Esto puede ser... delicado», dijo antes de untar la pomada en el primero.

«Dios mío», exclamó ella con esfuerzo.

«Lo siento, Ma Petite», susurró él, cubriendo cuidadosamente cada centímetro y pasando luego al otro.

Un «Mmm» forzado salió de ella con una patada de sus piernas cuando él terminó rápidamente.

«Ya está», dijo, soltando el aire al mismo tiempo que ella mientras se ponía de pie. «No lo cubras».

«Dios mío, ¿tengo que quedarme así?».

«Es tu castigo por no escuchar», murmuró él, volviendo a estar furiosamente excitado y enfadado.

«¡Me quedé dormida!».

«¿Porque estabas tan agotada de no hacer nada?».

«¡Porque estoy *aburrida* hasta la sac*iedad*, quizá!».

«Quizás», dijo él, mirándola fijamente cuando ella se incorporó.

«¡No mires!», gritó ella, levantando la sábana para cubrirse el pecho. «¡Creía que no mirabas los pechos de las mujeres!».

«No lo hago. Pero no te veo como a otras mujeres».

«Ah, claro, me ves como a una niña, ya me acuerdo».

Él deshizo las maletas que había traído. «Nunca he dicho eso».

—No hace falta que lo digas. O como a una hermana pequeña, que es lo que soy.

«¿Y por qué es eso un problema para ti? ¿Querías ser otra cosa para mí, Ma Petite?».

Su silencio lo excitó, y su mentira de «nunca dije eso», aún más. Mon Dieu, era increíble.

«Te he comprado cosas para entretenerte», dijo, acercándose con la bolsa.

Ella sostenía la sábana frente a ella como una pared, con solo la cabeza asomando, con tristeza, culpa y entusiasmo en su bonito rostro. «¿Qué me has comprado?», se preguntó, viéndolo como un regalo personal, se dio cuenta él.

Él dejó la bolsa sobre la cama y ella exclamó: «¡Un libro para colorear! ¡Y colores!».

Le dolió que ella eligiera lo más infantil como su favorito. *Porque todavía es una niña,* se recordó a sí mismo. *Todavía está herida, todavía es frágil, todavía es todo lo que necesitas evitar.* También era jodidamente dulce. No había conocido a muchas chicas de veinticuatro años, pero estaba seguro de que ella ocupaba el primer lugar en dulzura chupando pollas entre un millón.

«¡Y el juego de las cartas! ¡No he jugado a eso en años! Ohhhh, cartas, realmente no sé ningún juego aparte del solitario, tal vez puedas enseñarme».

«Yo no juego».

La mirada decepcionada que le dirigió le indicó que iba a hacer una excepción.

Ella luchó por cubrirse los hombros con la sábana mientras él contemplaba ideas en las que no tenía por qué pensar. «Te enseñaré un juego de cartas más tarde», dijo él.

La sonrisa feliz que le dedicó le encendió el deseo. No rompería las reglas del código y no apostaría, pero eso no significaba que no pudiera ganar ciertas cosas. Si ella perdía, lo consideraría un castigo del destino. Si ella ganaba, lo consideraría un regalo del destino para él. De cualquier manera, él ganaría.

****

«Esa crema para quemaduras es increíble», dijo Beth desde el baño mientras se aplicaba más en sus pezones sensibles. «El dolor casi ha desaparecido». No había forma de que pudiera soportar que él lo volviera a hacer, Dios, casi había gemido por el dolor y el placer que él le había causado. Qué horrible habría sido eso.

«Bien», le oyó decir desde la cocina. «El gumbo está listo. Ven a comer».

Su tono autoritario tenía un efecto extraño en ella, pero no era malo. Se dio cuenta de que le gustaba. Quizás porque sabía que, en el fondo, lo hacía por preocupación. Sí, se quedaría con eso.

Él quería que ella se quitara la camiseta, lo cual ella le dijo que era *indignante* que siquiera lo pidiera. Él dijo que era por motivos médicos. Sí, tal vez fuera así, pero para *ella* no lo era.

Sostuvo su camisa de vestir lejos de su pecho mientras salía. Seguía siendo lo mejor que podía ponerse, comparado con todo lo demás.

—Siéntate en el sofá, te traeré la bandeja.

Ella hizo lo que él le dijo, incapaz de contener la sonrisa al darse cuenta de que era la persona mandona más simpática que había conocido nunca. Observó cómo la bandeja descendía hasta su regazo, sin tocarla hasta que él la soltó. «¿Qué es *esto?*», se preguntó, cogiendo uno de los cuadrados marrones cristalizados con nueces.

«Tu postre».

Ella lo olió. «Mmmmmm, huele tan bien. ¿También me lo has comprado?».

«Lo compré», respondió él.

«Para mí», añadió ella con una sonrisa mientras él se sentaba a su lado. Se inclinó y olió el plato principal. «Tenía intención de probar el gumbo mientras estuviera aquí», dijo, removiéndolo mientras él comía con avidez.

Dio el primer bocado y exclamó: «¡Dios mío, cómo *cocinas tan bien!*».

«Me alegro de que te guste», dijo él, justo cuando ella se atragantó.

«Lo siento, está un poco picante», dijo entre jadeos y salpicaduras.

«¿Leche?», preguntó él, levantándose.

Ella asintió con la cabeza, tosiendo.

Él regresó y ella se bebió la mitad de un trago y luego se aclaró la garganta. «Vaya», dijo con esfuerzo, con el esófago aun queriendo cerrarse.

«Demasiado pimiento rojo», dijo él, llevando su tazón a la cocina. Ella lo observó hacer algo con él y luego regresó con él. «Eso debería ayudar».

«¿Qué has hecho?», preguntó ella, removiéndola.

«Solo he añadido un poco de agua para diluirlo».

Ella probó un poco más y volvió a hacer mmmm-mmm, asintiendo con la cabeza. «Ha funcionado, gracias».

Estaba impaciente por terminar su gumbo, mirando el delicioso cuadrado translúcido cada dos bocados. Cuando por fin llegó a él, le dio el primer mordisco y tuvo un orgasmo bucal. «Esto está buenísimo», le dijo a Sahvrin, que estaba ocupado haciendo de todo en la cocina mientras ella se sentaba como una cerda perezosa y gorda.

«Me imaginé que te gustaría».

«¿Por qué en Luisiana se come tan bien?», se preguntó, en el paraíso de las papilas gustativas. «¿Por qué la gente del norte no sabe cocinar?».

«Puedes llevarte las habilidades contigo».

Ella le lanzó una mirada molesta, odiando que él siempre intentara disuadirla de vivir allí. «Puedo enviar las recetas por correo a casa», dijo. «Mientras viva aquí, en el pantano. Y las cocine yo misma. Y no *aquí*», aclaró, «me buscaría mi propio lugar».

Oyó su risa sexy y odió cómo la excitaba y la molestaba.

«Tengo mucho dinero, puedo comprar cualquier terreno que quiera y contratar... a hombres del pantano para que construyan *la cabaña* de mis sueños».

«Contratarías a mí o a mis hermanos», le informó. «Somos los mejores. Pero cobro mucho».

«Apuesto a que uno de tus hermanos me haría un descuento».

Su resoplido la hizo sonreír, mientras se preguntaba qué habría murmurado después. «O yo te lo haría».

Esto despertó su interés. —¿Hablas en serio?

—Sí.

«¿De verdad?», volvió a preguntar ella.

«Sí», dijo él, acercándose y cogiendo su bandeja.

«¿No vas a preguntarle a tu paciente lisiado si quiere algo más?».

«¿Mi paciente lisiada quiere aprender a jugar a las cartas?».

La emoción le dejó la boca abierta. «¡Sí!».

Él cogió un cojín del sofá y lo colocó en el suelo, junto a la mesita de café frente a ella, y luego regresó a la cocina. «¿Quieres algo antes de empezar?».

—No, gracias, ¡estoy llena! Y estaba buenísimo —añadió—. Eres el rey. Ella sonrió ante su sonrisa mientras él se sentaba frente a ella con las cartas. —¿Cuál es tu veneno? —preguntó ella.

Él le lanzó esa mirada sexy mientras barajaba las cartas. «Five Card Draw».

«Ohhhh, suena peligroso. ¿Es un juego de casino importante?».

«Sí».

«¡Pues vamos allá!», dijo ella, cruzando las piernas en el sofá.

«¿Qué apostamos?», preguntó él, repartiendo las cartas.

«¿Apostar? ¿Como dinero?».

«Yo no apuesto dinero», le informó él.

«Oh... Bueno, no sé, dímelo tú».

«Dímelo tú primero». Dejó el mazo a su lado después de repartir las cartas.

«Mmmm», pensó ella. «¿Qué puedo pedir a cambio?».

«Lo que quieras».

Ella se rió. «¿Cualquier cosa? ¿Como... construir mi casa gratis?».

«Vaya, eso es mucho pedir», dijo él, haciéndola reír. «Está bien».

Ella se quedó boquiabierta. «¡No! Nunca te dejaría hacerlo gratis».

Él puso los ojos en blanco y dijo: «Claro que no».

«¿Y si gano, puedo hacer algo, como...?»

«¿Limpiar el baño?», se preguntó él. «¿La cocina? ¿La nevera?».

«¡No, limpiar no! ¿Qué tal llevarme a pescar? Mañana», añadió ella.

Él negó con la cabeza. «El sol es el último lugar en el que querrás estar mañana», le aseguró.

«Oh». Mierda. «Entonces déjame... hacer algo por ti».

Él la miró, ligeramente interesado, pero cauteloso. «¿Como qué?».

Ella se encogió de hombros. «Te dejaré elegir».

Él se rió de verdad. «¿Me dejarías elegir?».

«¡Confío en que serás razonable!».

«¿De verdad?», dijo él, como si ella fuera muy estúpida por hacerlo.

Pero ella confiaba en él y asintió con confianza: «Sí».

«Bien. Y si gano», dijo él, mirándola, «dormirás sin esa camiseta».

Tragó saliva, sintiendo un calor en sus partes íntimas. «Y tú dormirás en el sofá», dijo, para asegurarse.

Él asintió y luego se encogió de hombros ligeramente. «A menos que haya otra tormenta».

Ella no podía enfadarse, ya que él quería aliviar su dolor y acelerar su curación. «Trato hecho», dijo ella.

Él recogió sus cartas y ella recogió las suyas. «¿Qué hago?», preguntó ella.

Él le explicó cómo funcionaban los puntos y ella asintió, entendiéndolo. «Entonces, me quedaré con mis dos ases», dijo, haciéndole reír. «¿Qué? ¿No?».

«Sí, pero no me lo digas».

«Oh, vale».

«Puedes descartar las cartas que no quieras y robar otras tantas».

Ella descartó tres y él le dio tres. Ella las recogió y también las descartó.

Él se rió y negó con la cabeza. «No puedes descartar esas tres, te tienes que quedar con ellas».

«Mierda», dijo ella, recuperándolas. «¡Ahora sabes que solo tengo dos ases!».

«Sí», dijo él, robando sus cartas y mirándolas. «Pero ganan a mis dos dieces», dijo, poniendo sus cartas sobre la mesa.

«¿Entonces gano?», preguntó ella con los ojos muy abiertos.

«Esta ronda, sí». Recogió todas las cartas.

«Me llevo el premio, ¿verdad?».

—Sí. Tendrás que hacer algo por mí que yo elija. Porque confías en mí.

Su corazón latía con fuerza al oír su tono. «Sí. Entonces, ¿qué eliges? ¡Recuerda que confío en ti!», dijo ella riendo.

—Lo recuerdo —dijo él, clavándole la mirada—. Me gustaría un masaje.

Ella se puso seria. «Oh», dijo, con las mejillas enrojecidas. «¿De qué tipo?».

«Supongo que puedes masajearme la espalda», dijo él finalmente, provocándole una oleada de excitación mientras ella intentaba no mostrar lo que eso le hacía sentir.

«Ha sido muy amable por tu parte», se dio cuenta ella.

«Lo fue», le aseguró él, tal vez insinuando que podría haber mencionado otras partes de su cuerpo.

Volvió a barajar y repartió cinco cartas. «¿Por qué estás jugando ahora?», preguntó, sosteniendo la baraja. «Sigo jugando por lo mismo».

Misericordia. «Uhhh, déjame pensar». ¿Qué era lo que realmente quería hacer por él? Miró a su alrededor en busca de inspiración y luego le dedicó una sonrisa. «¡Déjame prepararte el desayuno! ¡Después de que me enseñes a usar la cocina!».

«Son dos cosas», dijo él.

«Uf, entonces tú me enseñas a usar la cocina y, cuando te gane otra vez, me darás el desayuno».

Él se rió hasta que solo quedó su sexy sonrisa derretidora de bragas. Recogió sus cartas y ella hizo lo mismo. Esta vez no reveló sus respuestas. Solo tenía dos tres. Tiró tres cartas y él le dio tres más. Él robó dos cartas. Mierda.

Ella miró sus cartas y no pudo reprimir un grito ahogado. Había conseguido dos cuatros.

«¿El perdedor muestra su mano primero?», preguntó ella.

Él puso sus cartas sobre la mesa. —Tres jotas.

Ella puso las suyas sobre la mesa. —¡Cuatro parejas!

Él sonrió. «Son dos parejas. Y un trío gana a eso».

«¿Qué? ¡Pero si tengo cuatro cartas!».

«Un trío gana a una pareja. Incluso a dos parejas».

«Uuuugh».

«Esta noche no hay camiseta para ti», anunció él, recogiendo las cartas y volviéndolas a meter en el mazo. «¿Otra ronda?».

«Sí», dijo ella. «Y si gano, quiero que me enseñes a hacer gumbo».

«Y si yo gano, quiero que te quites la camiseta ahora mismo».

Ella se quedó boquiabierta. «¡*No puedo*!», exclamó. «¿Por qué me pides eso? Creía que no te gustaba que las mujeres te enseñaran las tetas delante de ti».

Él se encogió de hombros, apoyó la rodilla en el suelo y colocó el brazo sobre ella. «No me gusta. Pero tú no estás exhibiéndolas, estás dejando que se aireen».

«¿Y si simplemente... la dejo desabrochada?».

Él la miró con los ojos entrecerrados. «Trato hecho», dijo, pasando sus cartas de nuevo.

Ella sacó sus cartas y se quedó boquiabierta ante la basura que le había dado. Tiró las cinco.

«¿Te rindes?», preguntó él, sonriendo con las cejas levantadas.

—¡No, necesito cinco más!

«Deberías quedarte con al menos una, ¿quizás te toque otra igual?».

«¿Es eso lo que debería hacer?».

«No tienes por qué hacerlo».

«Entonces... no. Quiero cinco más».

Él le dio cinco más y volvió a coger dos. Uf. Ella recogió lentamente sus cartas. «¡Dios mío, cinco cartas más de mierda! ¡Debería haberme quedado con ese rey!».

«Tengo tres cincos», dijo él, poniendo sus cartas sobre la mesa.

«¿Estás haciendo trampa?», se preguntó ella, desabrochándose la camisa mientras lo miraba.

«No», le aseguró él.

«¿Cómo sabría si lo estuvieras haciendo?».

«Probablemente no», dijo él, riendo.

«Si veo que miras, me la volveré a abrochar».

«De acuerdo», dijo él. «Ahora voy a hacer como que te doy un masaje. Primero».

El recuerdo de su último masaje la ponía enferma de excitación. «¿Dónde? ¿En qué parte del cuerpo?».

—Confío en ti para que elijas por mí.

«¿Por qué no me obligas si es algo que necesito?».

«Podría», dijo él, como si fuera decisión suya.

«Los pies», se apresuró a decir ella, antes de que él cambiara de opinión.

«Trato hecho», dijo él, pasando sus cartas. «Última partida», dijo. «Después cobramos».

Oh, Dios. Solo eran pies. «Vale».

CAPÍTULO 9

Sahvrin se preguntaba cómo sobreviviría a esto sin tener un orgasmo. Ella había ganado la última partida y él estaba extendiendo una manta en el suelo para darle un masaje. Mon Dieu, tal vez *era* masoquista.

«¿Con la camisa puesta o quitada?», preguntó ella mientras él se la quitaba. «Supongo que quitada», dijo ella, mostrando su nerviosa excitación. «Debo advertirte que no tengo muchos conocimientos sobre esto».

Él se tumbó en el suelo. «Estoy seguro de que sabes bastante sobre el cuerpo masculino, dados tus dos años de formación».

«Pero una terapeuta sexual no aprende a dar masajes».

«¿Qué aprende?», se preguntó él, esperando con su polla dura presionando contra el suelo.

«No sobre masajes», fue todo lo que ella logró balbucear finalmente.

«Menos mal que cambiaste de carrera», dijo él, sonriendo para sus adentros.

«Estoy empezando. ¿Te importa si me arrodillo sobre ti, me siento a horcajadas sobre tus caderas?».

Mon Dieu, ¿se había olvidado de todo su vocabulario? «Por favor, hazlo», dijo él.

«¿Y por qué es bueno que haya cambiado de carrera?», preguntó ella, acariciándole suavemente la espalda con las manos.

«Porque apenas puedes hablar con el sexo opuesto sin ponerte nerviosa».

Le hubiera gustado poder ver su rostro. «Yo hablo perfectamente con el sexo opuesto», dijo ella, con las manos como seda sobre su piel, mientras parecía frotarlo distraídamente.

«Sabes que un masaje consiste en trabajar los músculos, no solo en masturbar mi piel».

Ella jadeó y él se rió cuando ella le dio un golpe. «Me distrajo este tatuaje. ¿Es como un sello?».

—Mmm. Sí. De la organización a la que pertenezco.

«¿Como... una banda de pantanos?».

«Algo así».

«Qué interesante».

«Me estás haciendo cosquillas».

«Lo siento». Se puso a presionar con los dedos sus músculos y la sensación fue jodidamente orgásmica.

«¿Te gusta?», le preguntó cuando él dejó escapar un gemido de placer.

«Sí», murmuró él.

«Estás tan tenso», dijo ella, con tono de asombro. «Y duro».

El obispo se enfrentó a Santa Sahvrin, insistiendo en que ella estaba tentándolo a propósito y que debía responder por ello. «Pareces sorprendido».

«Lo estoy. Estás aquí tumbado y parece que estás usando los músculos».

«Así es», le aseguró él.

«Bueno... intenta relajarte». Ella intentó ayudarle recorriendo su espalda con sus sedosas manos.

«Eso no ayuda», dijo él, luchando por contener otro gemido que le quemaba el pene.

—¿Te hace cosquillas?

«Sí». Por todas sus malditas pelotas.

«Te dije que no sé lo que estoy haciendo. ¿Dónde aprendiste a dar masajes? Eres como una profesional. No importa, quizá no quiera saberlo».

Lo había vuelto a hacer, le había dicho sin darse cuenta de que estaba celosa. «¿Por qué no querrías saberlo, Ma Petite?», decidió insistir.

«Es solo que... no quiero. No es asunto mío».

«Lo aprendí de mi primera novia», dijo él, o mejor dicho, dijo el Obispo.

Ella se quedó callada un momento. «Me alegro por ti». Sus caricias pasaron gradualmente de ser delicadas a ser como las de un

panadero amasando. «Yo también aprendí cosas», añadió entonces, haciéndole sonreír mientras esperaba a oírlas. «Aprendí un montón de cosas sobre sexo en el libro del Kama Sutra».

Sus ojos se abrieron lentamente con el latido de su pene. «¿El libro qué?».

«Se supone que es un texto antiguo sobre todas las formas de tener sexo. Emocional, mental y físico».

«¿Sexo emocional?». ¿Qué demonios era eso?

«Sí, se trata de respirar, suspirar y sentir».

«¿Entonces crees que es una tontería?». Al menos, su tono lo daba a entender.

«No sé, suena un poco... circense». Él gruñó cuando ella empezó a darle golpes de karate por toda la espalda. *«¡*Y las *posturas!* Menudo espectáculo de fenómenos. Como... un espectáculo de fenómenos del tipo "los humanos no están hechos para doblarse en esos ángulos". ¿Lo estoy haciendo bien?», se preguntó ella.

«Sí, muy bien», respondió él con esfuerzo, deseando que ella se sentara sobre él. «Si te cansas y necesitas sentarte, puedes hacerlo».

«Oh... Vale». Pero no lo hizo. «Bueno», dijo con ligereza. «Tu primera novia, ¿eh? ¿Y cuántos años tenías? Yo no empecé a salir con chicos hasta los dieciocho», comentó ella. «Órdenes estrictas de papá».

«Yo no tenía órdenes tan estrictas», murmuró él. «Pero tenía diecisiete años».

«¿Y cuánto duró?».

«No lo suficiente y demasiado», respondió él.

Ella hizo una breve pausa y luego pareció apoyar los codos. La nueva posición hizo que sus muslos rozaran la cintura de él, lo que a su vez le trajo imágenes de ella cabalgando sobre su polla. «Eso suena como un oxímoron».

«Ella rompió conmigo».

De nuevo, ella hizo una breve pausa antes de volver al trabajo en el que era tan terriblemente buena. «¿Así que no lo suficiente porque no querías que rompiera contigo?».

«Me alegro de que rompiera», dijo él.

«Entonces, ¿por qué no fue suficiente?», se preguntó ella, haciendo otra pausa.

«El chico estúpido no quería que terminara, pero el hombre que hay en mí deseaba que nunca hubiera comenzado».

«¿Era ella una mujer fácil?», preguntó ella con tono esperanzado.

«Sin duda», respondió él.

«¿Entonces ella... te fue infiel?».

«Probablemente».

«¿No lo sabes?».

«No. Y tampoco quiero saberlo».

«Entonces, ¿cómo sabes que era una mujerzuela?».

«Ma Petite. Gané este masaje limpiamente».

«¡Oh, lo siento!». Volvió al trabajo, ahora con un toque mucho más suave. «¿Y cómo sabes que era una vagabunda?».

«Supongo que solo era una forma de hablar».

«Ah, ya veo. Entiendo. En ese caso, definitivamente era una vagabunda. Una vagabunda muy *tonta*», murmuró.

«Ma Petite, ni siquiera la conoces», dijo él, sonriendo.

Ella soltó un gracioso resoplido. «Bueno, ella rompió contigo y supongo que eso fue antes de que te convirtieras en el obispo Prick, lo que significa que probablemente eras muy dulce. ¿Me equivoco?».

Él no pudo evitar reírse mientras luchaba contra el impulso de tirarla al suelo y tomar lo que ella le provocaba. «Quizás», gruñó, ahora con tanta fuerza, moviendo las caderas.

Como por arte de magia, ella se deslizó hacia abajo y empezó a masajearle los músculos de la espalda. Él gimió de placer.

«Oh, ¿te gusta?», preguntó ella.

«Joder, sí», dijo él, demasiado excitado como para que le importara.

Ella se quedó en silencio mientras se ocupaba de esa zona, aparentemente concentrada. «Dime si lo estoy haciendo demasiado fuerte o no lo suficiente».

—Puedes hacerlo más fuerte —dijo él, deseando que ella pusiera todo su peso en ello. Él soltó un gruñido profundo ante sus

renovados esfuerzos—. ¿Dónde aprendiste eso?

«Quizás de ti», dijo ella, con un tono de voz entrecortado.

—Mmm, recuérdame que me dé las gracias.

Ella soltó una risa entrecortada y volvió a quedarse en silencio. Él se estremeció cuando los dedos de ella tocaron un punto sensible.

«Mierda, lo siento», jadeó ella.

«No me ha dolido, solo es que ahí soy sensible. Y ahora estoy listo para hacerlo contigo, luego nos vamos a la cama».

«Oh, vale», dijo ella, con tono sorprendido y decepcionado al detenerse. «Puedes hacerlo mañana si estás cansado».

Hazlo. «No lo estoy. La hora de acostarse es la tuya». Se giró y la encontró con la camisa cerrada, sentada rápidamente en el sofá y con los pies sobre la mesa de centro.

Él la apartó y se arrodilló ante ella, sosteniendo uno de sus pies entre sus manos.

«Ohhh», dijo ella con los ojos muy abiertos cuando él comenzó a masajearla, lo que le hizo sonreír.

«¿Te gusta?».

«Sí», gimió ella, pareciendo gratamente sorprendida. «Vaya, sí», repitió, mirándolo con asombro.

Después de un rato, pasó a masajearle el tobillo, dejando que sus dedos se deslizaran por su pantorrilla.

«Dios, es increíble», dijo ella, cerrando los ojos. Él miró la camisa cerrada, muy consciente de su desobediencia. No iba a forzar la situación. Todavía. «¿También aprendiste eso de tu novia?».

«Sí», decidió decir, preparándose para su reacción.

«Así que tenía muchas... habilidades».

—Era mayor que yo.

«Oh, ¿así que eras menor de edad?».

Su polla se estremeció al oír su celosía. «Supongo que sí».

«No hay nada que adivinar. Lo eras».

«Entonces lo era. Un menor de edad muy dispuesto».

«Así que ella... abusó de ti y te enseñó sobre sexo, supongo».

Dios, ella podía hacerle reír. «Sí, lo hizo», dijo él, feliz de charlar sobre sexo con ella de cualquier manera. «Le gustaban los

hombres jóvenes».

«Eso es repugnante. ¿Cómo la conociste?».

«En una de las muchas fiestas de mi madre. Supongo que se podría decir que me violó».

«¿Es una forma de hablar?».

«Esta vez no».

«¿Me estás tomando el pelo? ¿Y por qué te parece gracioso?».

«*Tú* me *haces* gracia».

«Qué zorra».

Él se encogió de hombros, debatiéndose sobre qué decirle al respecto. «Quizás seducida sea una palabra más adecuada».

«*Qué guarra*», espetó ella mientras él acariciaba y acariciaba su suave piel, deseosa de saber cómo se sentiría eso en su lengua y sus labios. «Si yo hubiera sido tu madre, la habría matado».

Él no pudo evitar sonreír ante eso, mirando su mirada brillante mientras tomaba su otro pie. —Apuesto a que lo habrías hecho. Mi ángel luchadora.

Ella puso unos ojos enormes y giró la cabeza, lo que le hizo reír. —Aquí no hay ningún ángel, te lo prometo.

«Lo dice una virgen de veinticuatro años».

El rubor en sus mejillas casi le hizo arrepentirse de sus palabras. «No creo en follar solo por follar».

«Yo tampoco», dijo él, observando cómo el placer del masaje en sus pies luchaba contra su enfado.

«¿Fue entonces cuando decidiste que no estabas destinado a tener un alma gemela?», se preguntó ella.

—*Y* en un ángel perspicaz.

«*Dios* mío», dijo ella, dando un golpe en el sofá. «¿Esta zorra te arruinó toda *la vida?*».

Su pequeña rabieta hizo que la camiseta se abriera y sus ojos devoraron el pequeño regalo que se asomaba ante él.

«La zorra creó a Bishop y por eso puedo darle las gracias». Pero no lo hizo y nunca lo haría. Ahora subió la mano por su pantorrilla, permitiéndose mirar sus tetas cada pocos segundos.

«No puedo creerlo», dijo ella, con un tono de gran decepción por todo el asunto.

«¿Y tú, Ma Petite?», se preguntó él, listo para salir de ese foco de atención. «Tú tenías novios, ¿no?». Colocó el pie de ella contra su pecho y le masajeó las pantorrillas, contento de que ella no protestara.

«Yo... tuve un par».

«Pero nada de sexo».

«No. No tuve sexo».

Él la miró, queriendo saber qué *había* hecho. «¿Solo besos?».

«Eh... un poco. No mucho, por lo que podría suponer. No quería ser una provocadora».

No podía hablar porque Bishop de repente se moría por saber si ella provocaba a otros hombres como lo hacía con él. Sin darse cuenta. «Qué ángel tan inteligente», decidió decir, con los dedos deslizándose ahora hasta su rodilla, locamente celoso de los que habían podido saborearla. «Pero, ¿cómo vas a aprender sobre cosas sexuales?».

«Bueno...», comenzó ella, con tono tímido. «Me imaginaba que la persona con la que acabara estaría... me enseñaría o... lo aprenderíamos juntos».

Ahora estaba sin aliento y él quería saber por qué. También le encantaba su respuesta tanto como la odiaba, ya que él tenía experiencia, aunque hacía tiempo que no la practicaba. «Entonces, si acabas con una pareja con experiencia, eso tiene sus ventajas, ¿no?».

«Bueno... supongo, pero...».

Esperó su respuesta, pero no llegó. «¿Pero qué?».

«Quizás no querría... que él hubiera hecho eso con otra mujer».

«Pero... si le robas el corazón, no recordará el nombre de otra chica, ¿no?».

La lenta sonrisa que ella le dedicó fue ganadora. «Supongo que si lo consigo, entonces... funcionará. Es como si tuviera el pastel y me lo comiera también».

Mmmm, él quería comerse su pastel. «Creo que Ma Petite puede manejar esto fácilmente».

«¿De verdad?», preguntó ella, como si pensara que él lo sabría.

—Por supuesto.

«¿Por qué lo dices?», se preguntó ella, presionando los dedos de los pies contra su pecho. En ese momento, bajó la mirada y se dio cuenta de que él podía ver sus pechos desnudos. Jadeó y levantó la cabeza de golpe. «¡¿Por qué no me lo dijiste?!». Lo empujó con el pie, haciéndolo caer de rodillas. Él se dio cuenta de que era una oportunidad para salir del fuego mientras pudiera.

Se levantó y rodeó el sofá mientras aún tenía la fuerza de voluntad para hacerlo. —Voy a darme una ducha, Ma Petite. Deberías irte a la cama.

****

A la cama. Como una niña. Se acostó en dicha cama, con el calor de sus pechos quemados y ahora sus partes íntimas en ebullición en una guerra total. ¡Él había estado mirando sus pechos sin decir nada! ¿Por qué le molestaba tanto eso cuando en realidad *quería* que él *quisiera* mirar? Era una idiota. Estaba claro que él estaba en proceso de... hacer algo con ella. Su masaje en los pies subía lentamente por su pierna y ella no tenía intención de hacerle parar.

¿Por qué no podía ser autoritario en eso y obligarla?

Porque eso sería *violación. Estúpido*.

Uf.

Se quedó paralizada y se puso de rodillas en la cama al oír ruidos en el baño. ¿Era eso... estaba él...? Se arrastró de rodillas hasta los pies de la cama y pegó la oreja a la pared. «Dios mío», jadeó, apartándose y volviendo a pegar la oreja a la pared. Sus gruesos jadeos y gemidos resonaban en la pared, directamente en su oído. «Dios mío», susurró, cerrando los ojos mientras imaginaba lo que él estaba haciendo y cómo sería.

Su respiración se aceleró, al igual que los gruñidos, gemidos y silbidos. Un profundo gruñido se le escapó con un «*Joder, sí, sí*».

Se arrodilló allí, con sus partes íntimas palpitando de dolor mientras jadeaba de deseo. Iba a morir si no tenía un orgasmo ahora mismo. Si él podía masturbarse, ella también podía, sabía cómo hacerlo. Pero más tarde, cuando supiera que él estaba durmiendo.

CAPÍTULO 10

Beth se despertó sintiéndose perdida, confundida y muriéndose de sed.

Se incorporó y miró a su alrededor. ¿Qué hora era? Se inclinó y miró por encima del sofá, luego escuchó en silencio. ¿Dónde estaba él? Se deslizó fuera de la cama y se dirigió a la pequeña nevera, mirando hacia la puerta principal mientras caminaba. La visión de Sahvrin en vaqueros en el muelle la paralizó y le tensó el útero. ¿Qué estaba haciendo? Sus ojos devoraron la deliciosa visión de él, especialmente ese tatuaje. Dios mío, ¿podría un hombre ser más delicioso? Ni en un millón de vidas.

La lujuria pura la llevó hasta la puerta mosquitera, donde pegó la nariz para mirar. Él sacudió enérgicamente la cabeza y se pasó las manos por el pelo negro azabache. Estaba mojado, se dio cuenta mientras observaba con renovado asombro el movimiento de sus músculos. ¿Qué estaba haciendo allí fuera?

Superando su inseguridad, abrió la puerta. Iba a hablar con él y hacerle preguntas como hace la gente normal. Tras dar cinco pasos con valentía, él se giró y ella se detuvo en seco. Ahora la miraba fijamente y ella se sentía como un ciervo ante los faros de un coche. Dios, la intensidad de sus ojos oscuros le debilitaba las rodillas.

Ahora se acercaba a ella, medio desnudo, como una tormenta de pantano que se movía lentamente, con los ojos fijos en su pecho.

«Lo siento», anunció ella cuando él se acercó, porque decir cosas al azar en el momento equivocado siempre parecía lo correcto. Lo sentía. Por algo. Mierda, la camisa. Se llevó la mano y se aseguró de que estuviera desabrochada, *i*pero no *abierta!*

Sus ojos se fijaron en *su* hermoso pecho. «Veo que te has dado otra ducha, qué bien. La noche ya es lo suficientemente bochornosa para una», continuó, con la voz temblorosa y quebrada

mientras él se acercaba a ella. «Yo... creo que nunca te he dicho lo mucho que me gusta cómo se abraza tu familia y... e incluso las peleas y el...». Él se detuvo justo delante de ella, le tomó el rostro con cuidado entre las manos y bajó la cabeza. Presionó los labios en el centro de su frente y, antes de que ella pudiera pensar *como una niña*, su beso se desplazó hacia la izquierda. Luego hacia la derecha. «... y... el amor», murmuró ella con los ojos cerrados, deseando realmente mirar fijamente su pecho tan cerca. El olor de ese jabón o champú de la ducha impregnaba el espacio entre ellos hasta hacerle la boca agua.

«Ma-petite», susurró, deslizando la mano por el cabello junto a su rostro. «Por favor, perdóname por no ser más fuerte».

Siguió depositando suaves besos en su cabeza. «¿Más fuerte?».

«Mis hermanos...».

«Probablemente me odien», jadeó ella, segura de que él nunca besaría así a un niño.

—No, Ma Petite. Todos están locamente enamorados de ti. Pero *nunca*... pondrán un solo dedo fornicador sobre mi ángel, te lo prometo.

Sus manos y sus labios desaparecieron, y ella abrió lentamente los ojos, luchando por recuperar el aliento. Él también se había ido. Tragó saliva y se humedeció los labios secos. ¿Su ángel? ¿Qué significaba todo eso? Esos besos. Eran...

Volvió a la realidad, apartando a su Nancy negativa interior antes de que tuviera la oportunidad de echarlo todo a perder. Esos besos no eran infantiles. Y eran increíblemente maravillosos. Ese era su tesoro, sin importar lo que significara o no.

¿Qué era esa repentina y profunda convicción de protegerla de sus hermanos, que estaban locamente enamorados de ella? ¿Qué demonios estaba viendo? ¿Y eran fornicadores? Eso fue una sorpresa, no sabía muy bien por qué. *Y nunca pondrán ni un solo dedo fornicador sobre mi ángel, eso te lo prometo.* Un calor recorrió su cuerpo. Lo dijo mientras la besaba. Eso era importante, significaba algo.

—Ma Petite, entra antes de que Gras Jean te haga una visita. Siempre tiene hambre y es muy celoso.

Ella entró corriendo al oír mencionar a los caimanes hambrientos, pero se guardó la sonrisa que le provocaba lo de los celos. No quería ir por ahí sonriendo mientras algo le molestaba a él. Y era obvio que algo le molestaba.

«Debí de echar una cabezada. ¿Qué hora es?».

—Creo que alrededor de medianoche.

«Te duermes a horas intempestivas».

«No podía dormir», dijo él, junto a la cafetera, lo que la llevó a preguntarse qué le preocupaba tanto como para no poder dormir. ¿Lo había enfadado o... decepcionado?

—¿Quieres café? —preguntó él, sin mirarla.

«Sí, claro».

Ella observó cómo se movían los músculos de su brazo y su espalda mientras él realizaba la sencilla tarea de preparar café. Su mirada se quedó clavada en sus manos. Dios mío, esas gruesas venas bajo la suave piel bronceada. Dios mío, tenía unas manos y unos dedos preciosos. Grandes y largos. Tan largos.

Él se rió entre dientes y ella levantó la vista rápidamente. Mierda, ¿qué tenía de gracioso? ¿Qué se había perdido?

—Ma Petite, ¿estás siendo científica?

—¿Una científica?

«Me estabas estudiando con tanta intensidad».

—Lo siento, estaba... comparando. Mierda, ¿qué estaba diciendo?

—¿Y cómo me comparas?

Se trasladó al otro mostrador, enredándose el pelo con la mano mientras comprobaba que la camisa seguía prácticamente abrochada. «Bien. Bien».

«¿Bien y bien?». Él chasqueó la lengua un par de veces y volvió a poner la cafetera en la pequeña estufa para calentarla. «¿Cómo puedo mejorar?».

Su pregunta la desconcertó por completo. «¿Por qué querrías hacerlo?».

Él se encogió de hombros y puso las manos sobre la encimera, lo que era básicamente una invitación a devorarlo con la mirada. Y resistirse le provocaba unos espasmódicos y embarazosos tics en los ojos. —Siempre intento mejorar, Ma Petite.

—Nada —dijo ella—. No puedes.

«¿No puedo mejorar?».

«Quiero decir... no hay nada que mejorar».

Él echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

«Tú... no tienes defectos», añadió ella. «Eso lo veo. Que debas cambiar».

La expresión de su rostro divertido decía que ella era un caos de contradicciones, pero a él no le importaba en absoluto, quizá incluso le gustaba. Le encantaba que ella fuera tan soñadora.

«Entonces, ¿estoy perfectamente bien y soy bueno?».

Ella estaba de acuerdo con eso, así que asintió con la cabeza.

«¿Dónde aprendió Ma Petite sus conocimientos científicos? ¿En su primera especialidad o en la segunda?».

Él la estaba provocando. Jugando con ella. O simplemente entablando conversación. Ella intentó parecer alguien que estaba considerando una respuesta conversacional. «En ambas, estoy segura».

«Entonces... esto me ha intrigado durante días. ¿Por qué Ma Petite no tiene a alguien especial?».

¿Por qué ese estúpido tema? «¿Por qué sientes curiosidad?».

Volvió a apoyar las manos en la encimera y volvió a mirarla fijamente a los ojos. «Me fascina que nadie te haya secuestrado...» Cerró los ojos. «... qué elección de palabras más estúpida... te haya llevado... Mon Dieu, otra elección estúpida...».

Ella sonrió, ahorrándole la molestia. «No encontré al adecuado. Quiero decir que encontré muchos, pero no al adecuado».

Él ladeó la cabeza y la miró. «¿Y cómo define Ma Petite al adecuado?».

¿Alguien como tú? «Simplemente...». Poco a poco, levantó los hombros. «Inteligente... amable... cariñoso. No estúpido», añadió,

pensando en lo que consideraba imprescindible. «Tiene que ser cariñoso».

«¿La passion?».

Ella tragó saliva y asintió con un débil «Sí» antes de bajar la mirada.

«¿Y no has podido encontrar a esa persona en toda la universidad?».

«Bueno, siempre crees que lo has hecho, pero la gente no siempre es sincera sobre quiénes son o quizá simplemente no saben quiénes son», explicó. «No diría que mienten o que son malas, solo...», se encogió de hombros, sintiéndose de repente como una esposa que justifica a un marido maltratador. «Egoístas», concluyó, dispuesta a redimirse de su avalancha de desventuras sentimentales.

«Ah, sí. Veo eso en mis hermanos fornicarios».

«Oh», dijo ella, sin querer meterlos en el mismo saco que los malos. «No soy la juez de nadie y no es asunto mío lo que haga la gente».

«Excepto contigo», dijo él.

«Exacto. Desarrollé un sistema», informó ella, arrepintiéndose de sus palabras al darse cuenta de dónde acababan. Pero él ya había pulsado su botón de curiosidad. «Es solo que... tenía requisitos cuando salía con alguien».

El cruce de sus brazos sobre el pecho y las cejas levantadas significaban que no se detuviera ahora. Bajó la mirada hacia donde ella enrollaba y desenrollaba su cabello alrededor de su mano. «Ma Petite tiene más secretos», dijo, mirándola. «Estás nerviosa».

«No son secretos, es solo que... no me gusta hablar de cosas privadas».

Él asintió, sonriendo de nuevo. «¿Es bueno que hayas cambiado de carrera, verdad?».

Uf, qué sexy y qué listillo. «No era nada escandaloso, solo que... no permitía el sexo en las citas porque era la única forma de saber realmente por qué les gustaba».

«¿Por qué te pones tan a la defensiva con este brillante sistema que has desarrollado? Debería ser de aprendizaje obligatorio».

Ella soltó una risa de alivio, sorprendida con él como de costumbre. «Yo también lo creo».

«¿A cuántos imbéciles tuvo que descartar Ma Petite?».

Esas palabras tan valiosas provocaron una carcajada. «Me da vergüenza decirlo».

Su mirada se volvió dolorosa. «Mon Dieu, ¿tantos?».

Ella asintió y sonrió ante su mueca. «Dejé de intentarlo después de unos cuatro».

Él se giró y acercó las tazas de café hacia él. «Puede que seas la persona más sensata que conozco». Cogió la cafetera, llenó ambas tazas y le entregó una a ella.

«¿Y tú?», preguntó ella, cogiéndola. «¿Cómo demonios has conseguido no volver a ser *violado* en todo este tiempo?».

Bajó la taza, sonriendo. «¿Parece que sea algo difícil de hacer?».

Ella contuvo una risita. «Seguro que sabes lo ridículamente guapo que eres. No me digas que todas las chicas que conoces no intentan llevarte a la cama, me sentiría... insultada».

Dios, esa risa. «Ohhh, Ma Petite, siempre vas demasiado lejos», dijo él, confundiéndola. «Mi trabajo requiere un alto nivel de concentración», dijo con un encogimiento de hombros. «Las mujeres pueden ser una distracción peligrosa».

Seguramente, él no siempre había tenido este trabajo. «¿Entonces estás diciendo que solo te acostaste con *una* mujer, y eso es todo?».

«¿Te cuesta creerlo?».

Ella se encogió de hombros, girando la cabeza de forma extraña. «Quizás».

«Quizás Ma Petite pueda ayudarme».

«¿Ayudarte? ¿Cómo?». Su corazón latía con fuerza ante lo que él podía estar insinuando.

«Parece que necesito uno de tus servicios principales».

Su corazón dio varios saltos. «¿Esperas que necesites un mapa?».

Era difícil mantener la seriedad con él cuando se reía así. Era como estar drogada con arcoíris felices. «Quizás puedas dibujarme

uno que me lleve al verdadero tesoro».

El verdadero tesoro. Le dio un poco de náuseas que ella no fuera un tesoro lo suficientemente real para él. «Hay cosas que no se pueden enseñar. Algunas personas son ciegas ante lo que tienen delante. O simplemente no quieren lo que creen que quieren».

«¿Qué crees que quiero, Ma Petite?».

Ella se encogió de hombros, miró su taza y vio que su camisa estaba abierta. «Ni idea», dijo mientras bebía un sorbo de café y la cerraba discretamente un poco. «Mmm. Bueno, como siempre».

«Imaginemos que estoy buscando una mujer. El primer requisito que tendría es *que* ella amara el pantano tanto como yo. Lo suficiente como para casarse con él hasta que la muerte los separe. Me gustaría que fuera divertida, amable, fuerte, independiente. Hermosa. Y con un cuerpo que rondara mis sueños».

Dios mío, parecía que la estuviera describiendo a ella. ¿Su cuerpo rondaba sus sueños? Era ella la que soñaba. «¿Nada de mujeres posesivas?». Ella era muy posesiva.

Él lo pensó un segundo y luego dijo: «Definitivamente quiero que sea posesiva conmigo y solo conmigo».

Le pareció que estaba haciendo una audición para un papel. «¿Y tú serías posesivo con ella?».

Él asintió con absolución. «Peligrosamente».

Ella se rió mientras se sentía nerviosa por dentro. «Creo que cualquier mujer querría lo mismo».

«¿Y tú, Ma Petite?». La miró de nuevo por encima de la taza de café.

«Sí, supongo que sí, ya que creo que pertenezco a la categoría de las mujeres», dijo ella, con las mejillas ardiendo.

«¿Tú crees?».

«Bueno, estoy intentando creerlo».

Él dejó su café sobre la mesa, claramente intrigado. «¿Te cuesta imaginarlo?».

Ella balbuceó un poco. «Bueno, con la gente pensando en ti como en un niño o...». Estuvo a punto de decir «hermana pequeña». «No has ayudado», decidió decir sin rodeos.

«¡Yo!», dijo él, con la mano en su magnífico pecho, divertido y sorprendido.

«Sí, tú». Ya no iba a dejarlo salir del paso. —Quiero decir... me llamas pequeña todo el tiempo, te recuerdo a tu hermana pequeña, me *ves* como a tu hermana pequeña, me *tratas* como a tu hermana pequeña, así que sí —asintió con la cabeza y dejó la taza antes de derramarla—. Es difícil identificarme como mujer cuando estoy contigo. —Se cruzó de brazos sobre el pecho y luego los descruzó al sentir el calor de su segunda quemadura, lista para desaparecer en ese momento.

«¿Y crees que hay algo malo en ser mujer y pequeña al mismo tiempo?».

Como de costumbre, la acorraló contra la pared con su lógica infalible. «No».

«Claramente sí, Ma Petite», discrepó él con ligereza.

«Quizás simplemente no me gusta que me consideren la hermana pequeña». Ahí estaba. Lo había dicho sin rodeos.

El calor de sus ojos se intensificó tres millones de grados. «Ma Petite», dijo, una octava más grave. «Lo hice para protegerte».

****

Bishop había declarado oficialmente la guerra a Saint Sahvrin. Desde aquella pequeña partida de cartas, decidió que era hora de quemarlo todo. Y ahora que estaba ardiendo, incluso Saint Sahvrin estaba dispuesto a satisfacer las necesidades de su ángel hambriento. Uno a uno, Bishop arrojó pequeños trozos de yesca a las llamas y Su Petite añadió los suyos con ese olvido angelical.

«¿Proteger... de qué?».

El susurro llamó a Bishop directamente a su puerta, ansioso por castigar algo.

«De mí».

«¿De ti?». Su confusión aumentó junto con su excitación mientras él la observaba intentar pensar en ello. «Y... ahora tú estás...».

Años de hambre reprimida se derramaron por todas partes. «Más peligroso, Ángel».

Él vio que a ella le encantaba eso. Lo ansiaba. Y su lucha por ocultarlo le encendió la sangre, como cuando rastreaba y cazaba a los culpables.

«¿Cómo... eres peligroso?».

Qué petite fleur tan valiente. Recordó que sus bragas colgaban en su cuarto de baño y, por lo tanto, no las llevaba puestas. Imaginó acercarse y hacer lo que quisiera porque ella seguramente se lo permitiría.

«No pasa nada si... no quieres decírmelo».

«Quiero cosas, Ma Petite», dijo él, sin importarle lo que este fuego pudiera incinerar, solo interesado en lo caliente que lo haría arder.

«¿Qué... tipo de cosas?».

Bajó la mirada hacia ese tipo de cosas, fijándose en sus pechos, que se asomaban por detrás de su camisa. Mon Dieu, era preciosa. Los años de privación le habían llevado a necesitar mirar sus tetas durante horas. Si hubiera estado bajo su contrato de celibato, seguramente habría renunciado a su posición si eso significaba tener solo una pequeña muestra de ella. Levantó los ojos para evaluar su estado y, al encontrar su mirada ardiendo de deseo, supo que obtendría mucho más que una muestra.

«¿Ma Petite... ha sentido alguna vez placer?».

El calor de su mirada sorprendida lo alcanzó. «Yo... soy... virgen».

Su polla palpitó ante su respuesta, encantada. —¿Nunca has... sentido placer sexual, ángel? —preguntó, con el pulso acelerado.

Ella se humedeció los labios y volvió a mirar hacia su taza. —No... con un hombre, no.

Joder, Dios mío. Las imágenes de ella frotándose su dulce coño con las piernas bien abiertas llenaron su cabeza y su polla. Verla disfrutar de ese placer se convirtió de repente en el aire sin el que moriría. «¿Te has tocado antes, ma petite?».

Ella cerró los ojos y él supo sin lugar a duda que ahora era la excitación lo que la hacía jadear.

Se acercó lentamente a ella, listo para intensificarlo todo. Ella permaneció con los ojos cerrados cuando él se colocó a su lado. «Dime», la instó en un susurro, deseando desgarrarla. «¿Alguna vez te has tocado tu bonito coño?».

Ella dio un grito ahogado, seguido de otro con un suave susurro: «Sí».

Él se inclinó y acercó la boca a su oído. «¿Quieres sentirte bien, Ma Petite chère?».

Su respiración se aceleró aún más, y finalmente le dio lo que él ansiaba. «Sí».

Se dio cuenta de que esa respuesta aún no era suficiente. «¿Necesitas que te haga sentir bien el coño?».

«Sí», dijo ella débilmente, sin mirarlo todavía.

Su polla palpitaba mientras él levantaba la mano y le acariciaba la cara con el dedo, provocándole un pequeño gemido mientras ella se inclinaba hacia él, hambrienta. «Sígueme».

Se dirigió al sofá y se giró, encontrándola varios metros detrás. «Siéntate», le dijo, con la polla luchando por salir de sus vaqueros.

Ella miró el sofá como si fuera una decisión muy difícil. Él esperó a que se decidiera. No podía haber ninguna decisión equivocada con ella.

«No tienes por qué hacerlo, Ma Petite», le dijo en voz baja. «Puedes decir que no. Pero una vez que digas que sí... ten por seguro que te dejaré indefensa».

Ella finalmente dio su «sí» sin aliento, con los ojos cerrados. Eso fue suficiente para él.

En el último y ardiente segundo, decidió que era mejor que ella no lo tocara mientras él le daba placer. Él ya estaría quemándose vivo, pero una vez que su Petite estuviera en las llamas, ella podría levantarse fácilmente y *dejarlo* indefenso. Ella todavía se estaba recuperando, pero aún no estaba completamente lista. Él le daría todo tipo de placer, pero no sexo. No hasta que ella demostrara que quería todo lo que eso conllevaba.

Se sentó con cuidado a su lado, colocando un brazo sobre el sofá. —Ma Petite... debes mantener las manos detrás de ti y decirme

que no me tocarás. ¿Lo harás?

Su decisión fue más rápida que antes, pero la lentitud con la que hizo lo que se le pedía indicaba que aún luchaba consigo misma.

Esa lucha estaba prácticamente terminada.

Una vez que ella se sentó, le tocó a él luchar. ¿Qué parte de ella quería primero y con qué parte de sí mismo quería hacerlo? Miró sus pechos, apenas visibles entre el escote de su camisa, y su mente estalló en llamas ardientes. Mon Dieu, empezaría por ahí. Ella necesitaba que su lengua y sus labios calmaran esa tierna carne.

Le apartó el pelo con delicadeza y sus respiraciones frenéticas lo quemaron vivo. —¿Confías en mí, Ma Petite? —Se inclinó hacia su rostro y se detuvo en su boca, sintiendo su aliento. Deslizó el pulgar por su labio inferior, provocándole un grito ahogado y luego un gemido. Tan nueva en el placer, Mon Dieu. Le acarició la cara como había hecho tantas veces, besándole la sien mientras le recorría la mandíbula con los dedos, llegando hasta su cuello.

«Recuéstate, ángel. Relájate para mí».

Ella hizo lo que él le dijo, manteniendo los ojos cerrados. La posición reclinada la convertía en una ofrenda a la que él no podía resistirse.

«Voy a besarte», le advirtió antes de rozar sus labios con los de ella, gimiendo entre sus cálidos gemidos. Retrocediendo un poco, la miró fijamente mientras abría con cuidado un lado de la camisa, luego el otro, dejándola completamente al descubierto. Inclinando la cabeza, contempló los delicados montículos rojos. «Ma Belle Angel», susurró, grabando en su mente la dolorosa visión antes de volver a su boca. «Necesito lamer tus hermosos pezones».

No esperó su permiso, bajó y rodeó cuidadosamente con la lengua la punta ardiente y dura.

«Dios mío», jadeó ella cuando él los succionó entre sus labios. Mon Dieu, la gruesa carne en su boca lo volvía loco.

«Por favor, oh, por favor», suplicó ella, incitándolo.

Él lamió a lo largo de sus pequeños y calientes montículos, depositando en ellos tiernos besos con la boca abierta. Se incorporó, observando el éxtasis en su rostro, obsesionado por él. Tendría que volver a hacerlo. Y otra vez. Y otra vez, joder.

Miró sus caderas retorciéndose, listas para avivar aún más el fuego. Llevaba una falda fina, tan corta que era fácil de subir. Su polla latía con fuerza mientras descubría su tesoro.

«Mon *Dieu*, Angel», susurró cuando apareció el perfecto triángulo oscuro. Le bajó la tela hasta la cintura, sin querer ninguna interferencia. Sus piernas estaban ahora casi tan cerradas como sus ojos. Eso cambiaría muy pronto. Deslizó los dedos por la costura de sus piernas cerradas, rozando el suave vello de su coño y volviendo luego a sus rodillas. Cuando siguió el mismo camino, ella gimió asustada y hambrienta, abriéndose un poco. «Sí, Ma Petite. Ábrete para mí».

Cuando llegó a su coño, ella estaba lo suficientemente abierta como para que él deslizara suavemente los dedos sobre su monte de Venus, sintiendo su forma. Añadió un poco de presión mientras se movía a lo largo de sus labios, hasta que ella empujó las caderas hacia atrás. Observó cómo su coño buscaba su mano, con la respiración entrecortada ante tal visión. Se inclinó hacia sus pechos, besando el pezón más cercano a él mientras introducía un dedo entre sus pliegues.

«¡Sahvrin!».

No podía hablar. Gimió mientras exploraba su pezón con los labios y la lengua. Deslizó la yema del dedo arriba y abajo por su húmedo calor hasta que empezó a maldecir en francés en voz baja. No iba a penetrarla, todavía no. Se movió hacia su boca, abierta por el placer impactante, recordando su confesión sobre el examen pélvico. Pronto la besaría allí y borraría todos los recuerdos dolorosos.

—Por favor, sí —jadeó ella entre respiraciones entrecortadas cuando él apenas introdujo el dedo en ella—. Lo necesito.

Él se apartó para ver su rostro mientras presionaba su palma contra su clítoris y empujaba con cuidado su dedo medio dentro de ella. Ella abrió más la boca y miró hacia abajo, observando. Él miró con ella, gimiendo con avidez. «Tu dulce coño», dijo cuando ella giró las caderas y pidió más. Se hundió más profundamente en ella, explorando su húmedo calor mientras movía su palma en círculos sobre su clítoris.

«Sahvrin, oh», gritó ella, con sus paredes calientes espasmódicas.

Él empujó más profundamente hasta que su mano presionó su cuerpo. La maldita presión de su coño, Mon Dieu. «Ábrete *más*, Ma Petite», le dijo a su boca. «Dame más de tu bonito coño, mucho más». Miró sus cremosas piernas haciendo exactamente lo que él decía mientras presionaba más fuerte hasta que hervía de lujuria.

«Me corro, me corro», gritó ella.

Él le agarró la mandíbula y la obligó a besarlo, olvidándose de ser delicado. Llenó su boca con gruñidos ásperos, lamiéndole la lengua mientras frotaba su palma contra su clítoris. La forma en que ella se retorcía y gritaba en su boca casi le hizo eyacular en sus pantalones.

Sahvrin finalmente interrumpió el beso, deseando verla mientras reducía el ritmo. Ella permaneció con la boca abierta, repitiendo «Dios mío» entre muchas respiraciones. El sonido de su sorpresa indicaba que nunca había experimentado algo así y la idea le provocó un millón de pensamientos malsanos. Él era el creador de este primer placer y nadie más podía dárselo ahora. Acababa de firmar un contrato no escrito entre ellos. Solo *él* podía darle eso.

«Ma Petite», le susurró al oído. «Dime cuánto te ha gustado». No era lo que pretendía decir, pero se dio cuenta de que necesitaba estar seguro. «¿Alguna vez habías sentido este placer?».

La vio abrir los ojos apenas, mirándolo fijamente mientras le confesaba en un susurro sin aliento: «Nunca en mi vida».

Ella despertaba en él un deseo tan intenso. Le agarró la mandíbula inferior, de nuevo con demasiada fuerza, obligándola a besarlo. Los sonidos de su excitación mezclados con la sorpresa le indicaron que a ella le gustaba ese deseo en él. Merci Dieu. Pero él tenía demasiado. Y no podía ser duro con su delicada sucre fleur, todavía no.

De repente, ella le rodeó el cuello con los brazos. Debería detenerla, pero sus dedos explorando su espalda le producían una sensación tan increíble y sagrada que no se atrevía a interrumpirla. Su respiración se aceleró de nuevo con ligeros gemidos de deseo,

seguidos de arañazos en su espalda. —Ma Petite —le susurró con voz ronca.

«Hazme el amor», suspiró ella en su boca. «Quiero que seas mi primero».

CAPÍTULO 11

Mon *fucking Dieu.* Él le agarró la cara y la sujetó con fuerza, dispuesto a inclinarse ante ella, al diablo con los códigos y las reglas.

Se apresuró a ponerse de pie y ella lo miró con una expresión que decía que podría quedar devastada si él no aceptaba el hermoso regalo que acababa de ofrecerle. *Joder.* Se pasó ambas manos por el pelo recordando todas las cosas que deberían darle fuerzas para detenerse. Ella estaba demasiado herida... y necesitaba tiempo para saber cómo se sentía realmente. Sin dejarse influir por códigos y reglas. Él también necesitaba verlo.

—Dios mío —dijo ella, malinterpretando su vacilación—. Tú... no quieres. Dios mío.

—No, no, no, Ma Petite, *tengo* muchas ganas.

La confusión sustituyó gradualmente al shock y la devastación mientras ella lo miraba fijamente. «¿Qué pasa?».

—No estás completamente curada, Ma Petite. No puedo arriesgarme a hacerte daño. Por ahora, podía quedarse con eso.

Ella se quedó mirando su boca y luego levantó la mirada ofendida hacia sus ojos. —Tú no me harías daño.

Su audaz fe en él le provocó cosas que nunca había imaginado. —Es cierto, Ma Petite, nunca intencionadamente.

Ella pareció considerar lo que él quería decir.

—Me vuelves loco —explicó él, sacudiendo la cabeza—. Estoy seguro de que te haría daño accidentalmente. Eso era pura realidad.

Ella frunció el ceño. —Puedes... ser delicado.

Él negó con la cabeza, especialmente seguro de que no podía serlo. «No voy a arriesgarme».

Su dulce mirada se suavizó mientras lo miraba fijamente. —Bueno... ¿cuándo?

El entusiasmo en su tono le hizo doler el pene. Como si lo sintiera, ella bajó la mirada. —Al menos puedo... —levantó los ojos hacia él—. ¿Hacerte sentir bien? Su lengua se deslizó inocentemente

por sus labios y ese gesto erótico convenció a Bishop de que era la solución perfecta. «Yo... no puedo decir que sea experta en nada, pero... tomé algunas clases y... tú puedes ayudarme. Dime qué hacer, qué te gusta».

Sahvrin cerró los ojos, necesitando más aire. Había estado planeando todo esto en una calle de sentido único. El placer de ella, no el suyo. Su dulce oferta se volvió de repente debilitante.

—¿Por favor?

—Mon Dieu, me estás matando —dijo él, volviendo a mirarla —. Puedo esperar.

A ella no le gustó esa respuesta. «¿Esperar qué? Solo quiero hacerte sentir bien. No puedo salir herida por hacerlo».

Él soltó una sola risa en medio de su loca excitación.

—Lo necesitas —dijo ella con suavidad—. Y yo quiero hacerlo. Mucho.

«Ma Petite», fue todo lo que pudo decir, con la mente aceptando la lógica de su dulce argumento. Buscó un punto de apoyo y se sentó en la única silla que había detrás de él, agarrándose a los reposabrazos.

«No puedo creer que me estés haciendo suplicar para darte placer», dijo ella con una mezcla de leve ofensa, sorpresa y tal vez diversión. «¿Tienes miedo de que *te* haga daño?».

Él soltó una carcajada, necesitando ese alivio cómico en ese momento. «Tengo miedo de que me vuelvas loco y me hagas hacer algo de lo que me arrepentiré».

Una mirada de curiosidad ansiosa llenó su ardiente mirada. «¿Qué harías?», preguntó ella, como si fuera una opción de placer en el menú. Y lo era, Dios, lo *era*, pero ella no estaba preparada para ese tipo de sexo, aunque fuera la persona adecuada. Pero su excitación era como un toro demoníaco que había encerrado durante años y que había crecido durante su cautiverio.

«Cuando estés lista, te lo mostraré», prometió, sin aliento ante la idea.

Ahora ella también estaba sin aliento y muy curiosa. «¿Y si... *te* obligo?».

«Ma Petite, para», exclamó él, sacudiendo la cabeza, sin siquiera sonreír ante esa idea tan excitante.

De repente, ella puso los ojos en blanco y echó la cabeza hacia atrás con un gracioso gruñido. No tenía ni idea de lo cerca que había estado de conseguir todo lo que quería. Él se dio cuenta de un problema repentino. Ya quería darle placer de nuevo, pero ahora ella lo encontraría injusto. «Pero *tú,* Ma Petite, necesitas placer», dijo, dispuesto a defender su caso.

«No voy a discutir *eso*», dijo ella, esperando a que él se explicara.

«Yo puedo esperar. *Tú* no tienes por qué esperar».

Ella lo miró fijamente durante unos segundos, confundida. «¿Qué estás diciendo? Me parece que me estás planteando un acertijo».

Él sonrió, bajando la cabeza. «Quiero darte placer otra vez».

Ella se quedó boquiabierta durante un segundo y permaneció así mientras balbuceaba unas palabras. «Eso no es justo».

«¿Para mí?», dijo él con una risita.

«¡Y para mí! Quiero lo mismo que tú».

Su altruismo estaba resultando ser el arma más inesperada. «Mañana por la noche».

Ella lo miró, sorprendida y con recelo. «¿Qué pasa?».

«Puedes darme placer».

Ella se derritió ante él, bajando la mirada hacia su pecho con deseo manifiesto. «¿Y... yo?».

«Me dejarás darte placer dos veces más».

Sus ojos casi brillaban de excitación y su polla le dolía, esperando. «¿Qué... harás esta vez?».

Preguntó con curiosidad, pero su tono indicaba que estaba negociando. Quería saber si valía la pena aceptar el trato. «Te haré muchas cosas, Ma Petite, pero esta vez quiero lamerte el coño hasta que me tires del pelo en el orgasmo.

«Dios mío», jadeó ella, con los párpados pesados y las mejillas sonrosadas, tal vez por la vergüenza y la excitación ante la idea. «Dijiste que me lo mostrarías cuando me curara... lo que harías». Se humedeció los labios y levantó las rodillas. «Dímelo».

Mon Dieu, estaba llena de sorpresas provocadoras. Él esperaba que ella estuviera demasiado avergonzada para preguntar algo así. «La primera vez, te haría el amor». Ahora rezaba para que hubiera una primera vez.

Ella abrió los labios inmediatamente mientras lo crucificaba con su ardiente mirada. «¿Y la segunda?», preguntó con un ligero jadeo.

Sus propios labios se separaron por el calor que lo consumía. «La segunda vez, y probablemente todas las veces posteriores, Ma Petite... te *follaré*».

Ella dejó escapar un gemido que le hizo estremecer el pene. «¿Y qué es...?»

«La diferencia es...», comenzó, cerrando los ojos por la intensidad de su deseo. «Una es suave, lenta y dulce». Los abrió y la miró fijamente. «La otra no lo es».

A juzgar por la lujuria en su mirada, pensó que podría hacerla llegar al orgasmo solo con la conversación. «¿Qué... vas a hacer?».

Joder, ella quería oírselo decir. «¿Estás segura de que quieres saberlo, Ma Petite?».

Ella asintió con la cabeza, apenas con un «Sí» afirmativo.

Su pulso se aceleró mientras la miraba a los ojos inocentes. «Te follaré muy fuerte, muy rápido y durante mucho tiempo. Y aun así nunca será suficiente, de eso estoy seguro, Ma Belle Petite Fleur».

Los delicados sonidos que esto produjo en ella lo volvieron a enloquecer. «Te dejaré follarme ahora mismo, Ma Petite. En mi cama. Sentirás tu hermoso coño sobre mi boca y follarás mis labios y mi lengua hasta que alcances el orgasmo».

Estaba tan desesperado que ni siquiera pudo reírse ante sus inesperados ojos muy abiertos y su rápido movimiento de cabeza. «¡No puedo... no puedo hacer eso!», jadeó ella finalmente.

No estaba seguro de si quería decir que no podía o que no quería. «Te ayudaré, Ma Petite», prometió, todavía sin aliento, asumiendo lo mejor. «Ni siquiera tienes que esforzarte, yo me encargaré de *todo* una vez que te subas».

Ella abrió aún más la boca y él se preguntó si era la parte de subirse lo que le planteaba problemas.

Era muy divertido estar con ella. «¿No quieres esto?», le preguntó, dispuesto a reírse.

Ella volvió a balbucear. «Yo... *sí,* pero es que... es que... es tan...».

Esperó a que ella lo describiera, como si lo necesitara. «¿Qué, Ma Petite?», insistió cuando ella tardó demasiado en responder.

«Pues...».

«¿Inimaginable?», intentó ayudarla, queriendo tener una idea de lo que pensaba.

Ella negó con la cabeza. «Nooo, es muy imaginable. Ese es el problema».

Finalmente, él se echó a reír, sorprendido de que ella aún pudiera sorprenderlo. «¿Es la parte de trepar, Ma Petite? ¿O la de sentarse? ¿O la de follarme la boca? ¿No habías pensado en hacerlo antes?».

—Oh, lo he pensado mucho —le corrigió ella, volviéndose de repente muy seria—. Me exigieron que *viera* todas las posiciones, y hay muchas, te lo dije.

«Mon *Dieu*, no puedo creer que exista un libro así».

Ella asintió con lenta severidad antes de asegurarle: «Créeme... no querrías probar *ni la mitad* de lo que hay en él. Pensé que algunas cosas eran una broma, las posturas eran tan *locas*».

Él se rió durante casi un minuto entero antes de que ella le preguntara qué era tan gracioso.

«Te ríes, pero esto no es para gente normal, quizá si estuvieras en un *circo* y pudieras desafiar las leyes de la física».

«¿Dónde puedo encontrar este libro?».

Ella lo miró con dureza, como si le hubiera pedido la peste. «Dios, no te lo voy a *decir*».

«¿Cuántas posiciones *había*, Ma Petite?», se preguntó, ansioso por probarlas todas con ella.

Ella abrió aún más la boca y abrió mucho los ojos. «¡Una cantidad *ridícula*!».

«Ma Petite», se rió él, sacudiendo la cabeza. «¿Me describirías al menos *una*, por favor?».

Ella pareció rebuscar mentalmente en su inútil banco de datos sexuales para encontrar la mejor de las peores. Él no sabía qué le gustaba más, sí que hubiera tanto terreno sexual por explorar con ella o lo estúpido que le parecía a ella. Estaba dispuesto a seducirla para que las probara todas antes de saber si era la adecuada.

«¡Oh!», recordó ella, mirando a su alrededor. «Necesitaré algo para dibujarlo».

Sahvrin se apresuró a ir a su escritorio y le trajo un bolígrafo y un cuaderno, abriéndolo por una hoja en blanco.

Ella lo cogió y lo ahuyentó con pequeños movimientos de los dedos. «No puedo dibujar esto mientras me miras», dijo, haciéndole reír mientras él se sentaba a varios metros de ella en el sofá.

Él observó su perfil mientras ella dibujaba, levantando las cejas y moviendo ligeramente la cabeza. «No puedo... apenas puedo dibujar esto».

Finalmente se lo mostró y él lo cogió. Inclinó la cabeza varias veces para mirar su diagrama de figuras de palitos, incapaz de contener la risa.

«¡Te dije que era una locura!».

«Ma Petite, ni siquiera he entendido lo que estoy viendo».

«¿Verdad? ¡Así de loco es!».

«Quiero decir... muéstrame qué parte es la mujer y cuál es el hombre».

Ella se acercó con el bolígrafo y empezó a marcar cosas con un círculo. «Su cabeza. Su cabeza. Esto es su... ya sabes qué y esto es *su* ya sabes *qué*».

Dios, era adorable, y él no podía dejar de reírse del tono burlón que tenía. Pero, a pesar de que ella iba marcando cosas con círculos, sus habilidades para dibujar le impedían comprender del todo lo que estaba haciendo. «¿Dónde están sus piernas, Ma Petite?».

«¡Aquí!», gritó, trazando las líneas. «Una va hacia el norte y otra hacia el sur».

Finalmente lo vio y siseó de dolor.

«¿Verdad?

«¿Quizás sea un sexo especial para gimnastas olímpicas?».

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió, y al verla, él sintió un hambre instantánea. Mon Dieu, era preciosa. Ella se dio cuenta de que él la miraba y se detuvo, observándolo con curiosidad y entusiasmo. «¿Qué?».

Esa suave palabra le hizo darse cuenta de lo cerca que estaban y de lo que había llevado a su discusión. Podría hacerlo allí mismo.

Ella pareció leerle el pensamiento y una mirada de excitación y preocupación la invadió lentamente. «¿Qué?», preguntó en voz baja, casi un susurro.

«¿Tenían posiciones para el sexo oral?», preguntó él, pasando a ese tema, seguro de que las tenían y seguro de que también conseguiría ese libro.

Ella asintió con la cabeza después de unos segundos, confirmándolo.

—¿Alguna que te hiciera pensar... «eso parece increíble, no puedo esperar a que Bishop me lo haga»?

La forma repentina en que se puso seria le hizo darse cuenta de lo que se había llamado a sí mismo. Antes de que pudiera preocuparse, ella se mordió el labio con puro deseo. «La postura no es... solo para ella», dijo, sin aliento. «Es para él y para ella».

Él supo inmediatamente lo que quería decir y, de alguna manera, logró decir: «Mañana por la noche», mientras quería pensar en la dinámica de Bishop que se desarrollaba en su cabeza.

Antes de que su decepción fuera demasiado lejos se levantó del sofá y se arrodilló a su lado. Le apartó suavemente el pelo por encima del hombro izquierdo y luego por el derecho. Evitando su pecho quemado, le sujetó suavemente la mandíbula y el cuello y la echó hacia atrás.

Ella respondió con delicados gemidos cuando él le deslizó la camiseta hacia un lado, dejando al descubierto sus hermosos pechos. Sus suaves y llenos pezones le hicieron olvidar su plan, salvo el de hacer que esas puntas se pusieran duras y erectas. Empezó por el izquierdo, rodeando la suave redondez con la lengua,

mientras ella le observaba y le hacía la boca agua con su respiración caliente en la cara. Desvió su mirada hambrienta hacia ella, inclinándose para besar sus labios antes de pasar al pezón derecho, gimiendo mientras lo rodeaba con la lengua. —¿Te excita, Ma Petite?

«Sí», jadeó ella, apretando los puños a los lados.

Él continuó con el tormento, empujando su polla contra el sofá mientras el deseo de ella se hacía más ardiente, más atrevido. «¿Dónde te excita, mi ángel?».

Ella abrió la boca de par en par cuando él apenas tocó ambos pezones con los dedos. «En mi...», jadeó varias veces. «Donde vas a lamerme».

Él le subió la pequeña falda, dejando al descubierto de nuevo el suave triángulo. Los años que había pasado sin hacerlo se abalanzaron sobre él con hambrienta venganza. Levantó los ojos hacia los de ella. —Abre bien las piernas para mí, Ma Petite.

Ella se resistió brevemente y luego las abrió lentamente.

«Más», dijo él, con la mirada moviéndose entre su rostro atormentado y su precioso coño. De repente, deseó verla tocarse más que nada en el mundo. «Enséñame», dijo cuando ella levantó un poco las rodillas. «Enséñame cómo te haces sentir bien». Sumergió la punta de su dedo en su entrada, dispuesto a darle valor. «Mi ángel está tan húmeda», dijo entre un estremecimiento. «Tan apretada contra mi dedo».

Ella finalmente hizo su movimiento, deslizando la mano entre sus piernas. La visión de ella acariciando su clítoris fue una adicción instantánea. Él la acariciaría con los dedos mientras ella se masturbaba hasta que se corriera. Luego le comería el coño después de que ella se duchara por la mañana.

Sus rodillas se echaron más hacia atrás con sus gemidos cada vez más fuertes y él empujó hasta el fondo, aprendiendo de ella con toques cuidadosos. Observó cómo su dedo se deslizaba lentamente hacia fuera, gimiendo ante el brillo que tenía. «Ma Petite», dijo con un suspiro áspero mientras ella movía los dedos en lentos círculos y él la follaba con profundas embestidas.

Sus gemidos pronto se convirtieron en gritos que le hicieron bombear su polla contra el sofá con respiraciones profundas. «Qué

apretada estás», dijo con dureza, acelerando el ritmo.

Ella arqueó la espalda, agarrándole el hombro con la otra mano. Ahora cada gemido iba acompañado de jadeos mientras ella se frotaba el clítoris más rápido. Joder. «Córrete para mí, Angel», le ordenó con dureza.

Ella abrió más las piernas y soltó un grito ahogado cuando el placer la invadió con tanta fuerza que solo se oía el sonido de su dedo embistiendo en su húmedo calor. Finalmente, su voz se rompió, con jadeo tras jadeo, como alguien que lucha por su vida.

Joder, Dieu, nunca había visto nada igual. Otra adicción instantánea, ver su orgasmo.

Cuando todo se calmó, se inclinó y besó su boca abierta para saborear las secuelas. «Ma Petite», susurró, sin aliento por la emoción, mientras bombeaba su erección contra el sofá.

«Dios mío*,* eso fue...», tragó saliva entre jadeos, «... increíble».

Sahvrin gimió mientras deslizaba los brazos bajo su cuerpo y la levantaba del sofá. «Es hora de tu descanso de belleza, Ma Petite. Me despertaré por la mañana para tu próximo orgasmo».

Una lenta y dulce sonrisa iluminó su rostro mientras él la llevaba alrededor del sofá y la acostaba en su cama.

«Duerme conmigo», le suplicó ella, aferrándose a su brazo.

«Mañana por la noche, Ma Petite. O puede que me acueste contigo».

Ella le lanzó una mirada ardiente y se humedeció los labios. «De acuerdo», dijo, girándose hacia un lado y mirándolo fijamente.

Él necesitaba masturbarse antes de explotar.

«¿No vas a darme un beso de buenas noches?», le preguntó ella cuando él se dio la vuelta para marcharse.

Él regresó y se inclinó, depositando un beso suave y prolongado en su frente. «Buenas noches, Ma Petite, Ange».

Él esperaba que ella intentara obtener más, pero en cambio ella lo miró con una sonrisa soñadora. «Buenas noches, Sahvrin Bishop».

La miró fijamente un momento y luego se tumbó en el sofá. Sahvrin Bishop. Oírla pronunciar esos nombres juntos en ese orden

desató una lucha en su interior. A Bishop no le gustaba compartir ni ser el segundo de nadie, ni siquiera de Saint Sahvrin. Lucharía hasta conseguirlo todo, cada pedazo de ese paraíso al que se suponía que no debía tocar.

Pero solo si ella lo quería todo. Nunca volvería a entregarse a una mujer a menos que ella demostrara que quería a su familia, su pantano y toda la Horda que lo acompañaba.

CAPÍTULO 12

—Ma Petite, despierta.

Beth se incorporó demasiado rápido, jadeando de dolor por las heridas sin curar.

Los labios de Sahvrin se presionaron con fuerza contra los suyos con un gemido antes de girarse. —Mis hermanos están aquí. Vístete. Y nada que muestre tus belle tetons.

«¿Mostrar *qué?*».

«Tus tetas, Ma Petite, tus hermosas tetas. No quiero matar a un hermano por mirarlas», dijo, sacando una camiseta negra de su cajón y mirando por una de las ventanas. La mirada que le lanzó la hizo intentar darse prisa, mientras una larga serie de palabras en francés salían de su sexy boca.

Oh, estaba tan enfadado. En el baño, sacó el vestido amarillo del gancho de la puerta trasera, esperando que fuera el adecuado a sus ojos. Dios, le dolería el pecho al llevarlo puesto. Solo había otra opción, el rojo, y pensaba que ese color podría estar demasiado relacionado con la pasión.

Sonrió para sí misma mientras su corazón latía con fuerza al recordar a Sahvrin. Recuerdos de Sahvrin *Bishop*. Su corazón se aceleró al pensar que él se había referido a sí mismo de esa manera. Se alegró porque realmente echaba de menos al hombre que había conocido. Ahora era diferente, pero no en el mal sentido, ya que ella sabía por qué había sido tan desagradable.

Dios mío, todavía no podía creer que le hubiera hecho

todo eso. Luchó por respirar cuando los recuerdos se volvieron demasiado reales. Cogió el cepillo y se peinó el largo cabello. Un rápido golpe en la puerta la hizo sobresaltarse y la abrió.

—No puedo contarle a mis hermanos lo nuestro, Ma Petite. Te lo explicaré más tarde. ¿Confías en mí? —preguntó él, inclinándose para volver a besarla.

—Sí, confío —dijo ella, agarrándole la cara y devolviéndole el beso.

Él la miró con ira y luego susurró: «Debería destriparlos por arruinar mis planes matutinos contigo».

Ella se mordió el labio como si lo estuviera considerando. «Todavía nos queda esta noche».

Él bajó la mirada hacia su boca y se inclinó con un gemido para besarla de nuevo. —Ven. —Le cogió de la mano.

«Pero... necesito ir al baño».

Él la empujó suavemente hacia dentro. «Date prisa».

«Iba a peinarme».

Él se detuvo de repente y la miró fijamente. «Yo me desharé de ellos».

Ella cerró la puerta y sonrió mientras hacía sus cosas matutinas en el baño. Sentada en el inodoro, se echó todo el pelo hacia un lado y empezó a trenzarlo, por si acaso él no podía deshacerse de ellos. Su trenzado se ralentizó un poco. ¿Por qué no quería hablarles de ellos?

Antes de que una sensación desagradable le revolvió el estómago, recordó que él le había dicho que confiara en él. Y ella lo hacía, sin duda. Con su vida, obviamente.

Él la recibió al salir del baño, con aspecto angustiado. «Tengo que ir a reunirme con los hombres, Ma Petite. Lo siento».

«Oh, no te disculpes. ¿Qué hombres?».

—Mi padre, mis hermanos y un par de amigos. No quiero dejarte aquí sola, así que te llevaré con mi Mah-Mah.

Su tono indicaba que no estaba negociando, y ella se sorprendió de la alegría que eso le produjo. «Lo que tú creas», dijo, queriendo que él supiera que confiaba en su criterio, mientras su estómago se revolvió ante la idea de conocer a su madre estando lúcida.

—Te están esperando. —La miró de arriba abajo y ella contuvo la respiración ante su feroz expresión—. Están listos para conocer a la femme pour qui je suis follement tombée amoureuse.

Vaya. «Voy a necesitar una traducción», dijo ella, ardiendo de curiosidad mientras seguía preguntándose qué pensaba él del

vestido.

Él la miró. «No puedo dártela ahora, Ma Petite».

Ella abrió la boca, sorprendida. —Eso es *grosero.* ¿Debería preguntárselo a tus hermanos?

Él se inclinó y le dio un beso, con los labios tan suaves como la seda sobre los de ella, en contradicción con su actitud agresiva. De repente, soltó un gruñido de frustración y la empujó al baño, y su beso se volvió apasionado mientras cerraba la puerta. «Ma Petite, me vuelves loco».

Le subió el vestido mientras ella se aferraba a su cuello. La hambrienta caricia de sus dedos en su coño la hizo jadear.

«Ma Petite, estás tan jodidamente húmeda».

«Sí», dijo ella en su boca.

«¿Por quién estás mojada?», le preguntó él, acariciando su lengua con la suya.

«Por ti, estoy muy mojada por ti».

«¿Por *quién* estás *mojada*?», volvió a preguntar él, hundiendo su dedo dentro de ella.

«Oh, Dios», exclamó ella, preguntándose qué quería oír él. «Sahvrin», confesó, sin aliento.

Sus dedos le mordieron la nuca mientras le acariciaba el clítoris y movía el dedo profundamente. «Inténtalo de nuevo, ángel».

Ella levantó la pierna y se abrió, mientras sus gemidos se intensificaban. —Bishop —jadeó, llegando al orgasmo.

«Joder, sí», gimió él, caliente y codicioso en su boca, y luego golpeó su palma contra ella. «No puedo esperar para *follar* este coño suave».

Ella se corrió al instante, luchando por no hacer ruido.

«Lo deseas, joder», dijo él con una nota de lujuria, mientras ella se estremecía y temblaba en un delirio de placer.

Él siguió deleitándose con sonidos bajos y hambrientos en su boca atónita, y ella lo observaba con la mirada entrecerrada, el hombre más sexy y guapo que había visto jamás. Y a él le gustaba. No, a *Bishop* le gustaba. Acababa de dejarlo muy claro y, Dios mío, nunca podría estar más emocionada por nada.

Él sacó suavemente el dedo y chupó sus fluidos, haciéndola jadear ante ese acto obsceno. La dejó con las rodillas débiles y mareada por emociones que no podía ni empezar a nombrar.

Una idea aterradora casi la enfermó. ¿Y si él no la quería para más que eso? Recordó que él también pensaba que el sexo era más que follar. ¿Había sido Sahvrin o Bishop quien pensaba eso?

Su beso se volvió tierno, haciéndola olvidar sus tontas dudas y miedos de estar haciendo todo al revés con él. Cuando sus manos, sus labios y sus ojos estaban sobre ella, ¿qué más importaba?

****

La primera gran preocupación era cómo ocultar sus sentimientos por Sahvrin. O por Bishop. Dios, esperaba que esto no se volviera confuso o complicado. Bishop casi parecía celoso de su afecto por Sahvrin, lo cual era bastante divertido y dulce. Y, sin embargo, los celos parecían totalmente serios.

No estaba segura de cómo se sentiría si él no le mostrara sus sentimientos. Ella lo tomaría con madurez. Él le diría más tarde por qué tenía que hacerlo. No era gran cosa. Había muchas razones por las que él podría querer eso. Como... querer que fuera una sorpresa, o querer ver su reacción cuando ella no estuviera presente, por si acaso odiaban la idea, lo cual era probable. Enamorarse de la chica rescatada y mutilada del norte podría romper con la tradición. Dios mío, algunas personas tenían tradiciones como esa.

Al mirar hacia el barco, se le revolvió el estómago al ver que todos la observaban. Solo podía imaginar lo que veían, la impresión que estaba causando. Se permitió mirar a Sahvrin, sin querer ver el juicio en sus ojos, mientras se agarraba la gruesa trenza con ambas manos. Entonces recordó que no debía decir nada sobre su... intimidad y estaba segura de que su mirada lasciva a Sahvrin lo delataría. ¿Estaba metiendo la pata? La cara de Sahvrin era indescifrable, así que era difícil saberlo.

Centró su mirada en el barco y en cómo se suponía que debía subir a él. No era pequeño como el de Sahvrin, pero tampoco era enorme. De repente, la mano de Sahvrin se extendió hacia ella, y

ella miró el barco y la mano, preguntándose si debía poner el pie *en* el barco o en el borde.

«Es que... no estoy acostumbrada a los barcos», dijo, sin saber muy bien cómo expresar el problema.

—Pon el pie aquí —le indicó Sahvrin, dando un golpecito en el borde del bote.

«De acuerdo», dijo ella, pisando con cuidado. El bote se hundió con su peso cuando se alejó del muelle y ella dio un grito ahogado, agarrándose con ambas manos al brazo de él mientras la ayudaba a completar el trayecto.

Todos la vitorearon como si hubiera cruzado el Gran Cañón y, a pesar de su vergüenza, una sonrisa se dibujó en sus labios. Sahvrin la dirigió a la parte delantera del bote. Ella vio tres asientos entre la parte delantera y la trasera, los del medio lo suficientemente grandes para dos personas. Sahvrin se sentó en el asiento directamente frente a ella y los otros hermanos en los dos asientos detrás de él.

Las risas estallaron en medio de la conversación en francés, y las miradas repentinas que se posaron en ella hicieron que sus mejillas se sonrojaran con preocupación.

«Hola, señorita Beth». El hermano sentado justo detrás de Sahvrin la saludó con un aire pantanoso. Era cierto, de cerca todos eran guapos y ella era bastante exigente con esos estándares.

«Lo siento», le dijo al hermano que la había saludado mientras Sahvrin empujaba la barca con un remo para alejarla del muelle. «¿Cuál de los hermanos eres?».

«Bart. La oveja negra de la familia. Me alegro de volver a verte».

Ella se inclinó y le estrechó la mano con una sonrisa, mientras estallaban las risas y se oía hablar en francés.

—Soy Zep. Encantado de conocerte —saludó desde el asiento detrás de Bart.

«Igualmente», dijo ella, devolviéndole el saludo antes de levantarse e inclinarse para estrechar la mano que le tendía el tercer hermano por encima del hombro de Bart.

«August. La vida en el pantano te sienta muy bien».

Ella asintió educadamente, preguntándose si él se estaba burlando de su quemadura solar. «Encantada de conocerte, August».

«Y yo soy Jek», dijo el que conducía desde la parte de atrás mientras maniobraba la embarcación sin mirarla.

—Encantada de volver a verte —respondió ella, mirando a Sahvrin, que hablaba por encima del hombro con uno de sus hermanos. Ojalá hablaran español. Le encantaría escuchar sus bromas. Vio que Zep la observaba con una sonrisa y le guiñó un ojo, como si supiera algo que ella ignoraba. Si tuviera que juzgar a los hermanos —y obviamente lo hacía—, él era el segundo más guapo después de su glorioso Sahvrin. Sahvrin, con su hermosa sonrisa y su gran corazón, y sus ojos color moca que podían derretir bragas.

Le echó un vistazo, todavía ocupado con sus hermanos. Hablaban y reían como mejores amigos, y pronto se encontró sonriendo a pesar de que no entendía ni una palabra de lo que decían. El francés debía de ser su lengua materna, a juzgar por la libertad y rapidez con la que lo hablaban. Ojalá supiera un poco.

El barco salió de la cala y el paisaje acaparó toda la atención, su belleza eclipsando a los hermanos. Estiró el cuello para ver todo lo que pudiera de su entorno, emocionada por la belleza. Inclinándose hacia la izquierda, miró detrás de Jek con la sensación de estar en un desfile sobre una carroza. Solo quería saludar con la mano a todo. Habían salido del patio escondido de Sahvrin y se habían adentrado en su camino de agua, y ahora avanzaban lentamente por la pequeña callejuela. Se preguntó dónde iban y se giró para mirar.

Algo se movió en el agua y ella se quedó boquiabierta al ver un par de nutrias. «¡Mira!», exclamó, deseando tener una cámara. «Es como si estuviéramos conduciendo por un sinuoso camino de agua», dijo, observando el pantano que pasaba junto al barco.

«¿Te gusta?».

Ni siquiera se volvió para ver quién le había preguntado, solo asintió con la cabeza mientras respiraba el aire fresco y cálido. «¡Me encanta! Es tan diferente a mi hogar».

«¿No tenéis pantanos?».

Se giró para ver quién había preguntado y supuso que era Zep. «No, y si los tuviéramos, probablemente estarían congelados la mayor parte del tiempo».

—Sahvrin nos ha dicho que vivís en el Polo Norte —dijo él, estremeciéndose y negando con la cabeza—. No sobreviviríamos a eso, sha.

Sha. Ella sonrió un poco ante la expresión. ¿Todos tenían este tipo de términos?

«Al principio siempre es oooohh y ahhhhh», dijo Bart, inclinándose hacia ella desde su asiento. «Luego se van. Como dice mi Pah-Pah, la vida en el pantano es para jubilados o retrasados».

Todos se rieron, y ella también, al darse cuenta de que Sahvrin la miraba fijamente, lo que le aceleró el pulso. Contuvo su alegría vertiginosa, no queriendo parecer inmadura. Todavía sentía que tenía que demostrarle su feminidad. Y que realmente amaba el pantano.

—Mah-Mah quiere que todos nos casemos —dijo August, sonriendo—. Meh, la verdad es que no quiero casarme con una mujer jubilada o retrasada, gracias.

Esto provocó una carcajada estridente que la hizo reír.

—Estoy segura de que hay mujeres que morirían por vivir aquí con vosotros —dijo por encima del ruido del motor de la embarcación.

Al parecer, eso era muy gracioso. Miró a Sahvrin, esperando descubrir qué demonios estaba diciendo mal para que se rieran de ella. Él parecía estar conteniendo una sonrisa. —No entiendo qué tiene tanta gracia —le dijo finalmente, en voz más baja—. Me siento como si me estuviera perdiendo un chiste.

«No te preocupes», le dijo él. «En realidad no es tan gracioso. Los cajunes simplemente saben cómo sacar lo mejor de las situaciones difíciles».

¿Dificultades? ¿Estaba insinuando que esos hombres tan atractivos no podían encontrar una mujer con quien estar allí? Quizás tuviera algo que ver con sus hábitos promiscuos. Tal vez si se parecieran más a Sahvrin, tendrían más posibilidades. No se puede esperar encontrar a alguien serio buscando en los vertederos

sociales. «Podéis conseguir una novia por correo», dijo ella, sonriendo.

Todos la miraron con curiosidad.

«Era una broma», dijo ella. «Quiero decir que tal vez exista algo así, solía existir, no lo sé».

Esto los llevó a todos a hablar en francés de nuevo, lo que la dejó fuera de la conversación. Miró a Sahvrin y lo encontró pensativo. De repente, echó de menos estar a solas con él. Él era mucho más... atento. Parecía que nunca se cansaba de eso con él.

Centró su atención en el paisaje y volvió a quedar cautivada por las vistas. No tardó mucho en recuperar la sonrisa. Cerró los ojos y volvió a respirar profundamente, extendiendo la mano para sentir la cálida brisa mientras el barco avanzaba un poco más rápido por los sinuosos canales.

Se giró y vio que Sahvrin la miraba fijamente de nuevo, y su pulso se aceleró al ver la mirada hambrienta de sus ojos. «¿Cuánto queda?», preguntó.

Él se inclinó hacia delante y ella también. «Vous êtes belle como el pantano, Ma Petite».

Ella lo miró, entrecerrando los ojos con una pequeña sonrisa y articulando «¿Qué?».

Él no se lo dijo con palabras, pero lo hizo con los ojos y, fuera lo que fuera, a ella le gustó mucho. Luchó por ocultar lo que le provocaban sus misteriosas palabras, recordando su secreto.

«Treinta minutos», dijo finalmente, sonriendo a los árboles.

Ella lo miró, confundida. «¿Qué son treinta minutos?».

Él le dedicó una sonrisa. «El tiempo que tardaremos en llegar allí».

Vaya, treinta minutos. «¿Cómo vas a encontrar el camino?», se preguntó ella, dándose cuenta de lo imposible que parecía seguir el rastro.

«Sahvrin tiene un don», dijo Bart, sonriéndole.

Ella miró a Sahvrin, quien descartó la afirmación con un movimiento de cabeza.

«¿No?», se preguntó ella, mirando a Bart en busca de más detalles.

«Simplemente no ahogo mis neuronas en alcohol», explicó Sahvrin.

Beth se colocó unos mechones de pelo rebeldes detrás de la oreja.

«Sahvrin es nuestro santo del pantano», dijo Zep con una amplia sonrisa y levantando las cejas.

Una vez más, miró a Sahvrin y lo encontró absorto en el paisaje que pasaba ante sus ojos. O lo estaba ignorando o estaba aburrido.

«Eh, Sahvrin», llamó Jek. «Tu novia te está esperando. Anímate».

¿Novia? Doblaron una esquina en el pantano y Beth vio un muelle a la derecha con gente en él. Chicas, se dio cuenta. En bikini. Genial.

Sahvrin le tendió la mano y ella la tomó, sentándose a su lado donde él le indicó. Al pasar junto a las chicas, los hermanos silbaron y gritaron en francés, y Beth vio cómo las cuatro se ponían de pie y les respondían gritando. Ella dio un grito ahogado y se volvió cuando una de ellas se levantó la parte de arriba del bikini y gritó el nombre de Sahvrin.

—La vista es mucho mejor a la izquierda, Ma Petite —dijo él, mirando en la dirección opuesta. Ella se dio cuenta de lo que acababa de hacer y se sintió aliviada.

«Vaya», exclamó, mirando fijamente la línea de árboles. «Qué vecinos tan simpáticos».

—Qui —dijo él secamente.

Ella lo miró de reojo. —No tienes admiradores tan secretos. No me sorprende. —Le sonrió para demostrarle que no era celosa. No era cierto, pero podía controlarse al respecto. Además, él no había hecho nada para provocar sus celos, realmente no podía controlar lo que hacían las mujeres.

Finalmente se desviaron del canal principal, o lo que parecía ser el canal principal, y condujeron por una serie de pequeños canales. Al igual que la casa de Sahvrin, la suya también tenía un camino de entrada sinuoso. Estaba ansiosa por ver qué había tras la siguiente curva.

—¡Oh, mira, tortugas! —exclamó, señalándoselas a Sahvrin—. Tomando el sol.

—¿Le gusta tomar el sol, señorita Beth?

Ella miró por encima del hombro a la cara sonriente de Zep. «Me gusta el sol», fue todo lo que se molestó en decir. Él añadió algo en francés, lo que la irritó, sobre todo porque se rió después de decirlo. Recordó que hablaba italiano casi con fluidez y se volvió con una sonrisa agradable. «Non lo sai che è scortese parlare degli altri in una lingua straniera?».

Se volvió con una leve sonrisa en el repentino silencio.

«¿Qué idioma es ese?», preguntó Sahvrin, sonriendo como si ella lo hubiera sorprendido una vez más.

«Italiano».

Él respondió en francés por encima del hombro con una risa y luego la miró. «Le dije que no te pareces en nada a las mujeres simplonas a las que está acostumbrado y que debería tener cuidado».

Ella le dedicó una amplia sonrisa. «Bueno, gracias por esa interpretación». Volvió a mirar al frente. «Quizá sea algo típico del norte», dijo. «Pero cuando queremos decir cosas sobre las personas que no queremos que oigan, hacemos algo muy elegante y lo decimos *a* sus espaldas, no en su cara en otro idioma».

Sahvrin se rió a carcajadas y se volvió un poco hacia sus hermanos. «Ma Petite dice que le gustaría aprender francés para poder entender todo lo que decimos». Ella se volvió hacia él con las cejas arqueadas, lo que le hizo reír aún más. «¿No es así?».

«Sí, pero obviamente no lo aprenderé tan rápido como vosotros lo habláis».

«¿Qué tal si traduzco cuando sea algo que creo que te gustaría saber?».

Ella lo consideró, pensando que era un trato a medias, pero aceptó.

«¿Entonces podré saber lo que le has dicho, Ma Petite?».

«Les pregunté si no sabían que era de mala educación hablar de la gente en un idioma extranjero».

Él la miró con pura alegría. «Permíteme traducirte al francés, Ma Petite». Lo hizo, y todos silbaron con ruidos dolorosos entre sus risas.

«Reconocemos nuestro error», dijo Bart. «No volveremos a ser groseros con nuestra lengua materna».

¿Qué mierda, el francés *era* su lengua materna? «¿El español no es tu lengua materna?», le preguntó a Sahvrin.

«Ah, no, Ma Petite», respondió él con naturalidad. «Creemos firmemente en la preservación de nuestra cultura y solo hablamos francés cajún a menos que no sea necesario».

Maldita sea. «Debería haber aprendido francés», dijo ella, un poco triste.

«No es exactamente lo mismo, pero si lo supieras, nos entenderías mejor».

—Ah, ¿entonces es un dialecto diferente?

«Más bien es un idioma creado por necesidad cuando nuestro pueblo se trasladó aquí desde Acadia. Creamos nuevas palabras en un nuevo lugar para describir todas las cosas nuevas. Es una mezcla de nuestro elegante francés y la lengua materna de esta tierra, el español, ¿no?».

Ella recordaba algunos de los términos. «¿Es lo mismo que el criollo?».

Él se encogió de hombros con indiferencia. «A la gente le gusta discutir sobre la identidad, Ma Petite. Quién se llama así y quién se llama asá, quién llegó primero y quién llegó segundo. Pero yo lo llamo un plato que nos encanta comer aquí: ¿jambalaya? Ponemos todo tipo de ingredientes increíbles en un plato y lo mezclamos todo. Eso es lo que es este país. Una gran olla de jambalaya. Llena de los mejores sabores de todas las culturas».

—Has despertado al profesor —dijo Jek desde la popa del barco—. Va a la universidad y vuelve demasiado listo para su propio bien.

Ella lo miró fijamente. —¿Fuiste a la universidad?

—Joder, se fue demasiado listo para su propio bien —dijo August—. Fue a la universidad a los *diecisiete años*.

Todos se rieron mientras ella lo miraba fijamente esperando una respuesta.

—Culpable —dijo él, como si no estuviera orgulloso de ello.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Dónde? ¿A qué fuiste?

«Te dije que nuestro hermano era superdotado», se jactó Bart.

«No es un don, es trabajo duro. Tú habrías conseguido lo mismo si hubieras escuchado a Mah-Mah y Pah-Pah».

«Lo siento, querido hermano, mi trabajo como hijo mediano era molestar, y lo hice».

«Es un gran maestro en eso», coincidió Sahvrin.

«¿Y adónde fuiste?».

«Fui a la Universidad de Luisiana, Ma Petite».

«Es *artista*», dijo Bart, o más bien acusó.

«Un *artista»,* exclamó ella, boquiabierta. «¡Qué maravilla! ¿De qué tipo?».

«De todo tipo», continuó Bart. «No hay nada que toque que no acabe con el sello Sahvrin».

«Bueno, mi talento favorito de él es precisamente el que me está haciendo rica», dijo Jek.

«¿Cuál es?», preguntó ella por encima del hombro cuando Sahvrin pareció contentarse con no dar más detalles.

—Ingeniero mecánico. Ese chico puede modificar cualquier cosa, y lo hace.

Ella lo empujó con un grito ahogado. —Me lo has estado ocultando, ya veo. Quizás quiera renegociar lo que me enseñas ahora.

—Eso no es todo lo que sabe hacer —dijo Zep—. Ese hombre es un genio con los pinceles.

—¿En serio, tío? —dijo Jek, con tono enfadado.

Beth miró a Sahvrin y vio que tenía el rostro sombrío. ¿Le estaban criticando porque no desarrollaba todos los talentos que poseía? —Creo que la ingeniería mecánica es un arte increíble —dijo ella con sinceridad—. Me encantaría ver algunos de tus trabajos.

—Te encantaría ver algunas de sus pinturas —continuó Zep, claramente provocándolo.

Beth se dio cuenta de que había más de lo que decían y ahora le quemaba la curiosidad. Pero el estado de ánimo en el que había dejado a Sahvrin la estaba enfadando mucho.

«A veces cambiamos de pasiones cuando nos damos cuenta de cuáles son más importantes», dijo Beth.

«Tenemos órdenes estrictas de no hablar de ello, señorita Beth», informó August, ocultando su hostilidad. Esto provocó una respuesta en francés por parte de Sahvrin que no fue traducida. También dio paso a un silencio que duró hasta que llegaron a otro muelle.

La vista que se les presentó, cambió de tema y el estado de ánimo deprimente.

«Dios mío», dijo ella, boquiabierta ante la mini mansión de madera pintada de amarillo y blanco situada en un enorme terreno rodeado de cipreses. «Esto es simplemente... *precioso*».

Sahvrin salió del barco y se volvió para ayudarla. «Te presentaré a mi familia y luego tendremos que irnos», dijo, sin mirarla directamente a los ojos. «¿Estarás bien?».

Ella asintió con la cabeza, sosteniendo su repentina mirada mientras la preocupación le hacía un nudo en el estómago. ¿Estaba enfadado con ella? La idea la ponía enferma, ya que él se marchaba y quizá nunca lo sabría. Levantó la vista y vio a un grupo de mujeres que se dirigían hacia ellos, saludando y sonriendo. Dios mío. «Sahvrin, ¿se han arreglado? Dios mío, ¿qué aspecto tengo?», susurró angustiada.

No tenía ni idea de por qué le hacía gracia, pero cualquier sonrisa en su rostro después de lo de la universidad merecía la pena, aunque fuera a costa de ella. Se inclinó y le susurró al oído: — Siempre visten así, Ma Petite. Y tú eres lo más hermoso que he visto en mi vida. *No* lo olvides *nunca*. Sus labios rozaron su mejilla al apartarse y dirigirse hacia el muelle, mientras ella se quedaba allí sin aliento, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

«Creo que le gustas», murmuró Bart al pasar junto a ella. «Y eso es bueno», añadió, mirando por encima del hombro y guiñándole un ojo.

«Sí, sigue picando en ese bloque de una milla cuadrada», murmuró Jek al pasar junto a ella.

¿Qué? ¿Qué bloque? ¿Y por qué era bueno que le gustara? Tantas pistas que generaban tantas preguntas y sin tiempo para reflexionar, con el desfile de la realeza acercándose. Nunca hubiera imaginado que existieran personas así, no en este lugar remoto. La casa y el enorme jardín eran como un paraíso escondido, otro mundo, por lo poco que podía ver. Le recordaban a la realeza victoriana, solo que en versión pantanosa. Vestidos ajustados y fluidos. Nada llamativo, solo colores naturales y belleza.

Una mujer hermosa se acercó a ella, con una larga melena plateada y una enorme sonrisa en el rostro. Le resultaba familiar y le costaba creer que pudiera ser su madre. —Beth —la llamó, con los brazos extendidos mientras se acercaba, y la envolvió en un fuerte abrazo durante casi un minuto, acariciándole la cabeza con la mano. «Oh*, cariño*», le dijo con dulzura, apartándose finalmente, mientras la sorpresa de una bienvenida tan afectuosa la dejaba completamente desconcertada. «¡Qué alegría volver a verte! Soy Claudette, la Mah-Mah de Sahvrin. Y ahora soy *tu* Mah-Mah, ¿verdad?».

Vaya, parecía tan joven. La amable mujer no esperó una respuesta, sino que se dio la vuelta y le presentó a media docena más de mujeres, todas guapas y que le dieron la misma bienvenida.

Antes de que terminara, Beth lloró mientras terminaba los sinceros abrazos con «gracias», sintiéndose como Dorothy al dejar Oz, solo que ella acababa de llegar y se preguntaba dónde había estado toda esa gente durante toda su vida.

Entonces, de repente, el ambiente cambió a uno de emoción cuando su Mah-Mah le tomó de la mano y la llevó a la gran casa. Subieron la cuesta y se les abrió ante los ojos un paraíso que la dejó sin aliento. Era como un pequeño *pueblo.* Allí estaba la gran casa, y luego otras casas pequeñas a juego dispersas por los alrededores. Se sentía como en un extraño sueño de cuento de hadas en otra época. Captó la mirada ardiente de Sahvrin y supo que no era un sueño en absoluto. Era maravillosamente real.

CAPÍTULO 13

Sahvrin señaló a su Mah-Mah hacia el lavadero junto a la cocina, reconociendo esa mirada. Ella la tenía cada vez que intentaban emparejarlo con una chica guapa, convencida de que solo necesitaba conocer a la chica adecuada y superaría su obsesión por el celibato. Él no estaba obsesionado con ello, simplemente se había adaptado a esa vida después de quince años. La idea de una relación con una mujer había sido una realidad alternativa. Y ahora, esa realidad estaba allí mismo, en su Petite Ange.

El problema con su Mah-Mah era su asombrosa capacidad para leerle la mente. Ya podía ver por la expresión de su rostro que ella sabía todo lo que él sentía por ella.

—¿Te parece bien que se quede aquí mientras nos reunimos en The Weigh Station?

—¡Por supuesto! —exclamó ella, como si fuera una pregunta estúpida. De repente, su rostro se suavizó con una gran sonrisa—. Es tan *guapa*, Sahvrin. —Se llevó la punta de los dedos a la boca sonriente—. ¡Y le gustas *mucho*!

—¿Cómo puedes saber eso? —dijo él en voz baja, negando con la cabeza—. No estamos aquí para eso, Mah-Mah.

Su rostro se volvió serio. —Pah-Pah me lo ha contado todo y estoy segura de que no habrá ningún problema para dar caza a esos demonios. Estaremos aquí preparando un banquete de celebración para cuando volváis de vuestra reunión. ¡Oh, Sahvrin, ella es *diferente*!

«Sí, lo es». No iba a discutir eso.

Ella negó con la cabeza con lenta severidad. —Es *más* diferente que eso —dijo, chillando de emoción.

«Y se está recuperando de haber sido golpeada hasta casi morir. Mientras defendía a otro niña», añadió él, queriendo que ella lo supiera por alguna razón. Todo lo que consiguió fueron más

asentimientos alegres, como si estuviera demostrando su punto de vista en lugar de centrarse en lo correcto.

«¿Tienes algo que añadir, Mah-Mah?».

«No», dijo ella, mostrándose distante.

«Enséñale la casa, haz que se sienta como en familia».

«Oh, lo haré», dijo ella, volviendo a sonreír ampliamente. «Antes de que termine, querrá vivir aquí para siempre. *Ya lo verás*».

—No quiero que hagas eso —le ordenó él, ligeramente enfadado—. No quiero que la obligues.

Su sonrisa indicaba que ella pensaba lo contrario, y él se rindió. «Siempre te apoyo», le aseguró ella, acariciándole la ligera barba con ambas manos. «Está muy *guapa* con el vestido que le enviamos».

«Mon Dieu, tiene quemaduras de segundo grado», recordó él. «Se quedó dormida tomando el sol. ¿Tienes pomada?».

—¡Por supuesto! —dijo ella, como si él fuera tonto.

—¿Te aseguras de que tiene todo lo que necesita?

Ella le dio un golpe en el hombro. «¡Lo *haré*!».

«Quizá quiera darse un baño», recordó él. «Para remojar sus heridas más profundas. Intenta ocultar el dolor, pero yo lo veo».

Ella asintió lentamente y sonrió como si él volviera a demostrar todas sus cualidades de Cupido. «Pah-Pah dijo que tiene *coraje* y un espíritu muy fuerte. ¿Eso es bueno?».

«Es bueno para ella, sí. En esta vida, lo necesitará».

«¿Y bueno para la vida en el pantano?».

Abrazó a su madre y le dio un beso en la mejilla. «Sí, Mah-Mah», dijo, decidiendo por una vez no aplastar todos sus obstinados sueños. «Es perfecta para todo, ¿estás contenta?».

Esto le valió unos aplausos emocionados y unos ligeros saltos. «Pero antes de irte, ¿hablarás con ella?», dijo su Mah-Mah. «¡Está muy nerviosa! Haz que se sienta cómoda».

La mirada penetrante de su Mah-Mah era algo que nunca se atrevería a desafiar, aunque quisiera, cosa que no era el caso. Y tenía toda la intención de hablar con ella antes de irse.

«¿Por qué no le enseñas la casa antes de irte?», le dijo su Mah-Mah con voz melosa, con las manos entrelazadas bajo la

barbilla. «Tus hermanos se están preparando, ¡tienes tiempo!».

****

Sahvrin encontró a Beth en la sala de estar, rodeada de sus tías. Le hizo un gesto con la mano para llamar su atención y, en cuanto ella lo miró, sintió la necesidad imperiosa de besarla. Sí, era jodidamente perfecta. Nadie tenía que decírselo. Pero tenía que controlarse hasta que ella pasara más tiempo allí.

Le hizo una señal para que se acercara y la vio sonreír y marcharse educadamente, como si hiciera ese tipo de cosas todos los días. Quizás era así. Nunca llegó a saber en qué círculos se movía. Dada la riqueza de su padre, sin duda eran círculos altos. Muy civilizados. Lo único civilizado de la vida en el pantano era precisamente esta casa. En todos los demás sitios, incluida su cabaña sobre el agua, se llevaba un estilo de vida que la mayoría de las mujeres de ciudad considerarían un error. Especialmente las mujeres de ciudades del norte. Ella horniearía allí, como había hecho ayer. Y su posición en Los Doce y lo que eso implicaba añadía un reto a cualquier posibilidad favorable. Su angelical forma de ser sería el mayor obstáculo. Ella se sacrificaría para complacer a los demás y él no se lo permitiría, ni por él ni por nadie más. Ella se merecía lo que quería, no lo que él quería, y él se cortaría los huevos para asegurarse de que lo consiguiera.

—Mah-Mah quiere que te enseñe la casa —le dijo.

Ella esbozó una media sonrisa antes de que la preocupación se la arrebatara. —No tienes por qué hacerlo si tienes que irte.

Esa era el dulce ángel al que tenía que proteger con todo su ser. Antes de haberla tocado ni probado, ella ya era dueña de su alma sin lugar a duda, y cada vez que decía algo tan dulce como eso, se adueñaba aún más de ella.

Le dio un gran recorrido, mostrándole la finca, observando su reacción todo el tiempo. Tenía la intención de buscar señales de alarma que indicaran que ella nunca podría vivir una vida así, pero en cambio se sintió saturado por las muchas facetas de ella,

particularmente las que se escondían bajo su piel sedosa. «Y esta es la casa del jabón», anunció, listo para bañarla.

«¿Una *jabonería?*».

Ella subió rápidamente los cinco amplios escalones, jadeando sin parar y riendo alegremente. «¡No puedo creer que tengas una jabonería! ¡No tenía ni idea de que eso existiera! Claro que sí, ¡alguien tiene que fabricar *jabón*!», se respondió a sí misma con una exuberancia contagiosa que le hizo reír.

Él la siguió mientras ella corría flotando de una habitación a otra. «Las áreas están separadas por los distintos procesos de fabricación del jabón», explicó mientras avanzaban.

«*¡*Los *olores son celestiales!*», exclamó ella, girándose hacia él con los ojos muy abiertos. «¿Es aquí donde compras tu delicioso jabón?».

«Sí. Era mi lugar favorito cuando era niño», confesó, observándola mientras ella olía y tocaba todo hasta que su apetito se despertó.

«¡Entiendo por qué! Y debes saber que el olor de tu jabón me hace babear. Debe estar formulado para atraer a las mujeres».

La agarró cuando ella corrió a ver otra habitación y la atrajo hacia él. Gimió, besando su boca perfecta con gran moderación antes de presionar su frente contra la de ella cuando su pulso luchó por salir de sus venas. «Ma Petite», susurró con los ojos cerrados.

Vio cómo el deseo y la preocupación se reflejaban en su rostro, lo que le hizo sentir la necesidad de alimentar lo primero y borrar lo segundo. La besó de nuevo, abriéndose más cuando ella gimió en su boca, como una confesión secreta de lo que todo eso significaba para ella. Acarició su lengua con asombro, adorándola.

La puerta principal se abrió con un «¿Estás aquí, hermano?».

Sahvrin interrumpió el beso, sin aliento pero contento por la interrupción. Estaba pensando que sus instintos eran acertados, que ella era la elegida, y ¿qué mejor momento y lugar para hacer el amor con su Petite que ahora, en la jabonería? «Ya voy», respondió, robándole un beso más. Luego otro. Y otro, haciéndola reír.

«¿No te cansas de mí?», articuló con una brillante sonrisa que destrozó la oscuridad de su mente.

«Ma Petite, no tienes ni idea». Su respuesta la iluminó aún más y él se dio cuenta de que no la vería en todo el día. La envolvió en sus brazos y la levantó en un fuerte abrazo, hundiendo su boca en su cuello hasta que ella chilló de risa.

«Más tarde, cuando vuelva, te enseñaré la casa del baño».

«¿La casa *de qué*?», se preguntó ella con una incredulidad tan dramática que le hizo reír.

—Una casa para bañarse. Estaba reservando mis lugares favoritos para el final.

Ella se quedó boquiabierta, con los ojos muy abiertos, incrédula. —¿Una casa entera? *¿Solo* para bañarse?

«Bueno, técnicamente no es una casa, pero la llamamos así. La casa del jabón y la casa de baños siempre fueron una difícil elección como favoritas», dijo, llevándola fuera de la puerta. «Pero odiaba los baños cuando era niño y no se convirtió en uno de mis favoritos hasta más tarde».

«¿Preferías bañarte en el pantano?».

«Sí. Y me bañaba todos los días y más de una vez en verano. Pero Mah-Mah decía que no quería que sus hijos olieran a mierda de caimán».

Ella se echó a reír y la imagen y el sonido le hicieron desear tenerla con pasión, consumir esa magia que brotaba de ella, pero sobre todo asesinar a sangre fría cualquier cosa que la amenazara.

«Más tarde también le enseñaré a Ma Petite mi dormitorio de la infancia», anunció mientras la llevaba por el camino de piedra.

De repente, ella saltó delante de él con una mirada brillante en los ojos. «¿Tu *habitación* de la infancia?».

Su lenta sonrisa le provocó una erección instantánea.

«¿Estás pensando lo mismo *que yo*?».

«Ahora sí», murmuró él, mirándola a la boca y sabiendo que sus pensamientos eran mucho más vulgares que los de ella. «Podemos pasar la noche aquí», dijo, con una lógica nacida de la lujuria pura. «Mah-Mah estaría encantada. Puede que invite en secreto a un sacerdote para que nos case mientras dormimos».

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió antes de inclinarse y darle un beso en los labios. «¡Yo pediría inmediatamente la

anulación!».

—Te ataría a la cama para que no pudieras hacerlo —bromeó él, poniendo a prueba la conversación sobre el matrimonio con ella.

Al oír eso, sus ojos se iluminaron de una forma diferente, lo que le hizo ponerse serio. «Puede que me resista», replicó ella.

Él bajó la boca hacia la de ella y la besó con reverencia. —Yo ganaría —le advirtió en voz baja.

—Porque yo te *dejaría*, señor Bishop.

Mon Dieu, *joder*. Hundió la lengua en su boca, agarrándole la mandíbula con ansia hasta que sus gemidos frenéticos y delicados llenaron su boca.

—¡Ahí están los tortolitos!

Sahvrin se apartó al oír a su Mah-Mah, luchando por recuperar el aliento. Por supuesto, ella tenía una alegría vertiginosa en el rostro y lo abrazó con más fuerza de lo habitual. «Mi hermoso hijo», murmuró contra su pecho antes de apartarse y sostenerle el rostro con ambas manos. Luego señaló su nariz con el dedo, levantó las cejas y asintió con la cabeza. «Yo me encargo a partir de aquí. Tus hermanos están listos y tu Pah-Pah está impaciente. Las mujeres nos quedaremos aquí preparando un festín. ¿Esperaba que Beth se uniera a nosotros para divertirse?

«¡Me encantaría!».

La vio marcharse mientras cada letra de esas palabras y la forma en que las pronunciaba resonaban en él. Siempre había creído que las palabras tenían ese tipo de fuerza, pero nunca la había visto tan potente fuera del ámbito del mal. Se dio cuenta de que ella la tenía cuando la conoció en la ciudad. Estúpidamente, lo había confundido con una pretensión excesiva. Como un artista que satura una escena de la vida real, convirtiéndola en una caricatura. Pero su percepción de la realidad y de la vida *era* ese color vibrante. Él había querido corregirla, mostrarle que estaba viviendo de forma equivocada, que el mundo estaba teñido por el mal y que ella tenía que seguir esas reglas.

De repente, ella miró por encima del hombro a seis metros de distancia y lo empapó con su sonrisa amarilla y soleada. Mon Dieu, *ella* era la maestra artista. Coloreaba la realidad tal y como la veía o

la quería y no se contenía. Incluso cuando la vida vertía pintura negra y pegajosa sobre su lienzo, su don la convertía en otra extravagante obra de genio. Él estaba jodidamente fascinado por ello. Necesitaba tocar y sentir su textura mientras jugaba con ella. Pero, sobre todo, necesitaba protegerla. Porque si algo había aprendido era que las cosas más bellas de una persona eran las que más difícilmente se rompían.

****

Lo primero que le llamó la atención a Sahvrin fue que no se mencionó ni una palabra sobre Beth una vez que estuvieron en el barco. En cambio, hablaron rápidamente en francés sobre reunir a los pequeños passe para peinar el pantano en busca de traficantes. Se había preparado para las burlas, al menos. El gran y terrible obispo finalmente había caído.

Sin duda, la hoguera en la que su Petite lo había colocado valía cualquier tortura de sus hermanos.

—Creo que solo necesitamos a Spook y a Big Rex —dijo Jek —. Después de nosotros, son los que mejor conocen los pantanos. Nos dividimos y vigilamos todos los cursos de agua que podrían utilizar.

—¿A qué ojos te refieres? —preguntó Zep.

Sahvrin se giró cuando se hizo el silencio y vio que esperaban su respuesta. —Los que instalamos el año pasado para vigilar las principales vías fluviales. Solo tengo que reiniciar un par de cajas y pulsar el interruptor para obtener imágenes en directo.

—¿Así que mientras tanto tenemos que dejar que las mujeres sean *víctimas del tráfico*? —dijo August, enfadado.

A él tampoco le gustaba la idea. —Creo que el envío de armas es nuestra mejor baza. Si clavamos bien el puñal, cada movimiento que hagan estará bajo nuestro control.

«Solo quiero despellejarlos, hacer chicharrones con su piel asquerosa y dárselos de comer a su presidente».

Todos se volvieron hacia August y vieron una oscura sed de sangre en su mirada.

«También podríamos molerles el cerebro y los huevos», dijo Jek, mirando al frente mientras conducía. «Unas jugosas salchichas

de polla».

August asintió con una sonrisa de satisfacción. «Eso sí *que es* un menú».

Ahora solo quedaba cazar y capturar, juzgar y sentenciar. Tras largas y sinceras confesiones. Y, por supuesto, la bendición del Primer Obispo.

CAPÍTULO 14

Sahvrin abrió el camino hacia la estación de pesaje, luchando por encontrar todas las marcas ocultas.

«No hay forma de que Lester haya mantenido este lugar», dijo August por tercera vez, dándose una palmada en la frente. Los mosquitos estaban hambrientos de sangre humana en estos bosques.

«Lo que me gustaría saber es cómo encontró Lazure el camino», se preguntó Jek entre una ronda de toses. No envidiaba sus alergias en pleno verano. Hay que reconocerle el mérito de que le importara un carajo. Su terquedad le llevaría a comer lo que le amenazaba, solo para fastidiarlo. Luego desarrollaría inmunidad en lugar de morir, porque así era como funcionaba Jek. Hacía todas las cosas que deberían matarte y, de alguna manera, sobrevivía y se hacía más fuerte. Y más tonto.

—Probablemente esté con Big Sha Leblanc —murmuró August, dándose otra palmada en la cara—. Los mosquitos pew-tan son affeme. Big Sha conoce los pantanos mejor que los caimanes, no se perderán.

—¿Seguiremos haciendo lo mismo que la última vez? Espero que no. —August volvió a golpearse la cara—. Es lo primero que me gustaría someter a votación.

Bart se rió entre dientes. «¿Ya no te gusta escribir?».

—Ni hablar. Pero si tengo que escribir el acta de la reunión, quiero votar para usar mi teléfono. Así lo grabaré mientras le envío un mensaje a Melissa.

«Todavía no puedo creer que lleves un mes saliendo con la misma chica», dijo Jek. «¡Aghhh, gracias a Dios, lo veo!».

Quería un buen polvo. Era lo único en lo que Sahvrin podía pensar ahora. Pero, sinceramente, si la persona equivocada encontrara este lugar, Sahvrin se cortaría la cabeza y se la serviría en bandeja de oro.

—Dios mío —resopló Zep, inclinándose—. Ahora uno de nosotros tiene que trepar a un maldito árbol. Recuérdame otra vez por qué Lazure tuvo la brillante idea de poner esta casa de diversión a quince metros de altura.

Sahvrin se acercó al timbre y tiró de la cuerda, haciendo sonar la campana de arriba. Probablemente Lazure ya estuviera allí.

Dieron varios pasos atrás y miraron hacia arriba.

—¡Eh! Rapunzel, ¿estás en casa? —gritó Zep—. ¡Suelta tu melena!

Se oyeron unos pasos débiles arriba, lo que provocó una ronda de suspiros de alivio. —Espero que hayan llenado la nevera, tengo una sed del carajo —murmuró Bart.

«¿Cuánto tiempo va a tardar?», se preguntó August mientras bajaba la jaula para cinco personas.

«Ni idea», dijo Sahvrin, agarrando la cuerda de la puerta cuando bajó lo suficiente.

—Tengo asuntos que atender en tierra —informó August.

Sahvrin lo miró. «A menos que primero tengamos asuntos que resolver en el pantano».

«Cuento con ello», dijo August. «Por eso necesito llegar a tierra».

«¿Qué tienes?», preguntó Jek.

—Algunos juguetes nuevos que quiero comprar.

—No quiero que vayas solo —dijo Sahvrin—. Yo también necesito algunas cosas. Podemos ir todos juntos. —Sahvrin abrió la puerta de la verja.

—¿Y *tú* qué vas a comprar? —preguntó Zep con una sonrisa curiosa—. ¿Flores, tal vez?

—Algunas piezas para un prototipo que estoy diseñando.

—Más vale que me hagas uno —dijo August.

Sahvrin lo miró y accionó el interruptor del cabrestante. —Es para el Dragón del Pantano.

—Ohhh, Navidad adelantada —dijo Jek, sonriendo—. Cuéntanos.

Sahvrin levantó la vista y miró el aparejo que crujía. —Recuérdame que traiga aceite para esta bestia.

«No nos dejes en ascuas», dijo Jek, impaciente.

—Es un arpón que diseñé originalmente para cazar caimanes. No es letal. Es más bien un cabrestante.

—Ohhhh —dijo Bart, con tono lascivo—. ¿Una polea humana para nuestra próxima fiesta en el pantano?

—Probablemente.

—Una foto o mientes —dijo Jek, sonriendo—. Sé que tienes una, dámela.

Sahvrin sacó su teléfono, abrió la carpeta de diseños y se puso a buscar. Encontró el arpón y le entregó el teléfono.

Todos se agolparon alrededor con silbidos bajos y risas siniestras. —Eso es jodidamente enfermizo. Y yo que pensaba que yo era el sádico.

«No es letal», recordó Sahvrin.

«Oh, sabemos todo sobre tus métodos», dijo Jek.

En realidad, no había otra opción. Todos los culpables tenían su día en el sistema judicial de los Obispos del Bayou, allí mismo, en la Estación de Pesaje. Todo el equipo de caza de los Doce estaba diseñado para capturar, no para matar. Una vez en la confesión, las herramientas cambiaban, al igual que lo hacían para la ejecución.

Sahvrin recuperó su teléfono cuando llegaron a la cima, apartando de su mente los pensamientos sobre Su Pequeña. Necesitaba concentrarse, ya que las amenazas a las que se enfrentaban estaban directamente relacionadas con ella.

«Vaya, si es mi pequeño juguete».

Sahvrin estrechó la mano de Big Sha, sonriendo ante su fuerte apretón. «Cuánto tiempo, Big Sha. ¿Te va bien?».

—*¡Genial!* ¿He oído que has pescado un pez en el mar?

Maldito Lazure y sus noticias sensacionalistas. —Es única en su especie.

«Sí, claro», dijo, riendo y dándole una palmada en la espalda tan fuerte que le hizo vibrar la columna vertebral. «No tenemos secretos cuando se trata de nuestros pequeños. ¿Sabes que T-Randal también tiene un pez nuevo, verdad?».

«¿Ah, sí?».

«¡Por supuesto!». Los ojos muy abiertos de Big Sha indicaban que había una historia detrás de esa *captura,* pero Sahvrin no iba a preguntar.

«¿Quién más está aquí?», se preguntó Jek.

«¡La-Fawnse!», gritó Lazure.

«Cállate la boca», dijo con voz arrastrada desde detrás de la puerta de la cocina. «El café no se hace solo, ¿verdad?».

«Sentémonos», dijo Lazure, sacando la silla de la cabecera de la mesa.

«¿En los mismos sitios?», preguntó Jek.

—En los mismos sitios —dijo Lazure—. Y en las mismas posiciones. August, tú grabas.

—Esperaba que se votara eso.

—Ahora no. Tu Mah-Mah tiene grandes planes para los próximos días y tenemos que terminar con esto lo antes posible. Coge tus cosas para escribir del escritorio.

August se levantó con un suspiro mientras Sahvrin contemplaba el matrimonio de sus padres por primera vez en su vida. No había nada en el mundo que ese hombre pareciera amar más que complacer a su madre, y a Sahvrin le resultaba divertido y, a menudo, molesto.

«Es como una maldita reunión familiar», murmuró La-Fawnse mientras se sentaba a la mesa y miraba a cada uno de ellos como un juez enfadado. «El café está recién hecho», añadió a modo de sentencia.

«No, gracias», murmuró Jek.

«¿Alguien quiere agua?», preguntó Bart junto a la pequeña nevera.

Todos menos los que tomaban café levantaron la mano.

«¿Cómo demonios podéis tomar café con este calor infernal?», se preguntó August después de beber su agua y abrir el gran libro de contabilidad.

La-Fawnse lo miró, se llevó la taza a la boca, bebió ruidosamente y volvió a dejarla sobre la mesa. «Así es, chico», dijo con voz ronca. «Cuando te crezcan las pelotas, lo entenderás».

August se rió y negó con la cabeza. «Prefiero no darme cuenta».

Mientras Lazure inauguraba la reunión con el lenguaje tradicional, Sahvrin sacó su cuchillo y su piedra, deslizando lentamente la hoja por ella para concentrarse.

«Bueno, tenemos un dilema», dijo su padre cuando la reunión comenzó oficialmente, mirando a cada uno de ellos. «Tenemos que elegir entre el tráfico y el acuerdo de armas. Yo digo que elijamos el acuerdo de armas. Es un nido de serpientes más grande y es probable que ambos estén entrelazados. Si alguien tiene alguna razón por la que no debamos hacerlo, que hable».

Todos permanecieron en silencio y Lazure dio un golpe en la mesa con la palma de la mano. «Entonces votaremos. Todos los que estén a favor de que sigamos primero con el tráfico de armas, digan "yo"».

La ronda de «sí» comenzó con Sahvrin y dio la vuelta a la mesa.

«Ahora tenemos que hablar de los detalles del tráfico de armas. Queremos evitar sospechas con los Roulettes y tenemos que decidir cómo abordarles para renegociar. ¿Alguna sugerencia, Sahvrin?».

Él asintió. «Creo que habré hablado con mi impulsivo Pah-Pah y, como líder de Los Doce, me encargaré de las renegociaciones, ya que necesitamos el dinero para...». Se encogió de hombros y continuó: «... supongo que porque lo queremos».

Lazure se recostó en su asiento, miró al vacío y finalmente asintió. «Me gusta. Me *estoy* volviendo viejo y cascarrabias».

Big Sha se rió y dio un golpe en la mesa. «¿Te estás volviendo? Naciste *cascarrabias*».

—Entonces, averigüemos qué y cuántas armas están enviando —dijo Jek—. ¿Tenemos algún plazo?

—Cuanto antes, mejor —dijo Lazure.

—¿Qué pasa con Los Doce? —preguntó Sahvrin, haciendo girar la punta de su cuchillo sobre la mesa.

—Estarán en las celebraciones de Mah-Mah. Nos reuniremos en la Basílica cuando lleguen, como siempre. Para entonces,

tendremos suficiente información para trazar una estrategia.

—¿Cómo estamos de efectivos? —preguntó Zep.

—Debería estar en el último registro —dijo La-Fawnse, haciendo que August hojease las páginas.

—Lo encontré. —Escaneó la página—. Según los registros de Keepem del año pasado, el número total de miembros de La Horda es de doscientos ochenta y dos. Maldición, *no* recuerdo haber escrito esto —dijo divertido—. ¿Quieres el desglose de cada Hatch?

—No —dijo Lazure—. Eso lo obtendremos más tarde de Nickels. Él debería tener todos los detalles sobre los suministros actuales. Nos aseguraremos de que cada hombre tenga su opción de defensa. —Sahvrin —Lazure lo miró—. Aplaza todos los trabajos actuales que puedas y reúne a todos los hombres que necesites. Es hora de poner en marcha tu juego de guerra. Quiero que cada Hatch esté cargado con todo lo que se especializa en traer a estos hijos de puta enfermos a Church para que sean juzgados».

La adrenalina recorrió a Sahvrin ante la sed de sangre que rezumaban sus palabras. Era justo lo que quería oír. Nada le daría más satisfacción que darles a esos demonios un trato real allí mismo, en su iglesia de la estación de pesaje.

«¿Alguien ha averiguado algo nuevo?», preguntó Lazure, mirándolos a todos.

«Una fuente fiable dijo que vio al hijo de Francois, Beaux, subir al coche de un miembro de Roulette», dijo August. «Quizás quieras investigar eso».

—Maldita sea —dijo Lazure—. Chicos, ibais a visitarlo en cuanto tuvierais oportunidad. Hacedlo cuanto antes. —Volvió a mirar a Sahvrin—. ¿Has avanzado algo con los ojos que has instalado?

Sahvrin no entendió a qué se refería. —¿Para qué exactamente?

—Para rastrear las vías fluviales.

—Nuestro chico tiene el síndrome de «ma-petite-en-mi-mente» —murmuró Zep con una risita ahogada—. No puedo decir que no lo vea...

Sahvrin clavó la punta de su cuchillo a pocos centímetros del brazo de Zep sobre la mesa. «No... hables de ella», dijo, con una ira

repentina que calmó todo su ser.

Zep levantó las cejas con los ojos exageradamente abiertos. «Sí, señor, sí, señor, tres bolsas llenas».

Sacó el cuchillo de la mesa de un tirón. —Tengo que conectar unos cables y encenderlo. Probablemente lo tenga listo mañana o pasado mañana.

«Ah, sí», dijo August. «Acabo de enterarme de que se acerca un huracán».

—Ya sentía a esa zorra en mis viejos huesos —dijo Big Sha.

Lazure suspiró profundamente. —¿Dicen cuándo y dónde?

—En unos cinco días —dijo August—. Se supone que azotará Nueva Orleans.

—¿No es ahí donde está la maldita sede? —se preguntó LaFonse.

—Sí —dijo Jek.

«Y sabemos que Breaux Bridge Roulette está involucrado en el tráfico, lo que significa que ellos también», dijo Zep.

«¿Cómo lo sabemos?», preguntó Sahvrin.

Zep sonrió. «Da la casualidad de que anoche estuve con una mujer que conocía a Blanchard, uno de los tipos que mencionó tu pequeña», dijo Zep. «Se quejaba de que la obligaban a ayudar a reclutar chicas guapas para una agencia *de modelos* que tenían. Cuando le pregunté por qué no era su modelo estrella, me dijo que porque en realidad no era una agencia de modelos, sino un burdel. Y ella *no* era la puta *de nadie*». A juzgar por su mirada, probablemente ella le estaba haciendo una mamada debajo de la mesa mientras le informaba.

«¿Alguna información más sobre el padre de Beth?», preguntó Sahvrin.

Bart levantó la mano. —Iba a contártelo en privado, pero me doy cuenta de que hay que decirlo aquí. Investigué a fondo a su padre *y* a su madre. Resulta que el día del funeral hubo una disputa sobre cómo murió la madre. Al parecer, la hermana de su madre afirmó que el marido la envenenó.

—Beth lo sabría —estaba seguro Sahvrin.

Él se encogió de hombros. —La hermana vive en una institución, así que creo que lo habrán descartado como una locura.

«¿Y su madre? ¿Encontraste algo útil?», se preguntó Sahvrin.

«Nada. Es como si ella no hubiera existido antes que él».

«¿Buscaste su apellido de soltera?».

«Lo busqué, pero no encontré nada más que su nombre de Sweetling. Quizás puedas preguntarle a Beth».

—Te lo daré esta noche. —Sahvrin miró a Lazure—. ¿Mah-Mah sabe que se avecina un huracán?

Frunció el ceño y le lanzó una mirada fulminante. —¿Tú qué *crees*?

Sahvrin lo imaginó. «¿Así que tendremos un huracán, un cumpleaños, una fiesta del festival del boudin, todo en uno, y todo el pantano está invitado?».

—Ya lo sabes —dijo Lazure, acariciándose la barba de nuevo mientras las risas de Lafonse y Big Sha retumbaban en la sala.

—¿Tú y los chicos vais a actuar, verdad? —preguntó Big Sha —. Mis chicas quieren saberlo. —Se inclinó con un brillo en los ojos —. Están enamoradas de los chicos Bishop.

Como todas. Pero lo último que quería era celebrar una fiesta mientras el mal les acechaba como buitres. Y menos aún quería *actuar.*

—Me temo que tu madre lo espera —dijo Lazure, mirándolo de reojo y haciendo que Sahvrin se encogiera un poco—.

—La señorita Beth se lo pasará bien.

Sahvrin miró a Bart y encontró su sonrisa bastante inocente. —Estoy seguro de que sí —dijo, ya pensando en excusas para librarse de ello. Pero, por otra parte, quizá una fiesta fuera lo mejor para ella en ese momento. Se había ganado un día de diversión.

—Una cosa más —dijo Bart—. Quizá quieras preguntarle a Beth si conoce a un tal Julian Abshire. Su nombre aparece constantemente en relación con ese tal Blanchard. Quizá esté relacionado de alguna manera, no lo sé.

—Lo averiguaré —dijo Sahvrin, ahora intrigado.

****

Beth se sentía como la reina del baile hasta que llegaron Lucas y Luseah. Una niña mimada del pantano, le dijo la tía Rena, refiriéndose a Luseah. «No le hagas caso. Le gusta llamar la atención».

«¿Cuántos años tiene?».

«Oh, tiene dieciséis años, pero parece que tiene treinta». La tía Rena se rió. «¿Te acuerdas de esa edad?».

Sí, la recordaba. Estaba en un internado, echaba de menos a su madre e intentaba pasar desapercibida. No entendía por qué la chica tenía un problema con ella. ¿Tendría algo que ver con Sahvrin? ¿Estaba celosa? Pero eran familia. Estaba bastante segura de ello, pero no iba a comprobarlo.

«¿Estoy haciendo algo que deba corregir?», preguntó Beth, solo para asegurarse de que no se trataba de una ofensa cultural.

«Oh, no, cariño. No eres tú. Es ella», dijo la mujer, señalando con sus largas uñas a la belleza de cabello negro azabache. Probablemente le moleste que haya una cara más bonita que la suya por ahí. Se le pasará. Esas dos no son parientes, de ninguna manera. Son hijas del Pantano Oscuro».

Beth se enteró de que habían sido rescatados quince años atrás en una guerra contra los adoradores del diablo en el pantano. Su mirada se desvió hacia el gemelo, la réplica masculina en apariencia. Qué gente tan hermosa eran. Pero su actitud era completamente opuesta a la de su hermana, gracias a Dios. Al menos hacia Beth. Por mucho que estuviera agradecida por eso, parecía empeorar las cosas con Luseah. Qué nombre tan singular. Y Lucas le recordaba un poco a Zep, pero su genuina amabilidad era toda de Sahvrin. No había nadie más dulce en el mundo que ella hubiera conocido que la versión pantanosa de Sahvrin. Nada que ver con el señor Bishop el mandón. Los recuerdos de sus recientes encuentros apasionados con él le aceleraban el pulso. Había llegado a conocer su lado dulce y estaba muy ansiosa por conocer su lado malo. O su lado malo, como él lo llamaba.

Escuchó a Lucas hablar y sonrió. Tenía un acento muy *bonito*, como si el francés no fuera su lengua materna, a diferencia de los hermanos.

—Beth, ¿podrías venir a echarme una mano?

Beth miró hacia la cocina y luego se levantó de un salto al ver a Mah-Mah saludándola desde la puerta. Por fin podría hacer algo útil. Había ayudado a pelar patatas, cincuenta en total, lo que le había llevado todo el tiempo que duró la preparación de la comida. No le importaba. Ellos tocaban música, reían y bailaban mientras ella observaba y pelaba al ritmo de la música. Qué gente tan maravillosa eran. Tan felices y... tan vivos. La passion, como diría Sahvrin.

Su estómago bailaba con una emoción enfermiza cuando volvía a pensar en esa noche. Estaba impaciente. Estaba anocheciendo y quería preguntar cuánto tiempo estarían fuera, pero no quería parecer demasiado interesada. Mah-Mah parecía saber y alegrarse de que estuvieran *juntos*, pero no estaba segura de quién más lo sabía.

Al entrar en la cocina, Mah-Mah le hizo señas para que se acercara. «Los hombres están de vuelta», le anunció en un susurro cuando se acercó. «Quiero que te laves, puedes usar el baño de dentro. Y luego me gustaría darte ropa de fiesta para que te cambies. ¿Te gustaría?», le preguntó, sonriendo.

«Me encantaría», dijo Beth, tratando de no sonreír demasiado.

Mah-Mah la abrazó de repente, larga y fuertemente, y luego se apartó. «Sé que has venido aquí por circunstancias terribles, pero ¿ves qué regalo te ha dado Dios a partir de esta maldad?». La mujer asintió con las cejas levantadas y Beth se secó las lágrimas repentinas, mostrándose de acuerdo.

«Sí, así es». Luchó por respirar, recibiendo otro fuerte abrazo de su madre, lo que hizo que sus lágrimas brotaran más rápido.

«Oh, Shaaa pee-chay, eres una flor tan sensible», observó después de separarse de nuevo.

«Yo... mi familia era diferente. Sahvrin lo llama... la pasión».

Su madre se rió, y el sonido de la alegría pura hizo sonreír a Beth. «Él lo sabría, ¿verdad?».

Parecía que se lo preguntaba a ella, y Beth asintió con la cabeza y sintió que se le calentaban las mejillas. «Sí, sin duda lo sabe».

Esto provocó pequeños aplausos y más risas nerviosas. Le tendió la mano. «¡Ven, te enseñaré dónde está todo!».

La picardía en sus ojos la hizo reír mientras la seguía y le enseñaba el espacioso y adorable cuarto de baño. Lo primero que le dejó boquiabierta fueron las dos gruesas ollas negras colocadas en un marco de madera para un lavabo doble. La madera que las sostenía brillaba con un cálido color marrón pulido, con dos espejos con marcos victorianos sobre cada olla y un montón de decoraciones florales. Entonces vio la bañera escondida en la esquina y se quedó sin aliento. «¡Dios mío! ¡Es como una olla gigante de bruja!».

Antes de que pudiera preocuparse por ofenderla, Mah-Mah se echó a reír, divertida. «¡Así es como Sahvrin siempre la llamaba! Lazure bromeaba diciendo que me iba a meter dentro y hacer un gumbo, y Sahvrin lloraba y lloraba», dijo, sonriendo al recordar. «Estaba tan enamorado de su Mah-Mah», informó con un gesto serio. «¡Hasta los diez años, estaba *decidido* a casarse conmigo!».

La historia conmovió a Beth más allá de lo imaginable, antes de que Mah-Mah volviera al presente y se apresurara a mostrarle dónde estaba todo y cómo funcionaba. «*¡*Oh, y *mira!*», dijo, cerrando la puerta del baño para revelar un vestido colgado en la parte trasera que la dejó boquiabierta.

«Dios mío, es *precioso*».

«¿Y *sexy*?».

Beth se rió y asintió. «Me has quitado las palabras de la boca».

«*Oh*, fui a la jabonería y te compré algo especial para lavar tu precioso cabello». Abrió un armario y se giró con un delicado frasco de cristal lleno de algo de color lavanda. «A Sahvrin *le encanta* este aroma. Es su favorito. ¡Puedes usarlo para el cabello y el cuerpo! ¡Es mi receta real *de lujo*!».

Beth lo cogió y abrió la tapa para olerlo. «Vaya, ahora es *mi* favorito».

«¡Perfecto! Ahora date prisa. ¡Me gustaría ayudarte con tu cabello!». Se dio la vuelta para marcharse y luego volvió sobre sus pasos. «¡Y esas toallas que hay junto a la bañera son para usarlas, no para decorar!». De repente, dio un grito ahogado y se apresuró a ir al armario, pero volvió flotando con elegancia con otro frasco. «Quiero que te des un baño de al menos treinta minutos en agua caliente», le indicó con un tono firme que hizo sonreír a Beth. «Úsalo todo».

—¿Todo el frasco?

Ella asintió con la cabeza. «Todo el frasco».

—Lo haré. Muchas gracias.

Se volvió de nuevo, con las capas de su bonito vestido revoloteando a su alrededor. Le recordaban a las alas de un ángel. «Cerraré la puerta con llave al salir, querida», anunció sin volverse. «¡Y llamaré a los hombres para decirles que tomen el camino largo a casa!», dijo alarmada, como si se diera cuenta de que no había tiempo suficiente.

Por fin sola, Beth se acercó al vestido que colgaba de la puerta, con una sonrisa soñadora en los labios. Desde la cintura hacia abajo, el suave color lavanda fluía en varios tonos y materiales suaves. La parte superior del vestido tenía tiras transparentes que parecían estar pensadas para cubrir los brazos, pero no eran mangas. Acarició con los dedos las diminutas flores de lavanda que cubrían la parte superior y los tirantes de corte princesa. Qué fantástico. Como Cenicienta. Pero en un encantador reino pantanoso con un príncipe del pantano diabólicamente guapo.

CAPÍTULO 15

Mah-Mah estaba colocando las últimas flores en su cabello cuando tres golpes rápidos sacudieron la puerta, haciendo que ambas se sobresaltaran.

«Mon Dieu, ¡más vale que no lleguen pronto!», susurró Mah-Mah, corriendo hacia la puerta.

Beth se miró en el espejo, luchando contra la oleada de náuseas nerviosas. Podía decir que estaba guapa. No tan guapa como Luseah, que parecía un *Cadillac* nuevo, sino más bien como... un Toyota nuevo.

La puerta se abrió y Mah-Mah volvió a entrar, cerrándola tras de sí. Luego se volvió hacia ella y la expresión de su rostro le provocó una náusea que le revolvió el estómago. «¿Qué?».

Se apresuró a acercarse y le agarró las manos. «Hay alguien aquí», dijo, con una mirada inquieta que mezclaba el pánico con el temor.

«¿Quién?».

Ella cerró los ojos brevemente y los abrió justo cuando otro golpe resonó en la puerta.

«Mah-Mah, ¿estás ahí?».

Beth se quedó paralizada mientras la mujer se apresuraba a abrir la puerta, dejando entrar a Lazure, que parecía haber visto el fantasma de un ser querido fallecido. A quien quizá odiaba.

Los franceses comenzaron a susurrar y murmurar, lo que hizo que el pánico de Beth se disparara.

«¿Sahvrin está bien?». Eso era todo lo que necesitaba saber.

Mah-Mah se apresuró a acercarse a ella, asintiendo con la cabeza mientras Lazure continuaba hablando en francés en voz baja. «Está bien».

«¿Está aquí, ha vuelto? ¿Quién más está aquí?».

Lazure habló en francés con lo que parecía una pregunta llena de pánico.

«¡Acabo de enterarme! ¡No he tenido tiempo!», gritó Mah-Mah.

«¡Por favor, deja de hablar en francés!», jadeó Beth, llevándose una mano temblorosa a la boca y diciendo: «Lo siento, es que... no entiendo lo que está pasando». Acarició con las manos el suave vestido, con una sonrisa temblorosa bajo la tensión del pánico que mantenía a raya. Pero algo le decía que debía entrar en pánico y no saber qué ni por qué le estaba volviendo loca. «¿Puedo verlo?», se preguntó Beth, deseando de repente volver a su pequeña casa, donde todo era tranquilo y sencillo.

—¡Ve a ver qué pasa, Lazure! —siseó Mah-Mah antes de agarrar las manos de Beth con las suyas, cálidas—. Quiero que Sahvrin te lo explique todo. Hay una mujer de su pasado aquí, pero no te preocupes, ¡me desharé de ella inmediatamente!

¿Una mujer? «¿Está aquí ahora?».

Mah-Mah asintió antes de que su bonito rostro se ensombreciera y apartara la mirada. «¿Cómo se atreve esa zorra a venir aquí? ¿Cómo es que se acordaba del camino?». Volvió a mirar a Beth. «No te voy a mentir, pequeña. Estaba locamente enamorado de ella», dijo, asintiendo con la cabeza y secándose las lágrimas. «Ella destrozó a mi hijo. Era *artista*, un artista *brillante*, y cuando ella se marchó, se llevó consigo esa pasión. Nunca volvió a tocar un pincel».

Todo cobró sentido. Por eso no quería hablar del arte. ¡Dios mío, era esa *mujer!* ¿La que le enseñó todo sobre *el sexo*?

La necesidad de consolar a Sahvrin y huir de lo que estaba segura que iba a pasar la ponía enferma. *Estaba locamente enamorado de ella,* se repetía una y otra vez en su cabeza.

«¿Por qué crees que está aquí?», se oyó preguntar, ya entumecida.

La respuesta a esa pregunta se perdió entre los temores que zumbaban en su cabeza y lo que se avecinaba. Tenía que prepararse para lo que fuera.

«Necesito cambiarme», se dio cuenta en un murmullo.

«¡No! ¡No te vas a cambiar!».

La repentina imagen de él en la habitación de al lado con una hermosa exnovia la hizo sentir la necesidad de esconderse. Escapar. Y con la misma rapidez, sin pensar, se dirigió a la puerta del baño. No huiría de él. De esto. Solo necesitaba saber cuál era su situación, cuál era la de él, qué sentía él por esa mujer.

Después de mucha confusión, finalmente salió al exterior, deduciendo que allí debían de estar. Los vio en el muelle, ignorando la llamada de dos de sus hermanos mientras se dirigía hacia ellos. Sería educada, *no* era para tanto.

Se centró en el hecho de que esa mujer lo había destrozado, en lugar de en todo el sexo que habían tenido. La idea le aceleraba el pulso en cada nervio desgastado, y *todos* lo estaban.

Se quedó mirando a la mujer, incapaz de mirar a Sahvrin mientras acortaba la distancia. A tres metros de distancia, extendió la mano para saludar, casi estupefacta por su belleza. «Hola, no quiero interrumpir, solo quería presentarme. Soy Beth, solo una amiga».

«Katrina», saludó la mujer, con una voz tan amable como hermosa. «Encantada de conocerte, Beth».

«¡Vaya, eres preciosa!», exclamó Beth, incapaz de contener su risa tonta. «Bueno, veo que estás aquí para... ponerte al día. Solo quería darte la bienvenida».

—¿Y por qué demonios querrías hacer eso?

La pregunta airada de Sahvrin hizo que ella lo mirara fijamente, y la furia en sus ojos oscuros le robó el aliento. —Yo... solo quería... asegurarme de que estabas bien y...

Sus ojos ardientes la atravesaron con dureza. —Tu preocupación es casi tan hermosa como tú, pero no es necesaria. Hablaré contigo en la casa en cinco minutos.

Ella asintió con la cabeza y finalmente soltó un «De acuerdo». *Ve a la casa. Mueve el culo a la maldita casa*. «Iré a la casa». Dio un paso atrás y tropezó con el aire, agitando los brazos torpemente. «Ups, ya está», dijo, girándose y corriendo por donde había venido mientras su corazón latía con tanta fuerza en su pecho que parecía que fuera a estallar.

****

Sahvrin miró fijamente a su Petite, deseando saber qué pasaba por su cabeza en ese momento.

«En realidad, no he venido aquí para pelear contigo».

Él miró fijamente a la demonio de su pasado. «¿Para qué has venido?», quería saber de verdad. Sus asociaciones estaban demasiado relacionadas con sus problemas actuales, eso estaba claro, y el hecho de que ella recordara cómo salir de allí era ahora otro problema.

«Solo quería ver cómo estabas, demándame si quieres».

«Llegas unos quince años tarde, Katrina. Y yo tampoco quiero pelear contigo. Ya lo he superado todo».

—Ya lo veo. ¿Es ella tu novia?

Joder. Definitivamente, no era casualidad que hubiera venido aquí. Y ahora podía identificar a Beth.

—No —decidió decir.

«¿Siempre llamas guapas a tus amigas?».

La furia celosa de sus ojos azules era ridícula. «Somos parientes», dijo con sarcasmo, observando su reacción mientras buscaba algo con lo que ganar tiempo. «Ahora que estás aquí, puedes llevarte el joyero que dejaste».

El repentino ablandamiento de su rostro era la victoria que necesitaba. «¿Lo guardaste?».

«Lo guardé todo». En cenizas esparcidas por el pantano.

Su actitud combativa se relajó un poco. —¿Y cómo es pariente?

—Es prima —dijo él. La mirada de ella indicaba que no le creía—. Lo he puesto todo en la casa de invitados. Dejó que su mirada se posara en los pechos medio descubiertos de ella y luego la elevó hasta su rostro. El calor de sus ojos le provocó un sabor ácido en la lengua, que le dio ganas de escupir. —Sígueme.

El sonido de sus botas detrás de él significaba que su pequeño truco había funcionado como el encanto de una puta. Ella estaba allí por algo más que información. Él no sabía exactamente

qué. Si ella pensaba que él tendría algo que ver con ella después de lo que había hecho, le esperaba una revelación muy vulgar.

No se permitió mirar a Beth, que los observaba desde el porche. No necesitaba mirar para saber que había dolor, confusión y miedo en su hermoso rostro, y el hecho de no poder hacer nada al respecto le hacía hervir la sangre.

—Tu prima parece preocupada por ti —dijo ella.

Ella sabía perfectamente que lo de ser primos era mentira. Pero no sabía que él sabía que ella lo sabía. «Se le pasará».

Una vez en la casa de invitados, encendió las luces de la pared y cerró la puerta con llave mientras ella estaba distraída. Sacó su teléfono y abrió el buzón de mensajes de Jek.

«¿Qué estás haciendo?».

«Solo le digo a Mah-Mah que estoy bien. Seguro que está preocupada por si hago alguna tontería contigo». *Reúnete conmigo en la casa de invitados. Katrina está aquí y sabe algo. No podemos dejar que se vaya. Dile a August que se deshaga de su barco.*

Guardó el teléfono en el bolsillo trasero y la miró. «Que te jodan», añadió, repitiendo el truco de mirarle los pechos y sustituyendo la repentina preocupación de sus ojos por un poco demasiado deseo.

—¿Así que has venido hasta aquí para verme? —Se apoyó en la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

«Sí». Ella bajó la mirada hacia él y él se dio cuenta de que era parcialmente cierto. «¿Sigues pintando?».

La sonrisa esperanzada de ella hizo que su furia ardiera. «No he vuelto a tocar un pincel desde que te fuiste».

Llamaron a la puerta y él solo giró la cabeza. «¿Quién es?».

—Jek.

Abrió la puerta y lo dejó entrar, volviendo a cerrarla con llave. —Vaya, vaya, mira lo que ha traído el pantano. Hola, Katrina.

Ella lo miró, con todo ese miedo volviendo a aparecer. «¿Qué está pasando?».

«Eso es lo que tú nos vas a decir», dijo Sahvrin. «Sé que te enviaron. Jek, busca una cuerda. Y trae a Zep para que la interrogue».

—Le estoy enviando un mensaje ahora mismo.

—Escucha, no hace falta que me atéis, sé lo que está pasando. Pero no iba a contarlo, venía a pedir vuestra ayuda.

—Que traiga un poco del suero de la verdad de Mah-Mah —dijo Sahvrin mirándola, ya harta de sus mentiras.

—Te estoy diciendo la verdad. Necesito tu ayuda con mi hija.

Él la miró fijamente, odiando no tener forma de verificar nada, ya que había prohibido a todo el mundo pronunciar su nombre. —¿*Qué* hija?

Las lágrimas que ahora brotaban endurecieron todos sus músculos mientras se abalanzaba sobre ella y le agarraba con fuerza la mandíbula. —¿Qué... hija?

—La tuya —jadeó ella, apretando los ojos con fuerza.

Sahvrin la miró fijamente durante varios segundos y luego la empujó hacia el pequeño sofá. Se volvió hacia Jek, que tenía una mirada desconcertada, y luego volvió a mirarla a ella. —Demuéstralo —dijo con voz sibilante, dispuesto a matar algo.

«¿Cómo se supone que voy a demostrarlo? Cuando me fui, estaba embarazada y no te lo dije. Tenía pensado abortar y descubrí que mi padre me utilizaba como moneda de cambio porque The Roulettes le estaban chantajeando. Él formaba parte de su red de tráfico», dijo ella, con la boca torcida por la rabia. «Entonces Remy Dupre, el presidente de los Roulettes en Nueva Orleans, decidió que me quería y no tuve otra opción», espetó, diciéndole que la había violado. «Al final le dije que estaba embarazada y él asumió que era suyo. Pensé que querría abortar, pero en cambio se convirtió en un *padre* orgulloso», dijo con un odio reprimido que indicaba que había recibido su castigo y más.

Sahvrin caminaba de un lado a otro en el infierno ardiente que acababa de desatar. «¿Dónde está? ¿Cuántos años tiene?», exigió saber.

«Está con él. Siempre. Como una prisionera. Una prisionera de dieciséis años bien cuidada y atendida. Las dos lo estamos. Sé del trato de armas que quiere hacer, así que cuando necesitó información, vi mi oportunidad de sacarla de allí y me ofrecí voluntaria para conseguirla».

Sahvrin se giró y la señaló. «No dijiste ni una maldita palabra sobre nada de eso».

—Fui a pedirte ayuda —le gritó ella—. Lo... lo siento por haberme ido, lo siento. Sabía que había pocas posibilidades de que me perdonaras, pero tenía que intentarlo, si no por mí, por nuestra hija. Si alguna vez descubre que es tuya, él...». Sacudió la cabeza y se tapó la boca. «No sé lo que haría, Sahvrin. Pero ella es todo lo que me queda».

—¿Te queda de qué? *¿De nosotros*?

—¡De todo! —gritó ella—. No tengo *a nadie* ni *nada* más que a ella, y ella lo es todo para mí, hijo de puta, ¿lo entiendes? Su rostro se había vuelto duro y furioso, la mirada de alguien que se ha visto obligado a hacer cosas impensables para sobrevivir. —*Mataré*. Y *moriré* por ella si es necesario, pero tienes que sacarla de esa *vida*. Se merece esto —extendió los brazos—, esta vida aquí, este mundo maravilloso que yo, *estúpidamente*, tiré por la borda.

Sahvrin le dio la espalda, apretando los dientes y mirando a Jek, que seguía paralizado por la conmoción.

«¿Cómo se llama?», preguntó Jek a Katrina mientras Sahvrin cerraba los ojos.

«Savvie», susurró ella. «Tengo fotos en mi teléfono, mira», jadeó, sacándolo de su bolsillo.

Sahvrin se abalanzó sobre ella y se lo arrebató, sin confiar en ella. «Estabas dispuesta a follar en este suelo», le murmuró. «¿Cuál es la contraseña?».

«Savvy2507», dijo ella, provocándole náuseas. 2507 era la maldita fecha de su aniversario. «Y te dije que haría lo que fuera para protegerla», dijo ella, volviendo a enfurecerse. «Eso incluye decir lo que tenga que decir, hacer lo que tenga que *hacer* y *follar* con quien tenga que follar».

Pero el calor de sus ojos era nauseabundamente real. Él lo sabía y ella lo sabía.

Llamaron otra vez a la puerta y él miró a Jek antes de preguntar: «¿Quién es?».

«Zep... August».

Jek abrió la puerta y entraron, mirando a Katrina con asombro mientras Jek volvía a cerrar la puerta con llave.

—¿Dónde está Beth? —le preguntó Sahvrin a Zep.

—Creo que la están entreteniendo mientras resolvemos esto.

Tecleó la contraseña en el teléfono y la imagen de una hermosa joven apareció en la pantalla. Apuntó con el teléfono a Katrina.

«Es ella».

«¿Qué está pasando?», se preguntó Zep.

Sahvrin miró fijamente a la chica, luchando contra un millón de pensamientos y emociones. Era tan jodidamente guapa que podría haber sido la gemela de Juliette. «Te presento a tu sobrina perdida hace mucho tiempo», dijo, mostrando el teléfono durante dos segundos antes de lanzarlo al otro lado de la habitación.

Dio varios pasos, sintiendo más que nunca la necesidad de matar algo. Sus hermanos se mantuvieron alerta y preparados mientras él luchaba contra su ira. Savvie. «Eres una puta fría», jadeó, inclinándose y agarrándose las rodillas, incapaz de respirar.

«¿De qué está hablando?», murmuró August detrás de él.

Escuchó a Jek contarle la sórdida historia mientras los planes comenzaban a llenar su cabeza. «¿Dónde está?». Se dirigió a Katrina, luchando contra la necesidad de levantarla de un tirón y sacarle todas las respuestas a la fuerza. «Quiero todos los detalles».

«¿Y si está mintiendo sobre todo?», se preguntó August.

—Estaré encantada de hacer una prueba de ADN —dijo Katrina.

—Oh, lo harás —aseguró Sahvrin, aunque creía cada palabra que ella decía. Si había algo que sabía sobre ella, era cuándo mentía.

—No tiene ni idea de lo que está pasando —dijo Katrina.

—Entonces no sabe que es una prisionera —interpretó Sahvrin, mirando a Jek—. La encontramos, la cogemos. Viene aquí.

—¡No puede venir aquí!

—Miró a Katrina con dureza—.

—Saben que conozco este lugar —dijo ella—. Puede que no sean capaces de sacármelo a la fuerza, pero cantaría como un

pájaro si la amenazaran, y lo *harían*.

—No si la rescatamos antes de que se enteren. Y no te sacarán nada a la fuerza porque no vas a irte.

Ella se abalanzó sobre él y sus hermanos atraparon a la gata arañadora. —¡Tengo que volver! ¡No puedes acercarte a ella, lo sabrán, joder, te mataré!

—Envía un mensaje a Lazure —le dijo Sahvrin a August—. Tenemos que hacerlo lo antes posible. Cuando no se lo esperen. —Se volvió hacia Katrina—. ¿Qué hay de Beth? ¿Qué sabes de ella?

Ella torció la boca con disgusto. —¿Tú qué *crees*? Que una mercancía muy valiosa desapareció en el pantano y él la quiere recuperar. Espero que no le hayas quitado su valor de virgen.

Él la miró fijamente, seguro al noventa por ciento de que ella decía la verdad. Quería más que nada decir que *sí* se la había follado, y que había sido la *mejor* follada de su vida, pero su necesidad de proteger a Su Pequeña era mucho más grande que su odio hacia esta mujer.

Volvió a pasearse de un lado a otro y a ordenar la información que se agolpaba en su cabeza. Sahvrin cerró los ojos brevemente y luego miró a Katrina. —¿Quiénes son los traficantes de estas armas?

Ella tragó saliva y se movió en su sitio como si fuera a intentar huir.

—Átala a esa maldita silla —dijo Sahvrin, antes de señalarla —. Si te resistes, te arrepentirás. Pruébame, si quieres.

Ella lo miró, con el pecho agitado durante varios segundos, antes de sentarse lentamente en la silla y dejar que la ataran. «Los Diablos De La Guerra, ellos son los que las suministran».

«¿Quiénes son?», preguntó Sahvrin, deteniéndose ante ella.

«Son tu peor pesadilla desde hace siete jodidas generaciones».

Él asintió con la cabeza, mirándola. «Entonces diría que este envío de armas es algo importante».

—Cualquier cosa relacionada con ellos es *jodidamente* importante —dijo ella, como si quisiera escupir.

Él lo consideró y se volvió hacia Jek. —Tengo que renegociar ese contrato ahora mismo. Una vez que se cierre el trato con el

proveedor, King Cock no se echará atrás, ni por su puta ni por su hijo, si quiere mantenerlos con vida. Pero algo me dice que estará más preocupado por su propio escroto sin pelo que por ellos.

Sahvrin se volvió ante las risitas maníacas de Katrina y se encontró con su mirada aturdida. «King Cock ya firmó el trato. Y el estúpido de Thadious le dijo a los Diablos De La Guerra que el pantano estaba *listo* para *abrir* y empezar a funcionar», terminó con una sonrisa de satisfacción. «Esos dos hijos de puta, y *toda* su *puta familia*», gritó, tirando de sus ataduras, «¡serán muertos vivientes si no consiguen que los *putos obispos* sagrados les ayuden! ¿Ahora entiendes por qué me enviaron aquí? Para follarte y conseguir este acuerdo, por supuesto, pero no es por eso por lo que iba a follarte, oh no, no, no, iba a follarte por la libertad y la protección *de* nuestra *hija*».

Sahvrin se volvió hacia Jek, con la adrenalina a mil. —Tú. Yo. August y Zep van a tomar una copa en el Roulettes esta noche. Bart se quedará con Katrina. Vamos a negociar estas armas según *nuestras* condiciones.

CAPÍTULO 16

Después de enviarle un mensaje de texto con todo a Lazure y pedirle que se lo pasara a Mah-Mah, Sahvrin se dirigió como un loco a la casa principal, llegando allí en menos de un minuto. Entró en la cocina y la visión de Beth en el fregadero lo detuvo en seco. Se embriagó con su belleza, el vestido lavanda sin duda algo especial que ella había puesto para él. Oyó sus murmullos angustiados antes de que ella levantara un hombro y se limpiara los ojos.

«Ma Petite», la llamó suavemente.

Ella se giró y el cristal se rompió con su grito ahogado: «Oh, mierda», mientras se apresuraba a bajar al suelo.

Justo cuando llegó a ella, ella retiró la mano bruscamente, con la sangre brotando a borbotones.

«Ma Petite», susurró, levantándola y sosteniendo su mano sobre el fregadero.

«Mierda, mierda, mierda», dijo ella, apartando la mirada mientras él abría el grifo. «¡Dios mío, no lo mojes!».

Ella intentó soltar su mano, pero él la sujetó con fuerza. «Tengo que ver cómo está, solo lo voy a pasar por debajo del chorro un segundo».

Ella siseó y se tensó mientras él lo hacía.

«No está mal», dijo él, soltando el aire. «Sujétalo y ponlo sobre el lavabo». Cogió las toallas de papel, arrancó un trozo, le vendó el dedo índice con fuerza y lo sujetó con la mano. En cuanto su mirada llorosa se cruzó con la de él, la devoró con un beso hambriento, y su respiración sorprendida le hizo gemir por lo jodidamente bien que se sentía.

—Lo siento, Ma Petite —le dijo en la boca, sin soltar el dedo herido, mientras la atraía hacia él—. Veo que el hada madrina te ha visitado y te ha convertido en una princesa —dijo, mirándola a la cara.

La preocupación y el miedo en sus ojos se disiparon un poco y él la besó de nuevo, con voracidad. Este ángel *nunca* debería preocuparse por sus sentimientos hacia ella. «Te extrañé, Ma Petite».

—Yo te extrañé más —dijo ella, pasando los dedos por su cabello. Se apartó y lo miró—. ¿Qué está pasando? ¿Puedes contármelo?

La súplica desesperada en su mirada hizo que todas las confesiones obscenas llegaran a la punta de su lengua. —Vamos a dar un paseo.

Sahvrin utilizaría el método de arrancar la tirita de un tirón, ya que no tenía mucho tiempo. Una vez en el camino de grava, comenzó diciendo: «No sé lo que Mah-Mah te habrá dicho, pero te lo voy a contar todo». Se detuvo y se volvió hacia ella. «Katrina es mi ex. Sí, la que te conté, mi primera novia. Se marchó seis meses después de casarnos por su carrera. Nunca llamó ni volvió. Ha venido aquí esta noche y, conociendo los círculos de los que proviene, no confiaba en que no tuviera nada que ver contigo. La enviaron para sonsacarte información y entonces te vio. No podía dejar que se marchara con esa información. Así que Jek la tiene en la casa de invitados para asegurarse de que no lo haga».

—Dios mío...

—Hay más —le deslizó las manos por los brazos—. Me ha dicho que tenemos una hija. Ella se quedó paralizada y él terminó de arrancar la tirita, contándole rápidamente los detalles más desagradables. Una vez que terminó, estudió las emociones que llenaban su rostro—. Di algo —le dijo, dispuesto a afrontarlo y terminar con ello.

Ella lo miró fijamente, parpadeando mientras bajaba la cabeza. —Lo... lo siento mucho —dijo—. Debe de ser muy difícil de asimilar. Y de aceptar.

Él cerró los ojos al oír que a ella también le pasaba lo mismo. Encontrarse de repente atrapado entre su pasado y su futuro con ella hizo que su ira llegara rápidamente a ebullición. «No sé qué va a pasar en los próximos días, Beth. Tengo una hija a la que nunca he

conocido que va a entrar en mi vida y ahora tendré que protegerla a ella y a su madre».

«Bueno... ¿qué... necesitas que me vaya a algún sitio? No quiero ser una amenaza para tu familia».

Él la miró fijamente, atónito por lo que ella pensaba, incluso enfadado. Acercó su rostro al de ella y la besó, introduciendo su lengua en su boca mientras sus dedos se deslizaban por su cabello. «No vas a ir a ningún sitio. ¿Me oyes? No digas eso, joder».

—Yo... vale —jadeó ella—. No entiendo muy bien qué...

Él apoyó su frente contra la de ella, deseando saber cómo decirlo todo sin arruinar lo que tenían entre manos. —Han pasado siete días desde que te encontré. —Se apartó y le acarició la cara—. —He precipitado muchas cosas en mi vida y me he arrepentido mucho por ello. No voy a precipitarme por nada ni por nadie, ni del pasado ni del presente, ¿lo entiendes? Hay algunas cosas que aún no puedo contarte y no lo haré. No hasta que sepa que es el momento adecuado. Te pido que confíes en mí en eso.

Ella mantuvo la cabeza gacha y se secó las lágrimas de las mejillas con un gesto de asentimiento y un suave «De acuerdo». Levantó la mirada hacia él, con esperanza en esos ojos puros. «Lo que creas que tenemos que hacer... lo haré».

«Quiero salir contigo», dijo él, saboreando sus labios.

«¿Sin sexo?», se preguntó ella, con su delicado deseo desgarrándolo por dentro.

«¿Hay algo más que el sexo, como tú dices?». Le acarició la cara. «No nos precipitaremos».

Ella frunció el ceño y bajó la mirada. «No quería... dar a entender que solo quiero sexo, es solo que... necesito saber lo que va a pasar, qué esperar, para poder... prepararme».

—Ma Petite —dijo él, acariciando su dulce rostro—. No sufrirás por esto, te lo prometo. Soy completamente tuyo y encontraré la manera de satisfacer todas tus necesidades mientras nos lo tomamos con calma.

«Puede que haya... hecho algo en previsión de esta noche, pero... puede esperar».

Su pulso se aceleró al pensar en lo que ella podía querer decir. «¿Qué ha hecho Ma Petite? Dímelo». Le levantó el rostro hacia él, preguntándose por qué fruncía el ceño.

—Yo... pedí ese libro insidioso que querías —susurró ella, como si le costara decirlo—. Y otro que parecía... interesante.

Joder. La besó, gimiendo mientras jugaba con su lengua, perdiéndose rápidamente en los delicados gemidos que ella emitía. «¿Cómo ha podido Ma Petite pedir esto?», se preguntó, separándose de ella.

Ella luchó por pensar más allá de su deseo antes de decir: «Bueno, tu Mah-Mah...».

—Ahhhh, el Cupido del pantano.

Ella se rió, rompiendo la vergüenza que la había invadido. —Ella... me dio tu apartado postal y utilicé el ordenador de la biblioteca. Puede que me sorprendiera descubrir que había uno. Pero no te preocupes, borré mis huellas. Nadie lo sabrá.

A él no le gustaba ocultarle nada por la razón que ella acababa de mostrar. Ella tenía que adivinar qué y por qué él ocultaba cosas y era propensa a imaginar lo peor. —No me importa quién lo sepa, Ma Petite. Y esas cosas que aún no puedo contarte no tienen nada que ver con lo que siento por ti. Nada en este mundo cambiará eso. —Se inclinó y le mordisqueó suavemente los labios, mientras sus manos recorrían su vestido, sintiendo sus curvas—. ¿Qué otro libro has pedido?

—Solo... cosas sobre... relaciones sexuales.

—Qué vago —dijo él, dando un paso atrás y tomándole la mano, dispuesto a llegar al fondo del asunto. Enviaría un mensaje a sus hermanos cuando subiera para ver cómo iban con el código Katrina. Luego se enteraría de todo lo que había estado haciendo su Petite. Solo eran las 7:30. Empezaban su turno de noche en el Royal Fucking Roulette alrededor de medianoche.

Eso le daba unas cuatro horas para calmar sus miedos y dejarla boquiabierta de placer.

****

«Dios mío, no puedo creer que vivieras aquí arriba», exclamó ella mientras él subía el tercer tramo de escaleras.

«El mayor se quedó con lo mejor», dijo él, terminando los últimos escalones hacia su habitación en el ático.

«Esta casa es enorme».

Su padre era rico, así que supuso que esto no era nada en comparación. «Es la más grande en la que he estado personalmente», confesó, tratando de recordar el nombre del tipo al que se suponía que debía preguntar.

«Qué maravilla crecer en un lugar tan de cuento de hadas».

Se detuvo en el rellano, luchando contra otro impulso de tocarla ahora que estaban en el dormitorio. «Lo único de cuento de hadas de este lugar eres tú».

La dulce expresión de su rostro lo quemaba. «¿Tu plan es torturarme lentamente con tu encanto sureño hasta que me arrodille suplicando?».

Mon Dieu, las imágenes que acababa de crear.

Abrió la puerta y ella se asomó a su lado. «Dios mío, ¿todo esto era tuyo?».

—Todo. Cerró y echó el cerrojo, y la ola de calor le golpeó en la cara. —Mon Dieu, había olvidado lo caluroso que se pone aquí arriba. Recorrió los quince metros de ventanas, las abrió y luego encendió los cuatro ventiladores de techo.

«¿Tu cama?». Ella soltó una risita y él se volvió para ver a su ángel subiendo los escalones que conducían a su barco pirata de ciprés.

«Un regalo de mi tío». Observó su trasero bajo el vestido mientras ella se alejaba, y el deseo de volver a verlo lo invadió. Ella se tumbó en la cama de su infancia y se revolcó en ella antes de descubrirlo. «¿Un tobogán?». Se apresuró a acercarse y se deslizó por él con una risa que avivó nuevos deseos.

«Mi tío es un artesano increíble. Y mi padre. Ambos construyeron esta casa».

«¿Y ahora tú qué eres?», se preguntó ella.

Se dirigió al otro lado de la habitación. «Ven a ver esto», dijo desde la ventana más grande.

Ella corrió hacia allí y miró hacia donde él señalaba. «¿Eso es... una tirolina?».

«Sí».

Ella ladeó la cabeza y miró con más atención. «¿A una casa en un árbol? ¡Hoy vi esa casa en un árbol!».

Se enderezó y la expresión de alegría de su rostro se transformó lentamente en otra cosa que despertó en él un deseo imprudente. Se permitió imaginar cómo sería si ella se convirtiera en su segunda al mando en Los Doce. Tendría que someterse al lado Bishop de él y realmente necesitaba poner a prueba cómo lo aceptaría.

La observó pasearse por la habitación mientras él se sentaba en la silla junto a su pequeño escritorio, con un cosquilleo en los testículos. «El señor Bishop puede que tenga muy poca práctica en ir despacio», le advirtió, sintiendo que era un punto de partida seguro.

Su ángel lavanda tocó un momento tras otro de su infancia, lanzándole una mirada tímida. «¿Qué quieres decir?».

Él la miró, con la polla enfurecida por lo que quería decir. «No se le ha permitido tocar ni saborear antes».

Ella se detuvo ante su colección de arte con palos y cogió una figura. «Debe de estar muy hambriento», dijo en voz baja, mirándolo de reojo.

Mon Dieu, él se quedó sin palabras ante tal hambre. «Más de lo que jamás imaginé».

El calor de su mirada desde el otro lado de la habitación le acarició el pene. «No le tengo miedo a Bishop», dijo ella, volviendo a moverse entre su colección.

Sus audaces palabras lo sacaron de las sombras para que se adentrara en su luz. Sahvrin dijo que no se le había permitido saborear ni tocar, pero ahora se daba cuenta de que había estado saboreando desde el principio. Y todavía tenía la intención de poseerla por completo.

Esto no le alarmaba, sino que, más bien, le excitaba. Porque no había ninguna parte de él que no muriera o matara para protegerla.

«Dime qué tienes en mente con estos libros, Ma Petite».

Ella se acercó a su lado de la habitación y se detuvo junto a la pared del fondo, a solo metro y medio de distancia. «Estaba pensando que podríamos... turnarnos para leer la primera posición. Quizás... puntuarlas del 1 al 10. El 1 podría ser... Dios, no, y el 10 podría ser...».

«Dios, ¿sí?».

Ella asintió tímidamente, haciendo que su polla palpitara.

«¿Cómo te ha ido el día, ángel?», preguntó él, cambiando de tema antes de llegar a un punto del que no pudiera volver atrás.

Ella se dirigió a la escalera de la cama, subió hasta la mitad y se sentó antes de dedicarle una sonrisa secreta. —He pelado como cincuenta patatas. He lavado mil platos.

Él sonrió al oír cómo lo decía. «Ma Petite, ¿te encanta lavar platos?».

—La verdad es que no —se apresuró a decir ella, frunciendo el ceño mientras seguía sonriendo, como si le preocupara que él pensara que era una tontería que le gustara—. Pero me encantó ayudar —dijo, orgullosa de ello—. Y había tanta gente allí, cantando y riendo. ¡Se pasó muy rápido!

Él se llevó las manos detrás de la cabeza y observó cómo ella le miraba antes de bajar la vista hacia su regazo. —A la mayoría de las mujeres no les gusta mucho la vida en el pantano.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con curiosidad, manteniendo la guardia alta. «Las mujeres de aquí parecen gustarles. A mí me gusta».

«Eso es porque se han criado aquí. Son inmunes».

Una media sonrisa se dibujó en su bonita boca. «Actúas como si el pantano fuera una enfermedad».

—Para muchos lo es. La mayoría de los que no son de aquí no sobreviven mucho tiempo en él.

Ella apoyó los antebrazos en el regazo y juntó las manos, estudiándolas. —Bueno, supongo que el tiempo lo dirá.

Así sería.

«No me importa lo que digan los demás, a mí me gusta».

Su polla le dolía por el molesto golpe que ella le había dado a su bandera roja del pantano. Ella no lo dijo, pero él sabía que le

molestaba cuando se lo lanzaba directamente a ella. Pero ella necesitaba saberlo. Quizás pensaba que él no la apoyaba, pero estaba muy equivocada. Él planeaba equiparla todo lo que ella quisiera, y ella necesitaría toda esa terquedad y determinación. La gente del pantano no se rendía hasta morir. Y no se rendían fácilmente.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Te has divertido hoy?

Él la miró con una sonrisa. —Nos lo hemos pasado genial. Hemos caminado unos ocho kilómetros bajo un calor insoportable buscando senderos ocultos mientras luchábamos contra mah-de-gwan tan malvados y hambrientos como Gras Jean.

Ella sonrió ampliamente. —¿Es eso una criatura del pantano, mahdigwan?

«Mosquitos».

Ella se echó a reír y el sonido, junto con su repentina mirada a su pene, lo hizo estremecerse. Ella miró hacia abajo. «Estabas bromeando», dijo con una suave alegría.

«Sí», respondió él, disfrutando de la visión que tenía ante sí. Su madre seguramente estaba tratando de matarlo. «¿Mah-Mah te contó sobre la fiesta que se avecina?».

Su rostro se iluminó de emoción, acabando oficialmente con su deseo de faltar. —¡Sí! Voy a ayudar a prepararlo y estoy deseando que llegue. —Le dedicó una sonrisa secreta—. No creo que deba saber que tu cumpleaños forma parte de ello.

Otra rápida mirada de ella a lo largo de su cuerpo lo hizo hervir. «Es una fiestera empedernida», bromeó él. «Celebro mis cumpleaños si quiero seguir disfrutando del aliento que ella me dio».

Su risa alegre le hizo vibrar la sangre. De repente, sintió ganas de pasarle los dedos por el pelo.

«¿Qué?», se preguntó ella, tocándose el pelo, preocupada. «Probablemente ahora esté todo despeinado».

—No —se rió él, necesitando acabar con esas lindas inhibiciones—. Estaba admirando el trabajo de Mah-Mah y los materiales con los que trabajaba.

Una intensa sonrisa la hizo sonrojarse. —No sé nada de los materiales —balbuceó, humedeciéndose los labios nerviosamente—.

Pero ella es increíble. Me hizo sentir como una princesa del pantano.

Una princesa del pantano. Mon Dieu. «*Sin duda* lo eres. Gras Jean estará celoso de mí ahora». Su risa resonó y él devoró su alegría, mientras el hambriento Bishop insistía en volver al tema del sexo. «Cuéntame más sobre esos libros que tienes, Ma Petite. En particular, el que trata sobre *temas sexuales*».

El tema cambió por completo el estado de ánimo y, joder, le encantaba el estado en el que la había sumido. «Uhhhh, bueno», comenzó ella, haciendo lo que él quería, enrollándose el pelo alrededor de la mano. Su deseo era fascinante. Tenía tantas capas. Él quería sacar cada una de ellas, memorizarlas. «Es solo... sobre... las relaciones y el sexo y... los estilos».

Qué palabra tan interesante en relación con eso. «Estilos».

La cantidad de gestos incómodos que hacía significaba que le daba vergüenza. «Bueno, como... temperamentos», dijo. «Personalidades y... cosas así».

«Lo estás haciendo muy bien para que no lo entienda», bromeó él.

Ella se concentró en sus manos y se humedeció los labios. «Bueno, lo que realmente lo llaman también es muy obtuso, si me preguntas».

«Dímelo. Déjame intentarlo», dijo él, dispuesto a suplicarle.

«BDSM», dijo ella con un gesto nervioso de la mano, sin poder ocultar lo nerviosa que estaba. «¿Probablemente lo hayas oído nombrar?».

Si él supiera lo que significaba el acrónimo, tal vez podría responder. «El acrónimo no me suena. Pero tal vez su significado sí».

«Se trata... principalmente de... dominación y sumisión. Y matrimonio», añadió rápidamente, sin aliento.

Mon Dieu, ¿la había oído bien? ¿Dominancia, sumisión y matrimonio? Las tres cosas recorrieron su cuerpo con una fuerza determinante. B D S M. Dominancia y sumisión. Y matrimonio. «La M significa matrimonio, ¿no? ¿La D, dominancia, y la S, sumisión? Eso nos deja la B».

Ella volvió a agarrarse el pelo con la mano. «En realidad, la M significa otra cosa, y la B significa bondage, pero no es algo inamovible, es un estilo, puedes decidir lo que quieres y lo que no quieres».

Esclavitud. Las imágenes de su pequeña atada mientras él le daba placer follándola lo quemaban. «¿Qué significa la M? ¿Ma Petite, quizás?».

«Masoquismo», dijo ella en voz baja. «Pero no me gusta todo eso», se apresuró a añadir, como si no quisiera que él pensara que le gustaba o le preocupara que él quisiera que le gustara.

«¿Y podemos elegir lo que nos gusta?».

Ella asintió, mirándolo valientemente a los ojos.

«Creo que elijo BDSM para significar Atar, Dominar y Someter a Ma-Petite».

Ella mantuvo la mirada fija en su regazo, con los labios entreabiertos y sin aliento. «Puedes elegir eso», dijo, golpeándolo con deseo.

«¿Pero qué elige Ma Petite?», tenía que saberlo. «Tienes que decírmelo».

Ella se enderezó y se pasó una mano por la frente antes de volver a colocarla en su regazo. «No me gusta decirlo», dijo.

«Pero tienes que hacerlo», no le importó decirlo.

«¿Ahora?

«Definitivamente *necesito* saberlo y ahora es el momento perfecto». También necesitaba oírla decirlo.

Ella se cubrió el rostro con las manos y luego lo miró directamente. «¿Y si lo escribo?».

Mmmmm. «Me parece bien».

«Bien», exclamó ella, como si incluso eso fuera a ser difícil. «Necesitaré tu ayuda para eso», dijo, como si no pudiera encontrar placer fuera de eso. Angelical.

«Tú lo escribes y yo pondré mis notas».

Decidió que quería eso inmediatamente y se volvió hacia su escritorio, cogiendo todo lo que ella necesitaba. Le llevó el pequeño cuaderno y el bolígrafo.

«¿Ahora?

«Voy a darme una ducha. Tómate todo el tiempo que necesites». La miró mientras ella se lo cogía. «Pero no demasiado tiempo».

Ella levantó la vista y él se inclinó, saboreando esos labios perfectos mientras acariciaba la suave piel de su rostro. Su respiración entrecortada indicaba que probablemente su coño estuviera empapado en ese momento. Joder, quería sentirlo.

Su teléfono vibró y se enderezó, dirigiéndose a su cajón mientras lo sacaba y deslizaba la pantalla. Mah-Mah. *Tengo más ropa para Beth. ¿Quieres que te la suba?*

Él le respondió con un mensaje. *Voy a bajar a ducharme. Las cogeré yo.*

Buscó más mensajes, pero no encontró ninguno. Llamaría a Jek cuando se duchara, para averiguar qué habían averiguado hasta el momento.

Cogió ropa interior limpia, unos vaqueros y una camiseta. Volvió a mirar hacia ella y la vio escribiendo. Bien.

—Volveré en treinta minutos. ¿Quieres algo de abajo? Mah-Mah tiene más ropa para ti. Te la subiré cuando termine.

Ella asintió antes de mirar con esperanza. —¿Has comido? Te he guardado un plato de comida. Está en el horno.

Mon Dieu, su ángel tenía un poder tan decadente. «Me aseguraré de comérmelo». Quería comerle el coño y esperaba que ella lo incluyera en su lista de deseos y necesidades.

—He puesto mucho —dijo ella con una de sus sonrisas secretas—. Mah-Mah dice que comes como un caballo. Y pensó que eso era bonito.

«Es cierto», admitió él, metiéndose la ropa bajo el brazo y dirigiéndose hacia la puerta. La abrió y se detuvo, luego salió, listo para masturbarse. ¿Cómo iba a quedarse en la misma habitación que ella y no follarla hasta dejarla inconsciente?

En el baño de la planta baja, se dio cuenta de que ella había aceptado quedarse y posponer el sexo. Pero, ¿dónde se alojaría? No podía quedarse en casa de sus padres, con sus hermanos fornicadores viviendo allí también. Y tenerla a solas con él en su casa era sin duda un suicidio.

Tendría que quedarse en casa de sus padres con ella. Su Mah-Mah estaría encantada, le encantaba tener a toda la familia en un mismo lugar.

Dejó el teléfono en la encimera y se dio cuenta de que tenía que comprarle uno a su Petite para poder comunicarse con ella en todo momento.

CAPÍTULO 17

Beth se abanicó la cara de nuevo mientras intentaba pensar con lógica. Vaya, no podía creer que acabaran de tener esa conversación. Ahora, escribir esto mientras estaba locamente excitada era como ir a comprar comida cuando se muere de hambre. «Concéntrate. Ponte el gorro de la terapia sexual. Madurez. Puedes hacerlo».

Se levantó, subió la escalera y se sentó en la cama, sonriendo mientras volvía a mirar a su alrededor antes de volver a la página en blanco que tenía delante. Escribió un número 1 y luego golpeó la punta del bolígrafo sobre el papel. «No. Sexo». Empezando por lo más obvio.

Lo tachó y escribió otro número 1, pero su cerebro se negaba a aceptar cualquier fórmula. Quizás numerar las cosas la estaba poniendo en un estado de ánimo equivocado. No como una lista de cosas que hacer y no hacer, sino una lista de... ideas. Bien. ¿De qué tipo?

Su mente seguía volviendo a su interpretación del BDSM. *Atar, dominar, someter a Ma Petite.* Se abanicó la cara, deseando cada una de esas cosas. ¿Le parecería bien que ella simplemente tomara sus ideas? *Da la casualidad de que quiero lo mismo que tú.* Probablemente no. ¿Había algo más que ella quisiera?

Al Sr. Bishop no se le había permitido tocar ni saborear antes. Oh, Dios, eso. Todo eso, cada parte de él. Pero ¿qué y cómo? La respuesta obvia era que ella se convirtiera en su cordero sexual sacrificial y la parte S del acrónimo era todo ella, era quien era en su esencia, pensó. Entregarse para ser consumida por él, Dios mío, sí. Sí, un millón de veces.

Dirigió sus ardientes revelaciones a la página, pero su mano permaneció paralizada por el miedo. *Hazlo. No lo pienses, solo hazlo.*

Escribió: *«Quiero que el Sr. Bishop...».*

Lo tachó y volvió a empezar. *Quiero que me dejes...*

De nuevo lo tachó. *Quiero que el Sr. Bishop participe...* Dios mío, ¿por qué no podía entenderlo?

Arrugó el papel con fuerza y volvió a empezar. *Quiero entregarme al Sr. Bishop. Para que haga lo que necesite.*

Rechazó su repentino impulso de tacharlo. Era lo que él quería y lo que ella quería. Volvió a abanicarse la cara ante todas las cosas que él podría hacer para cumplirlo. Eso la llevó a la siguiente pregunta: ¿cuándo, dónde y con qué frecuencia? Era un estilo de vida, lo que significaba hacer cosas fuera del dormitorio. Su corazón volvió a latir con fuerza. Que él la dominara en cualquier sentido y en cualquier momento la excitaba hasta la locura.

Pero, ¿qué hay de darle placer? ¿Directamente? Estaba desesperada por hacerlo.

Escribió el número dos. *Necesito...* Lo tachó.

Tengo que darte placer. Ni siquiera era inglés correcto. Lo tachó.

Debo tener la capacidad de darte placer. Una vez más, lo tachó.

Tú debes darme permiso para darte placer. ¡Esto no es negociable! Tachó el signo de exclamación, para no parecer autoritaria.

Aún no había dicho nada sobre la dominación y esos detalles, y él sin duda querría conocer su opinión.

Su mano temblaba por el esfuerzo de apretar el bolígrafo con tanta fuerza. Dejó escapar un suspiro de frustración. «Vamos», exclamó, «puedes hacerlo. Como si fuera un trabajo para clase, has hecho montones de estos».

Quiero aprender sobre sumisión y dominación contigo. Por vago que fuera, era correcto. A su lado Bishop nunca se le había permitido probar ni tocar, y ella nunca había sido tocada ni probada excepto por él.

Arrancó la página y la arrugó, y empezó de nuevo.

Quiero que me domines. Primero fuera del dormitorio, luego dentro del dormitorio. ¿Quizás por grados? Primero no sexual, luego sexual. ¿Poco a poco?

Puro masoquismo. Ella nunca quiso hacerle daño ni negarle nada en esto. Y ya había sufrido lo suficiente negándose a sí misma el placer.

Arrancó el papel y lo arrugó hasta convertirlo en una bola apretada entre sus manos, tirándolo junto a los demás.

Cuando terminó, tenía casi una docena de bolas de intentos a su lado, pero se olvidó de incluir al obispo en el borrador final. Su obispo. No. El obispo de ella. Miró la pila de papeles, lista para ver todo lo que se había perdido.

La puerta se abrió y ella dio un grito ahogado de sorpresa. Al verlo, se olvidó por completo del desastre de la cama, ya que la deliciosa perfección de unos simples vaqueros llenó su visión. —No había terminado —dijo sin aliento.

Él dejó una bolsa en el suelo y se dirigió hacia ella. El pánico la invadió y recogió todas sus bolas de vergüenza, lanzándole una mirada. «Son... borradores», dijo, tirando de las sábanas para cubrirlos.

Se giró y lo encontró de pie junto a la cama, lo suficientemente alto como para cruzar los brazos sobre el colchón y mirar fijamente el entierro. «¿Ma Petite está ocultando su desordenado proceso?».

«Muy, muy desordenado, sí», admitió ella, sin aliento.

Él la miró durante varios segundos. «Es el proceso desordenado el que contiene la verdadera esencia de las cosas».

Ella se quedó boquiabierta antes de replicar: «Puede que tengas razón, pero prefiero que sea en un formato pulcro... acabado».

«Ordenado», dijo él, mirando de nuevo la pila. «¿Y si me gusta lo desordenado y lo crudo? ¿Lo real?».

«Esto es real», le aseguró ella, señalando la tableta pegada a su pecho. Dios mío, ¿realmente estaba insistiendo en verlo? «No quiero que lo veas», dijo con firmeza. «Es como... ver a alguien practicar una canción, hay muchos titubeos, roturas de voz y *errores*».

Él negaba lentamente con la cabeza. «No es lo mismo. Aquí no hay errores, Ma Petite».

«Solo lee esto». Se lo entregó antes de que él intentara insistir más.

Él cogió la tableta y, de repente, ella quiso arrebatársela. En lugar de eso, enterró los papeles aún más bajo las sábanas.

«Ma Petite», murmuró él en voz baja, ya leyendo.

No había tiempo para avergonzarse y preocuparse, ahora él la miraba con una mirada ardiente. «¿Qué?», jadeó finalmente, incapaz de soportar su silencio. «Puse lo que quería. Como tú me dijiste».

—Lo has hecho —dijo él.

¿Qué le sorprendía? ¿Que lo hubiera hecho o lo que quería? «Obviamente, no tienes que hacer nada de eso».

—Obviamente —murmuró él, como si la palabra no fuera aplicable. Ahora le daba la espalda, leyendo.

«No hay mucho ahí, es solo el comienzo».

«Aquí hay todo un *mundo*, Ma Petite», dijo en voz baja.

Dios, ¿qué significaba ese tono? Era casi acusatorio. Amenazante. Definitivamente amenazante. «Bueno, es un estilo de vida y no es que yo quiera formar *parte* de él o que *me* guste como a otras personas».

Ella se quedó mirando su preciosa espalda tatuada. Tenía las manos cerradas en puños sobre el regazo, necesitando tocar esa amplia extensión de músculos sedosos. Lamerlos. Chuparlos. Clavarles las uñas.

«Mon Dieu», murmuró, como si algo le doliera.

Ella recordó que eso significaba *«Dios mío*». ¿En serio? «Puedes decir que no», le recordó, tratando de no enfadarse.

Él se rió entre dientes, sin dejar de darle la espalda. «Ni lo sueñes».

Ella tragó saliva, todavía confundida. «¿Qué significa eso?».

Él se giró y ella se tensó en el instante en que su mirada la abrasó. «Significa exactamente lo que parece, Ma Petite». Miró la tableta. «Solo hay una parte que no estoy seguro de entender. Quieres que primero te domine en cosas no sexuales». La miró con ojos interrogantes.

«Eh, bueno...». Mierda, no había pensado en ejemplos. «Solo... cuando me digas que haga cosas fuera del dormitorio, ¿yo...

me someto? ¿Las hago?».

Él esbozó una media sonrisa que indicaba que no estaba más informado que antes.

«Vale, está claro que no lo pensé lo suficiente», admitió ella, llevándose las rodillas al pecho en un abrazo ahogante.

«Me encantaría hacer sugerencias», dijo él, mirando el papel y luego volviendo a mirarla a ella. «Pero necesitaré un poco más para continuar. ¿Quieres una dinámica de tipo amo y perro, Ma Petite?».

—¡No! —exclamó ella, sin siquiera molestarse en pensar.

«No te estoy juzgando, solo intento comprenderte», dijo él con esa sonrisa sexy, colocando los brazos sobre la cama mientras sostenía la tableta. «No hay nada de qué avergonzarse conmigo. A mis ojos, no puedes hacer nada malo con esto. Y estoy dispuesto a dominarte dentro y fuera del dormitorio, en *todos* los grados imaginables, pero necesito comprender lo que quieres para poder hacerlo perfectamente para ti».

De repente, se sintió ardiendo con esa contundente aclaración. «Oh. Creo... que quizá te estoy pidiendo cosas que no conozco lo suficiente como para explicarlas», dijo, con una vergüenza inadecuada trepando por sus mejillas.

Él la miró en silencio hasta que ella se quedó sin aliento.

«Dime la cruda verdad bajo las sábanas, Ma-Petite».

El pánico volvió. «¡No!».

Él chasqueó la lengua y negó con la cabeza. «No quieres esto». Le lanzó la tableta.

«¿Qué?».

«Te doy una orden fuera del sexo y me dices que no. ¿Es que realmente no lo quieres o es que no puedes hacerlo?». Se encogió de hombros con indiferencia. «Quizás necesites pensarlo un poco más. Te he traído la ropa que Mah-Mah tiene para ti. ¿Quieres ducharte antes de acostarte?».

Su corazón latía con fuerza en su pecho, dispersando sus pensamientos. Se concentró en lo que él había dicho al principio, que realmente no lo quería o que no podía hacerlo. ¡Maldita sea! «Está bien», dijo, incluso mientras lo miraba directamente a los ojos.

«Sí, quiero ducharme y sí, puedes tener mi desordenado proceso». Antes de que pudiera cambiar de opinión, tiró de las sábanas y comenzó a recogerlas y a tirarlas delante de él, arrojando las últimas a la pila.

Él le sonreía.

«¿Y ahora qué?», se preguntó ella, tratando de no enfadarse.

«Creo que también tienes que terminar esa dinámica, Ma Petite».

«¿Qué quieres decir?».

«¿Cuáles son las reglas del juego? ¿Cuándo empieza y cuándo termina? ¿O es que no tiene fin? Hay tantas preguntas que necesitan respuesta», dijo él, agarrándola por los tobillos y tirando de ella hacia él. Cuando la tuvo sentada en el borde de la cama, apoyó la cabeza en su regazo. «Mmmm», murmuró. «No te muevas».

—No es sexual —le recordó ella, ya sin aliento.

Él levantó su ardiente mirada hacia ella. «¿Esto es sexual para ti, Ma Petite?».

Ella jadeó, mirando fijamente su boca. «Todo lo que tiene que ver contigo es sexual para mí».

Se enderezó y le tomó el rostro entre las manos, con la boca hambrienta sobre la de ella, la lengua azotándola. Le puso una mano en el trasero y la atrajo hacia su pecho.

«Necesito hacerte llegar al orgasmo y no voy a esperar mucho más para hacerlo», le dijo directamente a la boca. «Ve a darte una ducha e inclúyelo en tu dinámica». Ahora tenía ambas manos en su trasero, presionando metódicamente con los dedos hasta que ella gimió.

Se apartó de la cama y se dio la vuelta. «Ve antes de que no pueda parar. Necesito que me ayudes a controlar esto».

—De acuerdo —dijo ella finalmente, desbloqueando sus temblorosas extremidades y dirigiéndose hacia la escalera. Se detuvo, mirando el tobogán al otro lado y se arrastró hasta él. Se deslizó hacia abajo, incapaz de contener la risa, luego se levantó de un salto y caminó a su alrededor, sintiendo la quemazón de su mirada sobre ella.

Echó un vistazo a la bolsa que había junto a la puerta, la cogió y se volvió para encontrarlo todavía mirándola. «Hago lo que me has dicho», le informó, esperando que él entendiera que se refería a someterse. No pudo soportar ni un segundo más la intensidad de su mirada y salió, agarrándose con fuerza mientras bajaba las escaleras con las piernas temblorosas.

****

Sahvrin odiaba llamar a Jek y arruinar el estado de ánimo más embriagador en el que había estado nunca, pero necesitaba saber qué estaba pasando. «¿Qué ocurre?», le preguntó a Jek cuando este respondió.

«Salgo un momento», murmuró antes de silbar en voz baja. «Nuestra Katrina estaba llena de información. Le pregunté si alguien más sabía cómo llegar aquí y ella jura que no. Dijo que le llevó todo el día descubrirlo».

—Sí, bueno, no quiero que nadie más lo intente y tenga suerte por accidente. ¿Dijo algo más sobre nuestra hija?

«Muchísimo más», dijo Jek, lo que hizo que Sahvrin sintiera un nudo en el estómago. «¿Quieres saberlo?».

—Cada detalle.

—Bueno —comenzó, con un tono más ligero—. Es muy inteligente con los números, y creo que sabemos de quién lo ha heredado. Y escucha esto. Es una artista increíble y ni siquiera sabe que ha heredado ese talento. Es obvio que es guapa. El protector de pantalla que tenía en el móvil funcionaba —murmuró con una risita ahogada. —Probablemente vi un centenar de fotos de ella, desde que nació hasta ahora. Es increíble, Sahvrin. Aunque lamento mucho que nos hayamos perdido todos esos años.

«A mí también», dijo él, todavía aturdido por la noticia. «Sigue pareciendo muy pequeña».

«Lo es, mide apenas metro y medio».

Sacudió la cabeza, consumido por el temor. —¿Crees que querrá estar aquí? ¿Aquí fuera? Ni siquiera nos conoce.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Pero no es que tengamos otra opción.

«Lo sé. ¿Lazure ya lo sabe?».

—Le he pasado toda la información que ella nos ha dado y la he puesto en nuestro buzón grupal. Échale un vistazo cuando tengas ocasión.

—Mañana a primera hora tenemos que poner esos ojos a vigilar las vías navegables.

—De acuerdo. Después de instalar a Beth, iremos a la ciudad a ver si podemos concertar una reunión con Thadious esta noche.

—Me parece bien. Hablaremos de los detalles cuando llegue el momento. ¿Preguntaste por ese nombre que dio Bart? ¿El de Julien? Y no te olvides de darle el apellido de soltera de su madre.

—Lo haré.

«¿Ella está bien con todo esto?».

«Como un ángel».

«Para que lo sepas, por lo que he visto y oído de Mah-Mah y Lucas, creo que es una chica de mala vida. Lucas podría estar enamorado», dijo con una risa ahogada.

«Más le vale que no lo esté», dijo Sahvrin. «No me gustaría tener que mutilar a ese adorable cabrón».

Jek se rió. «Espera a que las mujeres empiecen a hacer cola por él».

«Y los hombres por Luseah, créeme, no lo espero con ansias».

—Acabo de comprobar la tormenta —dijo Jek—. Parece que girará y azotará Alabama y el saliente de Florida. Pero hay otra detrás de ella, a una semana, para la que tendremos que prepararnos.

«Bien. ¿Algo más sobre su padre o su familia?».

—Mira el chat del grupo, Bart ha puesto algunas cosas, nada que me llame la atención.

Lo haré. Parece que Mah-Mah sigue empeñada en esta fiesta. Esa mujer —murmuró sacudiendo la cabeza—. Al menos no habrá un huracán además de todo lo demás —dijo Sahvrin—. Ahora que

tenemos ventaja, no queremos que la madre naturaleza traiga marejadas que puedan ahogarlo todo.

—Tienes razón —asintió Jek—. Bueno, no pierdas de vista el chat grupal. Pondremos allí todo lo que encontremos.

—Lo haré. Gracias.

—Buenas noches, hermano. Duerme un poco. Por cierto, Katrina está bien atada. No voy a correr ningún riesgo con ella. Y... ¿estás bien?

«Sí... solo un poco aturdido».

«Te entiendo, tío», dijo, con voz apagada.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas estos días? Sahvrin se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que habían conectado fuera del trabajo.

«Estoy bien. Oye, ¿te acuerdas de Shelly? ¿La de Breaux's Mart?».

—Sí, ¿por qué?

«Estoy saliendo con ella».

Sahvrin arqueó las cejas. «¿Desde cuándo?».

«Casi dos meses».

«¡Vaya! ¿Es un récord?».

«Claro que sí».

«Debe de gustarte», insistió.

Jek suspiró profundamente y Sahvrin soltó una carcajada. «¿Tanto?».

«Sí. Tanto».

«Vaya, qué pena. Me alegro de oírlo. Ahora ya no seré el único Bishop que anda por ahí con una erección eterna».

Jek se rió. «La invité a la fiesta. Sé que es un mal momento, pero estaba pensando que podríamos actuar... ¿causar una buena impresión a nuestras mujeres?».

Sahvrin sonrió, sin imaginar que Jek quisiera algo así. —Me gustaría.

«Estoy seguro de que a Beth también le gustaría».

«Quizás, sí». La oyó en las escaleras. «Tengo que irme. Hablamos luego».

Dejó el teléfono en la cómoda y se dirigió a la puerta. Joder, era rápida. Llamó a la puerta y él la abrió, haciéndola sobresaltarse. «No hace falta que llames, Ma Petite», dijo, sonriendo ante lo que llevaba puesto. Un largo vestido blanco de algodón con volantes en las mangas y el cuello. Entonces se dio cuenta de que no era un vestido, sino una bata. Ella subió por la escalera y se sentó en la cama, luego se desabrochó la bata y se la quitó con cuidado. «Me alegro de que no lleves eso con este calor», dijo él, ansioso por saber qué llevaba debajo. Al vislumbrar algo rojo y de encaje, su polla se estremeció y se acercó lentamente a la cama para inspeccionar.

Cuando se detuvo al pie de la cama, sonrió al ver cómo ella se escondía ahora bajo la sábana.

«¿De qué te ríes?», se preguntó ella, con preocupación y ofensa en el ceño.

Él la miró a los ojos y se pasó la lengua por el labio inferior. «Me parece... jodidamente *delicioso*», decidió, «lo tímida que eres conmigo».

Observó cómo sus palabras la animaban mientras ella se tumbaba boca arriba y apretaba las sábanas a los lados mientras miraba al techo. «¿Y bien?».

Se acercó a su rostro, sonriendo aún más. «Bueno, ¿qué?».

Ella se cubrió la cara. «¿Has leído la basura que he escrito?».

Mierda, claro. Se dirigió a su escritorio y se sentó.

«¿Qué estás haciendo?».

«Ahora las estoy leyendo».

«¡¿Qué?! ¡Me fui de aquí para que pudieras hacerlo!».

Él se giró riendo. «Pensé que te habías ido a dar una ducha».

«Sí, pero era una necesidad doble...».

Mon Dieu, él amaba a esta mujer. Abrió todos los papeles arrugados mientras ella se quejaba y protestaba, sorprendida e incrédula. Una vez que los tuvo abiertos, los apiló y se dirigió hacia ella con ellos.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó ella, con tono de pánico.

«Vengo aquí a leerlos».

—¡No! —gritó ella, horrorizada—. No tiene gracia, Sahvrin, ¡por favor, no lo hagas! ¡Lo digo en serio!

—Ma Petite —dijo él, impidiéndole que intentara coger las páginas—. Quédate quieta. —Se rió cuando ella redobló sus esfuerzos—. ¿Son estas tus reglas de combate? ¿Estoy dando órdenes equivocadas?

—¡Deja de burlarte!

La risa de Sahvrin se detuvo cuando se le cayó la sábana. Ella la volvió a colocar rápidamente, sin aliento. —Está bien, yo... aparentemente no soy buena en esto, ¡pero tú tampoco!

Él se echó hacia atrás, sorprendido. —Te di dos órdenes muy sencillas. Amables —dijo, queriendo que ella supiera que podrían haber sido muy diferentes—.

Su bonita boca permaneció asombrada, incluso cuando sus ojos brillaban con un millón de vatios de *«hazme llegar al orgasmo».* Se dejó caer sobre la cama, mirando al techo con un suspiro. «Pues hazlo. Léelo delante de mí y hazme sentir estúpida, ya que eso es lo que te excita».

«¿Es eso lo que se supone que debo hacer? ¿Dar órdenes que me excitan? Eso es un componente muy importante en esta dinámica, Ma Petite. Cambia mucho las cosas».

«No, no tiene por qué, pero... supuse que ese era el objetivo de la dinámica, obtener algún tipo de placer».

«Ah, ya veo».

«Y no todo el placer está directamente relacionado con tus partes íntimas».

«Conmigo, me temo que sí».

Ella jadeó y levantó la cabeza hacia él. *«No* me excita todo».

Él se rió, apoyó la frente en la cama y luego la miró. «Quiero decir que para mí es así contigo, todo lo que haces está relacionado con mi polla. Y», dijo, poniéndose serio mientras observaba sus mejillas sonrojadas, «¿no acabas de decir antes de ducharte que todo lo relacionado conmigo es sexual?».

«Bueno, quizá quería decir lo contrario».

«¿De verdad?», decidió preguntar, recordando que ahora tenía órdenes en su arsenal.

«No», murmuró ella finalmente. «Pero se aplica al revés».

«Sí, es así». Miró con deseo su cuerpo cubierto por la sábana. «Ahora voy a leer y tú te quedarás quieta y sumisa, ¿de acuerdo?».

Ella parpadeó con fuerza y él contuvo la risa, comprendiendo lo que era estar excitado y enfadado al mismo tiempo. Qué mirada tan sexy tenía.

Se quedó mirando la única línea de la primera página, con el cuerpo paralizado por la lujuria pura. Pasó a la segunda página, luego a la tercera y a la cuarta. Para cuando llegó a la décima, su polla se había convertido en un ariete furioso. —Ma Petite —dijo, encontrando difícil pensar más allá de su deseo de hacer lo que ella le suplicaba en esos papeles.

«¿Qué?», preguntó ella, con una voz suave que mezclaba vergüenza y excitación.

—¿Veo que has dejado de lado al obispo malvado?

«En realidad no, tenía toda la intención de volver a incluirlo, pero el proceso era largo y no quería seguir escribiendo todo una y otra vez mientras resolvía las cosas más... difíciles. Y tú te duchas *muy* rápido», dijo ella, culpándolo.

Lo único que él oyó fue que el obispo malvado era la parte *fácil* para ella. Y que ella lo pidió *primero,* y en todas las páginas siguientes lo puso en una situación de locura lujuriosa.

«Obviamente, lo quiero en la historia, fue el primero que escribí. Por supuesto que lo quiero», añadió una vez más, con un tono tierno, como si no quisiera que él se sintiera excluido.

Ese maldito ángel *hermoso*. Y oírla decirlo en voz alta le provocó un dolor ardiente en los testículos. «Considéralo hecho, mi pequeño ángel», dijo, sin decir otra palabra hasta que terminó con el resto de sus pistas sexuales. Las quería todas.

Se dirigió a su escritorio y cogió un bolígrafo.

«¿Qué estás haciendo?».

«Tomando notas», respondió, volviendo a la cama y leyendo cada papel de nuevo.

«¿De qué tipo?».

Marcó con un círculo todas las palabras clave de cada página y luego le entregó la pila.

Ella las cogió y se incorporó, colocando la sábana debajo de ambos brazos para cubrirse. Ahora iba pasando página tras página. «Has marcado palabras».

«Es el mensaje principal».

Ella se quedó callada mientras seguía pasando las páginas. «Ya veo», dijo finalmente, sin aliento.

«Dímelo».

Ella le lanzó una mirada. «Hacer, querer, yo y mí, y... el Sr. Bishop».

«Ponlo en orden».

Ella suspiró ligeramente y luego se apresuró a hacer la difícil confesión. «Quiero que el Sr. Bishop me haga», dijo, devolviéndole la pila de papeles.

«En grados», añadió él, observándola retorcerse en esa vergüenza tan sexy. «Solo quiero saber *exactamente* lo que quieres», dijo, siendo paciente. «Y es bueno que tú también seas consciente de ello».

«Así que... ahora los dos lo sabemos».

Él le tomó la mano y la llevó suavemente a sus labios, depositando un beso en ella. —¿Ma Petite ya ha decidido las reglas del compromiso?

—Creo que sí —dijo ella, concentrándose en su boca sobre la suya.

«Déjame oírlas». Continuó rozando sus labios con la suave piel de su mano.

«No puedo... pensar cuando haces eso».

Él interrumpió el placer, colocó la mano de ella junto a su costado y esperó, con la cabeza apoyada en la palma de su mano.

«No puedo pensar mientras me miras fijamente», se quejó ella en voz baja, provocando un suspiro en él.

«¿Tengo que irme?», se preguntó él, sorprendido.

«No, solo... dame espacio para pensar».

Se dirigió a la silla de su escritorio y se sentó.

«Bueno...», dijo ella finalmente después de un minuto.

«Mon Dieu, solo dilo, Ma Petite», le rogó él. «Son solo palabras».

«Entonces, sobre cuándo y cuánto tiempo y... comportamientos».

Él se mordió la lengua, sin querer interrumpirla, pero con muchas ganas de saber qué quería decir con lo último. «No puede ser todo», dijo finalmente cuando fue obvio que ella había terminado.

«Bueno, no, pero es lo esencial».

«Ma Petite». Se inclinó hacia delante y la miró, que seguía tumbada inmóvil. «No puedo saber cómo hacerlo con lo esencial».

«Bueno, ¿qué es lo que necesitas saber en concreto?».

«Todo», dijo él riendo.

Ella se giró hacia un lado y lo miró. «No lo sé todo».

«Bueno... ¿cómo sabremos qué hacer?».

«Lo discutiremos y lo averiguaremos».

«Tienes que decidirlo tú».

Ella suspiró frustrada. «¿Por qué tengo que hacer todo el trabajo?».

«Tienes que ser tú quien decida».

«Bueno, está bien, lo haré, pero ¿qué tal si me das algunas opciones para elegir?».

Se dio cuenta de que ella no podía hacerlo porque basaba todas sus decisiones en las necesidades de los demás. Tenía que arreglar eso. «Empecemos por tu máxima prioridad. Quieres que el Sr. Bishop te convierta».

«No... solo al Sr. Bishop», corrigió ella, vacilante.

«De acuerdo, te gustaría que fuera Sahvrin y/o el señor Bishop...».

«¿Y o?», se preguntó ella.

«Porque tú quieres ambas cosas, Ma Petite», le explicó con delicadeza, dispuesto a echar a Sahvrin a la calle ahora que sabía lo que sentía por Bishop.

«¿Por qué te ríes de mí?», preguntó ella, con tono genuinamente molesto, lo que le hizo reír de verdad.

«No me estoy riendo de ti, me estoy riendo porque eres la mujer más increíble y hermosa que he conocido jamás. Supongo que reírme es mi forma de expresar lo que me haces sentir».

La mirada perpleja y preocupada de su rostro no tenía precio. Como si tuviera algún defecto o estuviera haciendo algo mal.

—Creo que me he reído más con Ma Petite que en toda mi vida. —Se encogió de hombros, sin sentirlo en absoluto—. Algún día serás conocida en los pantanos como el ángel que me resucitó de entre los muertos.

La sonrisa que floreció lentamente en su rostro junto con su mirada soñadora le hizo sonreír. «De acuerdo, entonces, empecemos por cuándo», dijo ella, con su inhibición desaparecida, como si resucitarlo de entre los muertos la hubiera vencido.

«Sí, cuándo», dijo él, deseando hacerla llegar al orgasmo ahora mismo.

«Creo que las cosas que no tienen que ver con el sexo pueden suceder... todo el día».

Antes de emocionarse, preguntó: «¿Qué es exactamente lo que pasa todo el día?».

«Tú mandándome».

«Entonces ahora solo necesito saber qué tipo de órdenes quieres». Se inclinó hacia delante en la silla, apoyando los codos en las piernas y mirándola.

«Bueno... quizá solo... pedirme que haga cosas».

«Cosas», dijo él, molesto con ese término. «¿Como... ir a trabajar al jardín, mujer, darte una ducha, alimentar a las gallinas?».

«*No*. Como... cosas contigo».

«Ma Petite, ¿crees que estoy siendo deliberadamente torpe?», preguntó él, ante su tono brusco. «Solo necesito ejemplos. Incluso *uno solo* me ayudaría».

«Como... ordenarme que te coja de la mano o te traiga un vaso de agua o te prepare un baño o... que te dé un masaje».

Fascinante. «Acabo de encontrar otro tema en tu lista».

«¿Cuál?», se preocupó ella, como si él los considerara defectos.

«*Todos* tus ejemplos parecen beneficiarme».

Ella parecía confundida. «Bueno, sí. ¿Esa es la idea?».

Él no pudo evitar reírse y, cuando terminó, ella volvió a mostrarse molesta. «¿Así que todo esto es para mí?». ¿Por qué le

sorprendía? Ella era su ángel.

«El que domina ordena lo que quiere, y el que se somete lo da y le gusta darlo. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?».

—Me pregunto si Ma Petite tiene razón y, dado que apenas lo has mencionado y apenas lo recuerdas, ¿qué tal si esperamos a ver qué dicen las instrucciones? O sugieren.

«¿En qué crees que me equivoco?», se preguntó ella.

«Bueno, por un lado, pareces dar por sentado que el que domina debe utilizar eso automáticamente para servirse a sí mismo y no creo que eso sea correcto y, si lo es, me gustaría cambiarlo para incluir cosas que sé que a ti también te gustan».

Ella se humedeció los labios y frunció el ceño con curiosidad. «¿Como qué?».

«Lo primero que se me ocurre es ordenarte que te des un orgasmo».

El deseo que iluminó su rostro atrapó su polla, obligándolo a estirar la pierna para hacer espacio. «Oh», dijo ella. «Yo... no había pensado en eso».

«Pero te gusta».

«Sí», dijo ella después de muchos segundos. «Y me gusta que me ordenes... hacerte cosas».

Joder. «Puedo manejarlo», dijo él, ya muy consciente de su deseo de darle placer. Sin duda lo entendía. «¿A Ma Petite le gustaría... cambiar los papeles?». Porque estaba seguro de que recibir órdenes sexuales de ella formaba parte de su destino.

La expresión de calamidad segura en su rostro mientras negaba con la cabeza lo hizo reír. «Estoy *bastante* segura de que dar órdenes no es algo en lo que sea muy buena. Apenas puedo manejar que tú *me* des órdenes».

—Podemos practicar con cosas pequeñas —dijo él, dispuesto a negociar o suplicar—. Tú ordenándome que te frote la espalda o te cepille el pelo.

Una sonrisa se dibujó en sus bonitos labios. «¿Quieres cepillarme el pelo?».

«Mon Dieu, sí», dijo él, sintiendo que ella debería saberlo.

«De acuerdo». Su sonrisa se hizo tan grande como su sonrojo. «Creo que puedo manejar cosas así».

Él pensaba que, una vez que lo probara, tal vez podría manejar mucho más. No le gustaba mucho darle órdenes fuera del sexo y tampoco le gustaba que ella le diera órdenes fuera de él. «¿Te gustaría practicar ahora mismo? ¿Ordenarme que te frote los pies?».

En ese momento, él aceptaría cualquier forma de tocarla.

Ella soltó una risita y levantó los pies, moviendo los dedos. «Sahvrin, ven a masajearme los pies».

La forma autoritaria en que lo dijo era otra pista de sus ideas preconcebidas sobre la dominación y la sumisión. A él le sonaba más a acosador y víctima. Él no sería ninguna de las dos cosas, pero estaba seguro de que podía dominarla en el sexo y someterse a sus órdenes sexuales.

Dieu, eso era como conseguir dos paraísos.

CAPÍTULO 18

Beth se incorporó apoyándose en los codos y sonrió cuando Sahvrin le cogió el pie y empezó a masajearlo ligeramente. «No lo noto», dijo ella riendo.

Él no le respondió y siguió haciendo lo mismo.

«Más fuerte», dijo ella con una sonrisa suave, mirándolo. Él obedeció y eso le provocó una emoción junto con un millón de ideas instantáneas. «Dios, qué bien se siente», dijo ella, en serio, preguntándose hasta dónde debía llegar la primera vez.

Sonrió con picardía. «Bésame los pies».

Tomó su pie con ambas manos y lo sostuvo ante él como si fuera un objeto sagrado, y luego comenzó a depositar suaves besos en la parte superior. Su sonrisa desapareció lentamente mientras observaba sus labios sobre ella. Dios, besaba tan bien. Tenía los ojos cerrados y abrió más la boca, robándole el aliento cuando empezó a besarle el pie con lengua, lamiéndola con su lengua caliente. Su pulso se aceleró cuando él gimió como si eso lo excitara, chupando y mordisqueando la piel hasta que ella se sintió delirante.

«Para», jadeó ella, a punto de correrse si lo veía besar nada más ni un segundo más.

Él obedeció, volviendo a colocar su pie en la cama, sin siquiera mirarla todavía. Ella estaba paralizada por el deseo y por cómo satisfacerlo sin excederse. Lo que realmente quería era darle placer, pero él nunca se lo permitía. ¿En qué estaba pensando? Tenía el poder de cambiar eso. Podía hacer que él se lo permitiera. Y hacer que él... no la tocara mientras ella lo hacía, por muy difícil que fuera para ella. Y para él.

¿Y si le ordenaba que se diera placer a sí mismo?

Oh, Dios, sí.

—Ve a buscar la silla y ponla ahí. —Señaló el centro del suelo, donde podía verlo.

Él le lanzó una mirada de incredulidad durante dos segundos y luego hizo lo que ella le había dicho. Era oficial. Definitivamente le gustaba darle órdenes.

—Quítate los pantalones.

****

Sahvrin casi se atraganta por la sorpresa, nunca imaginó que ella tendría el valor de ordenarle eso. Su pulso latía con fuerza en su pene mientras se apresuraba a obedecer antes de que ella se arrepintiera.

De pie, obediente, en ropa interior, esperó.

«Siéntate en la silla».

Lo hizo, luego se recostó, colocando el trasero en el borde. Apoyó los talones en las patas de la silla, abrió las rodillas y descansó ambas manos entre los muslos, esperando. Pero, Mon Dieu, podía correrse bajo esa mirada ardiente de ella.

Ella se humedeció los labios, indicándole que acababa de tropezar con algo delicioso. Pronto, no era solo deseo lo que había en sus ojos, sino una corriente de calor que le recorría la espina dorsal. A juzgar por la demora, la siguiente orden le resultaba difícil. En silencio, le deseó valor para decirla.

«Tócalo».

El susurro salió disparado como un latigazo dirigido a su pene. No iba a pedirle detalles. Lentamente, movió la mano a lo largo de su miembro, presionando mientras lo hacía. Los ojos de ella estaban fijos en lo que él estaba haciendo.

«Las dos manos», añadió ella, sin aliento.

Él gimió, llevando la mano entre sus piernas y acariciando sus testículos mientras deslizaba la mano a lo largo de su miembro. Ella lo observaba apoyada en el codo, con los labios entreabiertos y los ojos fijos en él como fuego.

Él abrió más las piernas, presionando sus dedos contra sus testículos mientras agarraba su miembro con el puño.

«Quítatelo».

****

Beth tragó saliva y se humedeció los labios, casi jadeando mientras él se ponía de pie y hacía lo que ella le había dicho. Ella jadeó cuando su pene saltó libre de su ropa interior, aterradoramente enorme. Él volvió a su posición y abrió las piernas bien abiertas, colocando los talones sobre las patas de la silla. Esta vez agarró su pene por la base y lo sostuvo con el puño, como si quisiera que ella viera lo enorme y alto que era. Tomó nota. Muy grande y muy alta. No pudo evitar gemir cuando él movió la mano lentamente a lo largo de su miembro, acariciando de nuevo sus testículos con los dedos. Dios, qué ganas tenía de chupársela. Quizás la próxima vez se atrevería.

Estaba desesperada por tocarse mientras lo observaba. Qué orgasmo sería ese. Su respiración se hizo más pesada y abrió un poco la boca cuando su puño rodeó la cabeza. Ella movió los ojos por sus abdominales y su pecho, aterrorizada de mirarlo, sabiendo que él la observaba mientras ella lo observaba. Pero tenía que hacerlo, su mirada era magnética, atrayéndola hacia la suya. Cuando sus ojos se encontraron, ella volvió a gemir. La intensidad de su mirada le quemaba el clítoris y le provocaba dolor. Debería darle órdenes, pero no sabía cómo hacerlo.

Quería hacerle correrse, ver cómo se veía en un orgasmo. «Córrete para mí», dijo rápidamente antes de acobardarse.

Él echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, respirando con dificultad y siseando mientras abría aún más la boca. Movió el puño más rápido a lo largo de su pene, flexionando los músculos de sus abdominales y brazos. Tan hermoso, oh, sí. Llevó la cabeza hacia adelante, con gemidos ahora más profundos mientras aceleraba, mirándose a sí mismo.

«Oh, Dios, sí», jadeó ella cuando él llegó más lejos entre sus piernas, con esos hermosos dedos hundiéndose en sus testículos y un poco más abajo.

«Beth», jadeó él, echando la cabeza hacia atrás de nuevo. Ella se incorporó, jadeando mientras sus caderas se movían con fuerza con su orgasmo.

«Oh, Dios mío», susurró ella, devorando la visión de su semen brotando en potentes chorros sobre su estómago, por todos sus músculos lamibles. Sus ojos permanecieron cerrados con fuerza durante interminables segundos antes de que unos gruñidos ásperos se le escaparan. Tendría que besarlo cuando volviera a hacer eso.

Su corazón latía con fuerza cuando su mano finalmente se detuvo a lo largo de su pene mientras su cuerpo se agitaba con respiraciones profundas. Sus dedos aún estaban presionados contra sus testículos, moviéndose suavemente, y ella notó su ubicación, deseando conocer cada punto de su cuerpo que le proporcionaba un placer extremo.

Finalmente, él levantó la cabeza y ella tragó saliva, preparándose para la mirada segura que él le dirigiría. Nada podía prepararla realmente y, cuando lo hizo, literalmente gimió ante la potente mirada que él le dirigió. Su pecho aún subía y bajaba, y su pene yacía casi dormido en el hueco de una de sus piernas abiertas. Nunca había imaginado que un hombre pudiera ser tan, tan sexy.

Él levantó un poco las cejas y ella se dio cuenta de que esperaba una orden. «Eh... vístete», dijo ella, con la boca seca mientras él se levantaba lentamente. Él se dio la vuelta y se dirigió a la cómoda, ofreciéndole otra increíble vista de su trasero. Dios mío, era increíblemente hermoso. Sus piernas musculosas, su *trasero*. Perfecto. Pero su espalda era para derretirse. Quizás era el tatuaje. Tenía tantas ganas de tocarlo. De cerca, con sus labios y su lengua. Había tantas cosas que quería hacerle y con él.

Él se dio la vuelta y se limpió con una camiseta, sin ningún tipo de pudor. ¿Cómo era posible que no tuviera ninguna inhibición? Ella envidiaba su confianza, incapaz de imaginarse haciendo algo así. Apenas podía soportar que él la viera con la luz encendida. Era como un animal salvaje, que nunca había aprendido a sentir vergüenza, y ella estaba muy agradecida por ello.

«Ma Petite va a volver a ponerme la polla dura si sigue devorándome con sus bonitos ojos».

Ella le devolvió la mirada, y el calor inundó su clítoris y sus mejillas al instante. «Yo...», casi se disculpó. «Eres tan guapo», dijo, queriendo que él lo oyera de su boca. No quería arrepentirse nunca

de no haberle dicho lo que ardía en su corazón y en su mente. Y en su cuerpo.

Él se dirigió a la silla, cogió su ropa interior y se sentó. Ella lo observó ponérsela con naturalidad, como si no hubiera nadie más allí. Se levantó y se dio la vuelta, privándola de ver cómo guardaba su gloriosa polla. Podría haberle ordenado que la dejara ver. Realmente necesitaba aprender a usar eso.

Él se dio la vuelta y se dirigió a la cama como una ola de atractivo sexual a punto de abalanzarse sobre ella. Ella se preparó de nuevo. Lo hacía mucho con él. Él ejercía tanto poder sobre ella sin siquiera intentarlo que era emocionante. Apoyó los antebrazos en el colchón, atrapándola ahora con la mirada, a medio metro de distancia. —¿Qué tal lo he hecho?

«Increíble», dijo ella, humedeciéndose los labios y mirando fijamente su boca sexy, tirando de ella con una sonrisa.

«He tenido una buena maestra». Sus ojos bajaron hasta su boca y ella entreabrió los labios.

«Yo era terrible», dijo ella, devolviendo su seductora mirada a la de él mientras él negaba lentamente con la cabeza.

«Tiemblo al imaginar lo que me harás cuando tengas algo de carácter».

Temblar. Era difícil imaginarlo temblando por nada. En ese momento, ella se sentía en conflicto por el miedo a que él le diera órdenes. Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero no se atrevía a pedírselo, no podía. Se masturbaría más tarde, mientras él dormía.

De repente, un destello de luz, seguido de un trueno retumbante unos segundos después. «¿Dónde duermes?», se preguntó.

Él le tomó el rostro y la atrajo hacia su boca, y ese firme tirón le provocó un cosquilleo en el clítoris. Iba a ser un dominante increíble. Ya lo era. Sus labios eran tiernos sobre los de ella, presionándolos suavemente en muchos ángulos, como si quisiera sentirlos de todas las formas posibles. «Con Ma Petite, si ella acepta no violarme».

Ella no pudo evitar reírse ante su boca, cerrando los ojos ante la increíble sensación de sus dedos acariciando su rostro. «Lo

prometo», dijo, tan contenta de que él lo hiciera.

«Y si aceptas que mañana yo pueda mandar a Ma Petite de la misma manera que ella me mandó a mí».

Su excitación se tradujo en un ligero gemido, lo que hizo que él llevara su mano detrás de su cuello para darle un beso más profundo. «Sí», recordó responder, deslizando los dedos por su mandíbula, sintiéndola abrirse y cerrarse con su beso devorador. «Lo necesito», jadeó en su boca, demasiado desesperada como para preocuparse.

«Desvístete».

La orden fue tan caliente y dura que la hizo gemir de nuevo, como si él la hubiera tocado. Ella movió la sábana y la mano de él se disparó, deteniéndola. Su Mah-Mah se había colado con un atrevido conjunto rojo transparente.

«No te desnudes, joder», dijo él, con la respiración entrecortada al ver las bragas transparentes. Colocando su mano en la parte exterior de su muslo, la giró hacia él, de modo que sus piernas colgaban del borde. Le abrió las rodillas, provocándole jadeos y gemidos antes incluso de empezar. Miró fijamente entre sus piernas, dejando escapar un gemido hambriento de sus sensuales labios entreabiertos.

Agarró las bragas y las bajó de un tirón, y el roce del tejido la volvió loca. «Sahvrin», jadeó ella cuando él le volvió a abrir las piernas y se quedó mirando fijamente su coño.

Él la miró directamente a los ojos. «¿Por quién estás tan mojada?».

Oh, Dios. Cada respiración le arrancaba un suave gemido. «Bishop. Estoy mojada por Bishop».

Él colocó su pie izquierdo en el borde del colchón y luego el otro. Deslizó los dedos bajo su trasero y le levantó el coño.

«Bishop», jadeó de nuevo, con la vergüenza y el deseo luchando entre sí mientras él besaba lentamente el interior de sus muslos. No pudo evitar mirar cómo deslizaba la nariz entre sus pliegues, con la respiración cargada de sonidos de lujuria que lo hacían todo palpitar. Sus piernas ya temblaban, desesperadas. La punta de su nariz presionó su clítoris, justo cuando su lengua lamía

su entrada. «Dios mío», jadeó ella, con el calor inundando sus partes íntimas y haciéndola desear más. Sus dedos se clavaron en la parte superior de su trasero mientras él presionaba su boca con más fuerza contra ella, gimiendo mientras la lamía. Su nariz presionaba aleatoriamente su clítoris, volviéndola loca y obligándola a estirarse más, girando y moviéndose para conseguir más fricción.

Ella jadeó cuando él se movió hacia su clítoris, con la respiración entrecortada y hambrienta mientras le abría los labios de la vagina con los pulgares. «Oh, por favor», exclamó ella echando la cabeza hacia atrás y balanceándose contra la suave succión. «No pares, te lo ruego, no lo hagas. Oh, Dios».

Él respondió con un gruñido áspero y luego deslizó uno de sus pulgares en su coño, moviéndolo hacia adentro y hacia afuera, siguiendo el ritmo de su succión. «Oh, Dios, Bishop», gritó ella, agarrándole y tirándole del pelo, moviendo sus caderas más rápido. Sus gemidos se convirtieron en gritos de «Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios» cada vez más altos. «¡Me corro, me corro!». Él la sujetó con más fuerza, sus gemidos tensos vibrando en su coño mientras ella se retorcía y temblaba sin una pizca de vergüenza.

Su boca finalmente se volvió suave, y su lengua ahora lamía suavemente. Los sonidos que aún emitía contra ella eran como su propio sexo. Ella pasó sus dedos por su sedoso y espeso cabello, mirando lo sexy que se veía con la cara entre sus piernas, las manos aun sosteniéndola. Él continuó lamiéndola lentamente, con suaves palabras en francés que le hacían cosquillas. Cuando bajó su trasero a la cama, miró lo que había devorado. El deslizamiento de sus cálidas manos por la parte interna de sus muslos le provocó un cosquilleo que la hizo sonreír.

Ella lo vio deslizar la boca por su pierna izquierda y luego por la derecha, y se dio cuenta de que se había limpiado con ella. Por alguna razón, eso la hizo sonreír aún más. «¿Soy tu servilleta?».

Él volvió rápidamente al mismo lugar y le dio un beso francés en esa zona. Su sonrisa se desvaneció al ver cómo se movía su mandíbula con su boca sexy abriéndose y cerrándose, chupando y girando la lengua sobre su piel. Sin aliento, hizo exactamente lo mismo con el otro muslo antes de terminar con un suave beso en

ambos. Dios mío, volvía a estar sin aliento. «Todo limpio». Se enderezó y le cerró las piernas con reverencia antes de volver a colocarlas en la cama. Ella se apartó rápidamente para que él pudiera meterse con ella, pero en lugar de eso se dirigió a la puerta. Su estómago se tensó y luego se relajó cuando él apagó las luces.

****

Sahvrin consideró ponerse de rodillas como solía hacer de niño para dar gracias a Dios por su Petite suplicándole eso. Mon Dieu, ir despacio con ella iba a ser una especie de cielo que nunca había imaginado sufrir. Y no solo invitó al obispo a jugar, sino que lo puso en primer lugar. Ahora esperaba con deseos perversos encerrados y cargados en su dulce ángel.

Tenía la intención de dormir en el suelo, pero después de ver el miedo en su rostro cuando cayó el trueno, recordó que las tormentas eran un desencadenante para ella. Quizás siempre lo serían, ya que se encontraba en medio de una cuando él la rescató. Subió la escalera y se arrastró junto a ella, con cuidado de no tocar las partes equivocadas, no fuera a ser que perdiera el poco control que tenía.

Ella se giró hacia un lado, apoyó la frente contra su hombro y entrelazó sus dedos con los de él.

El dulce gesto despertó sus violentos instintos protectores y él extendió la otra mano para acariciarle la cabeza y la cara. Ella gimió suavemente y le rodeó los brazos con los suyos, apretándolo contra ella.

—¿Ma Petite? —dijo él, luchando por no sentir todo lo que presionaba su brazo.

—¿Hmm?

—¿Recuerdas a una persona llamada Julian Abshire?

Ella dudó y luego susurró: «Sí, ¿por qué?».

La tensión se apoderó de sus músculos mientras seguía acariciándole la frente. —Su nombre aparece constantemente en nuestro reconocimiento. ¿Quién es él para ti?

—Era... una persona muy molesta.

«¿Cómo era molesto?», se preguntó él.

«Molesto como un acosador. ¿Por qué?».

Un acosador. «Me dijeron que te preguntara si conocías ese nombre. Lo averiguaré». No quería que ella pensara en eso antes de dormir. «Un acosador, ¿eh?».

Ella le acarició el brazo con los dedos y él sintió que ella asentía. —Nivel diez.

«¿Qué significa eso para ti?».

«Cuando no aceptas un no por respuesta y sigues acosando a una persona».

«¿Saliste con él?».

«Muy brevemente. Hasta que quiso romper las reglas sexuales».

Sahvrin se giró hacia ella. Deslizó el dedo por su rostro y le apartó el largo cabello del hombro, con un impulso protector.

«¿Por qué sale su nombre?», se preguntó ella en voz baja. «¿Crees que está involucrado? No me extrañaría que lo estuviera. Era un auténtico mujeriego. Pensaba que yo era la mujer más hermosa que había visto nunca y que debería ser modelo».

Joder. Era una coincidencia. «Date la vuelta, Ma Petite».

Al cabo de un momento, ella lo hizo y él la atrajo hacia su cuerpo, pasando el brazo por su pecho. Ella lo rodeó con las manos y acurrucó la boca contra él. Necesitando tenerla más cerca, él cubrió sus piernas con las suyas, resistiendo la necesidad de su polla de empujar contra su culo. No podía despertar su *hermoso* apetito, era más letal para él que el suyo propio.

—Quería preguntarte... —dijo, frotando sus labios contra su hombro—. ¿Cuál es el apellido de soltera de tu madre?

Ella gimió ligeramente. —Sweetling. Amelia Sweetling.

—¿Su apellido de soltera?

«Mmhm. ¿No es genial?», murmuró entre bostezos. «Tenían el mismo apellido».

Genial no era el término que le venía a la mente.

—¿Sahvrin?

Él aspiró aire y abrió los ojos, dándose cuenta de que se había quedado dormido. «¿Qué?».

—Tu teléfono está sonando —murmuró ella a su lado—. Puede que sea importante.

Se incorporó apoyándose en el codo y miró la pantalla iluminada de la cómoda. Mierda, ¿qué hora era? Se inclinó y le dio varios besos en la sien, luego saltó silenciosamente al suelo. En su cómoda, cogió el teléfono y entrecerró los ojos un poco mientras desbloqueaba la pantalla. Las once y media. Justo a tiempo.

El nombre de Jek era el primero, y abrió el buzón. *Kattrina está recibiendo mensajes de Savvie. Quiere enviarle un mensaje, dice que está preocupada y asustada.*

Mierda.

«¿Va todo bien?».

Volvió a la cama y se quedó de pie junto a ella mientras le respondía al mensaje. «Savvie le está enviando mensajes a su madre, está preocupada. Quiere responderle, pero...».

—Oh, no, eso es terrible —dijo ella—. ¿Crees que sospecharán si no le responde?

«Quizás». Marcó el número de Jek y, en cuanto este contestó, apartó el teléfono de la oreja al oír los gritos enfadados de Katrina. «¿Jek?», gritó Sahvrin por encima del alboroto.

«¡Amordázala!», gritó Jek.

«¡Lo estoy intentando!».

Sonaba como Bart. «¿Necesita un sedante?», preguntó Sahvrin. «Llamaré a Mah-Mah».

—¿Para qué me lo escupa en el ojo? —dijo Jek, como si ya lo hubiera hecho.

—Le diré que lo ponga en una jeringa.

—Bien. Que traiga algo para morder. Ha mordido a Zep.

«¿Por qué coño ha hecho eso?».

«La razón es que él la cabreó. Él le dijo la verdad y ella no pudo soportarlo, según dijo Zep».

Ni siquiera quería saberlo. «¿Y Savvie? ¿Qué crees que deberíamos hacer?».

«Esperaba que tuvieras alguna idea. No enviarle mensajes no parece una buena opción».

Sahvrin repasó varios escenarios, pero ninguno le gustaba. «Voy para allá. Primero llamaré a Mah-Mah. ¿Estás listo?».

«Sí, muy listo», dijo, como si prefiriera luchar contra una legión de demonios antes que lidiar con Katrina.

¿Qué demonios estaba pasando allí abajo?

—¿Tienes que irte?

Se giró y vio a su pequeña apoyada en el codo.

Se acercó y le acarició la cara. —Tengo que irme. Tengo un asunto inmobiliario que tratar con mis hermanos esta noche. ¿Quieres bajar? Puedo pedirle a Luseah que se quede contigo.

La expresión de su rostro le enfureció. «¿Qué? ¿Luseah ha dicho o hecho alguna estupidez?».

Ella apenas negó con la cabeza. —Pero... por alguna razón, no le caigo bien.

—¿Qué coño ha hecho? ¿Por qué no me lo has dicho? La expresión de preocupación enfermiza en su rostro hizo que él acercara sus labios a los de ella. —Lo siento, no estoy enfadado contigo.

—Es solo una niña —dijo ella—. Tu tía dijo que solo está celosa y que se le pasará. Prefiero no forzar nada. Pero Lucas fue muy amable conmigo —aseguró, como si eso fuera a salvar algo con su malcriada hermana. No lo haría.

—Entonces le diré que espere contigo.

—Probablemente me las arreglaré bien sola. Aquí dentro.

Él volvió a acercar su boca a la de ella. —No. Y lo siento, ángel, es una orden.

La suave presión de sus dedos en su rostro le recordó todo el paraíso que ella le ofrecía. Le tomó la mano y le puso los dedos en los labios. —De acuerdo —susurró ella finalmente.

Recordó su necesidad de Bishop y volvió a atraerla hacia su boca, con un torrente de lujuria que le hizo gemir. —Cuando vuelva —dijo, sujetándole con fuerza la mandíbula antes de soltarla para acariciarle el cuello—. Bishop te quiere toda para él.

El deseo hizo que su respiración se agitara y él volvió a agarrarle la mandíbula con demasiada fuerza, besándola con una lujuria reprimida que dominaba a Sus Pequeñas. Mon Dieu, ella era

un fuego moldeable en sus manos, suplicando que él le diera forma. Solo tenía que asegurarse de no hacerle daño en esas llamas.

CAPÍTULO 19

Sahvrin pasó la pierna por encima de su dragón terrestre y agarró los mangos con cuernos revestidos de cuero negro. Su bestia de hierro color musgo se ajustaba a su trasero y a su polla como una esclava sexual ansiosa, y eso era lo que la diferenciaba de su dragón del pantano. Cuando la despertó, ella lo recibió con jadeos gruñones que le provocaban la polla, y cuando la abrió, Mon Dieu, ella lo folló como una bestia salvaje. En su mundo célibe, ella era la única que le excitaba.

La repentina idea de encargar otro asiento a medida que se adaptara a él *y* a su Petite le provocó una corriente de calor en los testículos. Podría personalizarlo para que ella alcanzara el orgasmo en cada viaje con sus tetas presionadas contra su espalda y sus brazos envolviéndolo con fuerza. Joder, Mon Dieu, despeja su agenda, debe crear eso.

—Tenemos a cuatro Obispos del Bayou dirigiéndose hacia una manada de demonios Roulettes —dijo Zep con una sonrisa feliz—. Suena como una pelea injusta.

Sahvrin pisó el acelerador de su bestia. —Es hora de despertar, Ma Belle Noir. Ella lo saludó con un rugido codicioso mientras él movía las caderas para encontrar el ajuste perfecto en su estrecha boca. La noche era perfecta para un paseo libre por las carreteras secundarias que llevaban al pueblo, lo que les permitía prescindir de los sombreros negros de ala ancha y ponerse los Swamp Crushers.

«¿Vamos a ir con cuidado?», preguntó Jek por el micrófono.

«Pararemos en la sala de armas y cogeremos unos nudillos de acero por si acaso».

«¿Eso es todo?».

Sahvrin hizo ladrar a Belle Noir varias veces. «Nuestra ventaja es más letal que cualquier arma que podamos llevar».

«De acuerdo», dijo, como si esperara tener razón.

«Si la cosa se complica, lucharemos para salir».

«Síííííí», dijo Zep con una alegría sádica y «¡Laissez les bons temps rouler!».

La sed de sangre que se había ido acumulando en Sahvrin desde que encontró a Su Pequeña se agitó con emoción. «Solo recuerda que no estamos allí para empezar una pelea. Pero si ellos la empiezan, los matamos».

****

Una vez en la ciudad, la multitud del festival comenzó a densificarse y Sahvrin dejó que Belle Noir despejara el camino con sus estruendosos estallidos. Los dragones de sus hermanos se unieron a ella, creando una lluvia de bombas que sacudía el aire con estruendos a lo largo de varias manzanas.

No importaba el sexo ni la edad, todo el mundo se detuvo y se quedó boquiabierto ante sus dragones terrestres. Al ser un festival, vitorearon e hicieron otras cosas que a su Petite no le habrían gustado. Pero sus hermanos aceleraron sus bestias en señal de agradecimiento, invitando a más espectáculo de tetas.

Sahvrin cambió su Bluetooth al intercomunicador. «Hay muchos niños pequeños entre la multitud».

«Sí, sí», murmuró Zep. «Sahvrin, el célibe con la novia perfecta, quiere que todo el mundo sea un maldito santo».

Sahvrin no pudo resistirse a sonreír. «Quizás os inspire para poner fin a esa guerra de pollas en la que estáis metidos».

«O no».

Sahvrin aceleró Belle Noir, dejando que sus rugidos golpearan contra sus pulmones de hierro. «Mantén la polla dentro durante este viaje», dijo. «Puedes ver tetas en cualquier momento».

No había aparcamiento cerca del abarrotado Roulettes. La cantidad de cuero entre la multitud indicaba que probablemente había otros clubes allí para el festival, así que aparcar a una manzana de distancia era lo mejor que se podía hacer.

«Pon la alarma del Dragón en cinco», dijo, bajándose de Belle Noir. Las bocinas modificadas que había instalado en sus motos eran

un asesino auditivo. A menos que fueras sordo, el nivel cinco era como recibir un rugido de caimán amplificado directamente en el tímpano.

«No me gusta dejar Fer-Noir tan lejos», dijo August.

«Asegúrate de que tu aplicación está activada para cualquier alerta de alarma. Confía en mí, Mon Frere, nadie se meterá con ella».

Recibieron las miradas habituales mientras los cuatro se dirigían con sus atuendos de obispos a la entrada principal del club, donde los profundos golpes indicaban que había una banda tocando en directo en el interior.

Por casualidades del destino, el mismo tipo Mr. T de su anterior encuentro estaba en la puerta, comprobando las membresías.

Cuando los vio acercarse, inclinó la cabeza hacia el tipo que estaba a su lado y lo envió dentro. Llegaron hasta Mr. T, que actuó como si le hubieran hecho lo mismo una semana antes y ahora estuviera listo para vengarse. Sahvrin se acercó y se inclinó hacia su cara. «Dile *a Thadious* que los Bishop están aquí para hablar con él».

«Ya te *he anunciado*». Las palabras apenas lograron escapar de la furia de sus labios apretados.

«Muy bien», elogió Sahvrin como lo haría con cualquier perro, añadiendo un aire arrogante a su sonrisa. La cantidad de adrenalina que zumbaba en su sangre indicaba que la venganza había tensado todos los músculos de su cuerpo.

Otro gigante Jethro apareció en la puerta, miró a su alrededor y luego los observó con un gesto de asentimiento. «Síganme».

Sahvrin miró fijamente a los ojos del Sr. T al pasar, haciéndole saber que su sed de sangre ardía más que la suya, antes de entrar. El gigante de dos metros los condujo arriba, hasta una puerta vigilada que se abrió cuando llegó.

Sahvrin calculó rápidamente que había unos veinte hombres y el doble de mujeres apiñados en el bar privado. Miró a algunas de esas mujeres y su sangre se encendió al ver que la mayoría eran adolescentes. Su escolta los condujo a una esquina con una gran

mesa redonda donde estaban sentados Thadious y otros cuatro hombres, dos adolescentes por cada maldito enfermo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Thadious despidiendo a las chicas. Algo bueno, ya que Sahvrin no podía pensar en otra cosa que no fuera decir «que le den a los tratos, matémoslos». —¿Qué puedo hacer por los Reyes Reales del Pantano?

«Venimos a negociar», dijo, mirando a los otros hombres sentados a la mesa y preguntándose quiénes eran.

«¿Dónde está *el* viejo *Lazure?*», dijo con esa sonrisa forzada, mencionando el nombre de su padre para poner a Sahvrin los nervios de punta. «¿Dónde está el *Primer* Obispo?». Sus ojos brillantes lo miraron de arriba abajo y luego volvieron a subir. «¿Has venido a dispararme en mi propio club?». Soltó una risa espasmódica que nadie compartió y Sahvrin mostró que estaba desarmado, al igual que sus hermanos.

«Quiero hacer un trato».

«¿Y si no quiero hacer un trato contigo?», se burló.

Sahvrin lo miró fijamente durante un largo rato. «Entonces me saltaré al intermediario y haré negocios con los Diablos De La Guerra yo mismo».

Una fría oscuridad se apoderó del rostro de Thadious.

—¿Qué tipo de trato quieres hacer? —preguntó el hombre a su derecha.

Sahvrin se volvió. «¿Quién eres tú?».

La risa del hombre no llegó a sus ojos, ahora fijos en él. —Remy Dupre. Presidente de los New Orleans Roulettes.

Sahvrin miró su mano extendida y luego volvió a levantar la vista, justo cuando le golpeó el cerebro como una bomba la idea de que su hija pudiera estar allí, en esa inmundicia. «Quiero tres cosas», dijo, con una rabia que se había convertido en una calma sepulcral.

El hombre se encogió de hombros y extendió los brazos con la arrogancia propia de un pederasta. —Dígalo. Hay mucho para repartir. ¿Cuánto quiere?

La lengua de Sahvrin se movió lentamente en su boca antes de que su mandíbula finalmente se desencajara. —Quiero una mujer,

a su hija y una pelea.

Hubo un breve silencio antes de que Remy mirara alrededor de la mesa y luego volviera a mirarlo. «¿Eso es todo?».

«Eso es todo».

Se recostó, sonriendo, y luego extendió los brazos. «Hay mucho donde elegir, pero algo me dice que tienes una favorita en particular».

—La mujer que enviaste a mis pantanos para que se acostara conmigo a cambio del trato que estoy negociando aquí. Y su hija.

La alegría en los ojos de Remy se enfrió. —¿Quieres a mi mujer y a mi hija?

A Sahvrin no le habría podido gustar más oírle decir esas palabras. —No *tu* hija. *Mi* hija. Yo soy Sahvrin Wolfgang Bishop. Ella es Savvie Wolf Bishop. ¿Quieres mis habilidades para atar cabos, mon ami?

Ver la pura sed de sangre en su mirada hizo sonreír a Sahvrin. —No es frecuente que un hombre pueda decidir su destino, pero esta noche, el tuyo y el de todos tus hermanos está en tus manos. Pero el reloj no se detiene mientras la Horda del Pantano espera tu respuesta. ¿Vas a vivir? ¿O vas a morir a manos de los Diablos De La Guerra con los que *ambos* habéis firmado contratos?

Sahvrin lo miró fijamente, con una sonrisa lo suficientemente grande como para todos ellos.

«¿Qué tipo de *lucha*?», preguntó Remy, mordiendo el anzuelo.

«Cincuenta de los míos contra cincuenta de los tuyos. Yo elijo el lugar, tú solo tienes que aparecer. Sin armas letales. Lucharemos hasta que no puedas levantarte».

La arrogancia volvió a aparecer en la mirada de Remy. «¿Qué tal si luchamos a muerte? A menos que tengas miedo de morir».

Sahvrin se rió antes de negar con la cabeza. «¿Y cómo piensas traficar con armas desde la tumba, Mon Ami?».

Remy lo miró fijamente, con el labio superior temblando de rabia, mientras se inclinaba hacia delante y le preguntaba en voz baja: «¿Y *tú* cómo piensas hacerlo?».

Sahvrin dio un golpe en la mesa con la palma de la mano. —Entonces peleemos a muerte y ya veremos el resto más tarde, ¿no? —Miró a Thadious, que parecía un bulldog con una correa corta, y luego volvió a mirar a Remy.

El frío cálculo que se escondía en lo más profundo de su mirada solo podía significar cosas buenas. —Claro —dijo con voz dura—. Y puedes quedarte con la madre como pago inicial, pero Savvie se queda conmigo hasta que ganes esta pelea.

—Ni hablar —dijo Sahvrin, con voz igual de dura—. Tu puta y mi hija las tendré esta misma noche, o estás acabado. La pelea es un extra para los dos. Tú tienes la oportunidad de recuperarlo todo con esta corbata de murciélago, ¿no? Si me matas a mí y a los míos, te daré las llaves de todos los canales de ese pantano. Y si pierdes, bueno... yo me quedo con todo.

Remy se inclinó hacia delante y golpeó la mesa con el dedo índice. —*Me* quedaré con Savvie hasta la pelea. *Si* ganas, podrás quedártela.

—No, no, no, no —aseguró Sahvrin, con la ira ya calmada—. Me devuelves a mi hija *esta* maldita noche o *nunca* entrarás en mis pantanos.

—Hermano, si no es tu hija... —murmuró Thadious, lo que provocó que Remy diera un puñetazo en la mesa junto a él.

—*Cierra* la boca, gordo, *estúpido* hijo de puta. —Le señaló la cara, con la respiración entrecortada—. *Tú eres* el motivo por el que esta mierda está en nuestra puerta.

Thadious levantó las manos en señal de deferencia e incluso inclinó un poco la cabeza, como un perro malo.

—Te diré una cosa, Mon Ami. Lucharé contigo esta noche, aquí, en tu territorio. Sin armas, solo con nuestros puños. ¿El último en quedar en pie se lleva a la chica esta noche?

La oferta hizo que el hombre se pusiera en pie. —Trato hecho, joder. —Miró a Thadious—. Abajo. Despejad un sitio. —Se quitó la chaqueta, mirando a Sahvrin con una sonrisa lasciva—. Joder, dejad que hagan apuestas.

La adrenalina de Sahvrin se disparó mientras se encogía de hombros ligeramente. «No malgastes, no te faltará», dijo, siguiendo

al demonio fuera de la habitación.

«¿Estás seguro de esto?», murmuró Jek mientras bajaban. «¿En su territorio?».

—Estoy seguro de que le voy a romper los dientes y rescatar a mi hija. Dile a nuestros Freres que se preparen para luchar.

Abajo, la banda dejó de tocar y una voz resonó: «Damas y caballeros... ¿pueden prestarme atención?». Era Thadious, pasando sus dedos gordos y anillados por su cabeza como si tuviera pelo, con su sonrisa de siempre. «Esta noche tenemos un regalo especial para ustedes. Algo que no hemos hecho antes, pero, demonios, si les gusta, ¿por qué no volver a hacerlo?».

Así que *despejar la pista* significaba *limpiarla.*

«Por primera vez, aquí y solo aquí, en el Breaux Bridge *Roulettes*, vamos a tener una *pelea* a la antigua usanza».

Los vítores estallaron y él se rió, asintiendo con alegría. «Dos hombres lucharán hasta el knock-out. Sin armas letales y sin armas, solo con los puños. Esta noche, dejaremos que aquellos que quieran quedarse a ver la pelea hagan apuestas de 20 dólares. Los que apuesten por el ganador se repartirán las ganancias después de que el diez por ciento vaya a parar a The Roulette». Señaló hacia la derecha. «Marie, que está al fondo, tomará nota de vuestros nombres y vuestro dinero. ¡La pelea empieza en treinta minutos!».

Sahvrin se quitó el abrigo y se lo entregó a Jek, luego se desabrochó los botones de la camisa.

«Ha ganado dinero rápido con eso», murmuró Jek, sacando su cartera.

«¿Qué estás haciendo?», se preguntó Sahvrin.

Hizo una pausa y lo miró. «Apuesto. Vamos a ver», dijo.

Sahvrin le entregó la camisa y estiró el cuello mientras observaba a su hermano, que tramaba algo con su dinero. «Las ganancias se destinarán a obras benéficas».

Echó un vistazo al torso musculoso y cubierto de tatuajes de Remy.

«Hola, Lord Dumb Bells», murmuró Zep. «Saludos desde el gimnasio para maricas de Nueva Orleans».

«Asegúrate de lijar el suelo con esos abdominales de acero», añadió August con una risita.

«¿Recuerdas ese caimán de 300 kilos al que noqueaste?», dijo Jek al oído de Sahvrin. «Tómate tu tiempo y haz que dure. No querrás asustarlos y que se echen atrás en la guerra en la que tan brillantemente los has metido».

Sahvrin le devolvió la sonrisa. «¿Te gusta eso?».

Él respondió con estremecedores gemidos de placer.

—¿Es esa Savvie? —se preguntó Zep, asintiendo con la cabeza.

Sahvrin se giró y su corazón dio un vuelco al verla en persona. —Joder.

—Por eso estás luchando —le recordó August.

«Joder», murmuró Sahvrin.

Jek se inclinó hacia él. «¿Qué?».

«Ella está mirando», se dio cuenta Sahvrin.

Zep se acercó. «No estarás nervioso, ¿verdad?».

«Estoy a punto de darle una paliza al hombre que ella cree que es su padre».

«Ohhhhh», susurró August, mientras Zep siseaba y Jek añadía un «joder, tío, claro».

«Quizás deberías ir con cuidado, ve despacio», sugirió August.

«No», dijo Zep. «Tienes que hacerlo rápido, por mucho que yo quiera que dure y dure».

Tenía razón. No iba a obligar a su hija a ver cómo golpeaba al hombre que ella creía que era su padre. Ella lo odiaría.

—Puede que ni siquiera quiera irse con nosotros —dijo Zep en voz baja.

—Sí, mierda, tienes razón —asintió Jek—. Quizá podamos llamar a Katrina y dejar que ella hable con ella.

Sí. Dejemos que su madre mentirosa arregle esa mierda.

—¿Qué movimiento vas a usar? —preguntó Jek, ahora ansioso.

—No lo sabré hasta que lo vea bailar —dijo Sahvrin, decidiendo quitarse también las botas y los calcetines. El suelo

resbaladizo siempre era un problema a la hora de lidiar con caimanes, y si quería hacerlo rápido, necesitaría agarre. La parte de noquearlo se podía hacer con una llave de estrangulamiento. Su sed de sangre se disparó ante la idea de que no tendría que darle muchos golpes.

Sahvrin observó a Remy hablar con Savvie. La expresión de su rostro pasó de la confusión a la preocupación. Sus ojos encontraron a Sahvrin, y él se quedó clavado en su mirada, deseando saber qué le había dicho. Remy le gritó, y ella dio un respingo, volviendo su atención hacia su guardián con evidente miedo. Pero entonces él la agarró por el hombro y ella se retorció de dolor, lo que hizo que su venganza hirviera con nuevos planes jodidos.

—Combatientes, reúnanse en el círculo y dense la mano —rugió Thadious, recibiendo una mirada fulminante de Remy—. O simplemente reúnanse en el círculo —dijo, con una risa espasmódica que resonó como un disparo de perdigones por toda la sala.

Al entrar en el círculo, Remy adoptó la postura estándar de un boxeador.

«¡Luchad!», gritó Thadious.

Sahvrin tambaleó con las manos en alto y las palmas abiertas, atento a ese tic revelador. Remy fingió unos cuantos golpes y finalmente lanzó un fuerte derechazo. Sahvrin lo esquivó mientras empujaba el brazo de Remy hacia abajo, poniendo su cara en la trayectoria de su rodilla. El golpe lo hizo tambalearse hacia un lado, y él agarró un brazo, barrió con la pierna y luego pasó directamente a una llave que le rompió el hombro en el suelo. Remy estalló en gritos, golpeando con su brazo libre mientras su cuerpo se doblaba por el dolor insoportable.

Sahvrin lo soltó y saltó hacia atrás, dejándole levantarse. «Vamos», le dijo, ansioso por su sangre mientras lo mantenía en su zona de muerte. «¿Te gusta asustar a las niñas pequeñas? ¿Eso te hace sentir como un hombre?». Sahvrin lanzó un puñetazo que le dio en la mandíbula. Remy echó la cabeza hacia atrás y se abalanzó sobre él con furia. Sahvrin se apartó, le dio una patada en el

estómago, le agarró la cabeza y se la estrelló tres veces contra la rodilla antes de empujarlo.

Remy se tambaleó hacia atrás entre la multitud, sujetándose la nariz que sangraba profusamente mientras le miraba de reojo. Empujó a la gente mientras volvía al círculo con los puños en alto, en la misma postura de boxeo. Sahvrin fingió un golpe con la izquierda, luego con la derecha, haciéndole retroceder. «¿Tienes miedo, tío? Vamos. Vamos».

Volvió a correr y derribó a Sahvrin al suelo. Su rodilla le dio una vez en las costillas y Sahvrin se giró por debajo de él y lo volteó sobre su espalda, inmovilizándole la pierna. Volvió a gritar y golpeó el suelo con el puño mientras Sahvrin le presionaba más, a punto de romperla una y otra vez.

Después de gritar lo suficiente, lo soltó y le dio un codazo en la nariz antes de ponerse en pie de un salto.

Remy luchó por levantarse, pero su pierna ya no le servía. Sahvrin se acercó a él y le dio una bofetada con la mano abierta. «Vamos, Rey Polla, ¿eso es todo lo que tienes?».

Con su única rodilla sana, Remy se abalanzó, recibiendo el talón del pie de Sahvrin en el pecho. Lo siguió al suelo de nuevo y le hizo una llave con el brazo, tirando hasta conseguir esos gritos de agonía que le hacían retorcerse los dedos de los pies. Esta vez, tiró hasta que se oyó un fuerte crujido. La multitud estalló en gritos y exclamaciones de sorpresa, mientras Remy rugía de dolor.

Sahvrin se levantó. «¡Vamos, levántate!», gritó. «¿Te gusta follar con niñas pequeñas, te gusta venderlas?».

La rabia de Sahvrin era más, más, más sangre. Le agarró por la nuca y lo sujetó con fuerza, golpeándole la cara con el puño sin parar.

La multitud estalló en gritos y Sahvrin no paró ni siquiera cuando sus hermanos intentaron separarlo de él.

Unos brazos se levantaron por debajo de los suyos y lo apartaron de un tirón. «¡Lo vas a matar, joder!».

«Quiero matarlo, joder», rugió.

«¡Piensa en Savvie!», le gritó, arrastrándolo lejos.

Los gritos a su alrededor se volvieron ensordecedores cuando estalló la pelea.

«¡Tengo a Savvie!». Le pareció oír a August por encima del ruido y se dio la vuelta. Al verlos, se apresuró a acercarse, la agarró del brazo y se abrió paso entre el caos en dirección a la salida.

Savvie se le escapó de las manos al caer unos cuerpos, pero August la agarró del brazo y se abrió paso a empujones y patadas, con Sahvrin y Jek siguiéndole. Todos lograron salir por la puerta, excepto Sahvrin, que ahora estaba bloqueado por el Sr. T, que ocupaba la entrada. En el momento en que su mirada salvaje se posó en Sahvrin, la sed de sangre que habían compartido volvió a rugir y el gigante se abalanzó sobre él. Antes de que quedara atrapado en su zona de muerte, Sahvrin le dio una patada en la pierna y le golpeó la rodilla con el talón, doblándolo lo suficiente como para alcanzar su gran cabeza. Sahvrin le asestó tres rápidos golpes con el puño en la sien, haciéndole retroceder tambaleando. Corrió hacia él antes de que recuperara el equilibrio y le embistió con el hombro izquierdo en la cadera, tirando al gordo bastardo al suelo boca abajo. Sahvrin se subió a su espalda y le agarró por debajo de la mandíbula carnosa, tirando con fuerza hacia atrás. Gritó mientras tiraba con todas sus fuerzas, dispuesto a romperle la maldita columna vertebral.

Jek apareció de la nada y le dio varios puñetazos en la cara al Sr. T hasta que quedó inconsciente.

—¡Sahvrin!

Sahvrin se levantó tambaleándose, miró a su alrededor y recibió un puñetazo en un lado de la cabeza. Giró y se agarró al primer cuello que pudo alcanzar y tiró hacia abajo, estrellando la cara del tipo contra su rodilla. Puños y botas le llovían desde todas las direcciones, golpeándolo hasta tirarlo al suelo. Rodó con fuerza hacia la izquierda y luego hacia la derecha, agarrando una pierna y tirando.

El estruendo de las sirenas de los coches de policía se elevó por encima del caos y los cuerpos corrieron en diferentes direcciones mientras Sahvrin se ponía en pie y buscaba frenéticamente a su hija.

«¡Sahvrin!».

Divisó a Jek y a sus hermanos al borde de la multitud, alejándose con Savvie. Corrió para alcanzarlos, corriendo por la acera con ellos.

—He llamado a Katrina —dijo Jek, sin aliento—. Ha hablado con Savvie y le ha dicho que la llevaremos con ella.

—Tendrá que ir con vosotros —dijo Sahvrin sin aliento, recordando que su moto solo tenía un asiento. Se limpió la sangre del ojo derecho y luego la ayudó a subirse a la moto de Jek, poniéndole un casco—. Agárrate fuerte. ¿Entendido?

Ella asintió y él se subió a su propia moto, mirando a August y Zep y viendo que solo tenían rasguños y moretones. Pisó el acelerador y dejó que Bell Noir rugiera como un trueno. Las motos de sus hermanos se unieron a ellos mientras se alejaban en dirección opuesta al caos que dejaban atrás.

Con su hija. Mon Dieu, tenía a su hija, joder.

CAPÍTULO 20

Hasta que Katrina le explicara la verdad a Savvie, él evitó hablar con ella, preocupado por decir algo inapropiado. Envió un mensaje de texto al grupo y les pidió a sus hermanos que no dijeran nada hasta que él hablara con Katrina.

Cuando regresaron, eran casi las dos de la madrugada y Katrina, Lucas y Beth los esperaban en el muelle. Una sola mirada a su pequeña le provocó un hambre insoportable. Después de atracar, vio a Savvie correr hacia su madre y abrazarla. Sintió una punzada de envidia al ver el vínculo que las unía, pero al mismo tiempo se alegró de que ella la tuviera. Quizás incluso sorprendido de ver a Katrina siendo ese tipo de madre. Ella le había asegurado que era diferente, pero él no había creído ni una pizca en su autoproclamada superioridad maternal. Pero estaría encantado de equivocarse en eso.

—Gracias, Sahvrin —dijo Savvie con una sonrisa y un saludo con la mano antes de apresurarse por el muelle con Katrina y sus hermanos.

Finalmente se volvió hacia su Petite, que seguía sonriendo felizmente a la comitiva que se marchaba. La atrajo hacia sus brazos, pero se contuvo y no la besó. «¿Qué has hecho mientras estaba fuera, Ma Petite?».

«Nada, solo te echaba de menos», dijo ella con la mirada más dulce que él había visto jamás. «¿Dónde está tu camisa?», se preguntó, pasando las manos por todo su pecho. «¿Y cómo conseguiste a tu hija? Estoy deseando que me lo cuentes...».

La besó, dejando libre su deseo. La delicada y ansiosa danza de su lengua junto a la de él y sus respiraciones entrecortadas le arrancaron un gemido. «Ma Petite está tan jodidamente hambrienta», se estremeció mientras ella le arañaba el cuero cabelludo con las uñas y jadeaba *un «sí».*

«Te necesito».

Esas pequeñas palabras lo envolvieron en llamas. Le agarró la cara con las manos y la besó más profundamente con un gemido doloroso. «Voy a hacerte correrte muy fuerte, Angel», juró. «Y luego te obligaré a hacerme correrme».

«Oh, Dios, sí», gritó ella débilmente, con los brazos agarrados a su cuello.

Finalmente, la sentó frente a él, asegurándose de que no se cayera mientras le sonreía. «¿Te llevo en brazos?».

Ella soltó una risa nerviosa. «Creo que puedo flotar en esta nube en la que estoy».

La risa de Sahvrin rompió la noche, recordándole el poder especial que Su Pequeña tenía sobre él. Le acarició la cara con ambas manos, besándole la frente, los ojos y las mejillas.

Sus uñas le arañaron la cabeza de nuevo, y sus besos volvieron a ser explosivos. Se separó, sin aliento, y le agarró de la mano, tirando de él hacia el muelle.

«Ma Petite», se rió él. «¿Ahora mandas tú?».

«¡Al menos hasta que lleguemos al dormitorio!».

Fiel a sus palabras, cuando entraron en su habitación y él cerró la puerta, la encontró esperando a varios metros de distancia como una buena Petite Ange. Cerró la puerta con llave y se dio la vuelta.

«Dios mío, ¿qué te ha pasado en la cara?».

Ella corrió hacia él y él hizo una mueca de dolor cuando ella le tocó la mejilla con los dedos. «Te lo contaré más tarde», dijo él, sin querer distraerla.

«¿Estás bien? ¿Es eso todo lo que te pasa?». Ella le miró de arriba abajo.

Él se dirigió a la cómoda. —Solo unos moretones aquí y allá. Nada que una ducha no pueda arreglar.

—Tu *espalda* —chilló ella, volviendo a poner sus suaves manos sobre él. Él cerró los ojos, disfrutando de lo bien que le sentaba. —Quizá prefiero no saber qué ha pasado.

El sonido de su angustia solo lo excitó más. Ahora estaba frente a él, besando los puntos sensibles de su pecho. —¿Te veré después de la ducha?

«Sí, señora, así será», murmuró él, observando su boca sobre él. Ella pareció darse cuenta de que él estaba dispuesto a dejarla hacer eso toda la noche y dio un paso atrás.

Él se dirigió hacia la puerta mientras aún tenía fuerza de voluntad.

«¿Quieres ayuda?», le preguntó ella cuando él estaba a punto de cerrarla.

Él se detuvo durante unos largos y ardientes segundos. «Me ayudarás después», prometió, saliendo.

****

Beth caminaba de un lado a otro por la habitación mientras esperaba a Sahvrin, incapaz de quedarse quieta. Oh, Dios, estaba esperando a Bishop, recordó. Caminaba despacio, sin querer sudar y empezar a oler mal. Él querría hacer cosas que requerían estar limpio. Dios, ni siquiera podía decir las cosas que pensaba. Realmente era hora de que se relajara al respecto. Como él, era tan... seguro y sexy y no tenía ninguna vergüenza. Qué suerte.

Se detuvo y corrió hacia la cama al oírlo en las escaleras. Se quitó los pantalones del pijama y se arrancó la camiseta y el sujetador deportivo, buscando un lugar donde guardarlos. Los metió en una de las ventanas del barco y subió corriendo por la escalera, metiéndose bajo las sábanas. Tumbada boca arriba y sin aliento, se quitó las bragas bajo las sábanas y buscó un lugar donde guardarlas. Las metió a los pies de la cama, bajo las sábanas, y volvió a su sitio, como una víctima ansiosa y sin aliento. No, sumisa. Sumisa. Sumicista. Se rió de sí misma y la puerta se abrió. Su mente entrometida la llevó a levantar la cabeza para verlo.

Él estaba cerrando la puerta y ella no pudo evitar decir: «Dios mío, esto está empeorando», al ver los moretones en su espalda.

Él se acercó a ella con una mirada de sorpresa. «¿Ma Petite está enfadada?».

Ella acarició su hermoso rostro y tocó el corte junto a su ojo derecho. «¿Quién te ha hecho esto?», preguntó, besándole la frente.

«Me han atacado», dijo como si fuera la parte más aburrida de su noche.

«¿Quién?».

Él extendió la mano, tomó un mechón de su cabello y lo llevó a su nariz para olerlo. «Una turba enfurecida».

«¿Por qué?», preguntó ella, observando su hermoso rostro mientras él deslizaba su cabello por su boca con los ojos cerrados.

«Porque estaban enfadados». Abrió lentamente los ojos y bajó la mirada hacia la sábana. «Pero nunca podrán estar más *enfadados* que yo, Ma Petite».

Ella tragó saliva cuando él deslizó el dedo bajo la sábana y lo alejó lentamente de sus pechos.

«Pero esto...», murmuró, tocando la punta de su pezón con el dedo, «hace que mi ira parezca insignificante».

El calor entre sus piernas la hizo gemir mientras observaba su hermoso rostro, con sus palabras agitándola. Sentía como si provinieran de Bishop, y esperó sin aliento por más. Sus ojos se movieron hacia los de ella y la mirada imprudente en su mirada le provocó un suave grito de necesidad. Ella quería a Bishop más que nada, pero ¿cómo decírselo? Al ver el tormento silencioso en su mirada, se movió hacia él. Las palabras *«ven* aquí» nunca salieron de su mente, pero no fue necesario porque él se levantó de un salto y se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda.

Ella se quedó mirando la curvatura de su postura, deseando curar todo el dolor que él ocultaba en esa oscuridad. «Oye», le susurró detrás, acariciando el hermoso tatuaje con los dedos. «Soy buena escuchando, ¿lo sabías?». Se inclinó y besó los cálidos y sedosos músculos, dejando que sus manos exploraran sus hombros. «Eres tan guapo», murmuró, deslizando sus labios por su piel y sus dedos por su cabello. Lo observó inclinar su hermoso rostro hacia ella con los ojos cerrados. La idea de que ella era una fuerza en su vida capaz de consolarlo le dio valor. Se puso de rodillas y lo abrazó, presionando sus pechos contra su espalda.

Él gimió inmediatamente, con un atormentado «Ma Petite» mientras ella le besaba el cuello. Ella se volvió más atrevida y movió sus pezones contra él, haciendo que su respiración se tensara con

más gemidos. La sensación de él en sus labios y manos la volvió loca de deseo y se permitió imaginar que era suya como él era suyo. Pasó los dedos por su cabello en la nuca, cerró el puño y tiró un poco. El jadeo caliente que él soltó hizo que su deseo se disparara. Ella le giró la cabeza y lo besó, y entonces el deseo de él explotó y la empujó hacia la cama. Ella se inclinó bajo el repentino poder, desesperada por ello.

Su respiración se agitó cuando él le agarró las manos y las movió por encima de su cabeza, besándola mientras balanceaba su erección contra su pierna. La sensación de su polla dura a través de los vaqueros la hizo empujar hacia atrás, ayudándole.

«Te quiero desnudo», jadeó ella, necesitando sentirlo como él la sentía a ella.

«Te voy a follar hasta dejarte hecha pedazos, te lo juro», se estremeció contra su boca, mordiéndole el labio con un gemido.

«Pues hazlo», dijo ella, sin importarle nada más. «Por favor, quiero que lo hagas».

«No...», gimió él, mordiéndole el hombro y chupándole el músculo con fuerza. Se desplazó hacia sus pechos e hizo lo mismo allí, haciéndola gritar y aumentando su deseo. Ahora entendía por qué le sujetaba los brazos con tanta fuerza. Ella se retorció debajo de él cuando él frotó su pecho contra los pechos de ella mientras la besaba. Sujetándole ambas muñecas con una mano, utilizó la otra entre sus piernas. Era tan injusto. Ella protestó con fuertes gemidos cuando su dedo se deslizó dentro de ella.

«Estás tan jodidamente húmeda», le susurró al oído, moviendo el dedo más profundo y rápido.

«Dios mío», gritó ella, retorciéndose debajo de él mientras abría las piernas todo lo que podía. «Quiero correrme, quiero correrme», dijo entre respiraciones entrecortadas.

De repente, él redujo la velocidad, como si recordara que tenía control sobre eso.

«Por favor», suplicó ella, mareada por lo caliente que la ponía.

Esta vez, cuando la besó, fue con más hambre que nunca. Deslizó lentamente su dedo dentro y fuera de ella, luego se lo llevó a

la boca y lo chupó.

«Oh, Dios», jadeó ella, incapaz de apartar los ojos de su rostro severo.

Él deslizó ese mismo dedo sobre su boca y ella cerró los ojos, jadeando por lo perverso que estaba siendo. Él empujó su dedo dentro de su boca y su áspero «*Joder*» salió volando cuando ella lo chupó con avidez. Él bombeó su dedo dentro y fuera, con gemidos calientes.

«Necesito chupártela», suplicó ella. «Déjame chupártela».

«Date la vuelta».

La orden apasionada la sacudió por dentro. Ella hizo lo que él le dijo y él añadió, con el mismo tono: «Agárrate a algo». Ella extendió la mano y encontró el borde de la estantería de arriba y se agarró con fuerza.

«No lo sueltes. Si lo sueltas, se acabó. ¿Estás de acuerdo?».

Ella gimió y jadeó un «Sí» y, en cuanto lo hizo, él arrancó la sábana.

«Dios *mío*, tu *culo*».

La ira en su tono la confundió, al tiempo que la excitaba hasta lo más profundo. Luchó contra la vergüenza y la preocupación por lo que él pudiera pensar.

«Abre las piernas».

Su tono enfadado la estaba desarmando. Las abrió hasta la mitad y sintió cómo él se movía entre ellas. Sus manos acariciaron sus pantorrillas y subieron. Sus dedos se clavaron en la parte superior de sus muslos y empujaron, obligándola a abrir las piernas lo máximo posible. «Oh, Dios, oh, Dios mío», jadeó ella.

«Tu *maldito... culo*»*,* repitió él, con tono de sorpresa, mientras acariciaba y apretaba las nalgas con ambas manos. Sus gruesos gemidos la estaban matando. ¡No podía creer que le gustara tanto esa parte de ella! Él frotó su coño contra la cama usando su culo para moverla. «Una mano, Ma Petite. Toca tu precioso coño chorreante».

«Bishop», gimió ella, moviendo la mano debajo de ella.

«Déjame ver tu dedo dentro», dijo él con voz ronca, levantando su culo de la cama. Ella trasladó su peso a sus rodillas

abiertas y mantuvo las caderas en alto mientras las movía al ritmo del intenso calor. «Qué calor», gritó en el colchón, jadeando.

Él soltó su trasero y ella lo mantuvo en alto, ya extrañando su toque. Su dedo se sumergió dentro de ella, tocando el de ella, luego se deslizó hacia afuera, subiendo hasta su trasero.

«Dios mío», exclamó ella, apretando los ojos con fuerza por la excitación y el miedo. Él presionó la yema de su dedo contra el músculo tenso, moviendo su otra mano hacia su coño, ayudándola allí. «Oh, sí, sí», se tensó ella, cuando los dedos de él se deslizaron bajo su mano hasta su clítoris. «¡Qué calor!», exclamó ella, luchando por tocarse más rápido y más profundamente.

De repente, su boca cubrió su mejilla y la chupó con fuerza mientras su dedo se movía sobre su culo como un latido.

«Lo quiero, por favor, sí», dijo ella, asombrada de lo bien que se sentía mientras se masturbaba. «Fóllame con tu dedo». Ella se refería a su coño, pero su dedo se hundió muy lentamente en su culo. «¡Oh!», exclamó ella, nerviosa. Él solo había llegado hasta la mitad y, dos segundos después, empezó a moverlo dentro y fuera con movimientos cortos. Deslizó su otro dedo en su coño con un gemido, empujando más allá del de ella.

«Dos manos», dijo él, concediéndole su deseo de solo una más.

Ella se tocó con la otra mano, moviendo los dedos sobre su clítoris mientras levantaba el culo aún más. Él la mordió, luego la lamió y la besó, como si ella lo estuviera volviendo loco.

«No puedo esperar para follarte», dijo entre jadeos.

«Pues no esperes», espetó ella, llegando al orgasmo. La nueva sensación que él creaba en su culo y su coño, junto con su clítoris, construyó algo gigantesco. «Oh, Dios, Bishop», jadeó ella, asombrada. Sus dos dedos se movían ahora con la misma profundidad, a un ritmo aún más lento de lo que ella quería.

«Algún día enterraré mi polla en tu precioso culo», juró, empujando el dedo tan profundo como pudo.

«¡Sí! ¡Ya viene, por favor!», suplicó ella, moviendo las caderas para que todo fuera más rápido. Él giró el dedo enterrado en su culo

y luego introdujo un segundo dedo en su coño. La sensación de estrechez al estirarla la llevó al límite.

«Me matas, joder», dijo él mientras ella alcanzaba un orgasmo tan intenso. Sus dos dedos se movían rápido y profundamente, obligándola a tener un orgasmo interminable. Ella sacudió las caderas y se estremeció, llenando la habitación de gritos incesantes hasta que, finalmente, los temblores se calmaron.

En cuanto terminó, se giró hacia un lado y lo encontró sentado en cuclillas, con las manos sobre los muslos enfundados en vaqueros y con aspecto devastado.

«Te toca», dijo ella, moviéndose sobre sus rodillas y tomando su cara entre sus manos. Lo besó, sin ocultar su deseo, y el jadeo caliente con el que él llenó su boca la encendió y la hizo desear más.

«Joder», dijo él, mientras ella lo empujaba sobre su espalda.

«Agárrate a algo», le ordenó sin aliento mientras le desabrochaba los vaqueros y se los bajaba por las caderas. Se quedó paralizada cuando apareció su polla. «Oh, Dios mío», susurró al ver lo enorme que era, antes de volver a su frenético ritmo de arrancárselos.

En el fondo, le preocupaba que su valor flaqueara, pero cuando él finalmente quedó desnudo, se triplicó. Él se apoyó en los codos, mirando sus tetas, y la expresión de su rostro decía que moriría si ella se detenía ahora. «Ábrete para mí».

Su orden no fue muy enérgica, pero la forma en que parecía quemarlo físicamente mientras él obedecía la hizo sentir poderosa. Él no se agarró a nada y eso le pareció muy bien. Quería que él viera lo que estaba a punto de hacer. Dios, ¿y qué era eso? Devorarlo como una virgen tonta, eso era. La forma en que su cuerpo se agitaba con anticipación indicaba que probablemente podría soplar sobre él y él alcanzaría el orgasmo.

Pasándose entre sus piernas, decidió probar a masturbarlo. Agarró su polla con una mano y la cerró lentamente alrededor de ella, jadeando al sentir lo caliente y dura que estaba. Dios mío, era como una *roca,* literalmente. Sedosa y ardiente.

«Ma Petite», exclamó él, echando la cabeza hacia atrás mientras ella deslizaba lentamente su puño a lo largo de su enorme

miembro.

«Eres *tan* hermoso». Ella recordó cómo él había tocado la cabeza. Usó la punta de su dedo y rodeó ese borde grueso, gimiendo cuando él abrió más las piernas y bombeó su pene en su mano. «Oh, Dios, sí», dijo ella, moviendo la mirada hacia su rostro.

Dios mío, estaba hirviendo ante sus ojos. Era increíble y emocionante. Concentró sus esfuerzos, deslizando su mano hasta la base y luego volviendo a subir, utilizando su segunda mano en círculos sobre la parte superior. Una vez más, lo miró para ver si lo estaba haciendo bien, y su mirada la golpeó como una bomba de calor. Sus manos estaban apretadas contra la sábana arrugada y su boca sexy permanecía abierta con silbidos calientes y gemidos lujuriosos sin parar.

Con la mente alucinada y el valor por las nubes, se tumbó sobre su cadera derecha, colocando su hermosa polla a una distancia fácil de saborear.

Una larga serie de gemidos franceses salió de su boca sexy cuando ella lo sujetó con fuerza con una mano y le dio su primer beso a la gruesa cabeza. Su tormento la tenía tan cachonda que decidió que necesitaba que él se corriera tanto como ella. Abrió la boca y se llevó solo la cabeza entre los labios, sintiendo el sabor salado en la lengua. Movió los labios arriba y abajo sobre esa gruesa cresta, disfrutando de la sensación. Ella gimió cuando sus siseos se hicieron más largos y fuertes, acompañados de gemidos ásperos.

«Joder, Dieu», soltó él, sacudiendo las caderas varias veces.

«Mmmm, ¿quieres follarme la boca?».

—Ma Petite —se esforzó él.

Ella jadeó cuando él extendió la mano y la agarró por la nuca, tirándole del pelo. Cerró los ojos ante la increíble sensación de que él la sujetara de esa manera. Dios, se iba a correr, se dio cuenta, por eso lo había hecho. Dejó que él la controlara, bajando de nuevo hacia su polla con un profundo gemido de satisfacción. Estaba lista para devorarlo como él hacía tan bien. Agarrándole la base, bajó, llevándolo hasta el fondo de su garganta. Esta vez, sus dos manos le tiraron del pelo y la mantuvieron quieta. Podía sentir su polla palpitando en su boca, madre mía. Se quedó inmóvil, siguiendo sus

instrucciones mientras bajaba la mano hasta sus testículos, como le había visto hacer a él.

Más saliva brotó cuando los acarició y gimió por lo bien que se sentían bajo sus cuidadosos dedos.

«Joder, Beth, me corro», juraba sin aliento, con las caderas bombeando ahora más rápido. Ella concentró todos sus esfuerzos y le acarició los testículos. Antes de que se preocupara por si lo estaba haciendo bien, él le agarró la cabeza entre las manos y la obligó a tomarlo rápido y profundo, y, Dios mío, qué sensación tan intensa que le aplastaba el útero.

«¡Oh, *Beth*!». Su cuerpo se tensó durante varios segundos antes de entrar en una serie de largos y deliciosos gemidos. El semen caliente brotó contra su garganta y ella hizo lo único sensato que se le ocurrió: tragó.

Ella lo obligó a disfrutar cada pizca de placer tal y como él había hecho con ella, y él finalmente volvió a agarrarle la cabeza, haciéndole saber que había un punto final y que lo había alcanzado.

Como si bajara de una atracción, soltó su pene, que se estaba ablandando, con renuencia, mientras lo miraba y se lamía los labios. El veredicto de cómo lo había hecho llegó en forma de él tirando de ella para que se colocara encima y besándola como si ella solo hubiera conseguido aumentar su apetito de alguna manera. Gimió en la boca del otro, una expresión sin palabras de placer y satisfacción. Eso la hizo sonreír en sus labios.

—Sí, lo has hecho jodidamente bien —le dijo en la boca, acariciándole la cara y presionando su cabeza contra su pecho—. Pero no puedes estar desnuda encima de mí más de un minuto o te follaré hasta que pierdas el conocimiento.

Ella se incorporó, cogió la manta y la colocó entre ellos. «Ya está. Amenaza de incendio extinguida».

Él la atrajo hacia él, acariciándole la cabeza sobre su pecho con una profunda inspiración.

—¿Qué te preocupa? —preguntó ella, besándole el pezón—. ¿Es Savvie? —preguntó entre bostezos. Cerró los ojos ante la maravillosa sensación de sus dedos acariciándole la frente.

—Sí —dijo él, aparentemente contento de decirlo—. No creo que sea un buen momento para decirle que soy su padre y me está matando no hacerlo.

—Entonces espera un par de días. ¿Sabe que nunca volverá allí?

—No

—¿Cómo crees que se lo tomará?

—Ni puta idea.

—Es una muñequita —dijo Beth, sonriendo—. Quizá ella y Luseah se hagan amigas.

Él no dijo nada y ella le acarició el pecho con los dedos. —Tienen edades más parecidas. Seguro que Lucas se llevará bien con ella.

«Mon Dieu, tenemos que decirle la verdad antes de que se enamore de él como todas las chicas. Esa... *maldita* Katrina».

Ella levantó la cabeza y lo miró.

«Es una zorra», afirmó él con mirada seria.

«Sí, lo es», murmuró Beth, volviendo a recostar la cabeza. «Me robó algo muy preciado que quizá nunca llegue a experimentar».

Él dejó de acariciarle el hombro. «¿A qué te refieres?».

Ella suspiró dramáticamente. «Ohhh, como...». Levantó la pierna en el aire, mostrándola. «...que un artista con talento me pintara desnuda».

Bajó la pierna y la deslizó por la de él, sonriendo.

«Nunca he vuelto a pensar en pintar desde que se marchó».

«Lo sé, lo he oído», dijo ella, sin querer volver a oírlo.

«Hasta hace cinco segundos», dijo él, volviendo a acariciarle el hombro.

Ella levantó la cabeza apoyándose en el codo. «¿En serio? ¿Me pintarás? ¿Desnuda?».

«Te pintaré desnuda si puedo follarte entre sesión y sesión».

Ella soltó una risa ahogada y lo besó en la boca. «Trato hecho, señor Bishop».

«Joder», susurró él, agarrándole la cara y besándola. «Te das cuenta de que has alimentado a un monstruo. No está bien, Ma

Petite».

—Mmm —dijo ella, acariciándole ahora el rostro con los dedos —. Solo necesita una amiga como yo. —Le dio unos besitos en la barbilla—. Creo que deberías saber que... yo me enamoré de él primero.

«Mon Dieu, estás intentando matarme esta noche», dijo él, rodeándola con fuerza con sus brazos. «Te contaré un secreto sobre Bishop», dijo. «Antes de encontrarte en el pantano, pasó muchas horas lamentando su comportamiento con el Ángel del Norte».

Ella levantó la cabeza con un grito de alegría. «¿En serio?».

—Por supuesto —le aseguró él, haciéndola girar hacia un lado —. Tenemos que dormir. Mañana nos espera un gran día.

Ella se giró y él se acurrucó detrás de ella con la manta entre ambos. —¿Qué vamos a hacer?

—Visitaremos a algunos de nuestros ancianos, nos aseguraremos de que tienen lo necesario, iremos al pueblo a por provisiones...

«¿Para la fiesta?», se preguntó ella, sonriendo emocionada.

—Sí, y pasaremos por la oficina de correos.

—¡Por los libros! Dios mío, ¿y si han llegado?

«Entonces tendremos que programar las clases».

Ella se rió al oír eso. «¿Y quién será el profesor?».

—Eso lo decidiremos en clase.

Le acarició el brazo, presionando su boca sobre él y deslizando los labios contra el vello áspero. «¿Puedo ir a la ciudad contigo?».

«No, pero te llevaré en barco a ver a los ancianos. Es demasiado pronto para arriesgarme a que te vean en la ciudad. Aún hay muchas cosas que no sé».

«De acuerdo». Se preguntó por su padre. «Espero poder averiguar al menos si mi padre está bien».

Él la atrajo hacia sí, cruzando su pierna sobre la de ella. «Te prometo que lo averiguaré mañana».

Ella cerró los ojos. «Gracias. ¿Savvie puede venir con nosotros a ver el pantano también?».

—Mmhmm —dijo él, con voz medio dormida.

Ella extendió la mano hacia atrás y le acarició la cabeza, pasando los dedos por su sedoso cabello. —Buenas noches, Bishop —murmuró, sonriendo al oír un ligero ronquido—. Buenas noches, mi dulce Sahvrin.

CAPÍTULO 21

Sahvrin ayudó a su Petite a ponerse la ropa para el pantano, preguntándose adónde habrían ido Lucas y Savvie. «Juro que más le vale no hacer tonterías con esa chica». Decidieron improvisar cuándo contarle la verdad a Savvie, pero, tal y como él temía, Lucas iba a ser un problema.

«Oh, para», le regañó su Petite. «Están bien. Además, no es como si fueran parientes consanguíneos y...».

Él se enderezó y la miró. «Ni lo *digas*».

«Tienes razón, lo siento. ¿Vamos a caminar por el agua?», se preguntó ella, cambiando de tema.

—No, pero si tienes que hacerlo, por cualquier motivo, necesitarás estas botas que te protegen de las serpientes y otras criaturas.

—¿Criaturas, eh? Me gusta mucho esto —dijo ella, inspeccionando su mono—. ¡Tiene más bolsillos que un bolso! —Metió las manos en cada uno de ellos—. Muy práctico. Como ropa de campo.

Se levantó y le dio un beso firme en los labios. Si no lo hacía de vez en cuando, se acumulaba y se convertía en una distracción. «Te quedan bien». Y realmente le quedaban bien. Estaba tremendamente sexy vestida de negro. La camiseta sin mangas que llevaba debajo también era negra, lo que le hizo desear haber elegido una de sus camisetas blancas. Tenía los pechos medianos, ni grandes ni pequeños. Justo en su punto. Y él era el lobo feroz listo para comerse sus perfectas gachas. Le habría puesto una camiseta de manga larga, pero hacía demasiado calor. «Necesitarás protector solar, no me dejes olvidarlo», dijo. «Savvie también».

—A diferencia de todos vosotros, soldados del pantano. Tan bronceados.

La envidia en su tono le hizo reír. «No más bronceado para ti», dijo, haciéndola reír.

«Mi quemadura se curó casi por completo al día siguiente gracias a la crema de tu Mah-Mah».

«Necesitas un acompañante cuando te bronceas», dijo él, haciéndola reír.

«Quizás Bishop pueda vigilarme mientras tomo el sol».

Mon Dieu. Terminó de meterle los pantalones en las botas y se puso de pie. «Quizás Bishop podría follarte mientras tomas el sol».

El deseo que se reflejó en su rostro le hizo frenar en seco. «Lo siento, tengo que comportarme. No puedo permitir que pongas esa cara delante de mis hermanos».

Ella abrió mucho los ojos y susurró: «Oh, Dios».

—Toma —le dijo, entregándole la gorra negra—. Puedes hacerlo tú sola.

—¿Seguro que no quieres hacerlo tú también?

—Te encanta, lo sé —la acusó con ligereza.

«Sí», dijo ella, riendo. «Vísteme, aliméntame».

Él se puso de pie y la miró. «Tocarte. Lamerte. Chuparte».

Ella le empujó en el pecho con los ojos muy abiertos, haciéndole reír.

«Lo siento otra vez», dijo él, levantando ambas manos y negando con la cabeza. «Puedes castigarme más tarde. Ven», dijo, tomándola de la mano.

«¡Espera, tengo que ponerme la gorra!».

Mientras ella lo hacía, él echó un vistazo al almacén y se llenó los bolsillos con diversos alimentos.

«¿A dónde vamos primero? No puedo creer que vaya a montar en una lancha neumática, nunca he montado en una. Espero que no dé mucho miedo».

Encontró un saco de patatas vacío y echó allí los aperitivos. «Hace mucho ruido, pero es muy divertido si tienes un buen conductor. Y tú lo tienes».

Ella luchó por meter su largo cabello por el agujero de la parte trasera de la gorra y él dejó la bolsa en el suelo para ayudarla.

«Ma Petite, quizá tengas que recoger tu cabello en esos feos moños, para no parecer una criatura del pantano cuando todo esto termine».

Ella soltó otra de sus grandes carcajadas mientras él la ayudaba, luego le tomó la mano y la llevó a la cocina. «Coge algo para comer, no tendremos tiempo para un desayuno completo. Lucas», llamó. «¿Estás listo?».

«Sí», respondió él, bajando las escaleras a toda prisa.

«Coge comida, tenemos que darnos prisa. ¿Dónde están Savvie y Bart?», preguntó Sahvrin, metiendo fruta y todas las verduras comestibles que pudo encontrar en el saco. «Coge la nevera portátil, Lucas. Asegúrate de que tiene bebidas».

—Ya lo hice —dijo él.

—Buen chico —murmuró Sahvrin.

—¡Bart! —gritó Lucas por encima del hombro—. ¡Vamos! Ah, Savvie está hablando con su madre. Voy a buscarla.

—¿Estamos listos? —preguntó Bart, apareciendo por fin en la puerta.

Sahvrin negó con la cabeza al ver su atuendo. —¿Adónde crees que vamos, al Polo Norte?

«Prefiero no acabar con una erupción cutánea mientras tú vas a cien por el agua».

—Beth y Savvie vienen con nosotros —rió—. Conduciré como un abuelo.

—Uuuugh —murmuró Lucas mientras salía.

—No tienes que ir despacio por mí —dijo Beth—. Me gusta ir rápido. Apuesto a que a Savvie también.

Sahvrin se dirigió a la puerta. «Vamos, Ma Petite. Es hora de recorrer los pantanos».

«¿Rodear?», preguntó ella mientras lo seguía.

«Significa correr».

«¿A qué velocidad vas? ¿A unos cincuenta kilómetros por hora?». Bajó las escaleras apresuradamente tras él. «De verdad que no me importa ir rápido. Esquío, conduzco motos de nieve».

Sahvrin asintió con un encogimiento de hombros, dejándola alcanzarlo. «Es parecido. Solo que sin nieve».

—Nuestras motos de nieve son bastante rápidas —dijo ella, mirando alrededor del patio cubierto por un manto de niebla—. Llegan a los cien, pero nunca vamos tan rápido.

—Me alegro de oírlo. No es seguro ir rápido a menos que conozcas bien el vehículo y el terreno.

«Pero tú sí», dijo ella mientras él la cogía de la mano para cruzar el estrecho puente al fondo del patio. «Vaya, ¿esto es *otro* embarcadero? Sabes, puedo llevar algo».

«Lucas», gritó antes de responderle. «Este es el muelle para las lanchas neumáticas».

«Dios mío, ¿son ellos?», se preguntó mientras caminaban por el muelle. Se protegió los ojos del brillante sol matutino que salía detrás de sus seis Swamp Dragons. «¿Son barcos?».

Detrás de ellos se oyeron pisadas y gritos emocionados, y Sahvrin se giró hacia la derecha cuando Lucas y Savvie pasaron volando a su lado. «¡Por poco!», dijo Lucas, sonriendo a Savvie. Sahvrin quería enfadarse al ver la expresión de su rostro, pero no encontraba nada malo en verla tan feliz.

«Hola, Sahvrin», dijo ella con una sonrisa y un saludo con la mano, indicándole que su madre aún no había dicho nada. No esperaba que ella se lanzara a llamarlo *papá* de inmediato.

«Hola, Savvie, ¿cómo has dormido?», le preguntó.

«Sorprendentemente bien, gracias a Lucas».

Sahvrin lo miró.

—Le presté mi colección de blues —dijo con una sonrisa bastante inocente.

«Hola, señorita Beth», dijo Savvie con un gesto adorable. Era una niña pequeña y preciosa, como su madre, pero tenía los ojos de él, y era una sensación extraña saber que también era suya.

—Hola, preciosa —dijo su Petite, dedicándole una de sus impresionantes sonrisas. Se dio cuenta de que quizá las envidiaba—. ¿Cómo está tu madre? ¿Está bien?

—Sí, señora, le *encanta* estar aquí. Hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz. Sahvrin sintió que Savvie podría compartir ese amor, al menos eso rezaba.

—Estoy muy feliz —dijo Beth, con una preocupación angelical —. ¡Y no me llames señora, me haces sentir vieja! —Entonces miró a Sahvrin—. ¿Quizás Katrina quiera venir?

«Oh, ojalá pudiéramos», mintió fervientemente. «No hay suficientes asientos en esta ronda».

«No pasa nada», dijo Savvie. «Zep le está haciendo compañía».

Sahvrin se ajustó la gorra ante ese comentario tan interesante.

—¡Vaya, estos barcos son increíbles! —dijo Beth—. Nunca había visto nada igual. ¿En cuál vamos a subir?

«Señorita Beth», anunció Lucas, «señorita Savvie», añadió con un toque extra y su sonrisa encantadora. «Estas bellezas son los *Dragones del Pantano*». Saltó al barco de Sahvrin como si fuera suyo. Muy pronto, Mon' Lil Frere. «Pero este es de Sahvrin y no hay otro igual en todo el planeta Tierra», se jactó. «Sahvrin lo modificó hasta *la sac*iedad».

Beth se volvió hacia él. «¿Tú... lo construiste?», preguntó con los ojos muy abiertos.

«Lo modifiqué».

«Él lo construyó», argumentó Bart, subiendo a bordo. «Él construyó todos estos barcos».

«Yo los modifiqué todos».

«Nombra una cosa de este barco que se pueda encontrar en cualquier otro barco neumático», desafió Bart con tono enfadado.

«Cien cosas». Sahvrin ayudó a Savvie a subir al barco, y luego a Beth. «Los asientos, para empezar».

«Ja, ja», dijo Lucas. «Beth y Savvie, os presento al infame... Dragón Nocturno». Hizo una reverencia, lo que hizo que Sahvrin sacudiera la cabeza mientras sacaba los chalecos salvavidas. «A quien me gusta llamar, cuando Sahvrin no puede oírme...», dijo en voz más baja justo antes de gritar: «¡El Dios de los Mil Truenos!».

Sahvrin no pudo evitar reírse mientras guiaba a Beth hasta su asiento y la ayudaba a sentarse mientras Lucas seguía alardeando.

«Este monstruo del pantano vuela sobre las tumbas acuáticas de mil demonios a 210 kilómetros por hora *y*», añadió señalando con

el dedo, «¡crea vientos con fuerza de huracán de categoría *cinco* de hasta 270 kilómetros por hora... con el *culo*!».

Sahvrin se enderezó y le dirigió una mirada severa.

«Se refiere a las hélices», explicó Bart, señalando las hélices.

Ayudó a su Petite a ponerse el chaleco salvavidas. «Pequeño cabrón malhablado», murmuró, haciéndola reír mientras Savvie disfrutaba en exceso de su teatralidad.

«¿Categoría cinco?», exclamó Savvie mientras Lucas la ayudaba a sentarse.

«Sabes que sé nadar, ¿verdad?», preguntó Beth, distrayéndolo de la historia de amor que se estaba gestando entre su hija y su maldito hermano.

—Eso está bien —dijo Sahvrin—. Puedes dejarte puesta la gorra. —Le colocó unos auriculares negros.

«¿De verdad suena tan fuerte?», se preguntó ella, aparentemente decepcionada por tener que llevarlos puestos.

—¿Que si es *fuerte*? —gritó Lucas—. ¡El sonido que hace es de donde viene su *nombre*: ¡Dios de los Mil Truenos! —Hizo varias poses de Hércules mientras rugía en voz baja a todos sus fantasmas imaginarios en los pantanos. Petite y Savvie se rieron de sus payasadas, y Sahvrin no pudo contener la sonrisa ante su nerd del dragón del pantano.

«Lucas, comprueba si hay más gas en la bodega», dijo Sahvrin, poniéndose los auriculares. «¿Quizás sea hora de construir tu dragón, ¿sí?».

Al oírlo, Lucas abrió mucho los ojos, haciendo reír a todo el mundo. Sahvrin tardó varios minutos en explicarle a Beth cómo funcionaba la comunicación con los auriculares. «No solo sirven para proteger tus tímpanos, sino también para hablar», dijo, entregándole una radio bidireccional que solo funcionaba entre ellos dos y demostrándoselo a continuación. «Cuando necesites hablar solo conmigo, pulsa esto. Para hablar con todos, pulsa esto en tus auriculares».

«Incluso puedes escuchar música», dijo Lucas con una gran sonrisa cuando Savvie le pidió que se sentara a su lado. Mon Dieu. Controlar lo que estaba sucediendo era como escupir al fuego.

«Lucas, dale a Savvie unos auriculares y enséñale cómo funcionan».

«Entendido, jefe».

Sahvrin miró a su alrededor, sorprendido por la humedad a esas horas tan tempranas. Merci Dieu, qué ganas de que llegara el otoño. Encontró el protector solar y cubrió con él las partes expuestas de su Petite, luego se lo entregó. «Tu cara».

Ella lo cogió y Sahvrin encendió el canal de comunicación principal. «¿Quién me oye?».

Todos levantaron el pulgar y Savvie les rompió los tímpanos con un «¡Yo!». Luego, al verlos saltar, dijo: «Mierda, lo siento».

«El micrófono funciona muy bien», dijo Lucas, añadiendo un guiño que hizo que la ira de Sahvrin se disparara. Lucas captó su mirada de *«¿qué coño estás haciendo con ella*?» y perdió la sonrisa.

«Abróchense los cinturones», gritó Sahvrin.

«Sí, señor Bishop», dijo Lucas, sentándose junto a Savvie, quien le dedicó una sonrisa enamorada que hizo que Sahvrin sacudiera la cabeza. Era amor a primera vista, joder. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no dentro de un mes? ¿O nunca?

Miró por encima del hombro a su Petite, que estaba sentada justo detrás de él. Era el mejor sitio para ver. «Ma Petite, ¿me oyes?».

Ella levantó el pulgar junto a su cara y él la miró por encima del hombro con una sonrisa.

«Dímelo por el micrófono para asegurarme de que te oigo».

Se preparó para otra violación auditiva y obtuvo un tranquilo «Te oigo».

«Perfecto. Yo también te oigo. ¿Estás lista?».

—Sí.

Su leve chillido le hizo sonreír mientras encendía el motor. «Si te asustas, dímelo y reduciré la velocidad o pararé. No me importa. Solo me importa que no me lo digas».

«Sí, señor Bishop».

Mon Dieu, estaba siendo una tentadora. Y le gustaba hacerlo. Él diría que estaba siendo Cah-nigh, pero era más que un comportamiento astuto, era como buscar pelea con su polla. Y no

diría que no le encantaba. Se suponía que debía ser *sumisa* y parecía disfrutar siendo exactamente lo contrario a veces. Y, como de costumbre, Bishop insistió en la venganza.

****

Las hélices de la parte trasera del barco comenzaron a girar o a rugir, como diría Lucas, y el corazón de Beth se aceleró cuando miró hacia atrás para verlo. ¡Las palas eran tan altas como ella!

«¿Estás lista, Ma Petite?».

Las ansiosas palabras llenaron sus oídos y ella asintió y jadeó: «Sí».

«Iré despacio hasta que tengamos más espacio para navegar».

Ella observó cómo avanzaban por la sinuosa carretera bordeada de árboles imponentes. La espesa niebla se cernía sobre el agua, envolviendo las enormes bases de los cipreses. Era tan, tan hermoso.

«Normalmente *volamos* por aquí», informó Lucas, riendo en sus auriculares. Ella había olvidado que podían hablar entre ellos, y su voz repentina la asustó muchísimo. Dios mío, ¿volar por *aquí*? *Eso* sería aterrador, dado lo sinuoso y estrecho que era.

«¡Dios mío, estoy tan nerviosa!», dijo Savvie.

«Te encantará», prometió Lucas.

«Hoy no volaremos», dijo Sahvrin. A ella le seguía pareciendo adorable lo mucho que le gustaba Lucas a Savvie, y aún más adorable que Sahvrin fuera tan protectora al respecto. Pero si Lucas se parecía en algo a Sahvrin, y sin duda parecía ser así, ¿qué mejor persona para ella de la que enamorarse?

«¿Por qué los asientos son tan altos?», se preguntó, recordando no gritar.

«Para que puedas ver lo que hay en el agua», dijo Sahvrin, inclinando la cabeza hacia ella. «Es importante, ya que el barco no tiene frenos ni puede ir marcha atrás. Chocar contra algo a gran velocidad sería muy malo».

Ella sonrió ante lo *malo.* Se dio cuenta de que él duplicaba las palabras de esa manera. No era realmente un acento, sino quizá algo cultural. Su inglés era muy bueno, no se saltaba palabras ni hacía muchas contracciones como la mayoría de los hablantes nativos de inglés. Era como alguien que no lo practicaba lo suficiente. ¿Cómo sonaría en francés? ¿Más relajado? ¿Acaso tenían contracciones en ese idioma? Ahora quería aprenderlo para conocer esa faceta de él.

Recordó su comentario sobre lo malo-malo. «Solía esquiar mucho y montar en moto de nieve en las montañas», le recordó, haciéndole saber que no era ajena a los peligros recreativos.

«Eso es algo que me encantaría probar», dijo Lucas. Se dio cuenta de que estaba tarareando.

«¿Qué estás escuchando, Lucas?», le preguntó.

«Swamp Blues», respondió él, mostrándole su perfil con una de sus sonrisas encantadoras. Era tan guapo, no había duda de eso. No era de extrañar que Savvie estuviera locamente enamorada de él. «¿Quieres escucharlo?», preguntó él.

«Claro», respondió ella.

«Voy a poner mi música en el ordenador», anunció él.

«Adelante», dijo Sahvrin, y su voz grave le provocó un escalofrío. De vez en cuando, su voz sonaba más grave y a ella le gustaba pensar que era su lado Bishop.

«¡Mierda!», exclamó Beth cuando el sonido de una armónica resonó en sus oídos.

«Lo siento, me gusta el volumen alto», dijo Lucas, bajándolo.

Ella escuchó la música y enseguida comprendió su atractivo. El ritmo contundente tenía un poder que te hacía querer levantarte y moverte. O, al menos, seguir el compás con el pie y mover la cabeza, que era lo que ella hizo. Cuando llegó la letra, la voz grave le hizo levantar las cejas en señal de aprecio. Combinaba muy bien con la melodía. También era seductora. Le recordaba al Sr. Bishop.

—Creo que Sahvrin lo hace mejor que nadie —dijo Lucas.

—Sí —asintió Bart.

«¿Sabe cantar? ¿Tú sabes cantar?», se preguntó ella, olvidando que todo el mundo podía oírla.

Bart y Lucas se rieron, y ella oyó el suspiro de «*Mon* Dieu» de Sahvrin.

—Ese hombre nació con una armónica en la boca, al menos eso dice Pah-Pah.

«¿Sabes cantar?», exclamó ella, molesta por todas las cosas increíbles que él le había ocultado. «¡Por qué no me lo dijiste!».

—Ma Petite —se rió él—. ¿Por qué iba a contarle esas cosas a la gente?

Ella se dio cuenta de que él no lo haría, él no.

«No te preocupes», dijo Bart. «Nos escucharás mañana por la noche. Tenemos que actuar, son órdenes de Mah-Mah».

Ella se quedó sin aliento. —*¿Todos* cantáis?

—Sí, y tocamos —dijo Lucas, sin ocultar su orgullo—. Dicen que somos famosos en los pantanos.

Su sonrisa se abrió lentamente mientras lo imaginaba. «Apuesto a que lo sois. ¿Qué tocáis?».

Lucas miró por encima del hombro. «Sahvrin toca la trompeta, a mí me gusta el banjo». Señaló a Bart con el pulgar. «Es *un crack* con la batería, y Jek, ese tío hace que Jethro Tull se avergüence con la guitarra».

«Y Zep es el jefe del bajo», dijo Bart.

«Y August es Beethoven al teclado», terminó Sahvrin.

«Vaya», dijo Savvie con su risa tintineante. «¡Yo *no* tengo *ningún* talento musical!».

—Yo tampoco —dijo Beth—. Tú y yo nos encargaremos del baile.

—¿Sabes bailar, Ma Petite? —preguntó Sahvrin.

«Bueno, tengo *algo de* experiencia con la música clásica».

«Ahora mira quién se está conteniendo», murmuró Sahvrin con una risa en la voz.

—¿Qué tipo de danza clásica? —preguntó Savvie—. Por favor, di que es ballet.

—¡Sí! ¿Sabes ballet?

—¡Sí! —exclamó ella, volviéndose para mirarla con los ojos muy abiertos y llena de alegría—. ¡Y lo *odio*! —gritó, volviéndose de nuevo y haciendo reír a Beth.

«¿Cuánto tiempo lo has practicado?», preguntó Beth.

«Desde los *cinco* años», respondió ella. «Mi padre y mi madre me *obligaron*».

La preocupación le hizo un nudo en el estómago por Sahvrin. —Lo mismo —dijo Beth.

«Ahora las dos tendréis que actuar», dijo Sahvrin, ocultando de alguna manera la dureza que debían de haber tenido sus palabras.

«¿Cuánto tiempo has hecho ballet?», se preguntó Savvie.

«Hasta que me lesioné el tobillo a los dieciséis años. Ah, se me olvidaba, sé tocar un instrumento. Durante la fisioterapia, aprendí a tocar el arpa de cristal».

«¿El arpa de cristal?», preguntó Bart, interesado.

—Todos estos talentos secretos, Ma Petite —dijo él, como si estuviera sumando infracciones.

«También conocido como el violín fantasma», dijo Beth con una sonrisa.

—¿Es eso en lo que se frota la parte superior de los vasos y se produce música? —preguntó Savvie.

«Sí», dijo Beth, riendo. «Aprendí un par de canciones».

«¿Cómo descubriste este increíble talento durante la fisioterapia, Ma Petite?».

«Bueno, el terapeuta lo hacía como hobby y me enseñó».

«Ohhhh», dijo Savvie, como si supusiera que se trataba de un romance.

«No fue así», aseguró Beth. «Yo solo tenía *dieciséis años* y él estaba en la veintena».

Bart soltó una carcajada. «Vaya, un anciano».

«Estoy *muy* seguro de que a Ma Petite no le gustaban los chicos a esa edad», se burló Sahvrin, haciendo que ella se quedara mirando su nuca con la boca abierta.

«Bueno, aunque me gustaran, a él no le gustaba yo. Era una menor».

«A menos que fuera un *buen sacerdote*», dijo Bart, «le gustabas».

«¿Y dónde te enseñó a tocar *el violín fantasma*?», preguntó Savvie por encima del hombro con una dulce sonrisa, sin ayudar en nada.

Beth intentaba recordar si se había perdido algo obvio con el bueno de Jeremy.

«Qué silencio», murmuró Sahvrin.

«Estaba distraída», dijo ella, riendo.

«¿Buenos recuerdos?».

«Sí, lo eran hasta este interrogatorio», bromeó ella a medias.

—¿Dónde le enseñó, señorita Beth? —insistió Lucas.

—Sí, por favor, díganoslo para que todos podamos volver a respirar —dijo Sahvrin.

Dios mío, se estaba volviendo *peligrosamente posesivo*, se dio cuenta ella, con el corazón latiéndole con fuerza mientras sonreía como una tonta. «Me enseñó en el lugar donde hacíamos la terapia, en la cocina. Tenía una cocina», explicó ella, tratando de evitar las respuestas que, se dio cuenta, la convertirían en la persona más ingenua del planeta en ese momento.

—¿Qué tipo de hospital tiene cocinas con copas de vino? —se preguntó Bart, perplejo.

«Técnicamente no era un hospital, era... una instalación más privada».

«¿Cómo de privada?», Savvie prolongó la pregunta con dramática sospecha y luego se rió.

«Probablemente su casa», dijo Bart con una risita.

El silencio incómodo se prolongó y entonces Sahvrin dijo con cierta incredulidad: «Mon Dieu, no lo niega».

Esto provocó la risa de todos, y Savvie dijo: «Ohhhh, esto lo cambia todo».

«No cambia *nada,* porque él era un perfecto caballero». No estaba dispuesta a admitir ni a revelar que se había enamorado de él.

«Estoy *seguro* de que lo era», murmuró Sahvrin, casi enfadado, lo que la hizo taparse la boca para no reírse.

«Alguien está celoso», canturreó Savvie con ligereza, y Lucas se rió con un «*Sí*».

«Estoy *deseando* escuchar la música que te ha enseñado», añadió Bart, girando la cabeza para mostrar su sonrisa burlona.

—No habrá música de cristal en estos pantanos —dijo Sahvrin —. Pondré el decreto en todos los árboles de la tierra.

Beth se echó a reír, inclinándose y acariciando su musculoso cuello bronceado. Él le cogió la mano y giró la cabeza para besarle la palma. Estaba tan guapo con su gorra negra puesta al revés. «Muy bien, chicos y chicas», anunció. «Es hora de un poco de velocidad».

La carretera del bosque llegaba a su fin, se dio cuenta. «Ohhh, vale», dijo, con el corazón latiéndole a mil por hora.

«¡Vamos, hermano mayor, enséñales a las chicas un *poco* de lo que tiene el Dragón Nocturno!», suplicó Lucas.

Beth se quitó el auricular de una oreja, queriendo oír lo ruidoso que era. En el momento en que Sahvrin pisó el acelerador, el rugido grave hizo justo lo que Lucas había descrito y *retumbó* como mil *truenos*. Pero fueron la aceleración y la velocidad lo que la hicieron agarrarse al asiento y contener la respiración. *¡Dios mío*, esto era muy diferente a las motos de nieve!

«¡Guauuuuuuu!», gritó Lucas, con ambos brazos en alto.

Beth vio a Savvie agarrando su mano con fuerza mientras reía emocionado.

«¡Acelera!», gritó Lucas.

Sahvrin negó con la cabeza. «Nooooo, esta vez no, hermanito».

Dios mío, ¿podía ir más rápido? No necesitaba más velocidad, ¡ya era suficiente!

«Pequeña, estoy en nuestro canal privado. ¿Estás bien?».

«Oh», dijo ella, cogiendo el walkie talkie y sonriendo. «Sí, estoy genial, ¡me encanta!».

«Estás increíble. Me alegro de que lo estés disfrutando».

«¡Esto es tan *bonito,* Sahvrin! ¡No te atrevas a intentar que vuelva a odiar el pantano nunca más!».

Él se rió y ella se quedó mirando sus hombros y su espalda, con ganas de tocarlo. —No me atreveré a hacerlo nunca más.

«¡Bien! ¡Deberías intentar convencerme de que me quede!», dijo ella, observando cómo pasaban los árboles.

«Hecho».

«¿A dónde vamos primero?», preguntó Savvie por el intercomunicador principal.

«Tenemos cinco paradas que hacer y, si el viejo Pee Chue no habla demasiado, podríamos hacerlas todas», dijo Sahvrin.

Beth se llevó el walkie talkie a la boca y pulsó el botón. «Creo que es muy bonito por vuestra parte cuidar de las personas mayores. Me encanta. Es como una gran familia».

«Lo es», dijo él. «Siempre ha sido así».

«¿Qué hacéis en sus casas?», preguntó Beth.

«Hacemos una inspección de mantenimiento de todas las cosas esenciales, comprobamos que todo siga funcionando correctamente. Nos aseguramos de que tengan comida y cualquier otra cosa que necesiten. Especialmente durante la temporada de huracanes. A veces es más fácil llevarlos a la casa principal durante tormentas fuertes como esas».

Ella pulsó el botón. «¿La casa *principal*? ¿Cuántas casas hay?».

«Tenemos muchas alrededor del pantano, pero la casa principal es la más segura para los huracanes».

Vaya. «¿Dónde demonios metéis a toda la gente?».

«Bah, los repartimos por todas partes, dondequiera que quepan».

Ella se rió. «¿Estás bromeando?».

«No. Es solo una gran fiesta de pijamas en el pantano. Mah-Mah probablemente reza por estas cosas, siempre buscando una razón para celebrar algo».

«Ay, qué bonito. No puedo creer que yo pueda formar parte de ello».

«Ahora dices eso, pero el Pah-Pah de Big Sha ronca más fuerte que mi dragón del pantano».

Ella se rió, mirando la parte posterior de su cabeza, y pulsó el botón. «¿Seguro que nadie puede oírme?».

«Solo yo, Ma Petite».

Ella se mordió el labio inferior, ahora nerviosa. «Me... me encanta tu espalda y tu tatuaje. No sé si te lo he dicho alguna vez.

Tengo unas vistas preciosas justo detrás de ti».

«La vista sería mucho mejor si estuvieras encima de mí».

Dios mío. «¿Seguro que nadie puede oírnos?».

«Sí, estoy *muy* seguro, Ma Petite. ¿Por qué?», preguntó él tras unos segundos. «¿Quieres decirme algo travieso?».

«Sí», susurró ella, con el pulso acelerado mientras el barco se balanceaba y el viento le azotaba el pelo.

«Qué tímida», dijo él cuando ella no se atrevió a hacerlo, como si eso le gustara y le entristeciera a la vez.

«Lo soy, lo siento».

«No te disculpes por eso, es una de las cosas que más me gustan de ti. Mi doose petite d-amour escleve».

Su tono sexy la excitó aún más. «¿Qué demonios acabas de decir?», murmuró ella, sonriendo.

«Que eres mi dulce esclava sexual».

«Oye», dijo Lucas por los auriculares, haciéndola sobresaltarse en su asiento mientras su corazón latía con fuerza. «¿Podemos parar en Leblancs? El otro día me dejé allí la caña de pescar».

«Si tenemos tiempo, sí», dijo Sahvrin.

¿Cómo podía mantener la calma? Ella ardía de deseo con un viento de cien kilómetros por hora.

CAPÍTULO 22

Arriba, en su dormitorio, a Beth se le revolvió el estómago al saber que Juliette por fin iba a venir, aunque solo fuera para marcharse de nuevo con Sahvrin y Zep a visitar a un tal Beaux. Tenía muchas ganas de conocerla y esperaba que fuera más simpática que Luseah.

—Me gustaría que vigilaras a Lucas y Savvie —dijo Sahvrin, mirándola por fin—.

—De acuerdo. Me aseguraré de que no estén solos ni un *segundo* —le aseguró, sin querer que él se preocupara por ellos—. Pero... estoy *muy* segura de que Lucas nunca le haría daño, de verdad, es un joven extraordinario. Me recuerda mucho a ti.

Se pasó la mano por el pelo y miró por la ventana. «Sé que esto puede sonar mal, pero... no es ella quien me preocupa». Entonces la miró. «Es él. Lucas es más un hijo para mí que mi hermano. Desde que los encontré en el bosque, a él y a su hermana, prácticamente los crie. Puse mi alma en ambos, pero especialmente en él». Bajó la cabeza y la sacudió. «No puedo... No puedo...». Hizo otra pausa y se metió las manos en los bolsillos. «Estoy *aterrorizado*», pareció corregirse, mirándola directamente. —Por la idea de que le hagan daño. Nunca ha mostrado interés por las chicas, y sabía que este día llegaría, pero ha surgido de la nada con la persona *menos* esperada. —Exhaló un suspiro incrédulo—. ¡Ya se comportan como si fueran amigos de toda la vida y *acaban de* conocerse! —Se pasó las manos por el pelo—. Quiero pensar en positivo, y sé que técnicamente no son parientes. Y sé con todo mi ser que Lucas es un alma *increíble*, y si Savvie es su pareja, entonces estaré jodidamente emocionado. Pero...». La miró con pánico en su ardiente mirada. «Quiero decir, ¿y si *no* lo es?».

Beth se apresuró a acercarse y lo abrazó. —Dios mío, lo siento mucho, no sabía nada de Lucas, de ti y de Luseah. Él la rodeó

con sus brazos. —Ojalá pudiera decir algo para que todo saliera bien, pero no hay nada que pueda decir, es justo lo que tú dices, aterrador. Ella se apartó y lo miró. «Ahora *yo* también tengo miedo, no puedo imaginarlo pasando por lo que tú pasaste». Las lágrimas le picaban en los ojos al pensarlo y se dio cuenta de que no estaba ayudando. «Soy estúpida», dijo, retrocediendo y secándose los ojos. «Debería decirte cosas para tranquilizarte, no... para aumentar tus miedos».

Levantó la vista y la intensidad de su rostro la hizo tragar saliva y casi olvidar de qué estaban hablando. «Debería... ser como un... un bote salvavidas en la tormenta, no un... oh, Dios...».

Se preparó mientras él se abalanzaba sobre ella, le agarraba la cara con fuerza y la besaba hasta dejarla sin sentido. La fuerza de su impulso la hizo rodearle el cuello con los brazos para no caer hacia atrás, mientras su aliento caliente le provocaba jadeos frenéticos. Su boca era como fuego, ahora en su cuello, y ella caminaba hacia atrás o era empujada.

La pared golpeó su espalda bruscamente, haciéndola contener el aliento. Ella causó un desastre al intentar ayudarlo con el mono, recibiendo gruñidos y golpes en las manos mientras él se arrodillaba, tirando de él hacia abajo mientras lo hacía. Ella todavía estaba quitándoselo cuando él le bajó las bragas a continuación. «Ábrete», le espetó, sin aliento.

Ella abrió una pierna y él la golpeó contra la pared, presionando su boca contra su coño con un gemido. «¡Oh! Dios, oh, Dios mío», gritó ella, enganchando sus dedos con fuerza en su pelo mientras él le chupaba el clítoris.

Su dedo se deslizó varias veces por su raja y luego se hundió en su coño con sonidos de lujurioso apetito que eran propios de Bishop. Los gemidos agudos salieron tan rápido como su orgasmo se aceleró. «¡Bishop, ya viene, no pares!».

Sus dedos se flexionaron con fuerza en la parte interna de su muslo, provocándole un dolor punzante junto con el placer, mientras la penetraba más rápido y más profundamente, creando una enorme presión caliente. Ella presionó su espalda contra la pared cuando su orgasmo la sacudió, lo que la llevó a tirar de su cabello con todas

sus fuerzas. Él chupó aún más fuerte, sujetándola con fuerza en su lugar, obligándola a aguantar mientras ella luchaba por no derrumbarse, con el empuje de su dedo como única cosa que la mantenía en pie. Nunca había tenido un orgasmo tan largo y intenso en toda su vida, Dios, sí, sí, sí.

Luchó por no desplomarse en el suelo, utilizando su cabeza como apoyo mientras recuperaba el aliento. Él se levantó, la cogió en brazos y la llevó a la cama, donde la acostó. Dios mío. Vaya. La besó, con la respiración entrecortada por los gemidos, mientras le hacía saborear lo que le había hecho. —Déjame hacerlo contigo —dijo ella, acariciándole la cara, sintiéndose sedada.

«Esta vez no, Ma Petite».

—Qué malo —susurró ella, cerrando los ojos mientras él le acariciaba la frente y le daba suaves besos en la boca. —Echa una siesta, Angel —le murmuró al oído—. Estaré un par de horas fuera.

«Me levantaré y te acompañaré», dijo ella con los ojos cerrados. «¿Vuelve pronto? Pero no seas imprudente».

Ella sintió su sonrisa en sus labios. «Iré rápido, rápido, pero no demasiado rápido».

—Mmm, ha sido increíble —murmuró ella—. Te lo devolveré.

—Cuento con ello, Ma Petite. Y conocerás a Juliette cuando volvamos. Duerme por mí.

Mmm. Por él. Cualquier cosa por él.

****

«Bueno, mirad lo que han traído los caimanes». Sahvrin abrazó a su hermana con fuerza y sonrió. «Ya era hora, Beth está deseando conocer a la señora que le ha regalado toda esa ropa tan bonita».

Ella se rió. «Y he traído aún más», dijo. «Creo que algunas te gustarán».

«Mon Dieu, no puedo soportar más esta tentación».

Una chispa iluminó sus ojos verdes, ahora muy abiertos. *«¿Sigues* siendo un *buen* chico, a diferencia de nuestros hermanos?», dijo, murmurando lo último.

«Lo intento, pero reza por mí, por favor».

Ella soltó una carcajada y él sonrió, dándose cuenta de lo mucho que la echaba de menos. «No tardes mucho, Ma Chere Soeur».

Ella le rodeó los hombros con el brazo. —¿Soy tu hermana favorita?

«Shhh, no lo digas tan alto, Luseah podría oírte. ¿Puedes reunirte con Beth cuando volvamos, si te parece bien? Estoy listo para acabar con esto».

«Claro, vaquero del pantano. Cuando tú estés listo».

«Ya estoy listo. Zep está esperando en el barco».

Se dirigieron a la pequeña lancha motora.

«¿Vamos a remolcar al pequeño Beux?», preguntó Juliette, con ganas de lidiar con algo más que caimanes.

—Esperaba que pudieras convencerlo de que viniera amablemente —dijo Sahvrin, divertido, mientras navegaba con la pequeña lancha motora por el estrecho canal—. Y ya no es precisamente «pequeño».

Ella se encogió de hombros. «Lucho con reptiles de seiscientos kilos habitualmente, seguro que puedo manejar a ese pequeño chico del pantano. De todos modos, tengo mi cuerda», dijo mientras él soltaba el acelerador para reducir la velocidad.

Por supuesto que la tenía. La llevaba como él llevaba un cuchillo y probablemente le daba tantos usos como a este. —Iré contigo —dijo Sahvrin—. No quiero que acabes sudando.

Ella le dirigió su mirada asesina. —T-Boo —murmuró con una media sonrisa—. Ya me conoces, vivo para sudar.

Dios mío, odiaba imaginar al pobre alma con el que algún día se casaría. Probablemente tendrían cincuenta hijos.

—Zep, déjala en marcha por si tenemos que salir rápido por alguna razón.

Zep miró su teléfono, sacudiendo la cabeza mientras sus pulgares volaban sobre el teclado. Se lo guardó en el bolsillo trasero. «¿Esperas problemas?», preguntó, como si quisiera tenerlos, lo que le hizo preguntarse a quién le estaría enviando mensajes.

«Ya sabes cómo son las cosas en estos pantanos», dijo Sahvrin, quitándose los auriculares cuando llegaron al muelle de Francois. Especialmente si estaba involucrado con los Roulettes.

«Ya lo sé», murmuró, haciendo lo mismo.

La doble insinuación en su tono no ayudó a calmar los nervios de Sahvrin. —Si sabes algo que debamos saber, asegúrate de contárnoslo.

—Nada que te interese, de eso estoy seguro.

¿Problemas con las mujeres? Sería sorprendente si no fuera así.

—Entonces, lo invito a la casa para que ayude a preparar la fiesta de mañana —confirmó Juliette.

—O a prepararse para el huracán —apuntó Zep con una mirada indiferente a su alrededor.

«Las dos cosas valen», añadió Sahvrin mientras saltaban al muelle.

«¿Te molestaste en comprobar si estaba aquí?», preguntó ella, dirigiéndose hacia el paseo con su paso enérgico.

«A menos que haya mentido descaradamente, está aquí reparando las redes de François».

«Muy bien, entonces», dijo ella, mientras sus botas resonaban sobre la madera al caminar.

Él extendió una mano delante de ella para detenerla. Ella lo miró con las cejas levantadas mientras unas voces flotaban cerca.

—Yo primero —murmuró él, adelantándose y guiándola, ahora muy consciente de que llevaba su cuchillo en lugar de su Judge. Rodeaban la parte trasera de la casa y encontraron a Beaux en el cobertizo de pescado con dos hombres.

Su pulso se aceleró al ver los chalecos de cuero con la insignia de Roulette. Ese hijo de puta. «T-Beaux», llamó Sahvrin, saludándole con la mano mientras le murmuraba a Juliette: «Tú encárgate de Beaux, yo me encargo de los otros dos. Sigue mi ejemplo».

«Santa madre de las putas del pantano, ¿ese es *Beaux*?».

Sahvrin no tuvo tiempo de apreciar su sorpresa, ya que estaba evaluando a los otros dos. Uno era un cerdo y el otro era de

complexión media y estaba cubierto de tatuajes. Tendría que acabar primero con Ink-Junction. El grandullón sería el segundo. Ese toro sería más lento, pero necesitaría unos cuantos golpes.

Al acercarse, vio un viejo poste de cerca. «¿Qué tal, caballeros?». Los tres hombres tenían los ojos fijos en Juliette mientras Sahvrin cogía el poste. Golpeó a Tatuajes en la frente, derribándolo, y luego golpeó a Tub en las rodillas, derribándolo también. Dos golpes más en la cabeza lo dejaron fuera de combate, justo cuando Beaux empezó a gritar.

Juliette ya tenía sus brazos detrás de la espalda, enrollándole rápidamente la cuerda alrededor de las muñecas. Se inclinó hacia su oído. «Ha sido divertido, ¿verdad?».

Él gruñó y luego jadeó con la frente apoyada en el suelo. «Sí, un poco».

Estúpido chico.

Ella lo agarró por la frente y le echó la cabeza hacia atrás. «¿Te estás pasando, Lil Boy Beaux? Creía que habías aprendido la lección cuando te di una paliza la última vez. ¿Necesitas otra?».

Sahvrin marcó el número de Zep mientras Beaux gruñía y se esforzaba por liberarse del doloroso agarre. Era jodidamente deprimente que Beaux resultara ser una serpiente. Le caía bien Beaux. «No, señora», dijo con esfuerzo. «Lo siento».

Sahvrin miró los cuerpos inmóviles en el suelo. «Zep, ven a echarnos una mano. Tenemos feligreses invitados que vienen a la iglesia. Trae la cinta adhesiva».

—Uuugh, joder, deberías haberme llamado —gritó enfadado.

«Puedes interrogarlo más tarde». Colgó el teléfono mientras el tipo más pequeño gemía. «Quédate abajo, Crayons», murmuró, sin soltar el poste.

«No sé qué has oído», dijo Beaux bajo Juliette, que se recostaba sobre él como si fuera una tumbona. «Pero puedo explicarte lo que sea».

«Suena como una frase familiar de una película», murmuró Juliette. «Qué pena que te hayas vuelto contra tu propia gente. Sabía que eras un mierdecilla, pero eso es un delito digno de un cocodrilo».

«No lo hice», gritó en el suelo. «¡Me estaban chantajeando!».

Sahvrin miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más allí. Francois probablemente estaba pescando. Se pusieron manos a la obra y envolvieron las manos y los pies de los dos hombres con cinta adhesiva.

«¿Y qué hacemos con Lil Boy Beaux? ¿También le atamos los tobillos?».

—No voy a huir, lo juro.

«Otra frase cliché», dijo ella, usando su cabeza como reposabrazos. «Veo que te has hecho todo un hombre. Lástima que tus chicas no puedan disfrutar de tus grandes músculos».

—¿Qué? —gruñó él—. No tengo chicas.

—Ninguna, ignorante pantanero. —Se inclinó hacia delante y le dio una palmada en el trasero—. ¿Y con un culo tan bonito como ese? No me lo creo.

—No coquetees con los muertos —dijo Sahvrin.

—¿Muerto? Espera, espera, espera —dijo él, entre jadeos—. No vas a matarme, ¿verdad? Juliette, sabes que yo no soy así. Me preocupo por mi hogar y por nuestra gente.

Juliette puso los ojos en blanco. —No lo he *comprobado*, pero la abuela Lou-Lou dice que él le ha estado pagando los servicios públicos.

—¿Estás diciendo que la abuela Lou-Lou *mintió*? —logró decir Beaux, ganándose un golpe en la cabeza.

Sahvrin miró a Zep, que se encogió de hombros sin entender nada. Miró a Juliette. «Déjalo ir. Si intenta huir, daremos por hecho que le encanta que tú lo domines».

Ella se levantó y lo tiró de los hombros hasta ponerlo de rodillas. «Ponte de pie, semental del pantano».

—Sí, señora —dijo efusivamente, poniéndose de pie y mirándola—. Yo también me alegro de verte, Juliette. Veo que los caimanes te han tratado *muy* bien.

Ella le dio un codazo en el estómago con tanta fuerza que lo hizo doblarse por la mitad. «Muchas gracias», dijo con voz melosa, inclinando la cabeza hacia él y revolviéndole el pelo.

«De nada», dijo él con esfuerzo, enderezándose lentamente.

—De todas formas, vas a pasar un tiempo en la estación de pesaje con tus amigos —dijo Sahvrin—. Lazure decidirá qué hacer contigo después de que extraiga hasta la última pizca de información sucia que hay en tu cerebro.

«No hace falta extraerla», se apresuró a decir. «Estoy dispuesto a contártelo todo, ya te lo he dicho».

«Vamos». Sahvrin levantó a Crayons por los hombros y Zep lo agarró por los pies.

Una vez que ambos Roulettes estuvieron en el bote, Zep los pegó al suelo con cinta adhesiva mientras Beaux seguía hablando sin parar: «No necesito ir a confesarme, puedo hacerlo ahora mismo. Tienen a mi hermana y, si no me aseguro de que las armas se muevan, dicen que la matarán».

Sahvrin lo miró.

«¿Tienen a Tammy?», preguntó Zep.

Él asintió. «Ella fue por su cuenta, pero están utilizando a su novio, no la dejarán ir».

Juliette miró a Sahvrin y luego dirigió su dura mirada a Beaux. —¿Te lo ha dicho ella?

—¡Sí! —exclamó él, asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué no acudiste a nosotros? —preguntó Sahvrin, con ganas de golpearlo.

—¡Porque pensé que ibais a llevar las armas y que no importaba! ¿No forman parte los Obispos del Bayou de su banda?

—¿Desde *cuándo* traficamos con armas en estos pantanos? —dijo Sahvrin, mirándolo a los ojos.

«Bueno, ¿cómo iba yo a saberlo?».

—Se llama teléfono —dijo Juliette, agitando el suyo delante de su cara—. Y ahora mismo estoy verificando esa historia de tu hermana.

Sahvrin le creyó, pero la verificación significaba detalles. Necesitaban toda la información posible.

—Mierda, no hay señal —dijo ella—. Para en casa de Gertrude para que pueda conectarme a la señal allí.

Sahvrin llegó en menos de un minuto y esperó mientras ella hacía una llamada.

—¿A quién llamas? —preguntó Beaux—. Debes tener cuidado con lo que dices, podrían hacerle daño —dijo preocupado.

Ella le indicó que lo entendía con un gesto de asentimiento y levantando la mano. —Nadine, hola, ¿qué tal, chica?

Sahvrin esperó impaciente mientras ella se deshacía de los cumplidos antes de preguntar algo útil. —Chica, estaba en casa de la abuela Lou-Lou y me comentó que Beaux Brasseaux la estaba ayudando. ¿Lo has visto últimamente? Dios mío, se ha convertido en un bombón. Ella asintió con la cabeza y se puso la mano en la cadera. —Síííííí —exclamó, enrollándose un mechón de pelo en el dedo y riéndose—. ¿Crees que tiene novia?

¿Qué demonios estaba haciendo?

Más risas estruendosas y una gran inspiración. «Me pregunto si otras partes de él también habrán crecido, ya sabes a qué me refiero». Carcajadas mientras le guiñaba un ojo a Beaux.

Sahvrin le hizo un gesto con la mano y ella respondió con una firme señal de espera.

«Bueno, sabía que su hermana se había convertido en una belleza, pero él no. Quién iba a imaginar que alguien tan flacucho se convertiría en un dios del pantano».

¡Le gustaba, joder! Mon Dieu, dejemos que ella se encargue de mezclar eso con esto. Mierda con mierda.

«¿Lo hizo?». Juliette chasqueó los dedos repetidamente sobre su cabeza, indicando que había dado en el blanco. Respiró hondo y dijo: «¡Dios mío, parece tan dulce!». Todos la observaron mientras abría la boca y sus ojos se agrandaban. Como una mímica representando una telenovela. «¿Tú crees? No sé, Nadine, ¿no te parece muy inverosímil?». Más asombro. «¿En serio? ¡Su madre se revolvería en su *tumba* si lo supiera!». Un grito ahogado. Una risa ridícula. «Oh, Zep, sigue peleándose conmigo por los caimanes».

Sahvrin hizo un gesto con la mano para que terminara.

«¿Hola? ¿Nadine? Chica, tengo mala señal. ¡Te llamaba para invitarte a la fiesta de mañana! Zep estará allí, sí».

Zep levantó ambas manos en el aire y luego las dejó caer, sacudiendo la cabeza. Qué gracioso. Demasiadas mujeres en la misma fiesta no eran bueno para su *maldito* negocio. Conociéndolo,

haría un calendario de folladas para la fiesta para no perderse ningún agujero.

De repente, colgó el teléfono. —No miente. —Se acercó a Sahvrin, le quitó el cuchillo y se dirigió hacia Beaux para cortar la cuerda—. Lo siento, Lil Boy Beaux —dijo en voz baja, dándole una palmada en el pecho con una sonrisa y poniéndose de pie.

Sahvrin lo miró y cogió el cuchillo que Juliette le tendía. «Llevaremos a estos dos a la iglesia», dijo, enfundando su espada y mirando a su presa pegada al suelo del barco. «Beaux, tú te quedarás en la casa. Estoy seguro de que Lazure querrá hacerte algunas preguntas».

La mirada de terror en su rostro estaba justificada. El Primer Obispo no era alguien con quien quisiera enemistarse. —No te preocupes —dijo Juliette, subiéndose a su asiento y abrochándose el cinturón—. Te cogeré de la mano.

La expresión de su rostro decía que habría recibido una bala solo por poder tocar cualquier parte de ella.

Mon Dieu, qué rápido cambiaban las mareas del pantano.

CAPÍTULO 23

Después de darse cuenta de lo lejos que tendrían que llevar a sus queridos clientes, Sahvrin decidió atarlos al primer árbol escondido que encontrara.

«Vas a morir, espero que lo sepas», dijo el colorido. «Y sabemos que tienes a nuestra chica desaparecida», añadió, sonriendo. «Van a recuperarla y terminar lo que empezaron».

«Joder», murmuró Zep. «No me importaría en *absoluto* que lo hicieran, pero no olviden que querían interrogarla más tarde».

La rabia de Sahvrin alcanzó su punto álgido en esa calma mortal cuando se agachó y sacó su cuchillo, agarrándole con fuerza la sucia mandíbula al hombre. Sujetándole la cabeza contra el árbol, lo miró fijamente a esos ojos llenos de odio, evocando las imágenes de Su Pequeña, golpeada hasta casi morir. Le agarró el pelo con el puño y le golpeó la cabeza tres veces contra el árbol, luego le puso la hoja en la boca. «Abre».

Como un tardío, finalmente pareció darse cuenta de que sus pelotas estaban en las fauces del pantano. Unos gemidos ahogados se escaparon cuando su mandíbula se abrió gradualmente.

«Dame tu lengua *asquerosa*».

«No, por favor», suplicó. «Lo siento, estaba... estaba mintiendo».

Sahvrin le introdujo el lado plano de la hoja entre los dientes y luego la giró, manteniendo su mandíbula abierta con ella. «Te rebuscaré en la puta boca con mi cuchillo hasta que te ahogues en sangre».

Este lanzó varios gritos antes de sacar finalmente la lengua, sollozando. Sahvrin agarró el órgano viscoso entre sus dedos y lo sujetó con fuerza mientras deslizaba la hoja a través de él. Se

detuvo antes de cortarlo, queriendo que quedara colgando en ese abismo.

«Pégala con cinta adhesiva», le dijo a Zep entre gritos. Puso la punta de la hoja debajo de la barbilla y le cerró la boca mientras Zep le pegaba la cinta.

Se quedaron de pie, observándolo jadear en pánico durante varios segundos. «Bebe o muérete ahogado, demonio. Tú decides, joder».

—Eso lo relajará para la confesión —dijo Zep—. Aunque tendrá que escribirla.

Sahvrin rodeó el árbol. «Gran hombre», dijo, limpiando la sangre de su espada con el chaleco. «¿Tienes algo que decir antes de que te dejemos aquí para que pienses en tus pecados?».

—No, señor —dijo, sacudiendo la cabeza con fuerza.

Sahvrin lo miró fijamente a los ojos, llenos de terror, y luego se enderezó.

«Ya estoy rezando y arrepintiéndome», dijo, asintiendo con la cabeza y sosteniendo la dura mirada de Sahvrin.

«Cuando vuelva», dijo Sahvrin en voz baja, «tendremos una confesión en condiciones y desnudarás tu alma inmunda».

«Lo haré, lo haré», asintió. «Todo, lo juro».

****

Beth se despertó presa del pánico y miró a su alrededor. Mierda, mierda, ¿qué hora era? Vio una bolsa nueva en el suelo, cerca de la puerta, con su nombre escrito en ella, y se apresuró a cogerla. ¡Más ropa, sí!

Al encontrar unos pantalones cortos vaqueros azules muy monos, se los puso con una camiseta roja sin mangas. ¡Y más sandalias! ¡Por favor, que me queden bien, por favor! Jadeó de alegría cuando vio que le quedaban casi perfectas. Necesitaba un espejo.

Corrió al baño del segundo piso, entró y cerró la puerta para mirarse el trasero en el espejo de cuerpo entero. Por supuesto, lo llenaba todo, como siempre, pero esta vez, una ola de deseo la

invadió al recordar la reacción de Sahvrin al verlo. ¿Sería lo mismo con esto? ¿Era demasiado? No era *muy* ajustado, pero era evidente que tenía el trasero gordo. No tenía ni idea de cómo le gustaba a Sahvrin, pero no iba a discutir con él por eso.

Se dirigió a la cocina y sonrió al percibir el delicioso aroma, preguntándose si siempre olía como si alguien hubiera preparado un festín. Seguro que sí. ¿Dónde estaba todo el mundo? Vio una nota en la encimera y su corazón dio un vuelco al ver *«Ma Petite»* en la parte superior. ¡Vaya, qué letra tan bonita!

Juliette trajo más ropa.

«Sí, las encontré».

Espero que puedas dormir un poco. Te traeré un teléfono cuando vuelva para que puedas llamarme si quieres.

Ella sonrió al leerlo. Solo cada minuto del día.

Todo el mundo está en la ciudad comprando suministros para la fiesta y preparándose para el huracán. Lucas, Savvie y Katrina están allí. Recuerda lo que hablamos.

Sahvrin.

Mierda, claro. Su corazón latía con fuerza mientras guardaba la nota en el bolsillo delantero de su blusa, con la intención de conservarla para siempre. Salió apresurada por la puerta y encontró a los tortolitos decidiendo buscar primero en los lugares obvios o, al menos, preguntar. Llamó a la puerta de la casa de invitados, mirando alrededor del gran patio, y se giró cuando Katrina la abrió. «Hola», dijo Beth, «¿cómo estás?».

«Bien», respondió ella, con aspecto de haber vuelto de una sesión de fotos. «¿Buscas a Bishop?».

Ese nombre, al salir de su boca, la golpeó como un puñetazo en el estómago. «En realidad estaba buscando a Lucas y Savvie. Sahvrin me pidió que los vigilara».

«Ah, ¿tú también?».

«Sí», dijo con una leve risa, preguntándose qué le habría contado a Katrina mientras captaba la breve mirada de su hermosa exnovia a su atuendo, lo que le provocó esa eterna sensación *de gorda* que siempre tenía en público.

—¿No es una *locura* cómo se llevan esos dos? —dijo Katrina, sacudiendo la cabeza—. Bishop actúa como si yo hubiera criado a una putan.

—¿Puta?

—Una zorra —aclaró.

—Oh, Dios, no —le aseguró Beth—. Solo quiere evitar que sufran o hagan algo...

—¿Como él y yo hicimos? —concluyó con una sonrisa burlona y un gesto de asentimiento mientras miraba a su alrededor—. Lo entiendo. No quiere que se repitan los mismos *errores*. No lo culpes, yo tampoco lo hago.

—¿Sabes dónde están? —preguntó Beth, dispuesta a no escuchar ni una palabra más sobre su pasado.

«Estoy segura de que le preocupa que se acuesten el primer día y todos los días siguientes, como hicimos nosotros», continuó, como si Beth no hubiera dicho nada. «Justo delante de las narices de todos, cada vez que tienen oportunidad».

De repente, le resultó *muy* difícil mantener la compostura. «*Son* jóvenes e inexpertos», fue todo lo que pudo decir, mientras se preguntaba qué demonios tenía que ver *la experiencia* con Lucas y Savvie.

Katrina volvió a evaluar el cuerpo de Beth, llevando su culo gordo al mil por ciento. «Estoy segura de que ahora que Bishop está en su mejor momento, es una fuerza increíble con la que estar cerca». Se abanicó la cara con la mano y la ira de Beth se avivó con ese gesto. «Aquí sigue haciendo un calor infernal. Espero que tomes anticonceptivos, los necesitarás con él. Pero no hay nada como las

noches bochornosas del pantano para el sexo caliente y sudoroso», dijo, sentándose en una de las mecedoras.

Vaya. Qué zorra. En casa, hablando del sexo que había tenido con el hombre que ahora era *suyo.*

«Incluso como terapeuta sexual, ha sido un reto».

Esto llamó inmediatamente su atención. «¿Terapeuta sexual? ¿Tú?».

Ella asintió con la cabeza, se metió las manos en los bolsillos traseros y miró hacia el jardín.

«¿Tiene problemas? No es que sea asunto mío».

¿Tú crees, zorra? «Como él es una fuerza para tener en cuenta, soy yo la que tiene problemas». Beth se abanicó la cara como ella había hecho. «Él me está ayudando a aprender a seguirle el ritmo».

Ella soltó un leve resoplido. «Qué noble por su parte. Antes de que te des cuenta, te habrá follado en todas las habitaciones de todas las casas de aquí, si es que no lo ha hecho ya».

Beth tragó saliva, a punto de vomitar. No podía hacer esto. Katrina estaba muy por encima de Beth en lo que se refería al sexo con Sahvrin. No, con *Bishop*. Joder, no *había* comparación entre ella y Sahvrin *o* Bishop. —Será mejor que vaya a buscar a los tortolitos —dijo, bajando las escaleras.

—Intenté enviarle un mensaje a Savvie hace unos quince minutos. Mira en los muelles —le dijo—. Lo único de lo que habla ese chico es de sus *Swamp Dragons.*

Ni siquiera se atrevió a despedirse. Había querido entablar amistad con Katrina por el bien de todos, pero ni loca podía soportar oír otra palabra sobre sus *folladas incesantes*, mientras que ella y Sahvrin o Bishop ni siquiera lo habían hecho una sola vez. ¿En todas las casas y todas las habitaciones? Sin duda, en todas las posiciones. Ella le había enseñado todo y las imágenes de ella follando con Sahvrin le quemaban el cerebro. *El primer día y todos los días siguientes, todo el día.*

Los celos y el dolor la hicieron caminar como una loca, casi olvidando adónde iba. Finalmente, al llegar al muelle, se detuvo abruptamente al ver a Savvie y Lucas sentados cerca de los barcos.

Retrocedió, escondiéndose entre los arbustos, observándolos por un momento. Después de un rato, su corazón se enterneció al ver cómo reían y se comportaban. Qué niños tan dulces. Savvie era una muñeca, una versión en miniatura de Katrina, sin la zorra-puta-ramera-putan.

Beth se quedó sin aliento cuando Savvie se inclinó y besó a Lucas en la mejilla, un beso rápido y luego se apartó. Oh, Dios mío. Beth contuvo la respiración mientras Lucas se quedaba mirando el perfil de Savvie durante varios segundos. La niña se quedó allí sentada sin moverse, quizá dándose cuenta de que acababa de cruzar una línea y entrando en pánico por lo que él pudiera hacer o no hacer ahora. Lucas dijo algo. Maldita sea, ¿qué dijo? Beth se llevó la mano al pecho cuando él se inclinó y la besó en la mejilla. «Oh, Dios mío, oh, Dios mío», susurró, emocionada al darse cuenta de que probablemente era su primer beso. Esperó, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, lista para intervenir si las cosas se descontrolaban. Savvie se acercó más a él e inclinó la cabeza contra su hombro, entonces Lucas la rodeó con el brazo y le puso la mano en la parte exterior del muslo, inclinando la cabeza hacia ella con una sonrisa que la convirtió en un desastre lloroso.

Se secó rápidamente los ojos, necesitando hacerles saber que no estaban solos. «Ahí están», gritó, saliendo y mirando hacia el pantano para que tuvieran tiempo de recomponerse.

Cuando los vio de pie en su campo de visión periférico, les saludó con la mano y les sonrió mientras se dirigían hacia ella.

«Me pidieron que os mantuviera alejados de los problemas», dijo, protegiéndose el sol con la mano en la frente y sonriéndoles. «Luego dormí como un tronco durante dos horas». Sonrió, fingiendo no darse cuenta de la incomodidad que acababan de crear sus palabras. «¿Qué hacéis por aquí para divertiros?», le preguntó a Lucas.

—Normalmente trabajo con Sahvrin —dijo él entrecerrando un ojo—. Pero tengo que cuidar de Savvie.

Savvie dio un grito ahogado y le empujó riendo. *«¡No* es verdad*!*».

—No puedo permitir que se la coma un caimán. He oído que les encanta la carne de Nueva Orleans.

Él la miró con una sonrisa, creando esa sensación de que dos son compañía, pero tres son multitud. —Estaba hablando con Katrina, me dijo que te había enviado un mensaje.

Savvie dio un grito ahogado y sacó su teléfono del bolsillo trasero. —¡Mierda, lo hizo!

«Ella es quien me dijo que viniera aquí. ¿Dónde está Luseah?», se preguntó Beth, al darse cuenta de que no la había visto por ningún lado.

—Está pasando la semana con una amiga.

«Ah, vale. Entonces Savvie aún no la conoce».

—Todavía no —dijo Lucas, como si estuviera rezando para que eso nunca sucediera.

Se dio cuenta de lo malo que sería si Luseah tratara mal a Savvie en un momento así.

—Oh, no —murmuró Savvie, presa del pánico—. Mi padre me ha enviado un mensaje.

Beth se sobresaltó al oír la noticia, al tiempo que se daba cuenta de que Sahvrin no había entrado en detalles sobre lo que había pasado. Ahora se sentía estúpida por no haberse dado cuenta.

—No le respondas —le dijo apresuradamente, al darse cuenta de que quizá no era una buena idea. Le invadió aún más pánico al darse cuenta de que podrían rastrear su teléfono—. ¿Puedo ver tu teléfono? —le preguntó.

Savvie se lo entregó. «Solo quiero asegurarme de que no tienes ningún servicio de rastreo aquí. No querría que aparecieran, sorpresa», canturreó Beth, provocando un gemido de Savvie. —Dios, lo siento mucho —lloró Beth—. Digo tonterías cuando estoy nerviosa. ¡Perdona mi lenguaje! Los dedos de Beth temblaban mientras revisaba la configuración. Oh, mierda. Ahí estaba. —Cariño, puede que tenga que desactivar tu teléfono. —Se mordió la lengua para no decir *«te están rastreando».*

«Dios mío, Dios mío, hazlo. ¿Puedes?».

El pánico en su medio llanto era alarmante. «Lo estoy haciendo ahora mismo». Beth fue a la identificación del teléfono

para ver qué tipo tenía. «Necesitaré herramientas, volvamos a la casa».

Una vez en la cocina, se dio cuenta de que Katrina probablemente también tenía un rastreador en el suyo, joder. Seguro que Sahvrin había pensado en eso con ella. «Necesito un destornillador pequeño de punta plana», le dijo a Lucas.

Él salió corriendo mientras ella revisaba todas las aplicaciones, desactivando las relacionadas con el GPS. «Gracias, señor», le dijo a Lucas cuando regresó con el destornillador.

«¿Dónde aprendiste esto?», se preguntó él, apoyado en los antebrazos junto a ella, observándola.

«En muchas clases de ciencia de datos de mi carrera de geoespacial, también conocida como cartografía digital». Abrió la carcasa donde se encontraba la tarjeta SIM y la sacó de la bandeja. «Destruiré la SIM y él no podrá usarla para rastrearme. Ahora tengo que buscar cualquier aplicación fantasma oculta».

«Dios mío», exclamó ella. «¿No puedes simplemente deshacerte de ella? Él la usa para controlarme, yo ni siquiera la quiero».

La miró y luego miró a Lucas. «¿Tú puedes usar un barco?».

«Sí, ¿por qué?».

Ella le entregó el teléfono. «Llévalo a unas cinco millas de aquí y tíralo al agua. Yo diría que se lo des a un caimán para que lo persigan si *están* rastreándolo».

«¡Lo está haciendo, te lo prometo! ¡Dios mío, ni siquiera se me había ocurrido!», dijo entre respiraciones entrecortadas, paseándose de un lado a otro.

—Ella se quedará aquí contigo —dijo Lucas.

«¿Qué? Iré contigo», se apresuró a decir ella, con aspecto asustado.

—Lucas, ¿puedes llamar a Sahvrin desde tu teléfono para que me asegure de que todos los teléfonos que llevan al lugar equivocado estén desactivados?

«¡Dios mío, *el teléfono de* mi *madre!*», chilló, dándose cuenta.

«Estoy seguro de que lo han pensado, cariño, intenta no entrar en pánico».

—No conoces a mi padre, es... da mucho miedo y no es amable con mi madre.

Estaba segura de que eso era el eufemismo del siglo. Lucas le entregó su teléfono y ella tapó el micrófono mientras sonaba. «Distráela», le dijo con la boca.

«¿Va todo bien?», dijo Sahvrin al contestar.

«Soy yo, Beth», dijo ella, mientras veía a Lucas llevar a Savvie al enorme columpio que había debajo del árbol.

«¿Qué pasa?».

«Savvie... eh, su padrastro le ha enviado un mensaje».

«¿Tiene *teléfono?*».

—Sí, Lucas lo va a llevar a cinco millas dentro del pantano para tirarlo, ella está muy alterada.

—¿Savvie?

—Sí, Sahvrin, actúa como si él fuera un monstruo.

«¡Porque lo *es*, joder*!*».

«Dios mío, ¿y el teléfono de Katrina?».

«Joder», murmuró. «Llamaré a Jek para ver qué ha hecho con él. Él es el friki y estoy seguro de que se ha encargado de ello, pero llamaré para asegurarme. Quédate con el teléfono de Lucas».

«Vale, adiós».

Se acercó a la ventana y los observó en el columpio. «Qué bonito», susurró al ver a Savvie recostada sobre él con su brazo alrededor de ella. Probablemente a Sahvrin no le gustaría eso.

Sonó el teléfono y ella lo cogió. «¿Sí?».

«Dice que lo ha borrado todo, pero ahora estoy nervioso. La llamaré y le diré que le dé también su teléfono a Lucas, le compraremos otro».

«De acuerdo», dijo ella.

«¿Qué pasa? ¿Te ha dicho algo?».

¿Acaso le leía la maldita mente? —No, nada de eso.

«Entonces, ¿qué pasa?».

«Puede esperar».

—De acuerdo. Por cierto, acabo de salir de correos. Han llegado tus paquetes.

«Ah», dijo ella, con una mezcla de emoción y enfado que le daba ganas de vomitar. «No puedo esperar».

«Ma Petite, estás ocultando muchas cosas, lo noto en tu voz».

—Uf —murmuró—. Sí, lo estoy. Pero, como he dicho, puede esperar.

«Oh, estoy seguro de que sí», murmuró él, como si supiera que se trataba de Katrina. «Quédate con Savvie mientras Lucas se encarga de los teléfonos».

—Sí, señor —dijo ella, cerrando los ojos al darse cuenta de que sonaba como algo sumiso—. No quería decirlo así... en relación con... no importa.

—Hablaremos pronto, Ma Petite.

Colgó, soltando un enorme suspiro tembloroso y dejando el teléfono en la isla, solo para volver a cogerlo y salir corriendo.

Lucas y Savvie se dirigieron hacia ella en cuanto la vieron. —Sahvrin ha dicho que hagamos lo que yo sugerí. Está llamando a Katrina para que también entregue su teléfono. Jek dijo que se había encargado de ello, pero Sahvrin no quiere correr ningún riesgo.

—Gracias a Dios —jadeó Savvie, agarrándose al brazo de Lucas.

Lucas intentó soltarse sin que se notara demasiado y Beth decidió que era mejor hablar con él sobre lo que estaba pasando en cuanto tuviera oportunidad. Y con Savvie. No quería que Katrina corrompiera la mente de la chica con ideas equivocadas, fuera su madre biológica o no. —Savvie, ¿quizás tú y yo podamos encontrar algo que cocinar para nuestros chicos mientras esperamos?

Ella la miró con preocupación. —No sé cocinar muy bien. —Miró a Lucas—. Quería ir contigo —dijo en voz baja.

Él miró a Beth y ella se puso las manos en las caderas con un suspiro. —Siento decepcionaros, chicos, pero Sahvrin quiere que estéis acompañados en todo momento. —La mirada que le dirigieron la hizo reír—. Sí, está pensando lo que creéis que está pensando.

Gracias a Dios no discutieron. Lucas miró a Savvie. —He oído que Betty Crocker lo hace todo más fácil. Sé que tenemos montones de sus platos en la despensa. ¿Como brownies?

—Oh, tenemos un pedido de brownies —dijo Beth—. Vamos, Savvie, no se puede confiar en mí sola en la cocina. Podemos hablar de lo que nos pondremos en la fiesta de mañana mientras lo desordenamos todo.

La sonrisa de Savvie hizo que Lucas esbozara una gran sonrisa en su atractivo rostro. «Volveré en unos treinta minutos», le dijo. «Primero voy a ponerme algo de ropa», añadió, caminando hacia atrás sin apartar la mirada de ella.

«De acuerdo», dijo ella, saludándole con la mano y sonriendo. «Ten cuidado».

Beth arqueó las cejas y le sonrió cuando él se alejó. «Ha sido un poco doloroso de ver», murmuró entre dientes mientras se dirigían a la casa.

«¿A qué te refieres?», preguntó ella con una sonrisa en la voz. «¿Y Sahvrin dijo realmente que teníamos que ir acompañados? ¿Por qué?».

Beth se rió al entrar en la cocina. —¡Porque es *obvio* que estáis locamente enamorados el uno del otro!

Se quedó boquiabierta y Beth se rió. «¿Se *nota?*». Su sonrojo no tenía precio.

«Es difícil ocultar ese tipo de cosas», dijo Beth, yendo a la despensa junto a la cocina y regresando con dos bolsas de brownies y una gran sonrisa. «Siéntate ahí», le indicó, señalando el taburete junto a la encimera y entregándole una bolsa de brownies. «Tú puedes leer las instrucciones y yo me encargaré de ensuciar».

Después de buscar un bol y unas sartenes y poner el horno a la temperatura de precalentamiento, miró a Savvie. «Bueno...», comenzó con una gran sonrisa, haciendo que Savvie se sonrojara.

«¿Qué?».

«¡Cuéntamelo *todo,* por supuesto!». La expresión de su rostro hizo que Beth se detuviera. «¿Qué pasa?».

Apenas movió la cabeza, que tenía gacha. —Es que él es... *tan guapo* y yo...

«¿Qué eres?», insistió Beth, volcando el contenido en el bol. «¿Tan guapa como él?».

Esto le arrancó una gran carcajada. «No soy *tan* guapa como él», aseguró, con las mejillas sonrosadas y todo.

«¿Hablas en serio?», preguntó Beth, dándose cuenta de que tal vez fuera así. «Cariño...».

Savvie la miró.

«¿Seguro que sabes lo guapa que eres?».

Bajó la cabeza y Beth se quedó paralizada al ver cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas. «Mi madre es guapa, pero yo no he heredado eso».

Beth soltó un grito de indignación. «¿Quién te ha contado *esa* tontería?».

Savvie levantó la vista con una pequeña risa y luego volvió a bajar la cabeza con un encogimiento de hombros. —Mi padre —dijo con voz entrecortada mientras le caían más lágrimas.

—Dios mío, él... debe de haberlo hecho por otras razones.

Se secó la cara. «¿Como qué? ¿Para hacerme sentir como una mierda? Es muy bueno en eso».

«¡Sí, por eso exactamente!».

Ella la miró, frunciendo el ceño. «¿Pero por qué?». Como si hubiera hecho esa pregunta un millón de veces y no hubiera encontrado una respuesta que encajara.

«La primera razón que se me ocurre es que él no quiere que conozcas tu valor. No es que la apariencia lo defina, pero él sabe que para una chica joven sí lo hace, y si su padre define el valor por la apariencia, entonces tiene sentido que tú también lo hagas. Pero, Savvie, ¡te ha mentido descaradamente! ¡Eres una de las chicas más guapas que he visto nunca, y no te estoy halagando!».

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

«Y Lucas está totalmente de acuerdo conmigo».

Su mirada se posó en la de ella y la desesperada esperanza y el miedo que había en ella eran desgarradores. «¿Por qué dices eso?».

«Oh, cariño, ¿no ves cómo te mira?».

«No parece que me mire. Pero yo lo miro mucho», balbuceó, secándose la cara.

«Entonces te lo está ocultando muy bien, pero yo lo veo. Y... puede que haya visto el pequeño beso que se dieron en el muelle». Beth se rió ante su mirada preocupada. «No pasa nada. Fue muy valiente por tu parte».

—Más bien estúpido —jadeó—. No sé en qué estaba pensando, solo que... moriría si no besaba a ese chico que era más guapo que nadie que hubiera visto nunca y tan amable conmigo. Solo quería darle las gracias y, cuando me preguntó por qué lo había hecho, ¡me *quedé paralizada* y no supe qué responderle! ¡Fue horrible!

—¿Hasta que él te devolvió el beso?

La forma en que su cuerpo parecía derretirse y sus ojos se cerraban le hizo reír a Beth. «Oh, sé *exactamente* cómo te sientes. Yo tuve exactamente la misma reacción con Sahvrin».

«¡Es como un hechizo!», susurró Savvie con toda seriedad.

«¿Qué te dijo cuando lo besaste?», se moría por saber.

«¡Me preguntó *por qué* lo había hecho!».

«Típico de Bishop», se rió Beth, cogiendo cuatro huevos de la cesta que había sobre la encimera.

«¡Y lo único que pude hacer fue disculparme!».

«Y entonces él te devolvió el beso».

«Sí», dijo ella, con voz aturdida, mientras se llevaba las manos al pecho. «Y me dijo: "No lo siento"».

«¡Qué romántico!», dijo Beth, rompiendo los huevos en la mezcla seca. «Sahvrin también dice cosas increíbles. Le dije que tenía que escribir para Hallmark».

Savvie se rió ante eso, con un sonido tan bonito como el tintineo de unas campanas, antes de ponerse seria. «Pero ¿y si... pasa algo y tengo que irme? Puede que no vuelva a verlo nunca más».

Beth dejó de mezclar. «No tienes que irte, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Este puede ser tu hogar».

Savvie la miró confundida, tal vez incluso asustada de esperar algo así. «¿Lo crees?».

Beth deseaba poder decirle más. «Sahvrin es un hombre muy bueno. *Nunca, jamás,* permitiría que nada te hiciera daño».

—Mi madre dice lo mismo —dijo Savvie, bajando la cabeza—. Me ha contado todo sobre la vida en el pantano cuando era joven. —Sonrió, mirándola con timidez—. Solía imaginar que ella y yo vivíamos solas en los pantanos, sin nadie que nos dijera qué hacer ni adónde ir. Nadie... siendo tan malo con mi madre...

Beth dejó la cuchara y se apresuró a rodear la isla. «Ven aquí», le dijo, rodeándola con los brazos. «¿Y si te dijera que puedes cumplir ese sueño? Sahvrin ha dicho que está *encantado* de teneros aquí a ti y a tu madre todo el tiempo que queráis quedaros. ¡Eso significa para siempre, si queréis!». Le acarició la cabeza y la dejó llorar. «Créeme cuando te digo que tu vida ha cambiado para siempre. Esta es tu nueva vida y puedes disfrutarla. Además, los Bishop son como los reyes del pantano y nadie conoce los canales como ellos. Así que, aunque quisieran encontrarte, no podrían. Y si Sahvrin pensara que podrían hacerlo, nos trasladaría a un lugar oculto, aún *más profundo* en el pantano».

Se apartó, se secó los ojos y la miró. —¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

Al darse cuenta de que no lo conocía lo suficiente como para estar tan segura de él, decidió contarle cómo había llegado allí. «Sé que te va a parecer una locura, pero... hace unas dos semanas, yo también me encontraba en una situación muy grave y Sahvrin me salvó».

—¿En serio?

Ella asintió. —Me rescató, y yo estaba... realmente mal. Literalmente, me cuidó hasta que recuperé la salud y me enamoré de él y... —Bajó la cabeza—. Bueno, estoy bastante segura de que él siente lo mismo. Beth volvió a rodear el mostrador. —El hecho de que alguien no diga las palabras no significa que no puedas saber algo. Sé lo que siente el Sr. Bishop.

—Me da tanta vergüenza que quisiera que nos acompañara alguien. ¿Y si no quiere que me guste su hermano porque soy la hija de alguien a quien obviamente odia?

Uf, mierda. «Solo quiere que no vayáis demasiado rápido, eso es todo. Quiere que os toméis vuestro tiempo y no hagáis cosas que... hacen las personas casadas».

«¿Sexo?», preguntó ella, sonriendo. «Estoy acostumbrada a esa palabra, créeme». Beth puso cara de *decepción*. «No acostumbrada a *eso*», se apresuró a decir.

«Oh, gracias a Dios», dijo Beth, vertiendo la masa en la sartén grande y chupándose el dedo. «Mmm». Le entregó el bol después de rasparlo. «¿Quieres chuparlo?».

—¿En serio? —preguntó ella, cogiéndolo.

«Claro que sí», le aseguró Beth incrédula. «No podemos desperdiciar todo ese chocolate por el desagüe».

«¿Verdad?», dijo ella, pasando el dedo y comiendo con una gran sonrisa. «Mmmmm, sí».

«No me digas que nunca has lamido un bol».

Ella negó con la cabeza. «¡Mamá es tan rara con eso! Gérmenes por aquí, gérmenes por allá».

—¡Ohhh, mi *madre* era igual!

«¿En serio? Qué molesto».

«Mi padre, sin embargo, era todo lo contrario, pero tenía que hacerlo a escondidas porque mamá se enfadaba mucho si se enteraba».

«Tu padre parece muy simpático», dijo ella con una sonrisa, sin dejar de lamer.

«Lo es. Mi madre murió hace un par de años y ha sido muy duro para él».

«Vaya, lo siento», dijo ella, mirándola mientras se limpiaba la boca con la lengua.

«¡Bueno, hablemos de lo que nos vamos a poner para la fiesta!».

La emoción que se reflejaba en su rostro hizo que Beth se sintiera como una superheroína. Dios, podría acostumbrarse a todo esto de ser madre. ¡Qué satisfactorio!

CAPÍTULO 24

Sahvrin finalmente llegó al dique seco y ayudó a cargar en el barco todos los suministros necesarios para el pantano. Cuando terminó, reunió a los hombres para ponerlos al corriente.

Sentado a la mesa bajo el gran roble, puso los pies sobre la silla, demasiado nervioso para sentarse. «Solo quería repasar todo antes de que las cosas se nos vayan de las manos. Lo voy a poner todo en nuestra caja, pero quería hablar de un par de cosas. La primera son las armas y cuándo queremos llevarlo a cabo. Una vez que lo decidamos, haré oficial la fecha del primer envío. Tenemos dos Roulettes esperando a ser interrogadas en la estación de pesaje. ¿Cuándo queremos ocuparnos de eso?», preguntó, mirando a Lazure.

—Esta noche. Cuando las mujeres y los niños estén dormidos.

—Bien —dijo Sahvrin, mirando al resto, que también asintieron con la cabeza—. Por favor, decidme que alguno de vosotros tiene información sobre su padre o cualquier cosa relacionada con él. Ella ha estado preguntando.

—Nada que le querrías contar —dijo Bart—. He encontrado una conexión entre el acosador Julien y él.

—¿De qué tipo?

—Principalmente, que el padre conoce bien a su familia y que tienen vínculos financieros con Roulettes. Eso es todo, nada definitivo todavía.

—Sigue investigando. Quizá le pida a Juliette que llame a su padre y se haga pasar por una amiga preocupada que ha conocido aquí, solo para ver qué piensa. —Miró a Lazure—. ¿Qué hay del envío de armas? ¿Algún plan?

—Preferiblemente antes de que llegue el huracán y, dado que el actual ha cambiado de rumbo, yo diría que lo hagamos mientras

podamos. Mañana por la noche nos reuniremos con Los Doce en la fiesta y comenzaremos a movilizar a La Horda.

—Suena bien —dijo Sahvrin—. Beaux debería llegar pronto a la casa con Juliette para responder cualquier pregunta que puedas tener para él.

—Bien, y una vez hecho eso, puede ayudar con los preparativos.

—¿Qué pasa con Savvie? —se preguntó Bart—. ¿Cuándo le daremos la noticia? ¿Katrina ha sugerido algo al respecto? ¿Y qué pasa con ella y Lucas?

—¿Quién y Lucas? —preguntó Zep, haciendo que Sahvrin se preguntara a quién más se refería Bart.

—Lucas y Savvie —dijo Bart con una risa seria—. Esos dos están locamente enamorados, tío, hay que decir algo antes de que vaya demasiado lejos. Es una mierda.

—Técnicamente no son parientes —dijo Sahvrin, odiando tener que lidiar con eso, pero sabiendo que era necesario.

—Pero Lucas debería saberlo mejor, él conoce la verdad —dijo Lazure.

Sahvrin bajó el pie de la silla y empezó a dar vueltas. —Es difícil controlar ese tipo de cosas, Lazure. Le pedí que la ayudara a sentirse bienvenida y, bueno... lo hizo muy bien.

«Nunca has visto al chico interesado en las chicas y ahora esto», dijo Lazure con los ojos muy abiertos.

«No puedes estar más sorprendido que yo», aseguró Sahvrin. «He tenido asientos en primera fila y es como ver hundirse un barco. Beth cree que es bonito».

—Tengo que decir que me alegro de ver que su testosterona funciona —murmuró Jek.

«¿Tenías dudas?», preguntó Sahvrin, incrédulo.

—Quizás un par.

—¿Entonces Katrina y Savvie van a vivir en la casa de invitados indefinidamente? —preguntó Zep.

«¿Qué coño te importa a ti?», preguntó Sahvrin.

—Eh, espera —dijo Zep, mirándolo.

—Savvie mencionó que te *divertiste con* Katrina y, sinceramente, me importa una mierda si quieres follártela, pero hazlo en los pantanos, no te atrevas a follarte a la madre de mi hija donde ella se entere. Ya ha visto demasiadas cosas de ese tipo, no necesita que su propio tío también lo haga.

Zep mantuvo la cabeza gacha, pero la línea tensa de sus labios indicaba que estaba demasiado cabreado para hablar. «No me había dado cuenta de que todavía sentías algo por Katrina», murmuró finalmente, mirándolo.

Sahvrin negó con la cabeza y le señaló con el dedo. —No juegues conmigo, joder, no con esto. Lo digo en serio.

Finalmente levantó ambas manos y lo miró a los ojos. «Te escucho alto y claro, hermano mayor. Si quiero follarla, la llevaré a lo profundo de los pantanos, donde nadie pueda oír sus gritos de orgasmo».

—Gracias*, hermano,* te lo agradezco mucho. Siempre es bueno saber que me cubres las espaldas, joder.

—Espera un momento —dijo Lazure, mirando ahora a Zep—. ¿Qué coño estás *diciendo?* No te *follas a* la ex de tu hermano, ni *nada* parecido —gritó—. Puedes tener a cualquier mujer que quieras en Breaux Bridge, pero *no* deshonres a esta familia haciendo algo así.

—¡Ya te he oído! —le gritó Zep—. No era mi intención, por si te sirve de algo, joder.

No le importaba. No a Sahvrin. Conocía demasiado bien a su hermano adúltero y fornicador. Se follaba a quien quería, solteras, casadas, viudas. Jóvenes, viejas, discapacitadas, daba igual. Había *sido* una maldita vergüenza para la familia.

—Bueno, ¿qué hay de los negocios? —dijo Jek en el silencio que siguió—. ¿Seguimos cambiando a modificar armas para la tormenta de mierda que se avecina?

—Por supuesto —dijo Lazure, mirando a Sahvrin—. ¿Puedes encargarte de eso?

—Sí —dijo él, sin pensarlo realmente—. Lo tengo controlado. No tenían otra opción.

—Una vez que nos reunamos con Los Doce —dijo Lazure—, Nickels te dará las cifras actuales de recursos, después de que él las obtenga de los Keepums, para que sepamos *exactamente* lo que necesitamos.

—Se lo diré a Savvie esta noche —dijo Sahvrin, decidiendo que no quería esperar ni un minuto más—. Le tiene pánico a su padre falso, y nada me haría más feliz que decirle que yo soy su padre y que no tiene por qué tener miedo.

—Estoy de acuerdo —dijo Lazure asintiendo con la cabeza—. Ella necesita saberlo.

«¡De acuerdo!», dijo Bart. «¡Entonces yo seré *el tío* Bart!».

****

Sahvrin estaba agotado cuando terminaron de descargar el barco en el almacén principal del pantano y regresaron a la casa. Le dolía el cuerpo por la necesidad de tocar a su Petite y la idea de que de repente pudiera necesitar a alguien tanto como a ella le desconcertaba.

Necesitaba descansar más, eso era seguro. Había estado exigiéndose demasiado durante demasiado tiempo.

Recordó el teléfono que le había comprado a Beth y se lo palpó en el bolsillo para asegurarse de que todavía estaba allí. Sacó su teléfono y marcó el número de Juliette.

«¿Dónde estás?», preguntó.

—Con Beaux en casa, como me dijiste.

«¿Cuándo llegaste?», se preguntó.

«Hace una hora más o menos, ¿por qué?».

«¿Ya conociste a Beth y Savvie?».

—Claro que sí, ahora están con nosotros.

«¿Quiénes somos?».

«¿Beaux y yo?».

«¿Dónde?».

«Estamos jugando en la casa de jabón, señor Cincuenta Preguntas».

«Lo siento», dijo, frotándose los ojos con los pulgares y los dedos índices. «Necesito un favor».

«Lo que sea», dijo ella, y él supo que lo decía en serio.

—Necesito que llames al padre de Beth y averigües dónde tiene la cabeza, pesca información de forma indirecta. Quizás haciéndote pasar por una amiga que ha hecho aquí durante el festival o algo así.

—Se puede hacer. Solo necesito el número.

—Le diré a Bart que te lo envíe por mensaje. No uses tu nombre real, obviamente, y bloquea tu número.

—Puede que no responda.

«Bueno... inténtalo, y luego ya veremos qué hacemos si no responde».

«Entendido».

«¿Cómo están todos?».

«Beth está bien», dijo ella. «Un ángel, como tú dices, y Dios mío, no me habías dicho que fuera tan *guapa*».

«Lo es», dijo él, y la pura verdad de ello le hizo sonreír.

«Y Savvie, por todos los cielos, ¡es tu gemela!».

—¿Tú crees? —preguntó él riendo—. Yo pensaba más bien que era tuya.

Ella contuvo el aliento. —¡Me *lo quedo!*

Él se rió y asintió. —Se lo diré esta noche. A Savvie, quiero decir.

—¿En serio?

«Después de descubrir que le aterroriza su padre impostor, sí. Necesita saber que está a salvo porque es mía».

«Ohhhhh, eso sí que ha sido un comentario muy sexy por tu parte».

«Estaré allí en quince minutos».

«¿Quieres que se lo diga a *tu Petite?*».

«Puedes hacerlo si quieres».

«Quiero. Y siento decírtelo, hermano mayor», murmuró. «Pero Lil Lucas y...».

«Ya lo sé».

«Shoooo, te das cuenta de que técnicamente no es pariente suyo, ¿verdad?».

«Sí, lo sé».

«Bien, porque... son reales y no hay forma de ocultarlo». Ella se rió entre dientes. «Es bastante divertido verlos, los pobres».

«Quiero saberlo tanto como no quiero saberlo».

«Ay, ¿papá está preocupado?».

«Muchísimo».

«¡Lucas es un *encanto!*».

«Sé que lo es y por eso me preocupa».

Hubo una breve pausa y un «Ohhhhhhh, ya veo. Oh, Sahvrin, Savvie está literalmente enamorada de él».

«*Espero* que sí, joder, porque...».

«Oh, cariño, lo sé, lo sé, y estoy contigo. Pero sé lo que estoy viendo».

«Yo también lo sabía hace tantos años. Las cosas se desvanecen».

«No voy a fingir que no hay riesgos en el amor, cariño, los hay, y es deber de todos en la vida asumir esos riesgos en algún momento».

«¿Y tú lo haces?», se preguntó él, recordando sus gestos teatrales.

«¿Quién, yo? ¡Estoy casada con los caimanes!».

Él se rió entre dientes. «¿Me llamas o me envías un mensaje más tarde con lo que averigües sobre su padre?».

«Lo haré».

«Llegaré en cinco minutos».

«Se lo diré al desesperado».

****

Después de enviar a Beaux a ayudar con los preparativos y pedirle a Juliette que cuidara de Romeo y Juliette, por fin consiguió estar a solas con su pequeña. Seguían en la jabonería y los aromas tenían un efecto calmante sobre sus nervios. Se acercó por detrás, donde ella jugaba con los tarros de jabón, y la rodeó con sus brazos,

gimiendo en su cuello. «Te he echado de menos», murmuró, acariciando con la boca su cálida piel. La sensación de sus dedos recorriendo su cabello era jodidamente celestial. Casi tan divina como los delicados sonidos de deseo que salían de su garganta.

«Se lo voy a contar a Savvie esta noche», dijo antes de llegar al punto de no retorno con ella.

Ella se volvió y lo miró. «¿En serio?».

Al ver la aprobación reflejada en su rostro, algo se soltó en él. «Sí. Después de que me dijeras que estaba asustada, decidí que tenía que hacerlo».

«Estoy de acuerdo. Y yo necesitaba decirte algo más», dijo ella, poniendo su mano sobre su brazo mientras una luz iluminaba sus ojos. «Me contó que su madre le había hablado de la vida en el pantano y que solía imaginar que ella y su madre vivían allí solas, sin nadie que les dijera lo que podían hacer o adónde podían ir y sin nadie que hiciera daño a su madre. Sahvrin», exclamó Beth, con lágrimas en los ojos. «Fue muy triste oír eso».

Su reacción alegre lo confundió. «¿Cómo puede ser eso bueno?», se preguntó, sintiendo que se le escapaba algo.

Su rostro se ensombreció de inmediato. —Oh, no es bueno, lo siento, no quería dar esa impresión. Solo pensé que te gustaría saber que ella soñaba con vivir aquí porque te preocupaba que tal vez no le gustara.

—Era una niña que soñaba con cosas de las que no tenía ni idea —dijo él—. ¿Cuándo te contó eso?

«Cuando Lucas se fue a llevar los teléfonos al medio de la nada, la convencí para que hiciera brownies conmigo. Ella quería ir con él. Ah, y su relación amorosa ha empeorado», advirtió. «Vi a Savvie besar a Lucas en la mejilla».

El pánico se apoderó de él. «¿Delante de ti?».

«¡No! Yo... me quedé dormida más de lo que quería, lo siento, y salí corriendo a buscarlos y estaban en el muelle. Decidí observarlos un momento, ver qué pasaba, y ella se inclinó y lo besó. En la mejilla», aclaró.

«¿Qué hizo él?».

«Bueno...», comenzó ella, aparentando poner cara seria, «... al principio se quedó mirándola y Savvie me contó después que él le preguntó por qué lo había hecho, y ella le dijo que lo había hecho porque era la persona más guapa que había conocido nunca y que era muy amable con ella y solo quería darle las gracias».

«¿Le dijo todo eso?».

«¡No, lo siento!». Hizo una pequeña mueca antes de aclararlo. «*Me* lo dijo a *mí,* explicándome por qué lo había hecho, pero cuando *él* le preguntó por qué, *se quedó paralizada* y lo único que pudo decir fue: "*¡Lo siento!*". Beth se llevó la mano al pecho. «Pero espera», susurró. «Lucas le dijo que no lo sentía y le devolvió el beso en la mejilla». Se tapó la boca con la mano. «Creo que fue su primer beso. El primero de su vida».

Joder, genial. «¿Y por qué te parece tan increíble?», se preguntó él, ahora completamente confundido. «Joder, lo siento», murmuró, al ver que sus palabras la habían herido. «Te dije que te fueras a dormir, todo esto es culpa mía».

—Sahvrin... Savvie está...

—De verdad, lo sé. Juliette dice lo mismo. Y como le dije a ella, podemos equivocarnos sobre lo que estamos tan seguros.

Ella asintió, pensándolo. «Tienes razón, yo... estoy siendo... Estoy pensando en todas las cosas equivocadas».

—No, estás pensando en las cosas correctas, y yo estoy pensando en las cosas equivocadas. Da la casualidad de que en la vida suceden las cosas equivocadas en lugar de las correctas, y si no piensas en ellas, no puedes hacer nada para detenerlas.

Ella asintió de nuevo y luego negó con la cabeza. «Tienes toda la razón. No sé qué estaba haciendo. Qué estoy haciendo». Se volvió hacia la encimera durante varios segundos. «Ah, y luego hicimos brownies y la dejé lamer el bol», dijo en voz baja. «Me dijo que su madre nunca la dejaba hacerlo porque tenía fobia a los gérmenes y yo le dije que a mi madre también le pasaba lo mismo», dijo con voz tensa. «Pero mi padre solía dejarme hacer cosas cuando ella no miraba y Savvie estaba feliz. Me sentí increíble por poder hacer eso por ella».

Sahvrin se apresuró a abrazarla. «Lo siento muchísimo, Angel, perdóname». Le besó la sien. «Estoy agotado y mis instintos más primitivos han salido a relucir».

Ella respiró hondo y pareció contener el aire, luego lo soltó lentamente, secándose los ojos y volviéndose hacia él. «¿Por qué no vas a dormir un poco? Debería haber pensado en cómo te haría sentir eso, no sé en qué estaba pensando. No estaba pensando, como de costumbre». Se cubrió la cara con ambas manos y las lágrimas volvieron a brotar. «Pero te guardé unos brownies».

Sus palabras susurradas lo aplastaron aún más. Le tomó la cabeza entre las manos. «Gracias. Muchas gracias», dijo, besándole el dorso de los dedos. «Por estar aquí, por ser tú». Ella finalmente bajó las manos. «Ahí estás. Dame esos labios». Los devoró y no se detuvo hasta que ella perdonó y olvidó su estupidez.

«¿Crees», jadeó entre beso y beso, «que debería... estar allí cuando se lo cuentes a Savvie?».

Él se apartó, sin aliento, mirándola fijamente. «¿Tú crees?», se preguntó, sin estar muy seguro.

«¿Vas a... tener a Katrina allí?».

«No», dijo él, sacudiendo la cabeza y acariciándole la cara.

«¿Le vas a decir a Katrina que se lo vas a decir?».

Lo pensó y negó con la cabeza. «Solo se lo voy a decir. No confío en que no haga ninguna tontería».

Beth asintió. «Estoy de acuerdo. No necesito estar allí, ni siquiera quiero estar, quiero decir, sí quiero, solo que estoy pensando...».

—Dímelo —dijo él, besándola suavemente en los labios.

—Solo que... quizá se sienta mejor si estoy allí.

—¿Tú crees? —le sonrió en la boca—. Vas a ser una madre maravillosa —dijo, besándole la punta de la nariz y haciéndola sonreír.

«Yo también pensaba eso», dijo ella, como si no lo hubiera pensado hasta hacía poco.

Mon Dieu, esta mujer. La envolvió en un fuerte abrazo y la levantó con un gemido. —Estoy deseando tenerte en mi habitación.

«¿Primero Savvie?», preguntó ella.

—Primero Savvie, sí.

CAPÍTULO 25

«¿Estás seguro de que debería estar aquí?», preguntó Beth una vez más desde el gran columpio bajo el árbol.

«Estoy muy seguro», dijo él, levantando sus manos entrelazadas y besando la de ella.

—Ahí está —dijo Beth, saludándola con la mano, quizá más nerviosa que él.

Savvie parecía estar de buen humor, y ella estaba segura de que Lucas tenía mucho que ver con eso, pero no iba a decir nada ahora que veía lo mucho que le molestaba a Sahvrin.

Beth se hizo a un lado para dejarla sentarse entre ellos y, en el último momento, pareció que Sahvrin intentaba mantenerla a su lado. Vaya.

—¿Qué tal? —preguntó Savvie, sentándose y mirando a Beth.

—Es Sahvrin quien quería hablar contigo —dijo, señalándolo. Le guiñó un ojo y le sonrió al ver la preocupación en su rostro.

—Hola, Sahvrin —dijo—. ¿Qué pasa?

«No mucho, pequeña, ¿qué tal tu día?».

«Ha sido divertido. Beth y yo hemos hecho brownies para los chicos».

—Lo he oído —dijo él, sonriéndole—. Gracias por eso.

Ella bajó la cabeza. «Si quieres hablar conmigo sobre Lucas...».

«No, no es eso de lo que quiero hablar contigo».

«Ah», dijo ella, con un tono solo un poco menos preocupado. «¿Es... sobre mi padre?».

«Sí, en realidad sí», dijo Sahvrin. «Tengo que contarte algo que es bastante importante».

Ella lo miró fijamente y Beth le tomó la mano y se la estrechó. «Está bien».

Sahvrin se inclinó hacia delante con los antebrazos apoyados en las piernas y la cabeza gacha. «Probablemente nunca en mi vida he tenido tanto miedo de contarle algo a alguien», admitió, lo que enterneció a Beth. La honestidad era buena. La vulnerabilidad, aún mejor.

«¿Qué?», se preguntó Savvie.

—Tu madre y yo estuvimos casados... Y cuando se marchó del pantano hace tantos años, estaba... embarazada de ti. Solo que yo no lo sabía, ella nunca me lo dijo. No fue hasta que vino a pedirme ayuda cuando me enteré.

La miró fijamente mientras Beth le acariciaba la mano.

«Entonces... tú eres...».

—Soy tu verdadero padre. Y... siento no haber sabido nunca de ti. Si lo hubiera sabido, nunca te habría dejado allí. Ni a tu madre. Pero nunca te dejaré marchar, estás a salvo conmigo mientras quieras quedarte. Y espero que quieras quedarte. No quiero que te vayas nunca.

Beth se quedó paralizada cuando Savvie le soltó la mano y la puso en su regazo, mirando hacia abajo. Ella captó la mirada de Sahvrin y levantó una mano, indicándole que esperara.

«¿Esto significa que... Lucas es...?»

«Lucas no es pariente consanguíneo, cariño», dijo Beth.

«Entonces... tu romance está a salvo», dijo Sahvrin, a lo que Beth asintió con la cabeza cuando él la miró.

«¿Y *ahora qué*?», articuló con los ojos muy abiertos.

«¿Estás bien, cariño?», preguntó Beth después de varios segundos. «No hay ninguna forma incorrecta de sentir esto. No importa cómo te sientas, está bien. Enfadado, triste, feliz, culpable, no puedes equivocarte con esto».

«Todo eso», susurró ella, secándose los ojos y mirando fijamente su regazo.

«Está bien, eso es bueno», dijo Beth. «La ira es totalmente comprensible».

Ella contuvo un sollozo entrecortado y se secó los ojos de nuevo. «Solo que no sé con quién enfadarme», dijo. «¿Con mi madre? ¿Cómo puedo enfadarme con ella? No ha hecho más que

intentar ser una buena madre, aunque la mayoría de las veces lo haya hecho fatal. Incluso cuando la golpea ese... estúpido hombre que yo creía que era mi padre», dijo entre lágrimas, y luego soltó un sollozo y se secó los ojos mientras respiraba entrecortadamente. «Me alegro mucho de que no sea mi padre, lo odio. Y, de alguna manera, ¿me siento culpable por eso?», chilló, confundida. «¿Por qué iba a sentirme culpable por odiar a un monstruo?».

Se giró y Beth la abrazó, acariciándole la cabeza. «Porque pensabas que era tu padre, eso es todo, y solo querías su amor».

«Nunca fui lo suficientemente guapa, ni lo suficientemente buena, ni lo suficientemente inteligente», dijo con amargura.

Beth miró a Sahvrin, preocupada por la expresión sombría de su rostro. Dios, estaba enfadado.

—Entiendo la culpa —dijo Sahvrin en voz baja—. Yo no lo sabía y, sin embargo, apenas puedo soportar estar en mi propia piel. Dejé que esto sucediera, dejé que mi propia sangre, mi propia hija, sufriera durante todos estos años. Lo siento, fue una mala idea contárselo.

—Sahvrin —lo llamó Beth mientras se alejaba.

Savvie se bajó del columpio con un «¡Espera!».

Él se giró y ella se abalanzó sobre él, rodeándolo con los brazos. Beth se tapó la boca, reprimiendo un sollozo.

«No lo sientas, me alegro, te lo juro. No estés triste».

Él enterró la cara en su cabeza y la abrazó con fuerza. «Lo siento, y estoy muy triste», jadeó. «Te extrañé, extrañé todo, ni siquiera me conoces».

«Puedo aprender», lloró ella. «Podemos aprender».

****

Sahvrin subió las escaleras después de ducharse, sintiéndose más agotado que nunca y, sin embargo, más ligero. Abrió la puerta y se quedó paralizado al encontrar a Su Pequeña presentándose en medio de la habitación con unos diminutos pantalones cortos transparentes y un top blanco a juego. Mon Dieu, ella iba a matarlo esa noche.

«Hola», dijo ella, saludando con la mano.

«Hola», respondió él, con el pene dándole dolorosos golpes mientras cerraba la puerta y echaba el cerrojo. Recordó los libros y se dirigió al escritorio donde los había guardado. Sacó la silla y se sentó, abrió el cajón de la derecha y puso el primero sobre el escritorio, luego el segundo. Cerró el cajón y se sentó frente a ella.

Ella miró fijamente los libros, con ambas manos delante. Él los miró sobre el escritorio y cogió el que estaba encima, mostrándoselo.

«Ese es», dijo ella, sin aliento.

—Leí un poco del libro sobre BDSM.

—¿En serio?

Él asintió con la cabeza, bajando lentamente la mirada y fijándola en el oscuro triángulo de vello bajo la tela transparente. «Acércate», dijo.

Ella dio unos pasos lentos y se detuvo justo a su lado. —¿Qué quiere Ma Petite esta noche? —preguntó él.

Ella se humedeció los labios, recordándole lo difíciles que eran esas preguntas para ella. «¿Qué me ofreces?», susurró.

Su mirada se deslizó por su cuerpo, deteniéndose en sus pezones duros antes de continuar hasta su tímida mirada. «Lo que ella quiera».

Ella tragó saliva y volvió a lamerse los labios, lo que lo puso muy excitado. «Quiero... que tú...».

Ella bajó la mirada y él ladeó la cabeza, encontrando su lucha excitante, como de costumbre.

«Quiero que... me *folles*».

Las palabras entrecortadas le golpearon los testículos mientras él consideraba lo que ella realmente quería detrás de esa petición. Ella sabía que estaban esperando para hacerlo y, sin embargo, lo estaba pidiendo. «Ma Petite es tan rebelde», musitó, agarrando su polla y moviendo la mano sobre ella. «Siempre pidiendo lo que sabe que no debe pedir». La miró fijamente. «Me pregunto por qué lo hace y solo se me ocurre una cosa. No es que sea mala siendo sumisa, es que elige ser mala en determinados momentos. La siguiente pregunta que me hago es: ¿por qué elige

ser mala en lo que dice querer ser?». Chasqueó la lengua. «Elige ser traviesa porque quiere que la castiguen». Le miró las tetas durante unos segundos antes de mirarla a ella. «Dime que me equivoco», la retó.

«Yo... a veces hago cosas que sé que están... mal. A propósito».

«Como ahora».

Ella se humedeció los labios, sin mirarlo a los ojos. «Ahora no, no».

Él ladeó la cabeza ante esa respuesta. «Entonces... ¿me estás pidiendo de verdad que te folle cuando habíamos acordado esperar?», volvió a preguntar.

Ella asintió, pero él no estaba nada convencido. «Ma Petite, ¿recuerdas lo que dice tu libro sobre BDSM acerca de las sumisas desobedientes?».

«Yo... no lo recuerdo muy bien. Exactamente».

«Se les castiga», dijo él, convencido de que ella lo sabía. «¿Sabes cómo se les castiga en tu libro sobre BDSM, Ma Petite?».

«No... estoy segura», dijo ella, ahora sin aliento.

«Creo que lo sabes», dijo él. «Creo que ahora mismo se te está poniendo el culo a mil con solo pensarlo. Cuando lo leí, me reí. Pero ahora...». Gimió, bajándose los pantalones para liberar su polla y acariciarla. «No me hace ninguna gracia. Me parece... muy razonable, ¿no?».

«Yo... En algunas circunstancias, sí», jadeó ella con los ojos cerrados.

«Ma Petite, tu clítoris está dolorido ahora mismo solo de pensarlo».

Su respiración tembló con su «Sí».

«Porque *quieres* que te castigue».

«Yo... sí», susurró ella. «Pero... realmente quiero que me folles esta noche. Ahora mismo», añadió.

Sahvrin la miró fijamente durante varios segundos antes de que finalmente lo comprendiera. Se guardó la polla en los pantalones. «Se suponía que debías contarme lo que pasó hoy, Ma Petite. ¿Qué tal si me lo cuentas ahora?».

Sus ojos se encontraron con los de él y ella frunció el ceño. «¿No podemos... hablar más tarde?».

Él negó lentamente con la cabeza.

—No quiero hablar de eso ahora.

«Sé que no quieres», dijo él. «Pero necesito saberlo».

«¿Por qué?».

«Porque lo que haya pasado ha cambiado nuestros planes y quiero saber qué es. ¿Fue Katrina?». Él sabía perfectamente que había sido ella. «¿Qué te dijo?».

«Cosas estúpidas», dijo ella con los ojos cerrados.

«¿Como *qué*?», preguntó él, conteniendo a duras penas su paciencia. Ver a su Petite cruzar los brazos sobre el pecho le enfureció. «¿Tengo que llamarla y obligarla a confesar?».

Sus ojos se posaron en los de él y la ira que vio en ellos le hizo levantar las cejas. —Habló de vuestros primeros días juntos.

Esa maldita zorra. La miró fijamente, sin que su ira le aportara calma, sino todo lo contrario. —¿Lo hizo?

Ella solo asintió, pero ahora tenía la mandíbula apretada.

«¿Qué hace falta para que lo sueltes todo de una vez en lugar de en pequeños y repugnantes trozos?».

—No puedo decirlo —respondió ella con esfuerzo, sacudiendo la cabeza con determinación.

—¿No puedes? ¿No quieres?

«No quiero, no lo diré». Se abrazó a sí misma mientras lo miraba con *furia*. Que Katrina hubiera despertado en su ángel una emoción dirigida hacia *él* lo hacía hervir de ira.

—Entonces la llamaré.

—¿Por qué? *¿Quieres* oírla decirlo? —jadeó ella.

Él se puso de pie. «Quiero oírte decirlo *a ti*».

«¡Pues yo no *quiero* decirlo!», gritó ella, con la furia creciendo. «¡No quiero decir cómo te la *follabas* todos los días en todas las habitaciones, en todas las posiciones!».

—Joder —se esforzaba él, con su rabia aún lejos de calmarse —. ¿Por eso quieres *follar?* —preguntó incrédulo—. ¿Porque esa zorra se jactaba de las mentiras que vivíamos? ¿Por quién follas? ¿Por ella?

«¡Por mí!», gritó ella. «¡Follo por mí porque quiero saber qué pasa contigo!».

«No hacer el amor, sino *follar*», aclaró él, quizá más cabreado por eso que por cualquier otra cosa. La rodeó a medias, con la ira hirviéndole por dentro. «Entonces, ¿se supone que debo follarte como me *la* follaba *a ella,* es eso? ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso a lo que se reduce todo? ¿Solo follar?».

Ella se cubrió la cara con ambas manos y luego las apartó bruscamente, dirigiéndose hacia su cómoda. Abrió un cajón y sacó una bata, luchando por ponérsela mientras se dirigía hacia la puerta.

Sahvrin se le adelantó y la cerró de un golpe. «Dime por qué. ¿Por qué haces esto ahora?».

«¿Cuándo estaré lo suficientemente a salvo para que me quieras como la querías a ella, como arriesgaste todo y te perdiste en ella en *cada habitación*? ¿Cómo se supone que *voy a soportar* estar aquí cuando, vaya donde vaya, me preguntaré: "¿Se la folló aquí? ¿En qué postura? ¿Cuántas veces?" Señaló hacia la cama. «Y aquí, en este *dormitorio*, en esta *cama,* tengo que saber que te la *follaste* más veces de las que puedes contar, *¡cabrón!*», gritó, empujándolo dos veces con ambas manos*. «¿*Cómo puedes hacerme esto?»*,* le espetó.

Sahvrin la agarró de la mano y la arrastró tras él.

«¿Qué estás haciendo?», le preguntó ella.

«Llevándote a donde *no* me la *he* follado».

****

Ni siquiera la dejó cambiarse, la siguió hasta el muelle delantero, donde estaban los barcos normales, y la subió a uno como si fuera una niña. Treinta minutos más tarde, su furia había llegado al límite. «¿Hasta *dónde* hay que *conducir* para llegar a un lugar donde el señor Bishop no *se haya follado* a su preciosa Katrina?». Su silencio la enfureció y le echó en cara todo lo que tenía. «Odio este estúpido pantano, ¡espero que me estés sacando de él! ¡Te prometo que *nunca* volveré!».

Finalmente, apoyó la cabeza en su regazo y se cubrió la cara con ambos brazos, sollozando hasta que el barco finalmente redujo la velocidad. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, reconociendo dónde estaba. Su pequeña casa en el pantano. Las lágrimas inundaron sus ojos al darse cuenta de que no estaba contaminada por esa *zorra*.

Él apagó el barco y salió, luego la empujó hacia el muelle. Antes de que ella pudiera protestar, él la besó, sujetándole la cara con fuerza con las manos. «Esto somos nosotros», jadeó, mordiéndole el labio inferior entre respiraciones entrecortadas. «Cada centímetro de este lugar somos tú y yo, ¿lo entiendes?». La rodeó con sus brazos, abrazándola con fuerza. «Este lugar era una tumba antes de que llegaras. Ahora es *nuestro* hogar, y tú lo has conseguido, joder».

Su repentino arrepentimiento y dolor estallaron en un sollozo. «Lo siento, no era mi intención, de verdad. ¡No quiero dejarte nunca, no me importa dónde vivas o adónde vayas, no quiero dejarte nunca!».

Él la tranquilizó con un «shhhh», igual que había hecho el primer día en que la sacó del pantano y la llevó dentro. Pero el agujero en su pecho causado por Katrina aún le dolía en los huesos.

CAPÍTULO 26

Sahvrin se sentó en su cama con su Petite en su regazo, sin querer soltarla. Pasó varios minutos besándola y tranquilizándola, mientras el caos que ella había provocado en su interior se agitaba sin control. Pero el caos era diferente, era todo ella, un huracán de energía, tan agudo que lo cortaba, tan brillante que lo cegaba, tan acertado que lo avergonzaba.

Y, sin embargo, incluso mientras estaba allí sentado, sabía que *no* se la follaría, no ahora, *no* así. Ella se merecía mucho más que un polvo rápido y él no permitiría que la puta de Katrina le quitara ese regalo a su Petite.

Sus labios acariciaron su cuello y él cerró los ojos, preparándose para resistirse al pequeño regalo mientras rezaba para que ella no lo presionara. Su lengua caliente contra su piel mientras ella abría más la boca con un gemido se estrelló contra su voluntad.

Sus labios perfectos y dulces se movieron por su rostro y no pudo resistirse a su beso, ni quería hacerlo.

Sus manos se deslizaron por su cintura y sus caderas mientras él gemía en su boca, rezando de nuevo para que ella no intentara ir demasiado lejos.

Ella se giró y se sentó a horcajadas sobre su regazo, luego se levantó la camiseta y atrajo su boca hacia su pecho. Él la tomó con un hambre desenfrenada. —Sí —jadeó ella, pasando sus dedos por su cuero cabelludo—. Tócame, por favor —suplicó, agarrando sus manos y llevándolas a su trasero.

Él soltó un suspiro entrecortado y llenó sus manos con él. Ella movió su cabeza hacia su otro pecho, su propio deseo desentrañándolo.

«Hazme el amor», jadeó ella, empujando contra sus hombros y obligándolo a tumbarse en la cama. Él la dejó, pero luego la rodeó con sus brazos, sujetándola contra él.

«Ma Petite», susurró entre jadeos mientras le acariciaba la cabeza y la espalda. «*No* voy a follar contigo para arreglar esto».

Ella permaneció quieta y en silencio sobre él durante demasiado tiempo.

«No dejaré que ella me meta prisa contigo, ¿lo entiendes?».

Ella se apartó de él y rechazó su intento de abrazarla. «No... me toques».

—Ma Petite...

—No me llames así —dijo ella, y su silencioso dolor lo atravesó—. Ya no puedes llamarme así.

—¿Y si te hiciera el amor ahora mismo, Beth? ¿Cómo te sentirías sabiendo por qué lo hice?

«Como una maldita mendiga que finalmente se ha salido con la suya», dijo ella, con la voz quebrada, mientras se levantaba y se sentaba en el sofá.

Él la siguió y se quedó de pie frente a ella. —¿Cómo podría parecerte bien o estar bien cuando la razón por la que lo quieres es porque esa zorra te ha provocado?

Ella se levantó de un salto y le señaló la cara. —*Tú* me provocaste a mí, *no* ella. Actúas como si no quisieras que ella dictara tu vida, tus decisiones, ¡pero ella es la razón por la que nos haces esperar, ella es la razón por la que tenemos que asegurarnos de que sea *seguro*! Ella está dictando cuándo puedo tenerte, cómo puedo tenerte, porque si todo no está perfecto, entonces no consigo al hombre que quiero, al hombre que se enamoró con todo su ser. ¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves a alejar de mí al hombre que amo! ¡Eres *mío,* Bishop es *mío,* Sahvrin es *mío!* No hay ninguna mujer en esta tierra que te quiera más y yo *quiero lo que es mío*», gritó. «Soy la persona a la que has estado esperando, me has encontrado, estoy aquí y me *estoy muriendo*», se lamentó entonces. «¡¿Por qué me sacaste del pantano si solo ibas a *matarme*?».

Sahvrin la cogió cuando cayó, jodidamente asustado por todo lo que acababa de decir. ¿Qué había hecho? Había destrozado a su ángel. Joder, Dios, no.

—Ma Petite —susurró, con la respiración entrecortada mientras la sostenía en sus brazos y la mecía mientras ella lloraba

como una niña pequeña—. Joder, joder, lo siento. —La sentó en el sofá y le tomó el rostro entre las manos, besándola por todas partes, desesperado por deshacer lo que había hecho—. Beth, te quiero, ¿me oyes, joder? Tienes que escucharme, tienes que oírme. Juré, juro por Dios que nunca dejaría que *nadie* se aprovechara de tu dulce alma, ni siquiera yo, ¿lo entiendes?». Le acarició la cara una y otra vez. «Quería darte tiempo para asegurarme de que yo era lo que querías, esta vida, este pantano, mi familia. Y tenía tantas ganas de hacerte el amor la primera vez que me lo pediste, por favor, tienes que creerlo», jadeó, presionando su frente contra la de ella. «Quería que mi ángel estuviera segura de que tenía exactamente lo que quería, no lo que yo quería, joder, pero *en el momento* en que supe que me querías, entonces eras mía, ¿me oyes? Eras mía antes de que te tocara». Su respiración era entrecortada. «Sé que dije... que quería que eligieras sin presión, pero... te ruego que elijas al cabrón que te hizo daño el primer día que nos conocimos. Y pasaré el resto de mi vida haciéndote el ángel más feliz, te lo juro, joder».

De repente, sus labios cubrieron los de él, sus uñas arañaron su rostro con gritos desesperados mezclados con su dulce pasión. Él pateó la mesa de café contra la pared, tirándola al suelo, sin separar nunca su boca de la de ella.

«¿Estás seguro?», jadeó ella entre gemidos, tirándole del pelo con los dedos.

«Jodidamente seguro», respondió él con un mordisco en su labio inferior y luego en el superior, gimiendo ante el suave gemido que ella soltó mientras sus manos se apresuraban a sentir cada centímetro de ella. Dios, iba a hacerle daño, sabía sin lugar a duda que no podría evitarlo.

Le sujetó la mandíbula con fuerza y se incorporó, tirando de ella con él. —Tienes que hacerlo, Angel —tembló—. Necesito que me folles. —Se arrodilló y se desabrochó los pantalones—. Te haré daño si no lo haces.

Ella respondió con respiraciones entrecortadas, besando y chupando su pecho, sus dedos hambrientos perforando su piel por todas partes hasta que sus gemidos se llenaron de lujuria. Ella le

ayudó a quitarse los pantalones y le empujó alrededor del sofá, tirándole sobre la cama.

«Joder, sí, nena», susurró él, encendiendo rápidamente la pequeña luz situada sobre el cabecero. «Necesito verte», dijo, dispuesto a suplicárselo.

Ella se quitó la parte de abajo y luego la de arriba, se subió encima de él y se sentó.

«Joder, protección», dijo él, cerrando los ojos con desesperación.

Ella se quedó quieta y él la miró, jadeando de deseo. «Sé cómo comprobarlo».

¿Comprobar? «¿Comprobar qué?».

«Si soy fértil».

Él soltó un suspiro mientras le sujetaba las caderas. «Hazlo», dijo. «Si necesitas protección, te juro por Dios que iré ahora mismo a la despensa del amor de Mah-Mah y conseguiré alguna».

Ella se puso de rodillas y él ladeó la cabeza, observándola mientras ella se metía la mano entre las piernas y empujaba el dedo dentro y fuera de su coño. «Joder», susurró al oír lo mojada que estaba.

Ella lo sacó y miró la esencia, luego la extendió entre sus dedos. «Espesa», dijo, mirándolo.

«¿Qué significa eso?».

Ella se inclinó y le agarró la polla, moviéndose sobre sus rodillas hasta quedar justo encima de ella.

«¿Sí?». Él la agarró por la base con una mano y le sujetó el muslo con la otra.

Él la mantuvo erguida para ella y ella bajó su coño justo sobre la punta con un delicado y agonizante «Sí».

La sensación de su seda caliente en la punta de su pene ya lo tenía hirviendo. Sus dedos se clavaron en su muslo mientras se movía lentamente a lo largo de su abertura, luchando contra el instinto de empujar mientras ella giraba sus caderas sobre él.

—Sahvrin —jadeó ella, clavándole las uñas en las muñecas.

«Joder. Mi polla está sobre tu precioso coño», dijo entre jadeos. «No quiero dejar de ver eso nunca».

Levantó la vista por su cuerpo, gimiendo al ver cómo se juntaban sus tetas. «Tus putos pezones». Movió las caderas, bajando rápidamente la mirada hacia su polla y luego volviéndola a subir hacia su cara. «Son tan jodidamente bonitos», susurró, mirándola con placer. «Calienta tu clítoris sobre mi polla, Ma Petite. Luego fóllame», dijo, luchando contra los impulsos imprudentes que le cosquilleaban los músculos. «Y luego te voy a follar. Mon Dieu, te voy a follar tan bien».

Con su estrecho coño justo en la punta, ella se movió con pequeños movimientos hacia abajo. Él soltó su polla y le agarró las caderas con ambas manos. «Oh, joder, me estás matando», exclamó, hundiendo los dedos en su suave carne.

Ella empujó un centímetro más con un «¡Oh!», mezclando sus gemidos con jadeos preocupados.

«Ve despacio, Ma Petite». La orden masoquista lo quemaba aún más. Sus uñas le pinchaban la piel mientras ella permanecía quieta hasta que sus gemidos se suavizaron. Se movió un poco hacia arriba antes de bajar hasta donde estaba antes, Mon Dieu. Estaba follando la punta y eso le provocó un latido en la polla que la hizo jadear y quedarse quieta de nuevo.

«Qué bien, Ma Petite», la elogió, tratando de no clavarse demasiado en sus suaves muslos.

Ella se tomó su tiempo, y eso le exigió toda su fuerza para aguantar. Se concentró en su rostro, especialmente en las líneas marcadas entre sus cejas y las punzadas de sus uñas mientras se agarraba. Sus gemidos le decían más de lo que podía soportar. En ese momento, le decían que se estaba preparando para tomar otro centímetro de su polla.

Ella inclinó la cabeza hacia adelante y lo torturó con esas dos pulgadas de succión en la punta de su miembro. «Beth», exclamó él, mirándose a sí mismo en ella. Ella le respondió con un descenso misericordioso, hundiéndolo hasta la mitad.

Su siguiente jadeo fue de agradable sorpresa cuando se quedó quieta de nuevo sobre su polla palpitante. «Hasta la mitad, nena», dijo entre siseos y gemidos mientras observaba su progreso. «Tu coño es tan bonito sobre mí».

Ella gritó mientras bajaba tres cuartos del camino y él soltó una embestida rebelde con sus caderas. «Mon Dieu, joder, lo siento», gritó él ante el agudo grito que ella dio.

Ella permaneció inmóvil, con gemidos que mezclaban placer y dolor, mientras él volvía a sujetarle los muslos con una fuerza que le dejaba moretones.

«Es tan grande», jadeó ella, con dolor en la frente. Al sentir el mordisco de sus uñas, él se preparó para más de su dulce descenso.

«Estás tan cerca, nena», dijo, sin aliento, mientras la miraba fijamente, deseando que llegara hasta el final.

En cambio, ella se movió lentamente hacia arriba por su miembro, mojándolo con su esencia. «Mon Dieu, Beth», se esforzó él mientras ella bajaba hasta el fondo esta vez.

Ella le quitó las manos de las caderas y entrelazó sus dedos con los de él, estrangulándolo con su agarre mientras sus gritos aumentaban de nuevo. «Sahvrin», gimió ella.

«Tócate el clítoris, mi dulce Petite Ange».

Ella se quedó quieta y jadeando, como si tuviera miedo de moverse, y luego soltó lentamente su mano, haciendo lo que él le había dicho.

«Joder, sí», susurró él, observando cómo sus dedos medio y anular se movían sobre su clítoris. «Haz que se sienta bien, nena. Ponlo caliente, ponlo jodidamente caliente para mí».

Su boca se abrió con suaves gemidos. Él extendió su mano libre y le rozó el pezón con la punta de los dedos, observando cómo ella abría aún más la boca. «Sí», dijo ella, apretándolo con más fuerza con su coño mientras se masturbaba. «Oh, sí».

****

El corazón de Beth latía con fuerza, al igual que todas las demás partes de su cuerpo. Dios, era su primera vez, y con el hombre del que estaba locamente enamorada. Y él la amaba. Dios, la forma en que lo había dicho. Lo sintió con todo su corazón. Jadeaba mientras se aferraba con fuerza a una de sus manos, el placer de su clítoris le daba ventaja sobre el dolor. Sus gemidos

sensuales alimentaban su deseo y la ayudaban a bajar por esa aterradora pendiente. Él era tan grande y su intento de apresurarse se estaba convirtiendo en una sesión de tortura de placer para él y dolor para ella.

El escozor y el estiramiento comenzaron a disminuir y ella se levantó y luego volvió a bajar. La cuidadosa maniobra provocó otra avalancha de pulsaciones de su pene contra sus paredes ya tensas. Eso, y la forma en que su pecho y su estómago se agitaban mientras luchaba por mantenerse quieto, le provocaban una locura.

Él necesitaba correrse primero; ella no estaba segura de poder hacerlo. Buscó su otra mano de nuevo y él entrelazó sus dedos con los de ella, apretándolos con tanta fuerza que casi le aplastaba los huesos. Sentir la intensidad de su deseo la mareaba.

Ella comenzó con suaves movimientos hacia arriba y hacia abajo, observando cómo su mirada vagaba de su coño a su rostro como si ambos fueran una fuente de vida para él. Pero cuando él fijó esos ojos oscuros en los de ella, le dio el poder de moverse más arriba en su miembro y luego más abajo.

Dios, era el hombre más hermoso cuando sentía un placer agonizante. Las arrugas entre sus cejas se profundizaron al apretar los dientes y silbar. Luego echó la cabeza hacia atrás con un gemido, «Joder», tan caliente que la hizo jadear.

De repente, todo se centró en su placer y ella volvió a moverse, arriba y abajo, arriba y más abajo, observándolo. «Fóllame», exclamó con un jadeo, acelerando el ritmo.

La repentina embestida de sus caderas le arrancó un grito de sorpresa, pero ella no dejó de moverse sobre él, y el deslizamiento de su polla se hizo más fácil. La forma en que ella estaba sentada le parecía una restricción para sus caderas, así que retiró las manos de las de él y las puso sobre sus abdominales. En cuanto lo hizo, las manos de él se posaron en sus caderas con un golpe seco y un «Oh, sí, joder, sí».

Sus ojos se fijaron en él entrando y saliendo de ella, y la expresión de su rostro la hizo gemir aún más fuerte. «Joder, Beth», jadeó, moviendo sus caderas sobre él mientras le daba embestidas cortas.

La sensación le hizo abrir la boca de par en par, y la sorpresa se apoderó de sus gemidos. «Dios mío, Dios mío», exclamó cuando él movió sus caderas aún más rápido. Ella dejó caer la parte superior de su cuerpo, colocando las manos junto a los hombros de él.

«*Bésame*, joder», gritó él.

En el momento en que sus bocas se encontraron, sus rápidas embestidas se volvieron *muy profundas*. Sus gritos se mezclaron con sus gruñidos mientras él martilleaba su polla sin piedad.

Ella no quería piedad. Quería exactamente lo que él le daba: pasión desenfrenada, imprudente y cruel. De repente, él le mordió con fuerza las caderas, sujetándola con fuerza mientras echaba la cabeza hacia atrás con un rugido tenso. Se retorció como si le quemara mientras le frotaba el coño contra él. Dios, el dolor y el placer eran como si le arrasaran el alma con fuego, destrozando su humanidad hasta dejarla temblando y sollozando.

En un segundo vertiginoso, ella estaba debajo de él, y él la besaba suavemente y le acariciaba la cara. Sus «shhhh» cubrieron su cuerpo traumatizado y ella se dio cuenta en ese segundo de lo real que era esa medicina para ella. Luego vino su francés y el tono decía que estaba enfadado. Ella extendió la mano y le acarició la cara, acercando su boca a la de él, solo capaz de expresar con gemidos lo mucho que le gustaba todo aquello.

CAPÍTULO 27

«Ma Petite».

Beth gimió y abrió los ojos, incorporándose inmediatamente al ver a Sahvrin junto a la cama vestido con su traje de obispo. «¿Adónde vas?».

—Nosotros, Ma Petite. —Se inclinó e inclinó la cabeza, besándole la mejilla y luego extendiéndole la mano—. Tengo asuntos que tratar con Lazure y mis hermanos esta noche. No quiero que te quedes aquí sola.

—¿Esta noche? —Ella tomó su mano, dándose cuenta de que estaba desnuda cuando sus ojos la quemaron. El dolor latía en sus partes íntimas mientras se deslizaba fuera de la cama, mientras su útero se contraía con el recuerdo inolvidable de su polla golpeando.

Él la rodeó con sus brazos, abrazándola con fuerza mientras su boca recorría su rostro con suaves besos y gemidos aún más suaves. «¿Adónde voy?», se preguntó ella.

«A mi otra cama, en casa de Mah-Mah».

El recuerdo de Katrina eclipsó la alegría que debería haber sentido al ir a la habitación de su infancia.

«¿Qué pasa, Ma Petite?», le preguntó, acariciándole la cara.

Ella se inclinó hacia su caricia, adicta a ese reconfortante hábito seguido de su segundo favorito: los besos en la frente.

«Nada».

«Oye».

Ella levantó la vista y se encontró con su mirada intensa y ardiente.

«Todo lo que soy es tuyo, ángel, tal y como dijiste. Soy tuyo».

Ella bajó la mirada. «Ella te llamó Bishop», susurró, con un dolor punzante.

Él le dio un beso embriagador y, de repente, ella se encontró de nuevo en la acera con él por primera vez. «Ella solo lo conoce por

su nombre, Angel. Ese hombre no existía entonces. Pero ahora sí existe y está locamente enamorado de su Petite».

Las lágrimas brotaron de sus ojos. «Te busqué», jadeó, mirándolo. «Esa noche. Después de que te fueras, te busqué». Su labio temblaba. «Te deseaba tanto».

Él le agarró el pelo con los dedos y le echó la cabeza hacia atrás. —Ma Petite —le susurró con voz ronca mientras le besaba tiernamente en la boca—. Yo te deseaba más, te lo juro por Dios. Me di cuenta de que eras el paraíso y lo había echado a perder. Y mi alma ardía cada maldito día por ello.

Su espalda golpeó la cama cuando su hebilla tintineó, seguida de su polla deslizándose contra su entrada. «Me has vuelto a encontrar», jadeó ella en su boca hambrienta mientras él se deslizaba dentro de ella con una ternura cuidadosa mientras le acariciaba y besaba la cara. Solo unas pocas embestidas y ella se aferró para conseguir más, queriéndolo todo de una vez.

«Joder, Angel», exclamó él, empujando con fuerza y profundidad. Le sujetó la mandíbula con fuerza y la besó mientras la penetraba con esa furia imprudente y gruñona, con el orgasmo ya ahí. Se retorció y gimió encima de ella, empujando tan profundo como pudo mientras ella le tiraba del pelo con demasiada fuerza.

Cuando la llenó con todo lo que tenía, le juró directamente en la boca: «Te amo, Ma Bell Petite. Te amo más de lo que he amado a nadie, te lo juro».

La alegría que eso le produjo le hizo llorar y, cuando él lo vio, gimió, como si estuviera destinado a causar dolor. Una risa pícara brotó de ella, seguida de otra y otra hasta que no pudo parar.

«Ma Petite».

Su confusa sorpresa la dejó sin aliento de tanto reír. Finalmente, logró articular un «lo siento» antes de recuperar el aliento. «Es que estoy tan feliz». Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos.

«Mon Dieu, ¿cómo lo haces? ¿Reír y llorar al mismo tiempo?».

Su pregunta sincera provocó más risas y ella se aferró a su cuello mientras le robaba el aliento. «¡Oh, Dios!», gritó, volviendo a respirar profundamente.

«Ma Petite, te he follado cuando me juré a mí mismo que no lo haría y he roto mi compromiso de asistir a esta reunión».

«¿Qué?». Ella lo empujó y se sentó. «Lo siento», dijo, saliendo de la cama. «Pero no voy a asumir toda la culpa, la mitad es tuya y estoy siendo generosa».

Él la volvió a sentar en su regazo, con una sonrisa casi infantil que lo hacía dolorosamente atractivo. «Todo lo que mi ángel quiera, se lo daré como ella quiera y cuando quiera. Ese es mi nuevo código».

Su corazón latía con fuerza en su pecho al oír esas palabras. «Me gusta este acuerdo. ¿Es este el código de Bishop?».

La devoró de nuevo, enredando los dedos en su cabello y echándole la cabeza hacia atrás. —Debes prometerme ahora mismo que me llamarás así cuando follamos. Siempre.

«Dios mío», dijo ella, mirándolo fijamente a los ojos ardientes. «Sí».

Él le inclinó más la cabeza, dejando al descubierto su cuello y chupándolo con fuerza. Después de muchos segundos, soltó la succión con un jadeo, lamiendo el lugar y besándolo antes de pasar a su boca. «Cuando dices ese nombre, despiertas una oscuridad en mí. Una venganza y un vacío sin fin». Le acarició la cara, mirándola a los ojos. «Necesito que siempre me saques de ese lugar, Ma Petite. No me dejes allí».

Su corazón se encogió al oír sus palabras, y se subió a su regazo, agarrándole la cara. «Tú eres *mi* obispo, igual que yo soy tu Petite», dijo con lágrimas en los ojos. «Y nunca te dejaré en la oscuridad. Siempre seré tu luz. Te lo prometo».

****

«¿Qué hay en el menú para nuestros feligreses en la estación de pesaje?», preguntó Jek mientras el dragón nocturno de Sahvrin rugía a través de la oscura carretera del pantano.

«He llamado a The Revelator para que venga a ver qué puede ver», dijo Sahvrin.

Zep resopló ligeramente. «Hace tiempo que no veo su fea cara».

—*Cómo te atreves a* hablar así del Revelador —murmuró Lazure, sin mostrarse ni siquiera ligeramente sorprendido.

—Da igual —dijo Zep, haciendo que Sahvrin se preguntara cuál era su problema—. Deja que *revele todos mis pecados y* luego puedes llamar al Auditor para que juzgue mi alma sucia.

August sacudió la cabeza con un «Puuuuhhh, alguien está de mal humor».

Probablemente estaba cabreado porque tenía que conducir hasta algún sitio para follarse a Katrina. Una pareja hecha en el infierno. Pero Sahvrin no había llamado a El Revelador solo por el asunto de la estación de pesaje. La última vez que habían hablado, el hombre mencionó una visión que había tenido sobre él. En ese momento, Sahvrin no quería oírla. Ahora, tal vez sí.

«¿Todavía usáis señales de humo para comunicaros con Los *Doce* o qué?», preguntó Zep. «Uno pensaría que 8-Bit ya habría descubierto los chips implantables a estas alturas».

—Si tanto te interesa saberlo, ¿por qué no te uniste a Los Doce? —retó Bart, ahorrándole el esfuerzo a Sahvrin—. Sabes que no le cuentan una mierda a nadie.

«Bueno, Lazure no forma parte de Los *Doce* y lo sabe todo».

—Él lo fundó, joder —dijo August con tono aburrido.

—¿Qué te pasa? —dijo Jek, molesto—. ¿No tienes suficiente coño o qué?

«Quizás demasiado», pensó August. «Probablemente haya visto más coños que un ginecólogo durante una epidemia de enfermedades venéreas».

Todos se rieron, excepto Lazure y Sahvrin. Estaba ocupado sintiendo que Zep ocultaba algo más que sus sentimientos sexuales por Katrina. Su Mah-Mah había mencionado los celos más de una vez para explicar su comportamiento aleatorio y *enfadado* a lo largo de los años. No había habido nada por lo que estuviera celoso hasta hacía poco. Recordó su comentario sobre *su novia perfecta*.

Sin duda, un comentario celoso viniendo de un hombre que no era feliz hasta que metía la polla en todo.

Su teléfono volvió a emitir un chirrido en su bolsillo. Desde que Sahvrin había abierto la aplicación que 8-BIT había creado para los teléfonos de Los Doce, no había parado de sonar. Hacía tiempo que no se reunían todos Los Doce. Por lo general, los problemas solo requerían uno o dos Hatch para resolverlos, dependiendo del asunto. Cada Hatch tenía sus puntos fuertes y, en momentos de conflicto importante, los líderes de Los Doce y sus Hatch se reunían y formaban la Horda del Pantano.

Zep se burlaba de 8-Bit, pero el genio de ese hombre no era ninguna broma. El tipo era una leyenda de la tecnología. No solo dirigía su Tech Hatch, sino que también gestionaba todas sus operaciones, grandes o pequeñas, desde una ubicación remota en el pantano. Sahvrin había estado en su cabaña un par de veces y recordaba la habitación llena de pantallas y ordenadores desde donde rastreaba a todos los miembros de cada Hatch a través de una señal en sus relojes. Ahora, con los ojos puestos en las vías fluviales, la Horda del Pantano siempre tendría ventaja frente a cualquier enemigo que entrara en su territorio.

Sería bueno volver a ver a Los Doce. Solo se reunían una vez al año en las festividades de Mah-Mah, pero la guerra que dio origen al grupo siempre sería su vínculo inquebrantable. También estaba ansioso por presentar a Su Pequeña a los líderes. Sería uno de los primeros de Los Doce en casarse con una mujer, pero aún tenía que asegurarse de que su Petite quería el puesto de mano derecha. No estaba seguro de si ella se había dado cuenta de que había hecho el amor con ella antes de obtener su respuesta oficial. Eso era porque estaba dispuesto a renunciar como líder. Nada en la verde tierra de Dios le impediría ser el marido y protector de ese ángel, *eso* lo sabía.

Su teléfono vibró contra su pierna y la alerta especial le dio un tirón en la polla. ¿Qué hacía su Petite despierta a esas horas? Jugando con su coño y enviándole mensajes de texto sobre ello, con suerte. Mon Dieu, nunca se cansaría de esa mujer.

En cuanto llegaron a la estación de pesaje, sacó el teléfono y deslizó el dedo sobre su nombre. *No puedo dormir sin ti. ¿Qué estás*

haciendo? Sé que es una tontería echarte de menos cuando acabas de irte. Pero lo hago. Mucho.

Necesidad martilleaba sus músculos cuando Sahvrin recordó que se había puesto el nombre de Bishop en sus contactos. Sería su primera orden sexual oficial de limpieza con ella. *Quiero que abras bien las piernas y juegues con tu coño lentamente mientras imaginas que es mi lengua. Cuando alcances el orgasmo, di* mi *nombre. ¿Entendido?*

Lo envió y *calmó* su polla mientras abría la aplicación Los Doce. Pulsó el mensaje no leído de El Revelador.

Eveque, Eveque, ¿cómo le va a mi oscuro hijo? He recibido tu invitación a la Estación de Pesaje y estaré allí a la hora acordada.

Estoy deseando ver a mi hijo descarriado.

El Revelador

El hombre no siempre ponía nervioso a Sahvrin, pero ahora sí. Lo llamaba *Eveque*, pero solo los miembros de Los Doce se referían a él así. Técnicamente, El Revelador no estaba bajo sus órdenes ni formaba parte de Los Doce, sino que lideraba a toda la Horda en asuntos espirituales. Su don para ver lo oculto en las personas, así como sus visiones, servían a la Horda de muchas maneras, aunque resultaran inquietantes. Si te importaba un carajo. Lo cual, hasta ahora, realmente no era el caso. Tras el paso del Katrina, había abrazado su cortejo con la Muerte, librando una guerra de ira. Y durante sus horas más oscuras, El Revelador se había interesado por él y, sorprendentemente, lo había votado para ser el líder de Los Doce.

No es de extrañar que resultara ser el propósito exacto que su vida necesitaba.

A muchos les divertía el fervor religioso del Revelador, pero a Sahvrin no. Al igual que 8-Bit, era una leyenda por derecho propio. Sus visiones e intuición lo convertían en uno de los mejores rastreadores que había visto jamás. Si perdías algo o a alguien en el pantano, él lo encontraba.

Solo había otro hombre en Los Doce con sus habilidades de rastreo. Spook. La única diferencia con Spook era que él no tenía más dones espirituales que los que había recibido al nacer. Sus habilidades de supervivencia y ocultación eran casi fenomenales. Aparecía y desaparecía como un fantasma. Él sabía dónde estabas, pero tú nunca sabías dónde estaba él. Y si alguna vez decidía quitarse su rastreador, nadie, excepto quizás El Revelador, podría encontrarlo.

La última vez que Sahvrin lo comprobó, solo tenía cuatro miembros en su Hatch. Esperaba tener más. Sus habilidades eran demasiado buenas como para no transmitirlas. No solían necesitarlo a menudo, pero cuando lo hacían, era la primera opción de Sahvrin para los asuntos sucios. Con El Revelador, no aceptaba trabajos que fueran en contra de sus principios, a menudo extraños. Y más de una vez Sahvrin necesitó a un hombre sin principios.

Aparcaron y Sahvrin amarró el barco a una de las raíces de ciprés.

—Lazure, cuánto tiempo —lo saludó The Revelator detrás de él.

Sahvrin se giró, captando la cordial punta de su sombrero negro de ala ancha y el movimiento de su cabeza a la luz de la linterna de August.

—Samuel —Lazure le tendió la mano y se la estrechó—. Ha pasado demasiado tiempo desde las fiestas de Claudette.

Esto provocó una de las risas características de El Revelador. El estruendo y el volumen imponentes te hacían detenerte y querer saber qué lo había provocado. No le era ajena la incesante necesidad de su Mah-Mah de celebrar cosas y su incesante necesidad de evitarlo. El Revelador no parecía compartir ese sentimiento, ya que asistía fielmente a todas ellas, aunque se le veía más de lo que se le oía.

Durante mucho tiempo, había asumido que a The Revelator no le gustaban las mujeres, pero recordó la forma en que bailó con una en la última fiesta. Sahvrin lo habría achacado al alcohol, pero el hombre nunca bebía ni una gota del Kool-Aid del diablo.

El Revelador se giró como si sintiera la llegada de Sahvrin. «Vaya, mira lo que el *diablo* ha enviado a casa», dijo, y su lenta sonrisa se convirtió en una amplia sonrisa mientras lo observaba detenidamente. Sahvrin se preguntó si eso formaba parte de su método para *discernir* cosas sobre las personas. Si era así, su mirada decía que acababa de tener una *revelación* de todo lo que había hecho con Su Pequeña. Una agradable sorpresa era la descripción más cercana que Sahvrin tenía para sus ojos muy abiertos, al menos eso esperaba.

El hombre le tendió la mano y Sahvrin la miró, bastante seguro de que nunca se la había estrechado antes por razones obvias. Sentía que si lo hacía, se encontraría cara a cara con Dios. A la mierda.

Sahvrin puso su mano en la suya y miró al hombre mientras le daba un apretón firme. El Revelador lo miró fijamente mientras movía su mano lentamente arriba y abajo, asintiendo ahora. Sahvrin mantuvo la mirada fija en él, la gruesa cicatriz irregular que iba desde el ojo hasta la boca brillando bajo la luz parpadeante. Sahvrin había oído que se la había infligido él mismo. Una mujer se enamoró de él y se quitó la vida cuando él rechazó su amor. Dijo que su rostro nunca volvería a ser un obstáculo.

Alguien tenía que decirle que la cicatriz solo le daba un aire más rudo a su aspecto, que no había conseguido desfigurar. La fuerza de su mano disminuyó gradualmente y luego lo soltó. —La oscuridad ha sido derrotada —dijo, con una curiosidad entusiasta brillando en esos tormentosos ojos azules—. Vencida. —Se tocó el ala del sombrero y asintió con la cabeza una vez—. ¿Tendré que conocer pronto a este poderoso individuo?

Sahvrin no pudo contener una sonrisa. —La verás mañana en la celebración.

—Así es —dijo, girándose de repente—. ¿Y *dónde* están esos hijos de la maldad y la miseria? —preguntó con ligera curiosidad.

—Déjame guiarte, buen pastor —dijo Zep, que ya se dirigía hacia los árboles a los que los habían atado.

«El Buen Pastor», repitió el Revelador, con una profunda carcajada que resonó en la húmeda oscuridad. «Corre, chico, corre»,

dijo con entusiasmo. «Cuanto más rápido lo hagas, antes te encontrarás conmigo en el camino».

Zep iluminó con su linterna la cabeza gacha del Colorido y Sahvrin la empujó hacia atrás con la punta de su bota.

«Se desangró», murmuró Zep, sacudiendo la cabeza.

Sahvrin sintió el frío y calculador dedo del juicio recorrer su espina dorsal mientras se arrodillaba ante él y le presionaba dos dedos contra el cuello. Negó con la cabeza. «No está muerto». Todavía.

«Este está despierto», gritó Lazure desde detrás del árbol mientras Sahvrin se ponía de pie.

«Maldita sea, *lo* ha cagado *todo*», oyó murmurar a Bart.

El Revelador se arrodilló ante Tattoos, inclinando la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha, hacia arriba y hacia abajo, como si buscara una entrada, mientras hacía unos ruidos secos en la garganta que a Sahvrin le recordaban a su llamada de cocodrilo. Quizás para él era una llamada de demonio.

«Mmhm», empezó a decir repetidamente con gestos de asentimiento, como si confirmara algo.

«¿Quieres que le quite la mordaza a este?», gritó Bart.

«Espera», dijo Sahvrin, queriendo ver lo que el Revelador estaba *viendo*.

Se apoyó en sus talones, sin aliento como si acabara de correr una milla. «Un camino muy largo y oscuro en este», dijo, sacudiendo la cabeza. Se levantó con facilidad y Sahvrin se dirigió alrededor del árbol hacia su otro demonio anfitrión.

—Tenía que ir al baño —murmuró el grandullón al ver a Sahvrin—. Lo siento, no pude aguantarme.

«Le da pena no haber podido aguantar», le dijo El Revelador a Sahvrin con una extraña emoción, como si eso significara algo. Se arrodilló junto al hombre. «¿Cómo te llamas, hijo?».

El sudor cubría su rostro y su cabeza, ambos llenos de ronchas por los hambrientos insectos del pantano. «¿Eres el Ejecutor?», susurró con entusiasmo, como si considerara que morir en ese momento fuera una bendición. Tenía razón. «Me llaman Rooster, pero mi nombre de pila es Brandon. El tipo que está detrás

de mí es Needles, y su verdadero nombre es Stephen». Sacudió la cabeza, apretando los labios con repentina tensión. «Mire, señor», dijo, con la palabra apenas saliendo de su boca mientras parpadeaba entre lágrimas. «He hecho cosas malas y sé que voy a morir esta noche. Sabía que este día llegaría y creo que tal vez recé para que llegara porque...». Su rostro pareció contraerse por el dolor. «No me gusta el hombre en el que me he convertido». Sacudió la cabeza enérgicamente y luego miró a El Revelador con ojos claros. «Me alegro de recibir mi castigo. Espero que lo hagas bien. Pero antes de irme, tienes que dejarme hacer algo bueno, de alguna manera».

El Revelador se quedó mirándolo fijamente durante varios segundos, luego se levantó y se volvió hacia Sahvrin. «¿Qué crees que deberíamos hacer, intrépido y sabio líder?».

Sahvrin lo sabía, pero la prueba que había detrás de su pregunta le hizo reconsiderar su respuesta.

«Señores, no puedo presentarme ante mi Creador así, por favor».

Sahvrin pasó junto al Revelador y se plantó delante del hombre. «Puedes empezar por confesar tus pecados. Todos y cada uno de ellos. Tus pecados y los pecados de todos los Roulette que conoces».

«Oh, Dios», bromeó con la cabeza gacha, como si eso fuera peor que la tortura y la muerte. «Señor, eso va a llevar mucho tiempo», dijo, mirándolos con esa cara retorcida y culpable que Sahvrin quería aplastar con un bate en ese momento.

«Tengo *toda* la maldita noche», le aseguró Sahvrin, volviéndose para encontrarse con la mirada de The Revelator, que sentía clavada en su espalda. Miró a su alrededor. «¿Dónde se ha metido?».

«Aquí estoy, chico», gritó desde su derecha. «Solo estoy meando antes de ponernos a trabajar».

—Me quedaré para escuchar sus pecados —se ofreció Zep.

—Yo también —dijo August—. Pero tendremos que llevarlos a la estación de pesaje. No voy a dejar que me coman vivo por culpa de estos idiotas.

—Yo también me quedaré —dijo Lazure—. Tengo un mal presentimiento sobre esta noche.

Sahvrin lo miró. —¿Como qué?

Sacudió la cabeza y miró al cielo. —No lo sé.

—Se avecina una tormenta —dijo el Revelador, acercándose por detrás.

—Acabo de comprobar el huracán, sigue dirigiéndose hacia Alabama, quizá Florida.

El Revelador asintió con una extraña sonrisa a Sahvrin. —Así es. Pero no me refiero a esa tormenta.

****

Sahvrin dejó que Jek condujera de vuelta, demasiado cabreado para pensar. La condena de Revelator fue una bofetada en la cara, aunque no lo hubiera dicho, Sahvrin lo *sintió* en sus palabras tácitas. ¿Y de qué hablaba con lo de la tormenta? Parecía más una amenaza que una advertencia. Sí. Sahvrin también podía *ver* cosas. Si El Revelador quería mostrar misericordia a ese gordo de mierda con *horas* y *horas* de pecados tan viles, prefería morir, joder, podía hacerlo. Pero ni de *coña* lo haría. Lo mismo para ese saco de mierda enfermo. Si moría antes de que obtuvieran su confesión, diría que el destino había tirado los dados del juicio y le había privado de ejecutarlo personalmente.

Abrió su teléfono después de que se pusieran en marcha y buscó el nombre de Su Pequeña. *«De camino de vuelta»,* le escribió. La parte obispo de él quería que ella estuviera muy despierta cuando regresara, mientras que su parte sensata esperaba que durmiera y descansara.

Te estoy esperando.

Esas palabras hicieron que la polla de Sahvrin palpitara con cosas que no quería nombrar. *Bien. Te necesito,* le respondió. Lo dejó así porque no estaba seguro de lo que necesitaba. No, sabía lo que *necesitaba,* y se lo habían negado. Bishop no estaba interesado en borrar el pasado, quería castigar algo. Lo llamaría intervención divina que su ira y su venganza pensaran que su polla era la

herramienta perfecta para satisfacer sus deseos de juicio. Y aunque ella era demasiado tierna para que él follara su rabia, podía sobrevivir al placer lento y tortuoso. Y ese culo. Era tan perfecto que parecía un pecado. La forma en que destrozaba su mente y su cuerpo y se burlaba de él. Tan jodidamente malo y culpable.

****

Beth quería esperar a Sahvrin en los muelles, pero él le había dicho que no lo hiciera. No, le dijo que no. Que esperara en la cama. Desnuda.

Recibir mensajes con el nombre de Bishop la estaba afectando mucho. No dejaba de reescribir su historia, empezando por la noche en que se conocieron, imaginando varios desenlaces. ¿Y si él la hubiera acompañado? ¿Y si ella lo hubiera llevado a su habitación y hubiera hecho ya sabes qué?

Se rió para sus adentros ante la idea, sabiendo que él no habría hecho tal cosa. Quizás. No al principio.

Los pasos en las escaleras le provocaron un martilleo en el pecho. Se incorporó apoyándose en los codos y miró hacia la puerta. Como era muy miedosa, había encendido sus luces nocturnas, que eran básicamente unas luces navideñas de bombillas gruesas colgadas por toda la habitación. Vio el libro de BDSM que había estado leyendo y rápidamente lo escondió bajo las sábanas. Todavía era demasiado tímida para mostrar su apetito sexual tan abiertamente como él.

¿Querría él que le contara cómo se masturbaba, tal y como le había pedido? Estaba segura de que sí y se preparó para ese momento tan incómodo.

La puerta se abrió y él entró con solo unos pantalones negros, con una mirada tormentosa clavada en ella hasta que casi no podía respirar.

Dios mío, estaba tremendamente guapo con el pelo mojado y cayéndole sobre los hombros. Y mirándola así. ¿Estaba enfadado? ¿Había pasado algo malo?

Se incorporó, sujetándose la sábana contra el pecho. —¿Estás bien?

—¿Te has duchado?

Su clítoris latía con fuerza mientras él se dirigía directamente a la cama, con los ojos fijos en su cuerpo. —Sí —susurró ella.

Él agarró la sábana y tiró de ella, arrancándosela de las manos y quitándola de la cama de un solo movimiento. Ella jadeó, con las manos en la cama a su lado, luchando por no avergonzarse y por no ponerse demasiado nerviosa. Quería decir algo, pero todo lo que se le ocurría no venía al caso.

Él vio el libro en la cama y lo cogió. «¿Qué estabas leyendo?».

Ella tragó saliva, mirando el libro, dándose cuenta de que él querría detalles. ¿Qué estaba leyendo? «Yo... más bien iba saltando de un lado a otro».

Él dejó el libro y se quedó mirando sus tetas. «¿Leíste sobre la sumisión?».

—Sí, un poco.

—¿Leíste sobre la disciplina?

Su pulso se aceleró. «Sí».

Sacó una corbata negra del bolsillo y la deslizó entre sus manos. «Dime lo que decía». Se colocó la corbata alrededor del cuello y ella oyó el sonido de la cremallera mientras intentaba recordar lo que decía.

«Él... él decide cómo castigarla».

«Los castigos suelen ser diferentes, ¿verdad?». Se colocó junto a la cama y ella supuso que ahora estaba desnudo, pero estaba demasiado asustada para mirar.

«Sí», dijo ella, asintiendo con la cabeza, con los dedos apretados en puños a los lados y las piernas encogidas. Quería cubrirse los pechos, pero sabía que no debía hacerlo, así que intentó sentarse valientemente desnuda ante su ardiente mirada. ¿Había hecho algo para enfadarlo sin darse cuenta?

Ella lo vio caminar hacia el armario, observando que aún llevaba puestos unos calzoncillos ajustados. Él sacó una manta y la extendió en el suelo.

¿No iba a dormir con ella? Se enderezó y señaló la manta. «Te quiero aquí, de rodillas».

Dios mío. Ella lo miró fijamente, bajando la vista hacia su enorme pene que empujaba contra la ropa interior. Al darse cuenta de que él estaba en su máxima excitación, ella rápidamente hizo lo que él le dijo, luchando contra su incomodidad por moverse desnuda.

«Pon las manos detrás de la espalda», le ordenó cuando ella se arrodilló donde él le había dicho.

Ella lo hizo, jadeando ahora con los ojos cerrados, excitada hasta perder la cabeza. Dios mío, le estaba atando las muñecas. Ella jadeó cuando él las apretó con un nudo formidable.

Él se arrodilló ante ella, poniendo su mirada ardiente a la altura de la de ella, mirándola como si buscara respuestas a algo. Ella quería preguntarle si estaba bien, pero no podía articular palabra. Solo podía devolverle la mirada, a duras penas.

—Abre las rodillas.

Su respiración se entrecortó al hacerlo, lo que la obligó a bajar lo suficiente como para mirarlo ahora.

—Dime qué estabas leyendo.

«Oh, Dios», jadeó ella cuando él deslizó sus suaves dedos por sus tiernos pliegues.

«Estoy esperando».

«Yo... estaba leyendo sobre... azotes». Su dedo encontró su clítoris, dibujando lentos y ardientes círculos sobre él.

—¿Y por qué mi angelito travieso eligió eso?

Ella jadeó por el calor. «Porque... lo quiero».

«Sé que lo quieres, joder», dijo él.

****

Cada impulso palpitante que recorría a Sahvrin gritaba perversidad. Y, sin embargo, no había hecho nada malo. Miró fijamente el rostro de su Petite, alimentándose de la mirada que ella le dirigía mientras le frotaba muy lentamente el clítoris endurecido.

«Dime lo que decía». Se bajó los calzoncillos y sacó su polla. «Dímelo mientras me ves acariciar mi polla».

Ella bajó la mirada y abrió más la boca con ligeros gemidos. «Decía...». Se humedeció los labios y frunció el ceño. «Que él debía hablar con ella... de las consecuencias. Ellos... oh, sí», gimió cuando él movió el dedo sobre su clítoris y luego volvió a la lenta tortura.

«¿Ellos qué?», exigió él, hirviendo de calor en los testículos.

—Están de acuerdo, tienen que estar de acuerdo —soltó ella —. En lo que se ha hecho. Oh, por favor —suplicó, mirándolo, desesperada.

Él bajó la cabeza y le rozó el pezón con la lengua, haciendo que sus gemidos tensos se intensificaran. Él gimió sobre el grueso botón, frotando sus labios de un lado a otro. Volvió a mover los dedos rápidamente, atrapando su pezón entre los dientes mientras lo hacía.

«Oh, Dios, sí, por favor».

Él se levantó y se abalanzó sobre su boca, mordiéndole el labio y rozando su lengua con la de ella, para luego apartarse cuando ella luchó por saborearlo. Sus respiraciones chocaron, la de él espesa por la lujuria, la de ella delicada por la súplica.

«Necesito correrme», se estremeció ella, luchando por alcanzar su boca.

«Primero tienes que arder», juró él.

Se recostó sobre su codo izquierdo, abriendo las piernas para ella. «Chúpame la polla. Pon tu culo travieso aquí mismo», ordenó.

Ella se movió de rodillas hasta donde él le indicó, inclinándose hacia su polla mientras él acariciaba la perfecta nalga redonda a su derecha. Ella se metió la punta en la boca y él le dio su primera palmada, enfureciéndose cuando ella gritó sorprendida, mordiéndole el miembro con los dientes. Deslizó el dedo dentro de su coño empapado con mucho cuidado, haciendo que sus gemidos se intensificaran.

Ella chupó más rápido y más profundo y él retiró el dedo, dándole otra palmada. «Más despacio», le ordenó, volviendo a meter el dedo en su coño.

«Dios mío, por favor», suplicó ella cuando él acarició su clítoris.

Él le dio dos azotes. «Oh, *Dios,* por favor».

«Bishop», exclamó ella entre succiones, centrando ahora su boca en la punta. «Te necesito. Te lo suplico».

«Un orgasmo», dijo él, azotándole bien el culo cuando ella le lamió la raja con la lengua, y sus gemidos lujuriosos siguieron a su grito.

«¿Está caliente tu coño, ángel travieso?».

Ella se sumergió en su polla como respuesta, arañándole con los dientes al ascender, lo que hizo que él volviera a darle una palmada en su suave culo. «Estás siendo muy mala».

«Castiga mi coño, por favor».

«¿Castigar tu coño?», dijo él, dispuesto a destrozarla.

Sahvrin la agarró por las muñecas y la levantó, luego se arrodilló justo delante de ella, mirando fijamente la lujuria pura en su rostro. —Necesito correrme —dijo ella—. Por favor, hazme correrme, Bishop.

Dijo lo último con los ojos cerrados, jadeando.

Él la agarró del pelo e inclinó su cabeza hacia atrás. «¿Quieres que te haga correrte?».

—Sí, y te deseo. Siempre te he deseado.

Él le lamió la boca, abrumado por sus palabras. Volvió a pasar el dedo por su clítoris. —¿Aquí?

Su *«sí»* salió entre jadeos. «Castiga mi coño, por favor. Azótalo».

Joder, Dieu. ¿Azotar su coño? ¿Qué había leído? Le dio unos golpecitos en el clítoris con los dedos, probando, y ella abrió la boca de par en par.

«Oh, Dios, oh, Dios mío».

Él bajó la mirada, dándole un golpecito cada segundo o dos, tirando con más fuerza de su pelo a medida que su deseo comenzaba a hervir. Podría correrse solo con mirar esto. Le giró la cabeza y le besó la boca, azotando sus labios carnosos más rápido hasta que sus gritos terminaron en «¡Bishop!».

Él gruñó y colocó tres dedos entre los labios de su coño y los movió a un ritmo frenético. *«Córrete*, joder, Angel».

Devoró su boca cuando ella gritó, intensificando su asalto sin piedad hasta que ella se retorció y tembló en sus brazos. Le quitó la corbata de las muñecas, decidiendo que odiaba usarla con ella y no sentir su tacto.

En cuanto quedó libre, ella se abalanzó sobre él y lo besó.

La tumbó debajo de él, gruñendo cuando ella capturó su polla con la mano y la llevó hacia su coño. Sus uñas se clavaron en su culo, obligándolo a penetrarla profundamente.

«Beth», exclamó, besándole el cuello, luego la mandíbula y luego la boca.

«Fóllame, Bishop».

Él le agarró las manos y las colocó por encima de su cabeza, sujetándola mientras empujaba con sus caderas, observando cómo se sacudían sus tetas mientras gemidos agudos salían de su boca.

Su orgasmo le golpeó como un huracán, desgarrándole hasta que no pudo pensar, oír ni sentir nada más que la felicidad infinita de su pequeña.

CAPÍTULO 28

Sahvrin se incorporó de un salto en la cama al oír la señal de emergencia que sonaba en su teléfono. Saltó de la cama y corrió hacia la cómoda, con la adrenalina a tope mientras tocaba la pantalla.

8-Bit. Eso significaba información.

«¿Qué pasa?», susurró Beth, medio dormida.

«No lo sé, lo estoy averiguando». No dijo nada más, abrió la aplicación de Los Doce, buscó el nombre de 8-Bit y marcó su número. La señal se utilizaba en cualquier tipo de emergencia, pero el hecho de que fuera 8-Bit significaba que tenía algo que ver con la situación de Beth. O tal vez con las armas.

—Eveque —respondió 8-Bit.

«¿Qué pasa?», dijo él, con la adrenalina a flor de piel.

«He descubierto algunas cosas sobre el padre de tu mujer que debes saber lo antes posible».

«Adelante», dijo, mirando por encima del hombro a su Petite, que se arrastraba con el codo.

—Resulta que el Sr. Owens Sweetling está desaparecido desde que ella se marchó para venir aquí, y compró billetes de avión para París una semana antes.

Recordó el comentario de ella sobre que su padre no quería que viniera y sobre París. «Ella mencionó algo al respecto».

«Bueno, después de investigar, descubrí que se registró en un Fair Field Inn a diez millas de ella. No encuentro que haya hecho el check-out.

Maldito Dieu.

«Es obvio que ella no sabía nada de los asuntos sucios, lo que me lleva a preguntarme por qué él no se lo dijo. Si sabes que tu hija va a un lugar donde posiblemente la secuestren y no se lo dices, tiene que haber una maldita buena razón. Si él es corrupto, sabemos

la razón, pero si no lo es, necesitamos saber qué influencia tienen sobre él. Y la conexión financiera que encontró Bart se vuelve más turbia. Casi todas las inversiones están vinculadas a nombres sospechosos».

Joder, rezó para que su padre no fuera corrupto, eso la mataría.

«Pero hay algo que no cuadra con estos billetes de avión. ¿Por qué comprar tres billetes la semana antes de que su hija se fuera? Creo que puede que estuviera intentando sacarlos del país».

Sahvrin estaba confundido. «¿Tres billetes? ».

«Para él, Beth Sweetling y Margaret Sweetling, alias Maggie. »

¿Margaret Sweetling? «Voy a tener que llamarte enseguida. No te vayas».

«Qui».

Colgó y se volvió hacia su Petite, que esperaba con preocupación en su rostro. «Era uno de los hombres de mi empresa. Tiene información sobre tu padre, pero necesito hablar con él en privado. ¿Estarás bien aquí? No me voy, volveré en cinco minutos», le prometió, acariciándole el hombro.

Ella bajó la cabeza, claramente descontenta con la respuesta. «Vale. ¿Qué hora es?».

Miró el teléfono. «Las cinco y media. El sol saldrá pronto».

«Puedo ir a darme una ducha».

Él la atrajo hacia sí y la besó suavemente. «Te buscaré cuando termine. Te quiero, mi ángel».

****+

Sahvrin fue a su casa del árbol y llamó a 8-Bit, paseándose de un lado a otro. «¿Quién es Margaret Sweetling?».

«Su hermana».

Se detuvo en seco. «Ella no tiene hermana».

«Sí la tiene. Está en una institución».

«No, esa es su tía».

«Es su hermana, que tiene veintinueve años. La tía está en California, en Eternal Sunshine, y su hermana está en el estado de Washington, en The Wondering Oaks. Lo he comprobado dos veces».

Joder. «¿Qué le pasa? ¿Por qué Beth no sabe nada de ella?».

«La segunda parte no la sé, pero sobre la primera tengo información que podría darte esas respuestas. Maggie fue internada a los siete años, así que Beth tendría dos».

«No lo recordaría», se dio cuenta Sahvrin. «¿Por qué se lo ocultarían?».

«Exactamente lo mismo que me pregunté yo. Así que busqué al médico de Maggie. Acaba de ser trasladado justo cuando Maggie iba a ser dada de alta, supongo que para este viaje».

«¿Crees que es una coincidencia?».

—Es posible.

«¿Dónde está Maggie ahora?».

«Por lo que sé, sigue allí. Los planes que tenía su padre no han salido bien. Pero si alguien sabe algo al respecto, ese es el médico. Se llama Zeblon Wiggins y ha sido su médico desde el primer día. Le llamé y me enteré de que mañana es su último día».

—¿Qué va a pasar con Maggie?

«No tengo ni idea, pero creo que tu mujer debería llamar y averiguarlo. Ella es la única que podría obtener información, al ser familia. No estoy seguro de lo que le dirán por teléfono, pero si el médico conoce los detalles, quizá hable con ella».

«¿Crees que está conectado?».

«No, pero si lo está...».

—Claro. —Consideró otra posibilidad—. Entonces, si su padre sabía lo que iba a pasar, la siguió, no está involucrado en nada turbio y ahora ha desaparecido...

—Entonces las perspectivas son sombrías para él.

Maldito Dieu. «Odio decirlo, pero esa opción es mejor que la de que esté metido en algo turbio».

—Bueno, con todas las pruebas que tengo, todo apunta a que el padre está intentando salir de un lío en el que se ha metido de alguna manera y que su hija no está siguiendo su plan.

Sahvrin caminaba de un lado a otro, pensando. «Y algo le impidió decírselo».

«Ya sabes cómo funcionan los pactos con el diablo. Una vez que te metes, no puedes salir, aunque nunca hayas querido entrar».

Su Petite tendría un millón de preguntas. «¿Qué más sabes sobre su hermana? ¿Sabes por qué la pusieron allí a esa edad?».

—Todo lo que pude averiguar es que es muda y que lleva allí desde los siete años.

«Mon Dieu, qué triste. Pero Beth se alegrará mucho de saber que tiene una hermana y querrá obtener toda la información posible».

«Te diré una cosa», dijo él, con tono admonitorio. «Como tu mujer no ha aparecido donde debía, estarán barajando todas las opciones colaterales».

«Joder», susurró Sahvrin.

—No sé hasta dónde llega el poder de esta gente, pero supongo que no les costaría nada mover los hilos y meter a la pequeña Maggie en el tipo de hogar equivocado, si sabes a lo que me refiero.

—Joder —dijo—. Envíame el nombre y el número del médico y cualquier otra cosa que podamos necesitar. ¿Y estás seguro de que Maggie es su hermana de verdad?

—Todo se puede falsificar, pero no se me ocurre por qué habría que hacerlo. ¿La reunión de esta noche sigue en pie? ¿En la fiesta?

El cerebro de Sahvrin titubeó un segundo. —Sí. En la fiesta.

—¿Tu mujer sabe a qué te dedicas y quién eres?

Ojalá. —No exactamente. Las cosas no salieron según lo planeado.

Él soltó una leve risita. «Con las mujeres, rara vez lo hacen. Pero con esta quizá esté un poco emocionado por conocerla».

Una punzada de celos lo atravesó.

«Dada su formación, sería un gran activo para Los Doce. Contar con una experta en geoespacial es una maravilla tecnológica».

«Pero no te babees delante de mí si quieres conservar la lengua».

Su risa delataba que sabía que solo estaba bromeando a medias. «¿Conoceremos a La Bel-Eveque? Y no soy el único que quiere conocer a la mujer que te ha robado el corazón».

Se le revolvió el estómago al pensar en todo lo que había dicho, especialmente en el término que sería su título oficial si ella lo aceptaba. Estaba seguro de que había nacido para convertirse en La Bel-Eveque, *la obispa hermosa*. —Aún no he llegado a hablar con ella sobre el matrimonio. Pero tenía pensado presentársela de todos modos.

—Oh, oh.

—Me preocupa más que lo haga porque no sabe decir que no.

«Bueno, eso es...».

—No es algo que yo quiera —concluyó—. Tengo que resolverlo.

—Siempre puedes someterla al Gauntlet.

Sahvrin lo consideró. «Quizás. Conociéndola, no querría nada menos. En su mente, tiene todo que demostrar y nada que perder».

«Eso se puede moldear», dijo él, como si le gustara la posibilidad.

«Podría ser. Tengo que irme. Nos vemos esta noche, a menos que haya algún cambio».

****

Sahvrin se quedó allí, medio aturdido, con todo dando vueltas en su cabeza. Pero la conversación sobre el matrimonio y el Gauntlet ocupaban un lugar destacado. No tenía ninguna duda de que ella quería casarse con él, eran las otras cosas las que le planteaban dudas y problemas. Y el problema no era que ella *no* quisiera tener nada que ver con los Doce, sino que *sí quisiera.*

Nunca antes había pensado en casarse, así que ni siquiera había considerado cómo se sentiría al respecto. Estaba dividido por la mitad, queriendo que ella participara y no queriendo que lo hiciera. Le gustaba la idea de trabajar con ella, pero también le

encantaba la idea de que fuera una diosa doméstica. *Su* diosa doméstica. Y cualquiera de las dos opciones que ella eligiera era aceptable como La Bel Eveque.

Ella tendría que elegir. Lo que significaba no influir en su decisión en ningún sentido.

Pero eso no significaba que no pudiera hacer que las opciones fueran fáciles o difíciles.

Regresó a la casa, ansioso por darle la información y hacer esa llamada. Mon Dieu, su dulce ángel tenía una hermana. ¿Qué había sucedido para que se quedara muda? Dada la situación de Beth, Sahvrin estaba seguro de que no quería saberlo.

****

Beth dejó rápidamente su café en la mesa junto al columpio del porche y se apresuró a reunirse con Sahvrin, buscando en su rostro respuestas sobre su padre. Como de costumbre, era imposible leerlo, salvo por el intenso deseo que sentía por ella. La tomó en sus brazos y la abrazó con fuerza.

«Dios mío, ¿qué pasa?», se preguntó ella, luchando por bajarse y mirarlo.

—Tengo una noticia muy buena y quizá no tan buena, aún no lo sabemos con certeza.

Se tapó la boca. «Dímelo. Por favor».

—La buena noticia es realmente grande, Angel. —Le acarició los brazos—. Tienes una hermana. Está en una institución en el estado de Washington.

Se quedó boquiabierta, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. «¿Qué?».

«Pensé que tal vez era tu tía, pero él insistió en que no. Se llama Margaret Sweetling, o Maggie».

—¿Maggie? —jadeó ella, tratando de recordar ese nombre de algún sitio.

«¿La recuerdas?», le preguntó él.

Ella apenas negó con la cabeza, sin estar segura. «¿Qué... qué le pasó?», preguntó, con lágrimas ya cayéndole por las mejillas.

Él la sujetó por los brazos y le acarició los antebrazos. «Solo averiguó que es muda y que la internaron allí cuando tenía siete años».

Ella contuvo un sollozo. —¿Muda? ¿Por qué? —preguntó con esfuerzo.

—No lo sabemos, pero tengo que contarte la otra noticia.

«Dios mío», dijo ella, luchando por no ceder a sus miedos. «Dímelo rápido».

—Tu padre te siguió hasta aquí cuando viniste. Se marchó el mismo día que tú y se registró en un hotel a diez millas de aquí. Compró tres billetes de avión para París la semana anterior.

—¿Tres?

Él asintió. «Para ti, para él y para tu hermana. Estaba previsto que la dieran de alta en ese momento».

—Dios mío —se esforzó por contenerse, cubriéndose la boca y cerrando los ojos con fuerza—. ¡Se esforzó tanto por detenerme! ¿Por qué no me lo dijo?

—No lo sabemos, Angel, pero algo se lo impidió. Creemos que estas personas tienen algún tipo de influencia sobre él. Hemos descubierto que casi todas sus inversiones financieras están vinculadas a nombres sospechosos.

«No», negó con la cabeza.

—Eso no significa que sea malo —se apresuró a decir él—. Parece que se vio envuelto en algo de lo que no pudo salir e hizo todo lo posible por protegeros a todos mientras pudo.

Ella se abalanzó sobre él, abrazándole el cuello y sollozando. —Sabía que era bueno, te lo dije. —Se apartó—. ¿Dónde está? ¿Qué crees que le pasó?

«No lo sabemos, cariño», dijo él, sosteniendo su rostro. «Pero tengo a los mejores hombres investigándolo, te lo prometo».

Ella lo besó y luego lo abrazó, muy agradecida. «¿Y mi hermana?», se preguntó, retrocediendo.

«Me dio el nombre de su médico y cree que deberías llamarlo inmediatamente».

El pánico se apoderó de ella. —¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Si se iba a marchar y ellos... si tu padre... —Cerró los ojos.

—Dilo, no pasa nada —dijo ella, con las lágrimas corriéndole por las mejillas de nuevo.

«Has escapado de lo que tenían planeado para ti y es posible que busquen otras formas de hacer daño a tu padre».

«¿Mi hermana?», chilló ella, agarrándole del brazo.

«Esperamos que su médico tenga respuestas que nos ayuden a saber qué hacer».

—Tengo que llamarle ahora mismo —exigió ella, dándose la vuelta. ¿Dónde estaba su teléfono? —Debería llamarle ahora mismo.

«Sí, Ma Petite, puedes llamarlo ahora. Pero es temprano».

«Entonces le dejaré un mensaje».

Ella esperó mientras él buscaba el número y le pasaba el teléfono. «Gracias». Se puso de puntillas y le dio un beso antes de marcar.

Caminó de un lado a otro, secándose los ojos y tratando de recuperar el aliento. «Ha llamado a la consulta del Dr. Wiggins. No puedo atender su llamada, pero si deja su nombre, número de teléfono y un mensaje claro, le devolveré la llamada lo antes posible».

Sonó el tono. «Dr. Wiggins, soy Elizabeth o Beth Sweetling», comenzó, con la voz más fuerte y clara que pudo. «Soy la hermana de Margaret Sweetling, quizá la conozca como Maggie. Esperaba poder hablar con usted sobre...».

«¿Hola?

La voz temblorosa al otro lado de la línea la sobresaltó. «¿Dr. Wiggins?».

«¿Quién es?», preguntó una voz con acento británico.

«Soy Elizabeth Sweetling».

Se oyó un golpe sordo. «¿Cómo... cómo se llama su padre?», preguntó, con voz entrecortada.

«Owen Sweetling».

«¿Y su madre, cómo se llama y cuál es su apellido de soltera?».

Su urgencia por sonsacarle información le aceleró el corazón. «Amelia Sweetling, tenía el mismo apellido que mi padre, así que su apellido de soltera también es Sweetling».

«¿Cómo se llama tu profesora de francés de segundo curso?».

«Eh...», Beth se golpeó la frente con el puño, pensativa. «¡La señora Fletcher!».

—Alabado sea *Dios* —exclamó el hombre, sin aliento—. Ahora escúchame con atención. Supongo que estás en un lugar seguro. Tu padre estaba *muy angustiado* cuando me llamó el día que decidiste irte de viaje. Al parecer, pensaba que habías aceptado ir a París —dijo, con tono de asombro. «Debo decirte cosas que pueden ser difíciles de escuchar, Elizabeth. Tu padre tiene muchos problemas y los ha tenido durante años. Se vio envuelto en el lado equivocado de un trato y tu hermana vino a mí cuando solo tenía siete años, incapaz de hablar después de sufrir un secuestro de dos semanas por parte de algunas de las mismas personas que intentaron secuestrarte».

Beth se tapó la boca y cerró los ojos.

—Pero todo fue una trampa, estoy segura. Recibió una llamada de un senador que se había enterado y se ofreció a ayudarle a recuperar a su hija, diciendo que tenía contactos internos. Por supuesto, tu padre aceptó *cualquier cosa* y ahí fue donde empezó todo. Desde entonces, lo han estado utilizando para ocultar sus negocios sucios y él ha estado luchando por escapar durante años y había decidido que la única solución real era abandonar el país con su familia y esconderse. Por supuesto, cuando tu madre murió, quedó devastado, como ya sabes, y quería marcharse antes de que terminaras la universidad. Insistí en que esperara, ya que había esperado tanto tiempo».

«Dios mío, todo esto es culpa mía», dijo ella con voz entrecortada. «¿Por qué no me lo dijo?».

—Por supuesto que *pensaba* hacerlo, una vez que todos estuvierais a salvo. Y el día que te fuiste, entró en pánico, dijo que no contestabas al teléfono.

—Dios mío —jadeó ella, sacudiendo la cabeza mientras las lágrimas brotaban de sus ojos—. Pensé que llamaba para hacerme sentir culpable, así que ni siquiera contesté. Iba a llamarlo, pero... nunca tuve la oportunidad.

Sahvrin la abrazó por detrás.

—Le *dije* que no se fuera —dijo el hombre, con tono enfadado —. Se suponía que solo tenía que vigilarte, pero acabó metiéndose en problemas, tal y como le dije, y tenía razón.

—¿Sabes algo de él? —jadeó ella.

—No, lo cual no puede ser bueno. Tenía que recoger a Maggie la semana pasada. Mañana me trasladan, y te diré un millón de veces que es un *milagro* que hayas llamado cuando lo hiciste, ¿me oyes? *Debes* venir a buscar a tu hermana inmediatamente. Te la entregaré.

—¿Lo harás?

—Sí —le aseguró—. La he preparado para este día, te reconocerá.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Tenías dos años cuando ella llegó aquí y yo fui actualizando tu foto a medida que crecías.

Beth soltó un sollozo doloroso. «¿Por qué no me dijeron que tenía una hermana?», se lamentó, mientras Sahvrin la abrazaba con fuerza.

Él suspiró temblorosamente. —Por muy poco escrupuloso que pueda parecer, pensamos que era más seguro para ti y para ella que se quedara aquí*, enferma*, por así decirlo. Como mercancía defectuosa. Teníamos toda la intención de trasladarla e incluso lo intentamos, pero ella no quiso saber nada, quería quedarse aquí. Cuando cumplió diecinueve años, era obvio que había sucumbido al síndrome institucional, y sacarla de su hogar no era lo mejor para ella.

—¿Y ahora?

«Ahora, me temo que si usted no la acoge, lo hará otra persona».

«Dios mío, la acogeré, por supuesto, pero... ¿vendrá?».

«Lo hará, siempre y cuando le des un lugar con un entorno familiar. Tengo una lista completa de todo. Lo que debe y no debe tener, lo que debe y no debe hacer. Lo que comerá, vestirá, hará y no hará. Puede que sea muda, pero tiene muchas habilidades comunicativas».

«¿Hablará alguna vez?».

—Estoy convencido de que lo hará —dijo él, y su confianza le produjo una oleada de alivio—. Puede tararear, gritar y hacer todo tipo de cosas con sus cuerdas vocales, así que sabemos que tiene la capacidad, ahora es cuestión de elegir. Siempre he esperado que, cuando se reuniera contigo, encontrara la razón y el propósito para volver a hablar.

«¿Cuándo podemos irnos?», preguntó ella volviéndose hacia Sahvrin.

«Ahora mismo», respondió él.

«Podemos irnos ahora mismo, ¿te parece bien?».

«Debéis hacerlo».

—Cogeremos un avión —susurró él, acariciándole la espalda —. Llevaría demasiado tiempo ir en coche.

«Sí, eso es lo que haremos, cogeremos un avión», asintió ella.

«¿Dónde envío la información necesaria para Maggie? Tendrás que asegurarte de que tenga *todo lo que necesita.* Codificaré todo para que sepas qué debes proporcionarle con antelación. Gracias *a Dios* que llamaste. No sabía qué iba a hacer».

«¿Dónde puede enviar la información de Maggie?», le preguntó a Sahvrin.

«¿Puede enviarla por mensaje de texto?».

«¿Puedes enviarla por mensaje de texto?».

—Supongo que puedo enviarla como archivo adjunto. Necesitaré un número.

—Necesita un número —dijo ella, asintiendo con la cabeza.

—Te traeré tu teléfono.

Él se marchó apresuradamente y ella se sentó en el columpio. «Muchas gracias, doctor Wiggins. Estoy intentando recordar a Maggie, y una parte de mí siente que quizá lo consiga».

«Deberías, te quería como una madre».

Beth se tapó la boca, reprimiendo un sollozo. «¿Por qué... le importa? Lo siento si es una forma estúpida de expresarlo».

—Porque soy tu tío por parte de tu madre. Fui adoptado y conservé el apellido de mi padre, Wiggins.

—Vaya —dijo ella, con el corazón encogido—. ¿Conocía a mi madre?

—Sí, la conocía, que en paz descanse. Era un ángel. Se puso en contacto conmigo cuando Maggie volvió con ellos muda, y les pedí que me la trajeran para examinarla. Por alguna razón, se aferró a mí y nunca quiso dejarme marchar.

El tono tenso de su voz indicaba que tal vez estaba llorando. —Muchas gracias por ayudarnos —dijo ella, poniéndose de pie cuando Sahvrin regresó apresuradamente—. Tengo un número al que puedes enviar la información.

Beth se lo dio y esperó en silencio. —Gracias —dijo él finalmente—. Se la enviaré en cinco minutos. Debo irme. Todavía tengo que hacer las maletas y ahora tengo que asegurarme de que Maggie esté lista. Si necesita algo, llámeme al número de móvil que le enviaré con la información de Maggie.

«De acuerdo», asintió ella. «Lo haré».

«Y, por supuesto, llámame cuando esté a salvo», añadió. «Por favor».

«Lo haré», le aseguró ella, con un nudo en el pecho al sentir su emoción. «Gracias por cuidar de mi hermana, tío...».

—Tío Wigs, ese es el nombre favorito que me dan los niños —dijo él, llorando ahora, lo que la hizo llorar aún más—. Cuidé de la pequeña Maggie cuando tenía tres años, mientras tu madre trabajaba, y supongo que ella me recordaba, la preciosa marioneta. Rezo todas las noches para que las personas que le hicieron daño reciban su merecido. No soy un hombre vengativo», dijo con la voz quebrada. «Pero lo que sea que haya sufrido rompió muchas cosas en su dulce y pequeña alma y ellos deben pagar por eso».

Beth sollozaba ahora. «Te llamaré», prometió. «Adiós, tío Wigs».

Colgó y se echó en brazos de Sahvrin, llorando y abrazándolo con fuerza. «Tengo una hermana, pero le hicieron mucho daño», lloró amargamente.

«¿Quién le hizo daño?», se preguntó él, apretándola con más fuerza.

—Él cree que son las mismas personas que intentaron atraparme.

«Encontraremos a esos monstruos, Angel, te lo prometo. Pero primero iremos a buscar a tu hermana y nos aseguraremos de que esté a salvo aquí».

Ella se apartó y lo miró. «¿Puede vivir aquí con nosotros?».

«Mon Dieu, Angel», susurró él, besándole los labios. «Por supuesto que sí».

Ella volvió a rodearle el cuello con los brazos, estrangulándolo, y su fuerte abrazo le dijo que todo iría bien.

Dios, solo rezaba para que pudieran darle los cuidados que necesitaba.

—El mensaje —dijo él, haciendo que ella se apartara. Abrió el archivo que le había enviado el doctor y se lo entregó. Ella lo sostuvo donde él pudiera verlo.

Segundos después de empezar, tuvo que darle el teléfono. «No puedo, lo siento».

Él lo cogió. «¿Quieres que lo haga yo, Ma Petite?».

Ella asintió, secándose los ojos entre sollozos.

—Le encantan las cosas suaves. Si algo no le gusta, te lo hará saber ignorándolo. Le encantan los peluches, pero no los roedores, las cucarachas ni las arañas. Sahvrin le sonrió. —¿Ahora sabemos de dónde lo has sacado?

Beth soltó una sola risa, parpadeando entre lágrimas. —¿Qué más le gusta?

—Dice que le gustan las luces blancas y las voces suaves. La pintura. La música suave. Yo puedo ayudarte con la pintura —dijo él —. Le gustan los espacios abiertos y la independencia. —De repente, arqueó las cejas—.

«¿Qué?».

«Dice que Maggie es una adulta totalmente funcional que sabe cocinar, limpiar y cuidar de sí misma. Que vivía en su propia casita en el hospital. Debe de ser un lugar increíble», dijo Sahvrin. «Pero si una casa no es factible, una habitación propia o quizás un cobertizo reconvertido sería suficiente». Sahvrin la miró. «Sabes, tenemos muchas casitas de pantano aquí y allá. Podemos preparar

fácilmente una con todas las cosas de esta lista. Puedo hacer que instalen cámaras para que puedas vigilarla o quizás quieras quedarte con ella allí hasta que se sienta segura».

Le dolía el corazón al ver lo dulce que era él. «Pero... ¿y tú dónde estarías?».

«Donde Ma Petite me diga que esté».

«Me refiero a dónde vivirías. No quiero estar lejos de ti».

«Entonces construiré una pequeña cabaña cerca, ¿y así podrás escaparte por la noche para visitarme?». De repente, se echó a reír. «¿Por qué lloras por esto?».

«Es que es tan dulce que incluso consideres hacer eso».

La atrajo hacia él y la abrazó con fuerza otra vez. «Te daría cualquier cosa en este mundo si estuviera en mi mano, Angel. A ti *y* a tu hermana».

Ella asintió, aun jadeando por haber llorado tanto. «Gracias. Y, por favor, tengo dinero», dijo. «Deberíamos usarlo, está ahí guardado, acumulando polvo».

«Yo también tengo más que suficiente. Pero si te hace sentir mejor, puedo gastar el tuyo», dijo él, riendo un poco.

«Me haría sentir mucho mejor». Recordó la lista. «¿Qué más dice? ¿Qué hay de las cosas prohibidas?».

Él la soltó y miró el teléfono un momento. «Hmm».

«¿Qué?».

«Si Maggie se altera, es propensa a tener arrebatos violentos que pueden incluir golpear, morder, arañarse a sí misma y a los demás. Tirar cosas, romper cosas, gritar y llorar».

«¿Qué cosas la provocan?», se preguntó ella, inclinando la cabeza hacia el teléfono.

«Dice que hay que evitar cinturones de cualquier color y tamaño, joyas de cadena de cualquier color y tamaño, cigarrillos, alcohol, ruidos fuertes o repentinos, la oscuridad y... Mon Dieu. La mayoría de los hombres».

«Oh, Dios», dijo Beth. «La mayoría. Eso significa que debe haber algunos que no le molestan, ¿no?».

«Espero que sí», dijo él, con tristeza por ella.

—Llamaré al tío Wigs para ver con qué tipo de hombre se siente segura.

—Aquí tengo su número. Llámalo y yo iré a organizar el vuelo y a hacer las maletas. ¿Nos vemos arriba?

Ella asintió con la cabeza, miró el teléfono y se detuvo cuando él se inclinó y le dio un beso de verdad. Ella dejó escapar un gemido, lista para tenerlo en ese mismo instante.

«Me encargaré de eso cuando subas», dijo él, añadiendo un beso en su mejilla y un intenso calor en todo su cuerpo.

****

Sahvrin tiró del cordón de la bolsa de lona para cerrarla cuando entró Su Pequeña.

—He hablado con el tío Wiggins —dijo ella, acercándose a él.

Él la tomó en sus brazos y la besó. «¿Qué te ha dicho?».

—Nada de lo que esperaba.

—¿Ah, sí? Déjame adivinar, ¿le gustan los hombres que se parecen a Papá Noel?

Ella se rió y levantó las cejas con un pequeño parpadeo. «En realidad, no muy lejos de eso. Le gustan los hombres con barba», dijo, sorprendida. «Pelo oscuro, pero piel clara, ojos claros y vello facial, cuanto más mejor».

Sahvrin arqueó las cejas al oír eso. «Suena como Spook».

—¿Quién es ese?

—Está en mi grupo. Es uno de nuestros mejores rastreadores. Pero también es un superviviente. Probablemente pueda conseguir que acampe cerca de allí para vigilarla. ¿Quizás le pidas a tu tío que te aconseje sobre la mejor manera de presentársela a la gente?

—Sí, ¿por qué no se me ocurrió?

Ella se giró para ocuparse de ello, y él la atrajo hacia sí. La mirada de su rostro le hizo flaquear las rodillas. —Tienes que venir, Angel.

Abrió la boca para protestar, pero solo le salió aire caliente. Oyó el sonido de la hebilla de su cinturón y bajó la mirada cuando él se desabrochó los pantalones. —Desnúdate.

Se quitó rápidamente el vestido azul claro y se volvió para encontrarlo sentado desnudo en la silla con las piernas abiertas y el pene en la mano.

«Dios mío», gritó débilmente, mirándolo fijamente.

«Ven aquí», dijo él, acariciándose los testículos con una mano y masturbándose con la otra.

Ella caminó hacia él con las piernas temblorosas. Él la ayudó a sentarse a horcajadas sobre sus piernas y ella se agarró a sus hombros, observando cómo él inclinaba la cabeza y deslizaba su pene suavemente por su coño.

«Oh, Dios, sí», gritó ella al primer contacto, tirándole ya del pelo y moviéndose con cuidado a lo largo de su miembro entre jadeos de sorpresa. Lo sentía tan grande como la primera vez, solo que sin el dolor.

«Mmm, joder, nena», susurró, con las manos agarrándole con fuerza el trasero. La miró cuando estaba completamente dentro. «¿Qué tal te sienta?».

«Tan grande, tan bueno».

Él le apartó el pelo hacia atrás, deteniéndose para acariciarle la cara antes de volver a bajar la mirada. «Tienes que frotar este bonito clítoris para mí, ángel». Lo acarició con el pulgar y luego la miró. «Mientras me follas, ¿puedes hacerlo?».

«Sí», jadeó ella ante el latido de su polla, asintiendo con la cabeza.

«Hazlo», dijo él, mirándole las tetas. «Quiero verte excitarte».

Ella puso la mano en su sitio, frotando su clítoris, ya tenso y duro por cómo la estiraba su polla.

«Eso es, joder, sí. Qué angelito tan dulce», dijo él, mirándola con la respiración entrecortada. Su mirada se desplazó a sus pechos, donde utilizó todos los dedos en sus pezones, y, Dios mío, eso le provocó un fuego increíble en el clítoris.

«Qué caliente», dijo ella, con la respiración entrecortada.

«Tus putos pezones me matan». Miró su mano. «Tu coño tiembla sobre mi *puta* polla». La miró. «Bésame mientras lo calientas».

Ella gimió, chupando sus labios carnosos y usando su mano libre para tirar de la parte posterior de su cabello. Su lengua se clavó en su boca con un gemido lujurioso y un fuerte latido en su polla.

«Mi coño está tan caliente», jadeó ella.

«¿Tu coño está caliente, nena? ¿Mi ángel está listo para ser follado?».

Ella se movió más rápido sobre él. «Por favor, Sahvrin. Me voy a correr».

Él la miró, sujetándole las caderas. «Fóllame, ángel. Muévete sobre mi polla. Así, así me gusta».

Ella le tiró del pelo mientras gritaba cada vez más fuerte a medida que se acercaba. Tan grueso y caliente que la hacía jadear y gemir.

«Mi ángel», dijo él, asombrado, con sus fuertes manos sujetándola por las caderas mientras ella lo follaba.

«¡Sahvrin!», gritó ella cuando alcanzó el orgasmo.

«¡Oh, joder, hazlo!», jadeó él mientras ella gritaba y se retorcía en el orgasmo más intenso. Antes de que ella terminara, él la abrazó con fuerza y se levantó de la silla, recostándola en el suelo antes de agarrarla de nuevo por las caderas y penetrarla varias veces profundamente antes de acelerar el ritmo. En cuestión de segundos, la estaba embistiendo sin piedad hasta que sus tetas y sus gritos se sacudían al ritmo de sus embestidas.

Él cayó hacia delante tras su orgasmo, con un francés que sonaba enfadado y que nunca dejaba de excitarla, incluso segundos después de haber sido follada por él. Dios mío, Dios mío.

Su boca estaba sobre la de ella, llenándola con esos gemidos sexys y entrecortados. Ella le acarició la cara, mientras un torrente de gemidos salía de su boca.

«Qué bueno, Angel», la elogió entre jadeos, haciendo que su corazón se acelerara. «¿Te he hecho daño?», preguntó con tono preocupado.

«Mmmm, sí», gimió ella, ganándose su mirada preocupada mientras sonreía.

Su rostro se suavizó lentamente mientras estudiaba el de ella y luego esbozaba una sonrisa sexy. «Mon Dieu, mi Angel es si

forte».

Ella se rió, inclinando la cabeza hacia él. «¿Qué significa eso?».

«Significa muy fuerte».

«Mmm», dijo ella, acercando su boca a la de él. «Algún día te follaré hasta *que* grites».

La enorme carcajada que él soltó provocó la de ella, y luego él rodó, poniéndola encima de él mientras seguía riendo sin parar. Cuando se calmó, siguieron muchos sonidos de satisfacción y el abrazo más increíble de todo el cuerpo.

«Deberíamos ducharnos antes de irnos», dijo ella finalmente con la cabeza apoyada en su pecho.

«¿Juntos?», preguntó él, acariciándola suavemente.

Ella sonrió. «Nunca nos iremos».

«Quería decirte que nuestro vuelo sale a las 2:00. Llegamos allí a las 6:00, es lo mejor que he podido conseguir. Luego volamos directamente de vuelta aquí a las 8:00 de la noche. Y estamos oficialmente excusados de la fiesta».

Ella levantó la cabeza para ver cómo se sentía él al respecto. «Siento que te la pierdas».

Él se rió, mirándola. «Es la respuesta a mis plegarias».

«¿No te gustan?», se preguntó ella, pensando que sí.

«Las odio. Pero iba a disfrutarlo por Ma Petite».

Ella sonrió ante esa respuesta antes de ponerse seria. «¿Crees que Spook querrá... hacer lo que has dicho?».

«Hará lo que yo le pida».

Dios, le encantaba su sexy confianza. «Qué mandón».

Él le dedicó una sonrisa sexy. —Porque quizá sea su jefe. —Se inclinó y la besó—. Tengo cosas que contarte sobre eso Ma Petite.

Ella lo miró. «¿Como qué?».

—Todo sobre mí. Lo que hago, mis obligaciones. Normalmente te contaría estas cosas antes de follar con el ángel que amo, pero en tu caso, hice lo contrario. Por supuesto, esto es culpa tuya —añadió con seriedad, haciéndola reír.

—Pero, ¿qué...? ¿Es algo que no me va a gustar? No vas a marcharte a trabajar al otro lado del mundo, ¿verdad?

—No, ángel —dijo él, deslizando los dedos por su cabello—. ¿Sabes ese sello que tengo en la espalda?

Ella se apoyó en el antebrazo junto a él y asintió. «Sí».

—Hay otros once hombres con ese sello. Doce en total. Y uno es el líder.

Ella levantó las cejas. —¿Tú?

—Qui.

—¿Qui, eso es sí?

Él asintió con la cabeza y le sonrió.

«Así que tú eres el líder de esto y...».

«Y hay reglas y códigos a los que estoy sujeto. El más importante es que no puedo acostarme con una mujer a menos que me case con ella».

Ella se puso seria. «¿Qué...? Dios mío, ¿me estás...? ¿Me estás pidiendo matrimonio?». Su corazón latía tan fuerte que tuvo que levantarse. Él también se incorporó y la miró, con una sonrisa que le robó aún más el aliento.

«Sin duda tenía otras ideas para pedirte matrimonio y debo culpar de nuevo a Ma Petite, que siempre me ha liado la cabeza».

Ella se llevó los dedos a la boca y jadeó cuando él se movió y se arrodilló ante ella y, por alguna razón, ella también se arrodilló. Él le tomó el rostro entre las manos y la besó repetidamente, sonriendo cuando ella comenzó a sollozar.

«Ma Petite, estoy de rodillas, desnudo, pidiéndote matrimonio, ¿y tú te arrodillas conmigo?». Su rostro se volvió serio mientras le acariciaba la mejilla, deslizando el pulgar sobre las lágrimas que rodaban por ella. «Quiero saber si mi ángel se casará conmigo, *pero*», dijo, mirándola fijamente a los ojos, «no puedes responder a eso hasta que te diga lo que eso supondrá para ti».

Él soltó una carcajada cuando ella lo abrazó con tanta fuerza que cayó hacia atrás con ella. «Mon Dieu, ¡eres como un toro enamorado!».

—¡No me importa lo que requiera! —jadeó ella, besándolo repetidamente—. Cuéntame todos los detalles sangrientos. ¿Tengo que escalar cincuenta montañas por ti? ¿Luchar a muerte con Gras Jean? ¿Combatir a una horda de arañas demoníacas con mis propias

manos? —preguntó con un fuerte estremecimiento que lo hizo reír—. ¡No hay nada en este mundo más grande que mi amor por ti! ¡Tienes que casarte conmigo *ahora* mismo!

«Mon Dieu», gimió él, besándola hasta dejarla aturdida. «Solo queda el papeleo, Ma Petite. Y una gran boda en el pantano. Todo lo demás está grabado en mi corazón».

****

—Spook —dijo Sahvrin por teléfono, de pie en el muelle.

—Eveque.

—Voy a necesitarte a mi lado en el pantano durante un tiempo. Su hermana va a venir aquí y necesitaré ojos que puedan ver.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó él.

—Puedes quedarte en la cabaña que hay cerca de aquí. Cuando sepa los detalles, te lo haré saber.

—¿La pajarera?

—Sí, esa misma. Quizás haya que limpiarla un poco. ¿Cuándo puedes venir?

«¿Cuándo me necesitas?».

«Ayer».

Él se rió entre dientes. «Voy a hacer las maletas ahora mismo y estaré allí sobre el mediodía. ¿Hay algo específico que deba llevarme?».

—Solo tus ojos azules, tu piel clara y tu barba oscura.

—Vaya —dijo, con un tono ligeramente perplejo—. Me aseguraré de llevarlos.

—Supongo que debes saber que la hermana de Beth es muda y tiene algunos... desencadenantes que debemos evitar. *Los hombres* son uno de los más importantes. Excepto los de piel clara, ojos azules y barba oscura. Pensé en ti inmediatamente.

—Qué detalle tan jodidamente considerado por tu parte.

Sahvrin sonrió, esperando esa respuesta dada su aversión por las mujeres. Pero eso era lo que lo hacía perfecto para el trabajo.

«Para que te hagas una idea, la secuestraron a los siete años y pasó dos semanas en una pesadilla que le robó la capacidad de hablar».

«Joder», murmuró Spook.

—Y estoy casi dispuesto a apostar mi alma a que pertenecen a la misma legión de demonios a la que ahora estamos persiguiendo. Volaremos con ella esta noche, alrededor de las ocho. Lazure responderá a cualquier pregunta hasta entonces.

—¿Y la reunión?

—Será a medianoche. En la casa principal de la Basilique.

—Entendido. Nos vemos entonces, Eveque.

¡LEE EL SIGUIENTE LIBRO DE LA SERIE!

EVEQUE

BAYOU BISHOPS LIBRO 2

¡CONSIGUE LA MÚSICA DE LOS PERSONAJES DE BAYOU BISHOPS

¡AQUÍ!

RECETAS CAJUN

Tortilla loca

Ingredientes: (pon la cantidad que quieras de cada uno)

Cebolla
Ajo
Cebolleta
Carne a elegir (en la historia, salchicha cajún)
Un poco de aceite vegetal o grasa de tocino usada
Patatas
Huevos
Queso
Sal
Worcestershire
Y cualquier otro condimento que te guste. Yo uso uno cajún criollo.

Instrucciones

1. Corta la cebolla, el ajo, las puntas de cebolla, la salchicha y las patatas con antelación. Sazona con sal y otros condimentos.
2. A continuación, calienta el aceite en una sartén pesada o en cualquier otra que tengas, realmente da igual.
3. Primero doro la salchicha, las patatas y la cebolla hasta que estén bien doradas. Añado un poco de salsa Worcestershire, pero nunca lo mido.
4. A veces añado un poco de agua y remuevo para evitar que se queme y que las patatas se ablanden más.

5. Después, añado el ajo y las puntas de cebolla y lo dejo dorar todo otra vez.
6. Cuando creas que es mejor añadir agua antes de que se queme, añade aproximadamente ¼ de taza y baja el fuego al mínimo.
7. A continuación, añada los huevos y el queso, simplemente rompa los huevos directamente sobre todo.
8. Cuando veas que las claras empiezan a solidificarse, empieza a remover los huevos con el resto de la mezcla hasta que la yema lo cubra todo.
9. Apaga el fuego para que no se cocine la yema. Parte del encanto de la Crazy Omelet es que la yema quede cruda. Si no te gusta la yema cruda, cocínala completamente.

Disfrútala con leche bien fría.

Si quieres una copia de la receta que Sahvrin utiliza para el gumbo cajún, puedes encontrarla en un entretenido libro de recetas que escribí en dialecto cajún aquí:

Gumbo cajún

Por Lucian Bane

PALABRAS FRANCESAS/SIGNIFICADO

Belle Tetons: pechos hermosos

Bel- Eveque: Obispo hermoso

Com-on-sah-vah: ¿Cómo estás?

Doose Petite D-Amour Escleve: mi pequeña esclava del amor

Eveque: obispo

Gras Jean: Jean el grande

La femme pour qui je suis follement tombée amoureuse —La mujer de la que me enamoré locamente
Mon Dieu — Dios mío

Ma Petite: mi pequeña (se puede usar para referirse a una persona pequeña en general)

Ma-ch`ere — Mi querida

Ma-Petite Catin — Mi muñequita

Mercie Dieu — Gracias a Dios

Ma Belle Ange — Mi hermoso ángel

Mahdigwan: mosquito

Ma Amour Esclave — Mi amor esclavo

On-est proche-la — Estamos cerca

Pew-tan: los mosquitos son affeme —Los malditos mosquitos son malos

Petite Soeur: hermanita

Putahn: zorra

Qui: sí

Shaaa pee-chay: «Ay, qué dulce» o «Ay, qué bonito».

Sha: término cariñoso

Sucree Fille — Niña dulce

Say-To- Fini—Ya está, he terminado

¡ÚNETE A MI GRUPO BAYOU BISHOPS!

¡Ven a ayudarme a crear!

GRUPO BAYOU BISHOPS